«Realmente irresistible».
MARIAN KEYES



DAWN O'PORTER

AUTORA SUPERVENTAS DE *THE SUNDAY TIMES*

Harper f
Narrativa

«Realmente irresistible».
MARIAN KEYES



DAWN O'PORTER

AUTORA SUPERVENTAS DE *THE SUNDAY TIMES*

Harper f
Narrativa

LA LOCA DE LOS GATOS

DAWN O'PORTER

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.

Avenida de Burgos, 8B - Planta 18

28036 Madrid

La loca de los gatos

Título original: Cat Lady

Publicado por HarperCollins Publishers Limited, UK

Diseño de cubierta: Claire Ward

Imágenes de cubierta: Shutterstock.com (imagen de cubierta) and 101cats/Getty Images (gato) and Shutterstock.com (bolígrafo)

I.S.B.N.: 9788418976582

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Dedicado a Sniff, Nin, Tiku, Minu, Acre, Fluke, Twiglet, Suska, Lilu, Potato, Myrtle, Boo y a todas las mascotas a las que aún no he conocido y que sin duda me aportarán tanta alegría como vosotros. Vuestra vida fue corta pero perfecta, una lección para todos nosotros sobre cómo vivir por puro amor y nada más.

(Mención de honor a la tortuga Daisy y a todos los gansos, patos, gatos y perros de familiares y amigos que he tenido prestados a lo largo de los años. Sobre todo, a Waffle, el gato de Caroline,

que me salvó de todos los ratones. Mítico).

No hay mascota que sea solo una mascota.

[Todo el mundo representa un papel]

Primera parte

Madre

Por mi octavo cumpleaños, mi madre me hizo una tarta. En aquel entonces estaba delicada de salud, muy flaca, pero para ella era muy importante hacerme la tarta. Me dejaron invitar a tres amigos a la fiesta. Mi hermana Liz también estaba. La fiesta incluyó una piscinita inflable en el jardín y un aspersor cuyo chorro cruzábamos corriendo. Fue divertido. Recuerdo que me reí mucho ese día porque en casa no teníamos costumbre de reírnos tanto. Mi padre estaba sentado en una tumbona del patio, leyendo el periódico. De vez en cuando ladraba «¡Callaos!» o «¡Dejad de chillar!», o algo por el estilo. Yo hacía como que no lo oía y seguía jugando en el agua con mis amigos y mi hermana. Se lo pasa una en grande con las cosas más sencillas.

Mamá salió llevando la tarta. No era muy buena repostera, pero yo, a pesar de lo pequeña que era, me di cuenta enseguida de que había procurado dejar eso de lado y había hecho todo lo posible para que mi fiesta fuera especial.

Porque era mi madre y eso es lo que hacen las madres.

Su vestido morado era tan bonito que recuerdo que me sentí especial porque se hubiera arreglado para mí, aunque yo sabía que estaba muy enferma. Empezó a cantar Cumpleaños feliz y avanzó hacia mí con la tarta. Mis amigos y yo nos juntamos a su alrededor y me cantaron entre todos. Mi padre se quedó en la silla.

Después de que soplara las velas, mi madre cortó la tarta. Cuando me dio un trozo en un plato, no me lo quedé para mí. Se lo llevé a mi padre. Quería que me mirara y me dijera algo bonito. Que me deseara feliz cumpleaños y le dijera a mi madre que la tarta estaba riquísima. Estaba temblando cuando se la di. Temblaba tanto que volqué el plato y la tarta se cayó y le manchó de glaseado la chaqueta de punto gris. Se levantó y supe que el cumpleaños se había acabado.

—¡Mira lo que has hecho, idiota! —gritó.

—Vamos, David. Es su cumpleaños —le suplicó mi madre.

Pero su furia era imparable. Se arrancó su preciada chaqueta y la tiró al suelo. Salió del jardín hecho una fiera y mi madre tuvo que llamar a las

madres de mis amigos para que fueran a recogerlos.

Pero lo más importante que recuerdo no es eso.

Es a Liz, a mamá y a mí sentadas en corro comiendo tarta después de que se marcharan todos, con la cara embadurnada de chocolate y los dedos pringados de nata. Y a mamá animándome cuando volvió a encender las velas para que las soplara otra vez y pedí un deseo: que estuviéramos así, las tres solas, por siempre jamás.

1

Llego a la iglesia metodista de la calle mayor a las siete en punto de la tarde. No sé muy bien por qué he venido ni qué voy a decir.

Somos cinco en la sala, sentados en círculo: la monitora de grupo, un hombre y otras tres mujeres, aparte de mí. El hombre es muy alto, delgado y calvo y está cubierto de tatuajes. No parece el tipo de persona que viene a un grupo así y me pregunto si se habrá equivocado de sesión y si en realidad quería unirse al Grupo de Control de la Ira. Tiene tatuada una serpiente alrededor del cuello, cuesta mirarlo sin fruncir el ceño. Por suerte, yo me he puesto bastante bótox en la frente, así que no tengo problema en ese aspecto. Una de las mujeres parece un personaje de un libro infantil, demasiado caricaturesco para ser real. Es muy pálida y parece vieja, pero como si fuera disfrazada, como si se hubiera vestido adrede de señora mayor. Puede que el cansancio la haya avejentado más que el paso de los años. Es como si el hecho mismo de estar despierta fuera para ella el mayor logro del día. Lleva un montón de ropa encima, incluso gorro y bufanda, pero cuesta bastante distinguir unas prendas de otras porque son todas de un tono muy parecido de verde terroso. Lleva unos calcetines largos y gordos por encima de los pantalones, unos zapatos que parecen zapatillas de andar por casa y, arriba, varias capas de distintos tejidos y longitud desigual. Un jersey, una rebeca, una camisa. Fuera no hace frío, pero imagino que se viste así todos los días. Está sentada con las manos cruzadas sobre los muslos. Las pocas veces que levanta la vista, sus grandes ojos marrones, como de cierva, tratan de captar la luz del sol por debajo de la pesada resistencia de los párpados. Dentro de ella habita otra persona; me pregunto si lo sabe.

La persona de al lado es una señora negra con vestido rosa. Está comiéndose un paquete de galletas y de vez en cuando se seca las lágrimas de las mejillas. Parece absorta en su mundo y es como el

reverso de la señora de verde. Solo aparenta felicidad. Si te la cruzas por la calle, piensas que es feliz por su ropa de colores vivos y por el esmero que pone en arreglarse. Pero sus ojos llorosos y esas galletas que come para reconfortarse cuentan una historia muy distinta. Puesto que está en esta sala, estoy segura de que su felicidad es pura fachada. ¿Por qué iba a venir, si no?

Hay también una mujer más joven, de poco más de treinta años, calculo yo. Parece de ascendencia india, es muy guapa y viste a la moda, va perfectamente peinada y lleva un maquillaje impecable y complicado, como de tutorial de Instagram. Seguro que alguien así tendrá seguidores en las redes sociales con los que desahogarse, ¿no? O un grupo de amigos milenials acostumbrados desde niños a hablar de sus emociones. Pero no debo juzgar a los demás, ese es el objetivo del grupo. O por lo menos eso ponía en el folleto.

La monitora, una mujer blanca y menuda, de cincuenta y tantos años, con una falda azul bonita y un jersey corto muy mono, toma asiento y da comienzo a la sesión.

—Bien, ya que estáis todos acomodados, me llamo Tiana y soy vuestra facilitadora de grupo. Estáis aquí porque habéis perdido a alguien muy especial para vosotros. Perder a una mascota puede ser una experiencia verdaderamente demoledora y todo lo que sentís es normal y válido. Queremos a nuestros amigos peludos como si fueran de la familia. Cuando los perdemos, nos apenamos igual que si perdiéramos a un ser humano. Estoy aquí para ayudaros a gestionar ese dolor. Este es un espacio seguro en el que expresaros, no se juzga a nadie y todos estamos aquí para apoyaros. Mientras estéis en esta sala, no tenéis por qué negar vuestra rabia, vuestra culpa o vuestro dolor.

La mujer negra asiente con la cabeza. De sus ojos caen sin cesar lágrimas que el resto de su cuerpo desmiente. Tengo la impresión de que no es su primera vez. La señora vestida de verde mira el suelo fijamente, como si le diera miedo moverse por si la asalta la pena. El hombre vibra, que supongo que es lo que le pasa cuando intenta estarse quieto. La otra mujer, la más joven, finge apagar el teléfono mientras manda un mensaje. Le he visto hacer ese truco a la gente del trabajo.

—A la mayoría os reconozco, pero ¿qué os parece si hacemos una ronda de presentación y contamos a quién hemos venido a recordar? ¿Empiezas tú, Ada?

Ada debe de ser la señora del vestido rosa. Termina de comerse rápidamente su galleta —una Crawford, de esas rellenas de crema —, traga y empieza a hablar. No tiene prisa.

—Soy Ada y es la tercera vez que vengo. Mi gatita, la Señora Jones, murió hace un mes. En mis brazos, gracias a Dios. Mi marido se marchó hace cinco años, mi hijo vive todavía conmigo, pero ahora necesita salir a su aire, él solo. Le falta confianza en sí mismo, ¿sabéis?

El hombre de los tatuajes asiente.

—¿Le ha afectado lo de la Señora Jones? —pregunta Tiana.

Ada se seca las lágrimas con toda la palma de la mano.

—Sí, pero no lo quiere reconocer. Me dice que adopte otro gato, pero yo todavía no me siento capaz. Cree que estoy loca por estar tan apenada, pero es lo que siento.

—Ese es un problema que nos encontramos a menudo en el mundo del duelo por una mascota. Hay personas que piensan que a los animales se los puede reemplazar sin más y que no entienden que para mucha gente no es así. ¿Le has dicho a tu hijo que él no es quien debe decidirlo?

—Sí, se lo he dicho. Y me dice que deje de llorar por las esquinas. Creo que piensa que estoy pasándolo peor ahora, por lo de la gata, que cuando su padre se fue de casa y… —Se hace un tenso silencio mientras esperamos a que acabe la frase—. Y es verdad.

Uf, menuda confesión, pero Tiana ni se inmuta. O sea, que es verdad que este es un espacio en el que se puede decir cualquier cosa. Bueno, casi cualquier cosa. Yo no pienso hablar. En el folleto ponía que no tienes por qué hacerlo si no quieres.

—Los animales nos brindan un amor muy especial —dice Tiana—. Una lealtad que no conoce límites. No nos llevan la contraria ni nos

hacen sentir mal. No…

—¡No roncan ni beben ni se olvidan de usar la escobilla del váter! —añade Ada.

—Sí, se pasan la vida haciendo todo lo posible por contentarnos. Así que no es nada raro añorar eso mucho más que una relación de pareja complicada.

—Ya lo creo que era complicada. Sobre todo, para él, con todas esas mujeres con las que tenía que arreglárselas —dice Ada, y empieza a comerse otra galleta.

Tiana se vuelve hacia el hombre del tatuaje de serpiente.

—Greg, ¿cómo estás esta semana?

—Hecho una mierda.

—¿Puedes contarnos un poco más?

—No consigo superarlo. No puedo pasar página. —Greg se echa a llorar—. No era solo una serpiente.

A mí me entra la tos. Me ha pillado por sorpresa, pero supongo que una mascota es una mascota. Yo no llevo una foto de Paloma, mi gata, tatuada en el cuello. Está claro que Greg quería mucho a su serpiente.

—Da la impresión de que teníais un vínculo muy especial.

Bravo por Tiana, imperturbable a todos los niveles.

—Soy una persona muy estresada —cuenta Greg. Eso no es ninguna sorpresa. Todo él parece una reacción gigantesca al estrés—. Soy alérgico a todos los animales con pelo. Una vez tuve un ratón y hasta eso me dio alergia. Pero los animales me ayudan, ¿sabéis? Me calman. Saber que hay otro corazón latiendo cerca de mí hace que me sienta menos solo. Las chicas pasan de mí. ¿Quién quiere presentarle a su madre a un tío con estas pintas?

Miro a mi alrededor y veo que nadie lo niega.

—Ya sé que las serpientes no tienen fama de ser cariñosas y esas cosas, pero la mía se animaba cuando me acercaba a ella. Y cuando la sacaba, se deslizaba sobre mis hombros y a mí me encantaba esa sensación. Tener a ese ser que quería estar conmigo. ¿Quién, si no, va a querer estar con un mierda como yo?

Parece muy consciente de sí mismo. Avergonzado de estar aquí y de haberse puesto a llorar. Y de sentirse así por una serpiente.

—No quiero ser así, alguien que solo tiene una serpiente, pero es lo que hay. No me llevo bien con los seres humanos, ni ellos conmigo.

—Bueno, estás aquí, con nosotras. Y todas te entendemos. ¿Verdad? —dice Tiana volviéndose hacia el grupo.

Las demás mostramos nuestro apoyo con distinto grado de intensidad. La señora de verde se limita a asentir con la cabeza; en cambio, Ada dice «Desde luego que sí» con énfasis. Yo pongo mi mejor sonrisa. La chica no hace más que mirarle, supongo que observando sus tatuajes.

—El amor es el amor. —Ada se termina otra galleta y le ofrece una a Greg.

Él la coge y se la come de un bocado, pero enseguida parece arrepentirse y se pasa un buen rato masticando, hasta que por fin puede tragársela.

—Mi hijo es gay —continúa Ada—. A su padre eso no le gustaba, pero a mí me da igual a quién ame, yo solo quiero que encuentre a alguien que lo trate bien.

—Yo no soy gay —dice Greg poniéndose a la defensiva.

—No, claro, no quería decir que lo fueras. Pero amabas a esa serpiente, ¿verdad? El amor es el amor. Es lo único que digo.

—Yo no hacía nada raro con mi serpiente —contesta Greg, que no pilla en absoluto lo que quiere decir Ada.

Tiana sigue adelante, y todas estamos de acuerdo en que es lo más acertado.

—Bien, Martha, ¿cómo estás hoy? —le pregunta a la señora vestida de verde.

Tarda mucho en contestar, lo que es muy incómodo para los demás. Solo tenemos el ruido que hace Ada al masticar para entretenernos.

—¿Cuánto tiempo hace ya? —insiste Tiana.

Martha levanta la barbilla como si la tuviera sujeta a un cordel y otra persona tirara de ella.

—Seis meses. Todavía le pongo la comida todas las mañanas. Por la noche ya se ha estropeado, así que la tiro, pero de todos modos sigo haciéndolo todos los días.

No sería oportuno por mi parte mencionar que eso es un terrible desperdicio, estoy segura de que ella ya lo sabe. Vuelve a agachar la cabeza como si hasta la persona que sujeta el hilo estuviera agotada.

—Me pongo una almohada encima cuando me acuesto, porque ella solía dormir encima de mí, y ahora, sin su peso, no pego ojo —añade mirando al suelo para evitar el contacto visual.

Los demás esperamos por si tiene algo más que decir, pero de su energía se deduce que ha terminado. Es una mezcla de abatimiento y timidez, quizá. Está claro que no es la primera vez que viene, pero no está dispuesta a contar nada más.

Tiana se encarga de efectuar una transición muy profesional.

—En buena medida, lo que echamos de menos son los hábitos que teníamos adquiridos. Esas costumbres tranquilizadoras asociadas a un animal que quizá dábamos por descontadas son las que más nos cuesta perder. —Se vuelve hacia la joven de la ropa bonita—. ¿Y tú eres…?

—Nicole.

—¿Y a quién quieres recordar hoy?

—Umm, al perro de mi madre. Ha muerto y ahora no quiero ir a

casa porque ya no será igual. Se llamaba Pirata.

—Vaya, lo lamento. Entiendo que es duro. Saber que la casa de tu familia ya no será la misma.

Nicole asiente.

—Teníamos a Pirata desde que yo era adolescente. Me da un poco de miedo ir de visita porque no consigo imaginarme la casa de mi madre sin él.

Parece muy simpática. Me sorprende que esté aquí, pero la pena es la pena. Y qué gracioso que un perro se llame Pirata. Parece un nombre muy típico, pero en realidad hay muy pocos.

—¿Has venido hoy por alguna razón en concreto?

—Para que me deis algún consejo sobre cómo hablarlo con mi madre, quizá. Está muy disgustada. A ver, yo también. Muy muy disgustada, pero mi madre… En fin, está hecha polvo.

—Pues muy amable por tu parte querer reunir las palabras adecuadas para ayudarla a superarlo. Estoy segura de que este grupo te será muy útil en ese aspecto. Y hola, te toca a ti, la última —dice Tiana fijando la mirada en mí—. ¿Eres…?

—Soy Mia. Mia, me llamo Mia y tengo cuarenta y cinco años. —Me pongo colorada al darme cuenta de que no hacía falta que dijera mi edad.

—¿Y a quién quieres recordar hoy, Mia?

Se me pasan por la cabeza cientos de cosas que podría decir. Los ojos se me llenan de lágrimas como si supieran que necesito ayuda para continuar. No estaba segura de qué pasaría hoy ni de cuánta gente habría aquí. Pensé que quizá podría pasar desapercibida entre un grupo grande de gente y no tener que decir nada. Una vez fui a una reunión de AA en la que había unas cien personas sentadas en sillas, de cara a un escenario. Esperaba algo así. Pero supongo que la terapia para superar el duelo por la muerte de una mascota es mucho más minoritaria que la terapia contra el alcoholismo. Me quedo callada un rato, pero a nadie parece molestarle.

—Tómate todo el tiempo que necesites —me dice Tiana.

Respiro hondo despacio. ¿Miento? ¿O digo la verdad? No quiero que piensen que soy rara. El silencio y la quietud de la habitación parecen estar afectando a Greg. Se le oye respirar con fuerza y la energía que emana de él parece explosiva. Entonces, estalla.

—¡No era solo una serpiente! —grita. Luego se levanta, coge su silla y la lanza contra la pared.

—Nadie ha dicho que fuera solo una serpiente, Greg. Por favor, recoge tu silla y siéntate —contesta Tiana con calma.

—Podría matarme, qué más da que me mate. ¿Qué sentido tiene nada?

—No digas eso. No hables así —le dice Ada mientras guarda las galletas en el bolso, seguramente para protegerlas.

Pero Greg está teniendo un ataque en toda regla. Nos levantamos todas y él tira las sillas contra la pared. Nicole sale corriendo de la sala. Martha también se escabulle, con su ropa holgada y verde. Ada le habla con calma, sin miedo, con mucho cariño. Tiana repite:

—Shhhh, shhhh.

Yo me limito a mirar. Es un despliegue del dolor más puro. No me siento amenazada ni tengo miedo. Greg tiene roto el corazón y ha reaccionado así. No quiere hacernos ningún daño. Y yo no estoy aquí para juzgar a nadie. ¿Cómo iba a hacerlo? Ni siquiera se ha muerto mi gata.

2

Me parece de muy mala educación llevar comida a una cena. Es educado, claro, mandar un mensajito con antelación preguntando si hace falta que lleves algo. Pero si te contestan diciendo «No, solo hace falta que vengas tú», salir a comprar un postre gigantesco y riquísimo y presentarte con él es una grosería. No sé por qué me sorprende que Belinda, la exmujer de mi marido, lo haya hecho. Siempre hace cosas así.

Hoy salí temprano del trabajo para preparar la comida para esta noche. Vamos a cenar con gente a la que no le caigo especialmente bien, pero con la que me esfuerzo un montón para contentar a mi marido. Soy consciente de que les gustaría que él y su ex siguieran casados y que yo me largara discretamente por la gatera, pero aun así hago lo que puedo con la esperanza de que cambien de opinión. Suelo ser la rara, pero creo que he aprendido a encontrar la manera de integrarme. Esta noche, cocino yo. A fin de cuentas, los invitados tienen la obligación de dar las gracias a la cocinera.

Lo que más tiempo me ha llevado ha sido el pudin vegano de caramelo. Me he dejado la piel para que nadie se queje de que es vegano, porque voy a ser la única vegetariana en la mesa, y no podría estar más contenta con el resultado. No solo tiene una pinta estupenda, sino que además está de muerte. Por eso, cuando Belinda se presenta con una pavlova tan enorme y no vegana que poner otro postre encima de la mesa, a su lado, no tendría ningún sentido, me toca muchísimo las narices. Belinda sabe que su pavlova va a eclipsar cualquier cosa que yo haya hecho. Es tan típico de ella que me enfado conmigo misma por no haberlo previsto.

—Qué bien —le digo al coger el postre—. No tendrías que haberte molestado.

—Bah, no es nada. Solo se me ha ocurrido traer un cosita para que también haya algo en la mesa para esos odiosos paganos que comen animales —dice carcajeándose al darle una botella de vino a mi marido—. ¿Oliver está en la cama?

—Sí, pero todavía no se ha dormido. Está esperando su beso de buenas noches —le dice Tristan.

Sube las escaleras hacia el cuarto de su hijo. El cuarto que era el suyo antes de que le pusiera los cuernos a Tristan y se fuera de casa en busca de emociones.

—Estás muy guapa —me dice Tristan lealmente al entrar en la cocina y ponerse a descorchar el vino de Belinda, a pesar de que yo ya tenía preparada una botella ideal—. Muy elegante.

Llevo una blusa negra y pantalones negros. No es muy atrevido, pero a Tristan parece gustarle. Creo que asocia el vestir bien con el ser inteligente, ¿y a quién no le gusta que los demás piensen que su pareja tiene cerebro?

—Me preocupaba mancharme de comida, así que he pensado que lo mejor era vestirme de negro. No hay nada peor que una anfitriona con lamparones de salsa de carne.

—¿Vas a hacer carne?

—Sí, solomillo de ternera, ¿por qué?

—Es que… Bueno, parece muy ambicioso. Solomillo para seis personas, cuando ni siquiera comes carne. ¿Cómo vas a saber cuándo está hecho?

—¿Esperando a que deje de mugir?

Se ríe a regañadientes. Siempre le ha gustado mi sentido del humor, seguramente porque Belinda carece de él.

—Pues, si te sale bien, voy a quedarme muy impresionado. ¿Qué vas a tomar tú?

—Lo mismo que los demás, solo que con tofu en vez de carne.

—¿Tofu? Todo para ti. ¿Verdad que tengo suerte de que mi mujer me haga solomillo, aunque sea vegana?

Me besa en la mejilla y me pregunta si puede ayudarme en algo. Yo, que sé que en la cocina es un inútil, le encomiendo una tarea más práctica.

—Sí, por favor, lleva esto a la mesa —le digo, dándole un plato de panecillos.

—¡Sí, chef! —contesta, y se come uno por el camino, cosa que me irrita bastante, porque los había colocado formando una pirámide perfecta.

No comento nada y desenvuelvo el solomillo. He leído que es bueno golpear la carne con un martillo, así que lo hago. Y a pesar de que tengo delante la carne cruda de un animal que no se merecía esto, lo encuentro muy terapéutico.

A Tristan le gusta mantener el contacto con sus amigos de toda la vida y esta noche voy a darlo todo para que se sienta orgulloso de mí. Hay dos parejas, además de Belinda, Tristan y yo. Las otras dos parejas son Matthew y Alice y Dorian y Mark. Matthew y Tristan fueron juntos al colegio, y Dorian y Belinda trabajaban juntas. Eran una piña, antes de que apareciera yo. Matthew, un tipo sudoroso con pinta de cerdo, exclama al llegar:

—¡De todos los divorcios, el vuestro ha sido el más fácil! Como siempre estáis juntos, nunca tenemos que elegir entre los dos.

Entonces, Alice se inclina hacia mí y me dice:

—Qué buena eres. Yo no sé si podría tener a la ex en casa constantemente.

—Todos hacemos lo que hace falta, por Oliver —contesto yo, y ella me dice:

—Pues es muy admirable.

A lo que Belinda responde:

—Oliver necesita a su mami. Está muy enmadrado.

Ahí yo me vuelvo a la cocina, a gritarle a un bol de puré de patatas.

Mark se pone a estornudar en cuanto entra por la puerta.

—¿Todavía tienes ese gato? —pregunta, sonándose la narizota con un pañuelo de algodón, cosa que yo creía que había dejado de hacerse hace cien años por lo asqueroso que es.

—Sí, todavía lo tiene —contesta Belinda mientras baja por la escalera—. Es la gata eterna.

—Paloma tiene dieciséis años —digo yo, y en ese momento, como por milagro, aparece la gata.

Alice se arrodilla ante ella.

—Ehhh, hola.

Pero a Paloma no le gustan los extraños y se frota contra mis piernas.

—No es muy simpática —comenta Belinda.

—Lo que pasa es que está muy enmadrada. ¿Quieres un Claritin, Mark? Puede que te ayude con los mocos.

—No, no sirve de nada. Nada me funciona. Tendré que aguantarme —dice.

Hago una mueca y me muerdo la lengua.

—A lo mejor podrías encerrarla en otra habitación esta noche —sugiere Mark.

Me dan ganas de recordarle aquella vez que estuvimos en su casa y su hijo metió ratatouille frío en el bolso de una invitada. ¿También deberíamos haberlo encerrado en otra habitación?

—Sí, qué asco, comer rodeados de animales —dice Dorian, que siempre aprovecha cualquier excusa para hablar mal de la comida.

—No va a molestarnos —contesto con una sonrisa educada—, no hace falta encerrarla. ¿Cenamos?

Como entrante, he preparado melón con jamón de Parma (para mí, sin jamón). Belinda se ha bebido casi una botella entera de vino y no para de levantarse para bailar salsa, lo que da bastante vergüenza ajena. Matthew suda tanto que tiene la americana empapada. Pero lo que me alucina es que no parece molestarle.

—Entonces, ¿siempre has sido vegana? —me pregunta con una hebra de jamón colgándole de la boca. No tiene en cuenta las veces que me han hecho esa misma pregunta casi todos los no veganos que conozco.

—Desde hace unos veinte años, es mucho más fácil que antes.

—Come mucha verdura —dice Belinda como si estuviera dando una primicia.

—Ay, madre, pffffft. —Matthew se tira unas pedorretas horribles, una de las cuales creo que sale de verdad de su trasero.

—Te aseguro que tus pedos son peores que los míos —le digo, y Tristan se echa a reír. Me encanta cuando se ríe de las cosas que digo.

—¿Y por qué eres vegana? —pregunta Dorian, que está delgadísima y le quita la grasa al jamón con cuchillo y tenedor.

—Por preferencia personal. No juzgo a los demás. Simplemente, empezó a desagradarme la idea de comer animales. Investigué un poco y no me gustó lo que descubrí, así que dejé de comer carne y luego todo tipo de productos de origen animal. En realidad, no es para tanto.

—A veces pienso que la gente utiliza cosas como el veganismo para ocultar trastornos alimenticios —dice Dorian con un trocito minúsculo de melón en la boca—. Es una excusa para no comer. —Asiente con la cabeza sagazmente.

Mark estornuda y pone cara de fastidio.

—Yo como, Dorian. Como mucho. Solo que no como animales —contesto con calma.

—Doy fe. Come como un caballo. Literalmente, a veces. Zanahorias y manzanas a montones —dice Tristan, que sabe cuánto me cansa que los carnívoros me cuestionen.

—Supongo que piensas que damos asco —dice Matthew con la boca llena.

Me fijo en que se ha comido todo el jamón y un par de panecillos, pero no el melón. No me extrañaría que le diera un infarto aquí mismo.

—Claro que no. Cada uno a lo suyo. ¿Cómo os gusta el solomillo? —pregunto, y me levanto sin esperar respuesta porque de todos modos no sé apreciar la diferencia.

Entro a toda prisa en la cocina para tomarme un respiro.

—¿Qué es eso? —me pregunta Tristan al entrar, mientras trituro una pastilla en el mortero.

—Un Claritin, voy a ponérselo a Mark en el solomillo. Me está poniendo mala con tanto moco.

Empiezo a esparcir el polvillo encima de la carne.

—No puedes drogarlo —se ríe Tristan.

—Es un antihistamínico, no es Rohypnol.

—Ha dicho que no lo quería.

—Ya lo sé, pero está sufriendo a propósito y es una pesadez.

—Qué mala persona eres —dice, pero se le nota en la mirada que mi lado perverso le excita.

—¿Por eso te casaste conmigo?

Me abraza y me besa en el cuello. Dejo de espolvorear para que mi marido pueda disfrutar de mí.

Cuando los filetes ya están en la mesa, Dorian vuelve de un largo viaje al baño con cara de asco.

—Uf, qué mal.

¿Se supone que tenemos que adivinar a qué se refiere?

—¿Has vomitado? —le pregunto, extrañada por que hable tan abiertamente de la bulimia.

—No, el arenero de la gata. Qué mal sitio para ponerlo.

—¿El cuarto de baño? —pregunto sorprendida.

—Sí, no es muy agradable tener que hacer pis con eso al lado.

—La gata tiene que hacer sus necesidades en alguna parte —dice Tristan. Como sabe cuánto me molesta que se metan con Paloma, sale en mi defensa, pero también confía en que no me enfade y monte una escena.

—Solo por curiosidad, Dorian, ¿dónde crees que debería ponerlo, en lugar de en el cuarto de baño? ¿En una habitación dedicada solo a eso? —pregunto.

Tristan me frota la pierna furiosamente como si fuera un gato y con ese gesto pudiera distraerme y tranquilizarme. Pero no tiene por qué preocuparse; ya sé que no debo provocar una discusión. Vuelvo a sonreír, a asentir con la cabeza y a ser educada porque es lo más sencillo.

—¡Fuera, claro! —exclama Dorian como si fuera un genio desconocido y este fuera su momento de gloria.

—Es una gata de interior, eso no funcionaría —le digo—. Empezad, por favor.

—¿No sale? —pregunta Alice—. Ay, pobrecita.

Aprieto con fuerza el cuchillo. Para mí, ese es un tema muy delicado. Suelo sentirme inmensamente culpable por no dejar salir a Paloma, pero la alternativa sería exponerla a una vida de peligro constante. Tomé la decisión de no dejarla salir cuando era una cachorrita y no he cambiado de parecer desde entonces.

—Sí, hay que tener las puertas y las ventanas siempre cerradas, no vaya a ser que el dichoso bicho se escape —comenta Belinda como si por fin pudiera desahogarse—. No vendría nada mal ventilar la casa, con todas esas velas malolientes que quemas ahí dentro.

Cuando dice «ahí dentro» se refiere a mi dormitorio. Y cuando dice «maloliente» se refiere a mis fragancias favoritas; o sea, cuero, almizcle y tabaco. Vuelvo la cabeza lentamente hacia Alice, que parece que quiere añadir algo. Estoy decidida a mantener la sonrisa hasta que terminen.

—Un gato tiene que disfrutar de la vida. Correr por ahí, ser libre. No me parece bien tenerlos encerrados en casa.

—Eso, eso —añade Belinda, siempre dispuesta a darle la razón a cualquiera que hable mal de mí o de Paloma.

—La verdad es que no entiendo por qué tienes gato. No les veo el atractivo por ningún lado. No son de fiar —dice Dorian mientras esconde unas patatas debajo de su filete, sin percatarse de lo grosero y ofensivo que es lo que acaba de decir.

Las personas que odian a los gatos son como los ateos, que no pueden mantener una conversación sin contarte sus opiniones. Están igual de convencidas de su superioridad moral. Le dices a alguien que tienes gato y te suelta a la cara que odia lo que tú amas. Hay muy pocas circunstancias en la vida en que eso se considere aceptable. Pero los que odian a los gatos están siempre impacientes por enseñar sus garras. Se regodean haciéndote quedar como un bicho raro por amar a un animal que no entienden. Te dicen que los gatos no son leales y menean la cabeza cuando les explicas que los tuyos sí lo son y que lo sabes por experiencia. Cuanto más loca te hacen parecer, más satisfacción obtienen. Las personas a las que no

les gustan los gatos les tienen miedo porque no saben cómo tocarlos y, por lo tanto, dudan de sí mismas y de su capacidad para sentirse seguras. O bien están muertas por dentro. Una de dos.

—¿No podrías ponerla en tu habitación esta noche? —sugiere Belinda en voz baja.

—¿Quieres que ponga el arenero de la gata en mi habitación? —responde yo en voz alta, con la sonrisa tensándome todavía la cara.

—Es solo una idea. —Su sonrisa es tan falsa que parece que la han atacado con espray fijador y no puede mover la cara.

—Para no gustaros los gatos, parece que no sabéis hablar de otra cosa —comenta Tristan, ansioso por que esto termine. Sabe lo mucho que quiero a Paloma y cuánto me molesta que me digan que la encierre—. ¿Qué tal está el solomillo? —les pregunta a sus amigos.

—Bastante duro —responde Mark masticando y sonándose la nariz al mismo tiempo.

Solo necesito que ingiera la mitad del Claritin; así dejará de moquear por todas partes.

—A mí me parece que está buenísimo —añade Dorian, encantada de poder pasarse toda la noche mascando un trocito de ternera antes de dejar el cuchillo y el tenedor y declarar que está llena.

Matthew corta el suyo en dos, pincha una mitad con el tenedor y le da un enorme mordisco, como un animal. Durante los cinco minutos siguientes, casi se hace el silencio mientras mastican la carne con mayor o menor dificultad.

Yo termino de comer mucho antes que los demás. Voy a la cocina y cojo la pavlova, pero no me molesto en sacarla de la caja. Cuando vuelvo al comedor, se me cae al suelo. La nata, el merengue y las frutas del bosque se desparraman a mis pies. Mientras cae, me pregunto hasta qué punto ha sido un accidente.

—¡MI TARTA! —grita Belinda.

Nuestra alfombra es lo de menos.

—¿Estás bien, Mia? ¿Qué ha pasado? —Tristan corre a la cocina a por una bayeta.

Yo parezco clavada en el sitio. Los demás miran fijamente la tarta espachurrada preguntándose qué narices decir a continuación. Pero no hace falta que nadie rompa el silencio; ya se encarga Paloma de hacerlo. Entra tranquilamente en el comedor y empieza a hacer unos ruidos espantosos. Antes de que me dé cuenta de lo que pasa, echa un enorme vómito en otra esquina de la alfombra.

—¡Joder! —ruge Mark.

—Creo que voy a vomitar. —Dorian vuelve corriendo al baño.

—¿Vamos a sentarnos al jardín? —propone Belinda mientras Tristan se arrodilla y empieza a recoger grandes pegotes de nata y a echarlos en la caja.

Es un inútil limpiando y lo está empeorando todo. Yo parezco paralizada. Paloma se ha sentado triunfante en la mesa del comedor y se está lamiendo las patas. Es casi como si lo hubiera planeado.

3

—Esta noche he planeado sexo —le digo a mi marido pasados unos días, después de cenar delante de la tele, yo pasta con pesto y él con pollo.

—Qué amable por tu parte hacerme un hueco en tu agenda —contesta en tono burlón.

Sé que le molesta que programe nuestros encuentros sexuales, pero yo creo que es una herramienta muy útil para asegurarnos de que lo hacemos. La vida es agotadora. Si no lo planificamos, uno de los dos se queda dormido delante de la tele y adiós a cualquier posibilidad de fornicio. Así que lo planifico y, como todo lo que tengo en mi lista de cosas pendientes, procuro llevarlo a cabo.

—¿Prefieres que no lo hagamos? —respondo, coqueta—. Pienso usar el dedo.

Apaga la tele y se termina la copa de vino que hay sobre la mesita.

—Ya sabes cómo me gusta eso. —Sonríe, se levanta y se va a su habitación.

Voy detrás de él y Paloma me sigue. La cojo y la deposito al otro lado de la puerta.

—No tardo nada —le susurro mientras cierro.

Tristan empieza a desvestirse y se tumba en la cama.

Cuando tengo relaciones sexuales con mi marido, debo observar ciertas reglas:

1) Tiene que ser en su cuarto, porque opina que el mío huele a gato.

2) Paloma no puede estar en la habitación.

3) Debo quedarme tumbada a su lado hasta que se duerma.

4) Debo llegar al orgasmo o se enfada, lo que significa que la duración de nuestras sesiones varía bastante, dependiendo de mi humor.

Tristan y yo nos conocimos hace ocho años en un acto benéfico. Él se pasó toda la noche hablando de su divorcio, que entonces estaba aún reciente. Salimos juntos de la fiesta y, tras una serie de conversaciones extrañas y poco seductoras acerca de Belinda, su ex, no sé muy bien cómo, pero acabamos en la cama. El sexo fue interesante y me pareció que quizá resultaría difícil conseguir algo así en otro sitio: una buena mezcla de intimidad y misterio. Él me guiaba dándome instrucciones que empezaban con «Y ahora vas a…» o «A continuación me gustaría que…». Eso me gustaba. Cuando una persona te dice lo que quiere en la cama, resulta mucho más fácil creer que la satisfaces. Yo, a cambio, obtenía todo lo que necesitaba. Es uno de esos hombres a los que les gusta cumplir. Tenemos lubricante en el cajón de su mesita de noche, y tengo que reponerlo con bastante frecuencia, supongo que porque se masturba muy a menudo. No ha rechazado el sexo ni una sola vez. Estoy segura de que querría mucho más, si yo estuviera dispuesta.

—Por favor, pónmela dura —me dice tumbado en la cama.

Agradezco que me lo pida por favor, así que hago lo que me pide usando la mano.

—Prepárate —me dice, muy excitado.

Me mira mientras me aplico el lubricante. No me preocupa demasiado intentar parecer sexi mientras lo hago. Creo que el acto de aplicarme lubricante ya es bastante sugerente de por sí, sin necesidad de hacer mucho teatro. Me pongo un poco también en la mano y sigo frotándole el pene. Me dice que pare porque ya es demasiado, así que me siento un rato encima de su cara. Ahí es

donde llego al orgasmo. No falla. Me encanta seguir haciendo cosas como sentarme en la cara de mi amante a los cuarenta y tantos años. Creo que el orgullo es un gran inductor del orgasmo. Cuando estoy ahí arriba, me siento como una estrella del rock.

Cuando dejo de temblar, me deslizo hacia abajo hasta que mi vagina se topa con su pene. Entra de maravilla y empiezo a moverme arriba y abajo lentamente. Le gusta que me ponga encima; así puede mirarme los pechos. Me baja el incómodo sujetador de encaje para verme los pezones. Una de las ventajas de no haber tenido hijos es que todavía tengo los pechos bastante turgentes.

—Qué buenas tetas tienes —dice jadeando mientras subo y bajo encima de él—. Fóllame fuerte.

No es el tipo de hombre que habla así en otros momentos; solo cuando folla. Pero a los hombres les gusta creerse estrellas del porno cuando están en plena faena. Empiezo a moverme un poco más deprisa.

—Tócate —me dice, y lo hago porque sé que le pone muy cachondo —. Agárrame los huevos —añade, cada vez más excitado.

Yo uso la otra mano y de algún modo consigo mantenerme erguida.

—Méteme las tetas en la boca. —Es lo último que ordena.

Yo dejo las dos manos libres, por miedo a caerme de bruces encima de él. Cuando eyacula, abre la boca y me suelta la teta. Hunde la cabeza en la almohada y abre la boca de par en par, jadeando. Me quedo encima de él hasta que calculo que ha terminado, luego me tumbo de lado y apoyo la cabeza en su hombro. Le paso los dedos por el pelo del pecho. Detiene mi mano con la suya y nos quedamos quietos mientras mira fijamente al techo.

—¿Te quedas? —me pregunta, apartándose para dormir de lado.

—Puede.

Le acaricio la espalda hasta que se duerme. No tarda mucho. Pienso en lo bonito que sería quedarme dormida pegada a su cuerpo.

Despertarme y sentir la calidez de sus manos acariciándome al abrir los ojos. Hace casi cuatro años que no compartimos habitación, lo que sin duda es un punto de fricción en nuestro matrimonio. Quizá le dé ese gusto esta noche. Pero entonces Paloma empieza a arañar la puerta y me recuerda por qué tenemos habitaciones separadas.

Salir a hurtadillas de la habitación de Tristan tiene sus complicaciones. Si se despierta, me quedo. Si consigo salir, puedo irme a mi cuarto a dormir. Pero, como tiene el sueño ligero, debo andarme con mucho cuidado.

Paloma mete toda la pata por debajo de la puerta y la mueve de un lado a otro como un limpiaparabrisas. Nunca he hecho la prueba, pero imagino que se tiraría así toda la noche, si decidiera quedarme. Pobre mía. Debe de ser duro tener una sola persona en el mundo que te dé cariño. Y yo me tomo esa responsabilidad muy a pecho.

Saco una pierna por debajo del edredón y apoyo el pie en el suelo. Le sigue el resto del cuerpo, como si fuera uno de esos monigotes inflables que ponen a la entrada de las tiendas para llamar la atención. Cuando tengo los dos pies en el suelo, me levanto y me acerco de puntillas hasta la puerta. La luz del pasillo está encendida y, al abrir la puerta, un rayo de luz cae justo encima de la cara dormida de Tristan. Tengo que tapar la luz con el cuerpo todo lo posible. Abro la puerta ligeramente y saco el pie para sujetar a Paloma. Luego la abro un poquito más para poder deslizarme fuera, pero me paso de la raya y Paloma sale disparada y se mete debajo de la cama. Saco el brazo, apago la luz del pasillo y me pongo a cuatro patas.

—Pssssss, ppssssss —susurro lo más bajito que puedo.

Pero en lugar de acercarse, Paloma se pone a ronronear más alto de lo normal. El despertador digital de Tristan emite luz suficiente para que la vea restregarse contra las patas de la cama. Me río para mis adentros. Hace un momento, yo estaba restregándome casi igual contra mi marido. Quizá me haya visto por la rendija de la puerta y piense que eso es lo que se hace en esta habitación. Pocas veces puede entrar aquí. Tristan opina que dormir con animales es antihigiénico.

—Paloma, ven —susurro, pero el sonido de mi voz parece ponerla fuera de sí y se tumba en el suelo y empieza a revolcarse de un lado a otro.

Tristan se mueve. Yo contengo la respiración. Se da la vuelta, de cara al otro lado. Respira profundamente. Nada, todo bien.

—Paloma, ven, por favor —digo un poco más alto y con más desesperación.

Araño la alfombra y por fin se acerca corriendo. La cojo, retrocedo hasta el pasillo y cierro la puerta con mucho cuidado. Por fin, qué éxito. He cumplido con mi deber conyugal, además he hecho una impresionante escapada y voy a poder disfrutar de mi soledad. La noche perfecta.

—Casi lo estropeas —le digo besándole la cabecita—. Si sigues sí, vas a dormir sola.

En el baño, la dejo en el suelo y hago pis para no pillar una infección urinaria. He cometido ese error muchas veces y estoy escarmentada. Me gustaría saber si los hombres se darían la vuelta y se dormirían tan rápidamente después de follar si también pesara sobre ellos, como castigo por su placer, la amenaza de notar que te pinchan con agujas cada vez que meas. ¡Cuántos detalles debemos tener en cuenta las mujeres si queremos no complicarnos la vida!

Me limpio con una toallita de baño y noto el olor del esperma de mi marido antes de enjuagarla y colgarla a un lado de la bañera. Me gusta la intimidad, pero a mi manera.

En mi habitación solo entramos Paloma, la asistenta y yo. Antes era el despacho de Tristan, así que tiene un aire un poco aburrido, pero tengo intención de decorarla en algún momento. Duermo desnuda, con sábanas de algodón peinado (a Tristan le gusta el percal más tieso, cosa que nunca he entendido) y da igual lo mucho que haya disfrutado: meterme en mi cama siempre es el mejor momento del día. Se acabó la presión. Ya no tengo que complacer a nadie, más que a mí. Por fin puedo ser yo misma.

Notar el pelaje de Paloma en la piel desnuda me activa las

endorfinas. Siempre me masturbo después del sexo. Antes me quedaba tumbada junto a Tristan mientras él dormía y volvía a correrme sin hacer ruido. Últimamente lo hago sola. Así me recuerdo a mí misma que me puedo prestar, pero no me dejo poseer. Me quedo dormida poco después.

4

A la mañana siguiente me despierta el teléfono, que vibra sin parar. Tengo cinco mensajes de mi hermana Liz:

1. ¿Por qué no me lo cogiste ayer? Me apetecía ir a dar un paseo o algo así.

2. Ya sé que no crees que haya que celebrarlo, pero yo sí, a ella le encantaban las fiestas. ¿Hacemos una fiesta aunque sea atrasada?

3. Estoy demasiado cansada para una fiesta. ¿Comemos juntas? ¿O damos un paseo? ¿Ya lo he dicho?

4. Lo siento, la nena está despierta desde las 4. Los niños han vertido el desayuno en la cama y he tenido que cambiar todas las sábanas. ¿Hablamos y ya está?

5. Espero que no te hayan despertado estos mensajes. De todas formas no me vas a contestar, te conozco.

Decido darle una sorpresa respondiéndole.

No puedo, lo siento, tengo mucho lío en el trabajo. Comeré tarta a mediodía. Feliz Día de la Madre con retraso x

Beso a Paloma en la cabecita y me levanto. Son las siete menos cuarto, cinco minutos antes de la hora a la que suena mi despertador entre semana. Normalmente no llego a la oficina hasta las nueve, pero me levanto muy temprano y así, cuando llego, estoy lista para ponerme a trabajar. Me saca de quicio que la gente se pase los primeros quince minutos de su jornada laboral

preparándose el café y desayunando. ¿Por qué no se levantan antes y desayunan en casa? Así que, para dar buen ejemplo, en la oficina no bebo ni como nada hasta las once, por lo menos. Por eso, durante el par de horas que paso en casa por la mañana, me atiborro a café y tomo un buen desayuno. Si no salgo de casa bien preparada, seguro que el día se tuerce. Y cuando el día se tuerce, todo se resiente.

Me pongo la bata, pero me dejo el cinturón colgando para que Paloma lo persiga. Procuro que su vida sea lo más emocionante posible. Qué menos. En la cocina, enciendo el hervidor y vacío el lavavajillas mientras se calienta el agua. Procuro hacer el menor ruido posible para no despertar a nadie. Estos preciosos momentos de primera hora de la mañana, antes de que los demás se levanten, suelen ser los mejores del día. Saco del lavavajillas el cuenco favorito de Paloma. Sé que es su preferido porque, cuando se lo pongo, lo relame hasta dejarlo completamente limpio; en cambio, si le pongo otro cuenco, siempre se deja comida. Es como si no soportara seguir mirándolo y tuviera que marcharse. Una de las cosas que más me gustan de los gatos es lo fieles que son a la rutina. Si haces algo a determinada hora durante tres días, ya está: el gato se queda con eso y te cuesta un montón cambiarlo. Pero eso a mí me viene de perlas. Adoro la rutina.

Mientras ella come, me preparo el desayuno. Pan integral en la tostadora. Mientras se tuesta, me hago el café. Dos dedos de leche de avena con una cucharadita colmada de café instantáneo. Lo remuevo hasta que se disuelve todo lo que puede disolverse en leche fría y luego añado agua caliente. Para la tostada, mido una cucharada rasa de mantequilla de cacahuete sin azúcar, corto medio plátano en rodajas y coloco los trozos simétricamente encima de la mantequilla de cacahuete. Me siento en la isla de la cocina a tomarme este desayuno tan equilibrado y nutritivo mientras Paloma observa todos mis movimientos sentada en el taburete de al lado.

—Dijiste que ibas a dormir conmigo —me dice Tristan al entrar en la cocina.

Me abro la bata para que mi cuerpo desnudo le distraiga. Esa es una conversación para la que necesito al menos dos cafés.

—Paloma estaba arañando la puerta.

—Podrías pasar una noche separada de esa gata —masculla mientras vuelve a encender el hervidor y pone una enorme cucharada de café molido en la cafetera francesa.

—Se pondría a arañar la puerta y no nos dejaría dormir.

—Me gusta despertarme con mi mujer.

Me bajo del taburete y me acerco a él. Le hago volver la cara para que me mire.

—¿Sabes cuántas veces follan las parejas a partir de los cuarenta, de media? Una vez cada dos semanas. ¿Sabes cuántas veces follamos nosotros?

—No.

—Dos veces por semana, menos cuando uno de los dos está malo. Dos veces por semana. Da igual dónde durmamos.

Apoya las manos en el borde del fregadero. Lleva un pijama de rayas, como si estuviera en una telecomedia de los años cincuenta. Me lo imagino con gorro de dormir; le quedaría bien.

—Mis necesidades no son solo sexuales, Mia. Si me dieras solo una pizca del cariño que le das a esa gata…

—A Paloma.

—A Paloma. Me veo obligado a decir Paloma cien veces al día. Quiero tener una esposa, no una amante.

—¿Yo, una amante? ¿Qué amante procura que siempre haya comida en la nevera, te lleva las cuentas, te dobla la ropa, te empareja los calcetines, enseña a leer a tu hijo y aguanta a la petarda de tu exmujer? Venga ya.

—Me gustan los mimitos por la mañana, ya lo sabes.

—Y a mí también. Pero tenemos habitaciones separadas porque no

dejas que Paloma duerma en la cama con nosotros y, si no puede estar conmigo, se pone a maullar en el pasillo y no nos deja dormir. Si la dejaras entrar, dormiría contigo, no es tan complicado.

No es verdad; me encanta tener mi propio cuarto y lo pasaría fatal si tuviera que renunciar a él.

—Todavía estoy molesto por aquella vez que me lamió los huevos.

¿Cómo no me voy a reír al oírle decir eso?

—Muchos pagarían una pasta por eso. Vuelve a la cama, ahora te llevo el café.

—No puedo, tengo que ducharme. Hoy tengo una reunión temprano.

Es perito topógrafo y suele tener que irse temprano a visitar obras.

—¿Vas a tener que ponerte casco? —le pregunto, seductora—. Estás muy sexi con casco.

—Sí, tendré que ponerme casco —dice, encantado de que le encuentre sexi.

—Vale, ve a vestirte. Te dejo el café en la encimera, en un vaso para llevar.

—Gracias.

—De nada. Te quiero.

En cuanto se va, Paloma se sube de un salto a la encimera y por fin podemos seguir a lo nuestro. Me inclino para que frote su cara contra la mía. Me encanta cómo acerca su boca a la mía con un toquecito y luego desliza su mejilla suave por la mía. Lo hacemos una y otra vez; ella cada vez ronronea más fuerte y yo me pongo un poco bizca. Nuestra rutina es perfecta. Toquecito y caricia, toquecito y caricia. Su suavidad todavía me sorprende. Y me enorgullece, además. La he mantenido en perfecto estado de salud todos estos años, es una preciosidad. Mi niña. Mi reina.

—¿Puedo desayunar, Mia?

La voz cansada de un niño de nueve años me devuelve al mundo real. Aunque Oliver pasó casi todo el Día de la Madre con Belinda, se empeñó en venir a casa por la tarde, como todos los domingos, cosa que yo intento que no se me suba a la cabeza. Me anudo la bata. Paloma salta al suelo y se frota contra mis tobillos. Su apoyo no tiene límites.

—Claro. ¿Has dormido bien? —le pregunto, pero no contesta.

Coge un tazón sin cerrar el armario. Lo llena de cereales, desparramándolos por todas partes. Se acaba la leche. Deja la puerta de la nevera abierta.

—Te he lavado el chándal. Está doblado en la silla de tu habitación —le digo, tratando de reafirmar el lugar que ocupo en su vida, que en realidad es difícil de definir.

—Ya lo sé —murmura—. Gracias.

—¿Te apetece algo especial de almuerzo?

Se le ilumina la carita.

—Mantequilla de cacahuete con Marmite —responde vertiendo leche por el suelo—. Uy —dice con cara de «¿Tengo que limpiarlo?».

—Ve a vestirte —le digo—. Ya lo limpio yo.

Sonríe y vuelve a su habitación, con más cuidado de no derramar su tazón. Cuando desaparece por la escalera, Paloma corre a lamer la leche. ¿Qué haría yo sin ella, sola con estos hombres?

Me pongo a preparar el almuerzo de Oliver, un ritual matutino del que me siento muy orgullosa. Mientras tanto, escucho Radio 4. Primero corto los sándwiches en círculo y les pongo carita con trozos de fruta seca. Corto uvas por la mitad y las pincho en palillos con trozos de queso cheddar. Hago agujeros en rodajas de pepino y las relleno con tomates cherry y, por último, escondo un trozo de chocolate debajo de una hoja de lechuga. Siempre escondo una

golosina. Oliver siempre las encuentra, porque cuando me devuelve la tartera ya no están. Me gusta imaginar el momento en que se da cuenta de que le he vuelto a engañar. Una sonrisita se le dibuja en la cara y tal vez intenta disimularla delante de sus amigos. Es un pequeño recordatorio de que le quiero mucho, porque parece que, si se lo digo, se siente incómodo.

Suena el timbre, pero antes de que me dé tiempo a reaccionar, la puerta se abre y vuelve a cerrarse. Belinda se acerca a mí y, aunque viene mucho por casa (demasiado, en realidad), su presencia a primera hora de la mañana me parece especialmente invasiva.

—Puaj, ¿por qué huele tan mal la comida para gatos? —me suelta al entrar en la cocina.

—Belinda, has venido. —Es lo único que acierto a decir.

—Claro que he venido. Quiero llevar a mi hijo al colegio.

Hay una dinámica muy extraña entre nosotros tres, y no porque yo la haya elegido. Ni tampoco Tristan, que yo sepa. Tienen la custodia compartida al cincuenta por ciento, pero desde que Belinda perdió su trabajo de ejecutiva (por acostarse con otro ejecutivo casado encima del armario del material de papelería) le está costando encontrar un empleo que satisfaga sus ansias de poder. Así que pasa con nosotros al menos el treinta por ciento del cincuenta por ciento de Tristan, y afirma implacablemente que es lo mejor para Oliver.

—La comida para gatos solo huele a pescado, así que podría decirse lo mismo de la comida para humanos —contesto con una sonrisa forzada.

—¿Has dormido bien? Pareces cansada.

A Belinda le encanta meterse conmigo, además tiene una forma muy concreta de hacerlo. Esta es solo su primera pullita del día.

—Muy bien, gracias —respondo.

Vuelve a intentarlo.

—¿Quién te pone el bótox ahora?

Nunca le he dicho que me pongo bótox, así que esto es otra pullita.

—Encontré a un médico en Clerkenwell que me gusta mucho. Es muy comedido y eso está muy bien.

—Mmmm, suena un poco cutre. Deberías ir al mío, el doctor Stilwell, en Harley Street. Es el mejor. Te deja como nueva, de verdad. Yo no iría a ningún otro.

—Me gusta el mío. No se da aires, pero es muy bueno en lo que hace y estoy encantada con él, pero gracias.

—No, en serio, Stilwell enseña a gente así. ¿Por qué vas a acudir a un alumno si puedes acudir al maestro? Te enviaré su contacto. Dile que vas de mi parte, así me hará un veinte por ciento de descuento. Aunque no es que lo necesite.

Asiento con la cabeza. Hace lo mismo con casi todo. Desde dónde compro la fruta hasta las velas que me gusta encender. Pero, como me he propuesto no ser la madrastra malvada de esta familia, sonrío y aguanto como puedo.

—Uy, mira —dice, fijándose en el contenido de la tartera de Oliver —. Qué esfuerzo más tonto.

—Para mí no lo es. Es divertido, nada más.

—Yo le hago sándwiches grandes, está creciendo. Corto rebanadas grandes de pan de hogaza y las relleno con todo tipo de cosas. ¿Qué llevan estas cositas?

—Mantequilla de cacahuete con Marmite, su favorito —le digo sin inmutarme.

—Ay, Dios, Marmite. Es mejor la comida de gato que eso. Lo odio.

—Lo sé. Por eso las mañanas que le hago yo la comida, se lo pongo.

Gira sobre sus talones.

—¡Oliver, cariño, baja! ¡Mamá está aquí! —grita escalera arriba.

Él obedece y baja con su tazón de cereales casi vacío.

—Vaya, hombre, ¿has desayunado en tu habitación? ¿No quieres sentarte aquí con la tía Mia? ¿Qué pasa?

—Nada —contesta—. Que Mia me deja desayunar en mi cuarto los días de cole.

Belinda parece llevarse un chasco por que no exprese odio hacia mí.

—Sí, hay buenas vistas desde ahí arriba. Le gusta sentarse en su mesa y mirar por la ventana, ¿verdad que sí? No veo nada malo en ello —le digo.

—Vale —continúa Belinda, ansiosa por encontrar algo que la haga sentirse superior—. He visto tu tartera. ¿Tendrás bastante con esos sándwiches?

—Los que me haces tú nunca me los acabo.

Esto es insoportable.

—Bueno, si me disculpáis, tengo que arreglarme para ir a trabajar —digo, y me voy a mi habitación.

—Mia, ¿quieres ver la tarjeta que me regaló Oliver por el Día de la Madre? —pregunta Belinda alzando la voz—. Es muy bonita, tienes que verla.

¿De verdad ha venido desde casa con la tarjeta? Quiere que la vea porque es un símbolo gigantesco del papel que desempeña en la vida de Oliver; un papel que, según las tarjetas de felicitación, no desempeño yo. El año pasado, le hizo una tarjeta enorme y a mí nada, claro, porque yo soy la madrastra. He aprendido a no entristecerme por eso. Bastante cargado de significado está ya el Día de la Madre. Estoy segura de que, si existiera el Día de la Madrastra, Oliver me haría algo precioso.

Belinda saca la tarjeta del bolso.

—«Quiero a mi mamá. Besos, Oliver» —lee en voz alta—. Me encanta. Yo también te quiero, dame otro abrazo, Oliver.

Pero Oliver no la abraza, lo que sin duda a ella le produce un escalofrío. En lugar de abrazarla, saca otro papel de la mochila.

—Ayer se me olvidó dártelo, pero también dibujé esto. Es nuestra familia.

Me enseña una tarjeta, tan fascinante como halagüeña. Son tres figuras de adultos hechas con palotes, un niño y un gato.

—Ay, pobre —dice Belinda—. Qué poco ha progresado en dibujo. Se nota que no lleva el arte en la sangre.

Yo no le hago ni caso. Es la primera vez que Oliver me incluye en un dibujo. Y además ha dibujado también a Paloma y eso me alegra el alma. Pero el detalle más asombroso de todos, el que me emociona de verdad, es el único toque de color que hay en esas figuras humanas: mi pelo. Una cabellera salvaje y roja sobre mi cabecita de alfiler. Llevo casi siempre el pelo recogido y bien peinado. Que me haya pintado así me parece un rasgo de intimidad, mucho más que si me hubiera retratado con mi otra apariencia, como la profesional que soy durante mi jornada laboral. Así es como piensa en mí: relajada y en casa por las mañanas, preparándole sus sándwiches favoritos con el pelo alborotado.

—Qué maravilla, Oliver. Es precioso. Voy a ponerlo en la nevera.

Paso junto a una Belinda que está temblando, cojo un imán en forma de gato que Oliver me regaló una vez por mi cumpleaños y pego el dibujo con él.

—Ya está. ¿Quién iba a decir que esto era lo que le faltaba a nuestra cocina?

Oliver parece muy satisfecho de sí mismo. Por el dibujo, más que por la tarjeta. Pero yo ya me he cansado de esta batalla de madres y, además, tengo que prepararme para ir a trabajar.

—Pasadlo bien de camino al cole. Adiós, Belinda.

—Despídete de la tía Mia —dice ella.

No me ve poner cara de fastidio mientras voy hacia mi cuarto. Se

refiere a mí como «la tía Mia» desde el día que nos conocimos. Le desagrada el término «madrastra» y ve mi papel en la vida de Oliver como una amenaza extrema. Es una pena, además de ser innecesario, porque yo no trato en absoluto de sustituirla como madre. Belinda es una mujer increíblemente insegura; debe de ser agotador estar en su pellejo. Yo procuro comunicarme con ella lo menos posible porque sé que cualquier movimiento en falso puede desestabilizar su frágil equilibrio mental.

Por desgracia para ella, el hombre por el que dejó a Tristan no estaba tan convencido como ella y al final no dejó a su mujer. Darse cuenta de que había destrozado su familia y perdido su trabajo por una persona que luego la había rechazado desencadenó en ella una serie de comportamientos muy poco saludables. El resultado fue que su amante se presentó en casa para decirle a Tristan que pediría una orden de alejamiento si Belinda no los dejaba en paz a su familia y a él. A Tristan la llegada de su rival le produjo tal bochorno que casi no consiguió articular palabra. Sospecho que había fantaseado con hacerse el machote si alguna vez se encontraba cara a cara con él, y al final fue todo lo contrario. A mí me encantó, la verdad. Fue muy amable con el hombre, que le habló como si fuera el padre de Belinda. Pensando sobre todo en Oliver, Tristan le dijo que hablaría con ella. Yo me escondí en la cocina con Paloma e hice como que no estaba en casa.

Cuando volvió a entrar, con la cara blanca por el susto, lo llevé al asiento de la ventana, apoyó la cabeza en mi regazo y se echó a llorar. Es un hombre muy sensible, pero no sabe desenvolverse sin una esposa. Su madre era una mujer muy dominante que no le dejaba hacer absolutamente nada. Desde que murió, Tristan ha intentado encontrar eso mismo en sus parejas. Necesita que lo adoren y lo cuiden; en realidad, es muy básico. Lo que aprendes de tu madre puede marcar la tónica de toda tu vida. Yo confío en que Oliver salga bien, gracias a mi influencia.

Cuando por fin se van los tres, me meto en el cuarto de baño y abro el grifo de la ducha. Dejo la puerta abierta para que Paloma pueda entrar y salir, un lujo del que disfruto mucho cuando no hay nadie en casa. No sé por qué tiene esa obsesión con el agua corriente,

pero cada mañana, cuando abro el grifo, se mete en la ducha y se asoma al borde con mucha cautela mientras bebe del suelo. Por suerte para ella, el agua tarda un poco en salir caliente. Siempre sé cuándo ha alcanzado la temperatura adecuada porque Paloma da un brinco como si la estuvieran atacando y se mete de un salto en la bañera para lamerse todo el cuerpo.

Mientras me lavo, se sienta en el lavabo y me observa. Yo le ofrezco siempre un buen espectáculo y dibujo un corazón en la puerta de cristal quitando el vapor con la mano para que me vea con claridad. Mueve la cabeza a un lado y otro mientras me enjabono, llenándome de burbujas. Cree tener ciertos derechos de propiedad sobre mi cuerpo y, evidentemente, se pregunta qué narices estoy haciendo. A veces me lamo el brazo para mostrarle que me estoy lavando. Eso parece gustarle.

Hace muchos años que sigo la misma rutina cuando me ducho. Primero me lavo el pelo con champú dos veces, luego me lo aclaro hasta que noto que rechina y por último me pongo suavizante en el pelo, las piernas y las axilas. Me afeito rápidamente el cuerpo con una cuchilla y luego me aclaro el acondicionador del pelo, pero no del todo; si queda un poquito, parece que es más fácil peinárselo y que el peinado aguante. Me pongo exfoliante en la cara dos veces por semana y me restriego la espalda con un cepillo de mango largo. Es un lujo tan exquisito que, si no estuviera tan concienciada con el medioambiente y la necesidad de ahorrar agua, me pasaría horas así, debajo de la ducha. Pero tal y como están las cosas, solo me permito ese sencillo placer durante treinta segundos que voy contando en voz baja para no pasarme de la raya.

Cuando salgo, Paloma me lame las gotas de los pies mientras me lavo los dientes. Me encanta cómo rasca su lengua áspera. He pensado a menudo en lo maravilloso que sería que me lamiera toda la espalda cuando estoy tumbada en la cama. La dejaría hacerlo horas y horas. Una vez oí una historia sobre una mujer que se untaba la vagina con Marmite para que su perro se la lamiera. Me llegó a través de un amigo que dice conocer al hombre que la pilló haciéndolo, así que es una fuente bastante fiable. Yo no fantaseo con nada tan retorcido, pero sí que me planteo ponerme pegotes de queso de untar en la espalda para animarla. Le encanta el queso de

untar. Sería eso o atún, aunque creo que estar cubierta de atún me daría tanto asco que no me dejaría disfrutar de lo otro. Además, se pone malita si toma mucho queso, así que creo que es mejor que deje eso para mis fantasías y me compre un rascador de espalda.

Tristan nunca se ha recuperado de la vez que se le acercó sigilosamente por detrás y le lamió los huevos mientras estábamos tumbados en la cama, después del coito. Estoy segura de que le dio un susto terrible, pero, si se atreviera a decir la verdad, no me cabe duda de que diría que en realidad le gustó bastante. La sociedad nos enseña a controlarnos a lo bestia, pero me apostaría algo a que antiguamente se embadurnaban con atún para que sus animales les lamieran Dios sabe dónde. Admiro a la señora del Marmite; a un perro difícilmente se le puede obligar a hacer algo que no quiere hacer, así que seguro que no fue un abuso. No es como si se lo hubiera hecho ella al perro.

Me pongo unos pantalones negros de vestir y una camisa azul metida por dentro, las dos cosas de Stella McCartney. Nadie tiene por qué saber que los encontré en una tienda de saldos. Me recojo con esmero la melena roja y rebelde y me adorno con joyas de Isabella May, porque es importante lucir la marca en todo momento. Me pongo una buena capa de base, sombra de ojos marrón, rímel, colorete rosa en crema y pintalabios a juego. Llevo botines puntiagudos y un cinturón de hebilla grande. Me visto como creo que debe vestirse la directora ejecutiva de una empresa. Elegante, seria y formal. Es un papel que he aprendido a interpretar a la perfección. Una versión de mí misma mucho más prudente que la que fantasea con que su gata le lametee todo el cuerpo.

Si procuro que mi vida se rija por la rutina y el orden, es por un buen motivo. Si no lo hiciera, con una mente como la mía, me metería en un montón de líos.

5

Como de costumbre, estoy en mi mesa antes de que den las nueve. Nuestra oficina es un local de ciento cincuenta metros cuadrados en una nave bastante grande del noroeste de Londres. Soy muy estricta y me gusta controlar la hora a la que llega todo el mundo. Que el personal llegue puntual es una constatación de que acerté al contratarlo y me hace sentir que hago bien mi trabajo. Me tomo muy en serio mi papel de directora ejecutiva de Isabella May Joyería. Veo que Fliss ya ha llegado. Es una de las dos diseñadoras que trabajan en el taller, nunca llega tarde y su trabajo es impecable. Se pasa todo el día currando con los AirPods puestos, escuchando pódcast que a veces la hacen reírse a carcajadas, pero nunca parece distraída. Sonrío al entrar y me devuelve la sonrisa. Agradezco la falta de cumplidos y el reconocimiento de que estamos aquí para hacer nuestro trabajo y no tenemos por qué perder minutos valiosos enterándonos, solo por cortesía, de detalles de la vida de los demás que en realidad no nos importan.

Isabella May es una marca pequeña, pero que ha llegado muy lejos. Muy poco de ese éxito se debe a la propia Isabella May. Aparte de pedirles a sus amigas famosas que se pongan nuestras creaciones, su verdadera función en la empresa aún está por descubrir. Siempre llega tarde. Lo cual, supongo, es una de las muchas ventajas de que tu nombre figure encima de la puerta. Yo me atribuyo el mérito de nuestro éxito, y el Premio Nacional de Joyería al Equipo del Año 2019 que descansa en una estantería detrás de mí se debe a las personas a las que he contratado y a mi forma de dirigir el taller. Puede que Isabella sea la cara de esta empresa, pero yo soy su columna vertebral. Lo que no impide que el año pasado fuera muy duro. Las ventas han bajado porque cada día aparecen más marcas y la competencia es cada vez más feroz. Necesitamos algo que nos impulse al siguiente nivel, y nuestro proyecto actual de conseguir que nuestras joyas se vendan en Selfridges es fundamental para que podamos seguir creciendo.

El siguiente en llegar después de mí es Ajay, nuestro digital manager. Creó la página web, gestiona nuestras redes sociales y finge que le interesan las joyas por un sueldo poco competitivo, mientras, por otro lado, se dedica a crear su propio imperio. Dice abiertamente que está desarrollando «bombones de cánnabis» y que los tendrá listos en cuanto el Gobierno despenalice su consumo y le permitan comercializar su fórmula ganadora (según él, claro).

Ojalá todos en la oficina fueran tan simples como Ajay. Cuando en un grupo solo hay un hombre y cuatro mujeres, se hace muy evidente lo dramática que es la experiencia de ser mujer. Isabella está empeñada en contratar sobre todo a mujeres porque cree que eso le da buena imagen. Se las da de ejecutiva concienciada y la expresión «dirigido por mujeres» suele aparecer en las numerosas mesas redondas que organiza. Yo no me opongo; nuestras empleadas son mujeres brillantes y trabajan un montón, pero hace un par de años reduje drásticamente el tamaño de la oficina. Ahora externalizamos el marketing, la atención al cliente y el control de calidad y tenemos otro taller a las afueras de Londres para reducir costes. Eso hizo que hubiera muchas menos mujeres en la oficina. Sé que es muy antifeminista decirlo, pero desde entonces todo se ha vuelto un poco más fácil. La mayoría del trabajo siguen haciéndolo mujeres, pero, como no vienen aquí, no tengo que oír hablar de sus noches de insomnio, sus calambres menstruales y su intolerancia al gluten. Dicho esto, Isabella vale por todas. Es un calambre menstrual constante. Le han servido la vida en bandeja de plata y no me da ninguna pena que sea incapaz de pasar el día sin sufrir alguna crisis personal. En el trabajo soy muy reservada. Yo solo vengo aquí a destacar por hacer bien mi trabajo, no por ninguna otra cosa.

—Buenos días, Ajay —digo desde mi mesa.

—Buenos días, nena —responde.

Pensaba poner fin a esa costumbre en nuestra próxima reunión de evaluación, pero ahora pienso que quizá convenga atajarla de inmediato. Comprendo que, por ser el único hombre de la oficina, Ajay no puede decir o hacer casi nada que no parezca sugerente, coqueto, condescendiente o sexual. Está en una posición muy difícil. Pero ¿llamarme «nena»? Eso sí que no.

—Ajay… —Me acerco a su mesa mientras se quita el abrigo liberando una violenta oleada de olor a aftershave.

—¿Qué pasa, nena? ¿Algún problema? —contesta sin darse cuenta de que el problema es su forma de hablar.

Cuelga el abrigo en el respaldo de la silla y veo que en su camiseta pone «VOY COLOCADO. QUE NO CUNDA EL PÁNICO». Sus deportivas siempre parecen nuevas y nunca lleva el pelo ni más largo ni más corto; le llega siempre justo por encima de las orejas, con la raya al medio, muy al estilo de los noventa. Seguramente lo lleva así con intención irónica, igual que el resto de su ropa hip-hop. Lleva un montón de joyas, ninguna de Isabella May, pero eso es lógico porque no diseñamos para hombres, a pesar de que he sugerido muchas veces que deberíamos hacerlo. A las mujeres les gusta comprar joyas, pero no siempre tienen que ser para ellas. Yo, si me pidieran mi opinión, diría que a Isabella no le gustan los hombres, lo que es muy raro teniendo en cuenta que su padre le ha dado siempre todo lo que quería.

—¿Te importaría no llamarme «nena»? No me parece muy apropiado —le digo amablemente pero con autoridad.

—Ah, sí, vale. Perdona. Ni siquiera me doy cuenta. Llamo «nena» hasta a mi madre y a mi perra.

—¿Llamas «nena» a tu madre?

—Sí, a ella no le molesta.

—¿Estás seguro de que no?

—Sí, no le molesta. Y si a alguien no le molesta una cosa, esa cosa no importa, ¿no?

Es un argumento tan contundente que no sé qué responder, menudo fastidio.

—Bueno, pues a mí sí me molesta que los miembros del personal me llamen «nena». Prefiero establecer límites más estrictos. Así que, si puedes llamarme Mia, genial.

—¿O jefa?

—Vale. Si te cuesta llamarme por mi nombre y te parece necesario usar otro apelativo, supongo que no me importa que me llames «jefa».

—De acuerdo, jefa —dice—. ¿Un café?

—No, gracias, ya he tomado en casa. ¿Tú no?

—Qué va, ne… Digo, jefa. Mi madre no toma café y solo compra del instantáneo, que es una mierda. Me gusta más el que tenemos aquí.

—¿Y no podrías comprarlo tú? —sugiero cuando se da la vuelta.

Se va a la cocinita y deja el ordenador encendido, listo para empezar a trabajar, pero sin humano que lo maneje. Vuelvo a mi mesa y lo observo a través del cristal mientras se prepara sin prisas la perfecta taza de café. Fliss tiene encima de la mesa un vaso de café para llevar que ha comprado al venir para acá. Por eso es mi favorita.

Siempre me ha llamado la atención que la gente sea tan quisquillosa con el tipo de cafetera que tenemos en la cocina. Es como si tuvieran derecho a exigir tecnología punta para prepararse una taza de una bebida que deberían tomarse en su casa. Algunos odian la cafetera francesa, tan silenciosa, porque es lenta y requiere esfuerzo. La cafetera de filtro tiene el inconveniente de que a quien le tocan los posos se cabrea. En un momento dado alquilamos una cafetera de bar, pero nos deshicimos de ella al cabo de una semana porque su funcionamiento casi me induce al asesinato. Los golpes en el lateral del cubo para sacar los posos; el ruido ensordecedor de los granos al molerlos, que empezaban a sonar en cuanto me ponía a hacer una llamada importante… Al final, optamos por una cafetera de cápsulas, una Nespresso grande. Yo la odio. Odio los residuos que genera y la cantidad de cápsulas que hay que encargar. Nadie las tira al cubo del reciclaje. Además, creo que el hecho de que sea tan mona hace que la gente beba más café del necesario. A las cuatro de la tarde ya están todos bostezando. El café es en realidad un símbolo de egoísmo. Odio todo lo que representa. En cambio, disfruto mucho con una buena taza de Nescafé Gold, así

que me siento un poco identificada con la madre de Ajay. Ese esnobismo respecto al café instantáneo me alucina. Es una bebida que ha alimentado guerras. ¿De verdad cree alguien que los soldados de la Segunda Guerra Mundial se levantaban y se ponían a moler café antes de salir a defender su país? No. Hervían agua, echaban una cucharadita de gránulos mezclados a la perfección en una taza, añadían un poco de leche UHT y se ponían manos a la obra. Si Ajay fuera un soldado, estaríamos todos muertos a la hora de comer.

La siguiente en llegar, a las nueve y seis, es Audrey, una chica extremadamente temperamental y emotiva.

—Lo siento, lo siento. Qué pesadilla en el metro… —dice, lo que puede ser cierto o no.

—Son cosas que pasan —le digo al mismo tiempo que la miro con dureza.

Parece disgustada, lo que no es nada raro. Como jefa, me pone muy nerviosa porque siempre parece al borde de una crisis. Mientras que otras personas procuran mostrar lo mejor de sí mismas en el trabajo, ella no lo ve necesario. En parte me maravilla que alguien se niegue a comportarse como los demás esperan que nos comportemos. Pero en parte también soy su jefa y me resulta muy molesto.

A veces la sorprendo hablando con Fliss del hombre con el que sale. Por lo visto, es mucho mayor que ella y está casado. Audrey es muy guapa y tiene unos veinticinco años, así que no me explico por qué sigue con ese tipo; a él no parece que su relación le importe gran cosa. Oigo que le dice a Fliss que a veces se pasa semanas sin verle. Siempre se nota cuando han pasado la noche juntos porque ella llega dando brincos y gorjeando como un pájaro. Esos días diseña joyas pasablemente, pero la mayoría de las veces su producción es mediocre. Isabella, aun así, se niega a deshacerse de ella. Creo que es porque Audrey es la única empleada que contrató sin consultarme. Mantenerla es un acto de orgullo, más que nada.

—¿Alguien más está de bajón? —pregunta en general, sin ningún interés por que le respondan.

—Te lo juro, tío, la solución es la maría. Cuando el Gobierno la apruebe, la gente dirá «Joder, qué bien me siento» —dice Ajay.

—Yo no puedo consumir maría, me da muchas ganas de comer.

Al oír eso, me entra la risa. Se pasa el día comiendo y deja que los platos sucios se acumulen en su mesa y allí se quedan durante días, hasta que viene la señora de la limpieza. Otra costumbre horrible de Audrey es que tira constantemente al suelo el cojín que, según dice, necesita para la espalda. La gente se pasa el día esquivándolo y nadie parece ver la necesidad de recogerlo. Casi todos los días, dos veces como mínimo, salgo hecha una furia de mi despacho, recojo el cojín, se lo doy y le digo: «¿No te has dado cuenta de que esto estaba en el suelo?», a lo que siempre responde: «Ay, gracias». A los hombres mayores esas cosas no les gustan, ya no están para ocuparse del desorden de una jovenzuela. Audrey va a tener que ponerse las pilas si quiere que siga interesado en ella.

Y, por último, a las 09:33, llega Isabella. Va muy guapa, como siempre. Vaqueros ajustados, botas hasta la rodilla, chaqueta corta y cadenas y aros de oro de su marca. Tiene el pelo castaño brillante, con reflejos perfectos, y va muy bien maquillada, pero, como de costumbre, tiene cara de enfado.

—Uj. —Es lo primero que dice, refiriéndose a cualquier penalidad en la que se esté regodeando esta mañana.

—Uj —le respondo, porque llega tarde.

Deja el bolso de golpe encima de la mesa y suelta:

—¡Joder con Cressida! Nunca hace lo que le pido.

Ah, sí, Cressida, la niñera que ya no puede más. Una cuidadora profesional con años de experiencia e hijos propios que tiene que soportar que la menosprecie y la mangonee una incapaz como Isabella, quien, además de ser un manojo de ansiedades, está celosa de que su hija quiera a su niñera más que a ella.

—¿Qué no ha hecho esta vez? —pregunto de mala gana.

—Nada, joder. Poppy ya estaba despierta cuando llegó esta mañana. Tenía que llegar a las seis y media y llegó a menos cuarto. ¡No puede ser! Poppy se puso a chillar.

Se le escapa por completo lo paradójico que es lo que está diciendo sobre la impuntualidad.

—¿Y has tenido que ocuparte de ella quince minutos tú sola?

Me lanza una mirada de advertencia.

—Soy madre soltera, Mia, necesito ayuda, no lo niego. No hay por qué avergonzarse del cuidado de los hijos cuando eres madre soltera y tienes un negocio, ¿vale?

—Lo sé, lo sé.

—Tú no lo entenderías.

—¿Por qué?

—Porque no eres madre. Y porque estás casada. No tienes ni idea de lo dura que es mi vida.

He tenido que aprender a morderme la lengua. Es verdad, no tengo ni idea de lo que es tener un padre que actúa como mi banco personal para que yo pueda hacer lo que me dé la gana y solucionar todos mis problemas a golpe de dinero. Debe de ser horrible.

—Feliz Día de la Madre, aunque sea con retraso —le digo para quitar hierro al asunto.

—Sí, como si a mi hija de tres años le importara una mierda.

Hay múltiples versiones de Isabella que conviven entre sí. Una de ellas es una excocainómana muy nerviosa a la que la prensa llama «la mejor amiga de las estrellas». Lleva toda la vida en el candelero, haciéndose amiga de cualquiera que esté de moda. Es una fiestera,

una it girl, hija de un empresario muy rico que, en vez de darle apoyo emocional, le da apoyo financiero. Para ser justos con ella, hay que decir que tomó una decisión acertada cuando, a los treinta años, se dio cuenta de que siempre sería un apéndice de sus amigos famosos, en vez de brillar por sí misma. Empezó a hacer joyas y a adornar con diamantes el cuello de sus amigas, a pedirles que la mencionaran en las entrevistas y a servirse de sus contactos para que sus diseños acompañaran los vestidos de fiesta en la gala de los premios BAFTA o los Pride of Britain. Una publicidad estupenda. Pero el hecho de que aparezca siempre en las páginas del corazón como «Isabella May, diseñadora de joyas» no se traduce en ventas sostenibles. Necesitamos un mayorista para mantenernos a flote. Si queremos perdurar, tenemos que entrar en Selfridges.

Isabella intenta además, incansablemente, hacerse un hueco como creadora de opinión. Siempre está participando en alguna mesa redonda sobre cosas absurdas como «¿Puedo ponerme bótox y seguir siendo feminista?». Ella opina que sí, a juzgar por su frente. No es una crítica, yo llevo cinco años sin poder fruncir el ceño, pero no entiendo la utilidad de subirse a una tarima a debatir si dejo en la estacada a las mujeres por ponerme una inyección de nada para borrar los signos del envejecimiento. Esa faceta suya se empeña en ser una heroína. Está superconcienciada y es luchadora y progresista. Pero es una fachada. Puro fingimiento. Una actuación. Es progresista porque es bueno para el negocio, no por convicción personal. Bueno, eso creo, por lo menos.

—Tenemos una reunión de equipo a las diez, si te apetece —le digo. Nunca sé por dónde va a salir.

—Claro que me apetece, Mia. Pero primero tengo que prepararme el desayuno.

Por el rabillo del ojo, veo caer el cojín Audrey. Puede que Isabella se tropiece con él cuando vaya a prepararse el desayuno que debería haberse tomado en casa. Diría que así escarmentará, pero seguramente no sea así.

La reunión empieza tarde porque Isabella está en la cocinita

poniendo cucharaditas de semillas de lino, cáñamo y chía en un bol con copos de avena y leche de avena que ha tenido que calentar tres veces para que estuviera perfecta. Los demás la esperamos pacientemente, escuchando los pitidos del microondas mientras nos preguntamos cuándo considerará que ha alcanzado la temperatura deseada. Pasado un rato entra sujetando el bol con un paño de cocina para no quemarse las manos. Sopla el desayuno mientras camina y por fin se sienta para que podamos empezar de una puta vez.

—Bueno, ¿qué hay en el orden del día? —pregunta.

—Quiero que repasemos lo que vamos a llevar a la reunión con Selfridges para asegurarme de que está todo como debe —le digo, poniéndome manos a la obra—. Y, Ajay, ¿podemos hablar del paquete digital que estás preparando?

—Por eso no te preocupes, Ajay y yo ya lo hemos arreglado —dice Isabella, soplando el vaho que despide el bol.

—Así es, nena —añade Ajay, crispándome los nervios.

—¿Ah, sí? —digo, sorprendida. Es muy raro que sucedan cosas sin que yo tenga que insistir cien veces—. Entonces lo tacho de la lista. Estoy deseando verlo. Bueno, ¿qué hay de las piezas que vamos a llevar? ¿Cómo van, Fliss?

—Genial, están quedando muy bien.

—Estupendo, justo lo que quería oír.

Fliss es el único miembro del equipo que hace avanzar el negocio sin necesidad de reafirmación y motivación constantes. Es atrevida, segura de sí misma y perfectamente equilibrada, además de tener mucho talento. Estoy deseando ascenderla a jefa de diseño, pero Isabella cree que, si lo hacemos, la gente pensará que ella ya no diseña. Y así es. Gracias a Fliss, hemos pasado de ser una marca que hacía collares aburridos y sentimentales para que novios aburridos y sentimentales se los regalaran por San Valentín a sus novias igual de aburridas y sentimentales, a ser una marca de joyería muy valorada, favorita de las famosas y sobre la que las revistas quieren

escribir. Isabella se atribuye todo el mérito, pero es Fliss quien ha convertido la marca en lo que es. Estoy muy orgullosa de haberla contratado, es todo un hallazgo. Se graduó en el Saint Martins College of Art y luego trabajó en el departamento de compras de Net-a-Porter, pero no estaba contenta allí, ella quería crear. Fue entonces cuando la conocí y le pedí que me ayudara a dar un giro de ciento ochenta grados a nuestra marca. No podría haberlo hecho mejor. Es evidente que Isabella le tiene mucha manía, hasta el punto de que chasquea la lengua cuando ella habla, aunque intente fingir que se ha quemado con el desayuno. A Fliss no parece importarle. Es una de esas mujeres que son como bailarinas: se desenvuelve con una elegancia con la que se nace o no se nace. Ignora educadamente la grosería de su jefa y me enseña un collar que enseguida me doy cuenta de que es una preciosidad.

—Quería añadir esto a la propuesta. Acabo de terminarlo.

Es un collar largo y dorado, con un gran colgante cóncavo en forma de disco. Está perfectamente envejecido y tiene un precioso grabado de un pájaro. Es impresionante.

—Claro, está genial, podemos añadirlo —digo levantándome para verlo más de cerca. Me parece oír refunfuñar a Isabella.

—Lo he hecho con metal procedente de comercio justo. Creo que podríamos hacer toda una colección así. Hay una tendencia muy fuerte hacia la sostenibilidad y el comercio justo. Leí una entrevista con uno de los jefes de compras de Selfridges, es lo que están buscando, así que quizá convenga añadir algo a la propuesta que demuestre que nosotros también vamos en esa dirección.

—Pero no es así —replica Isabella—. Entiendo que quieras salvar el mundo, pero la sostenibilidad es cara. Yo empleo sobre todo a mujeres. No se puede abarcar todo.

—Ganaríamos en ventas lo que gastáramos en materiales. Es lo que quiere la gente.

Está claro que Fliss se ha documentado. Yo llevo mucho tiempo intentando hablarle de ese asunto a Isabella. Pero es como intentar venderle un cepillo de pelo a Boris Johnson.

—Las marcas que tienen una historia detrás parecen ir muy bien. He pensado que podrías construir una narrativa en torno a las personas que empleas —dice Fliss, intentando por todos los medios hacerla entrar en razón.

—La marca ya tiene una historia. La mía.

Isabella nunca entrará en razón. Ha aprendido de su padre que no hacía falta molestarse.

—Entiendo lo que dice Fliss —digo, porque me doy cuenta de que Fliss necesita apoyo. Y porque no estoy nada segura de que el hecho de que una joven blanca y rica reciba un montón de dinero de su papá y consiga que sus amigas famosas se pongan sus creaciones sea el tipo de historia que busca la gente—. El peligro, supongo, es que la gente te vea como una privilegiada y no apoye la marca.

—Podría decirse lo mismo de mucha gente. ¿Qué me dices de Stella McCartney? —replica Isabella, defendiéndose con uñas y dientes.

—Ella no es solo una hija de papá, es mucho más —dice Audrey intempestivamente.

—¡Perdona, pero yo también! —le espeta Isabella—. No creo que mi historia se limite a mi dichosa relación con mi padre. Se trata de mí y de los contactos que he hecho, y de mi posición en el mundo de la moda y los medios de comunicación. Y de cómo he construido esta marca desde cero.

—Sí, con cerca de cuatro millones que te dio tu padre —dice Audrey, echando más sal en la herida. El descaro con que contesta a Isabella es increíble. Pero ha conseguido lo que quería: Isabella se ha callado.

—Mira —continúa Fliss—, Stella creó una marca totalmente vegana. Esa es la historia, en realidad, no su padre. Creo que nosotros podemos hacer algo parecido. En torno a la sostenibilidad y la gente a la que das trabajo.

—A mí me encanta la idea —digo con un arrebato de entusiasmo.

—A mí también me gusta —añade Ajay—. Creo que una colección

inspirada en mi madre estaría muy bien.

Isabella pone los ojos en blanco.

—También estaba pensando que podría ir a la presentación, teniendo en cuenta que muchos de los diseños son míos —dice Fliss con firmeza. Esto está siendo una clase magistral sobre cómo conseguir lo que una quiera. Es una lástima que Fliss esté hablando con una pared—. Podría hablarles de cómo han surgido los diseños y contarles cuáles son mis fuentes de inspiración. Este está inspirado en uno que tenía mi abuela. Mi abuelo encargó que se lo hicieran cuando se casaron en Trinidad y es precioso. El original también tiene grabado un colibrí, se conocen dieciocho especies de colibríes en la isla. Mi abuelo llamaba a mi abuela su colibrí y estuvieron casados sesenta y cuatro años. Por eso siempre me han gustado tanto.

—Quizá podrías llevar también el original para enseñárselo —digo para animarla.

—Ah, pues sí, se lo pediré a mi abuela, seguro que le encantará. También he pensado que podríamos desarrollar la idea de las colecciones inspiradas en nuestros animales favoritos. A muchos nos transportará a nuestra infancia y a nuestras distintas culturas. Creo que sería una forma muy bonita de presentarnos a nuestros clientes. Hemos ganado el premio al Equipo del Año, pero nadie sabe quiénes somos. ¿Podríamos enseñárselo?

—Me encanta —dice Audrey—. Yo podría hacer gatos.

Casi me atraganto.

—Bueno —digo en tono educado—, la verdad es que de los gatos me encargaría yo. Tengo una gata. ¿Tú tienes gato?

La existencia de Paloma es seguramente la única parte de mi vida privada de la que hablo en la oficina, y que Audrey diga eso hace que me sienta invisible.

—No, pero eso no significa que no me gusten.

—Sí, ya, pero yo tengo uno, así que eso significa que los gatos me

tocan a mí —digo como una niña.

Me miran extrañados. Yo lo obvio y me pongo a fingir que escribo algo.

—Bueno, vale, entonces me quedo con los perezosos —resopla Audrey—. Aunque tampoco tengo uno, ¿tú sí?

—¿Con los perezosos? —dice Isabella, horrorizada—. ¿Quién quiere un perezoso colgando del cuello?

—Yo —contesta Audrey, y se miran la una a la otra más tiempo del prudencial.

—Yo me quedo con los perros. Placas de identificación para chicos. Molaría un montón —dice Ajay.

—¡Ni hablar! —estalla Isabella como si no soportara oír ni una palabra más—. Perezosos, gatos, perros, pájaros… ¿A quién le importa qué animales les gustan a los empleados? No puedes venir a la reunión, Fliss, ya habrá demasiada gente en la sala. Y ya sabes que apoyo las reivindicaciones de los negros y el ascenso de las mujeres negras porque he participado en un montón de mesas redondas sobre el tema, pero esto no es relevante para la marca —añade, quedando como una idiota—. Además, ¿acaso hay colibríes en el Reino Unido? Por supuesto que no.

—¿Que no es relevante para la marca? Es relevante para mí y yo forma parte de esta marca —replica Fliss enérgicamente—. Y ya sé que aquí no hay colibríes, de eso se trata. Mi historia se remonta a la vida de mis abuelos en Trinidad. Me gustaría diseñar una colección utilizando el pájaro como símbolo de esa vida. Eso es una historia. ¡La mía!

—Bueno, algún día tendrás tu propia empresa y podrás hablar de pájaros e ir a todas las reuniones que quieras, pero aquí trabajas diseñando y eso es lo único que necesito que hagas. —Isabella mira un instante a Fliss, pero no puede sostenerle la mirada porque sabe que lo que está diciendo es terrible.

—¿Al menos les hablarás del collar? ¿Se lo vas a enseñar? —

pregunta Fliss, con los hombros erguidos y la espalda recta, firme en su propósito.

Estoy impresionada. Cuando yo tenía su edad, no tenía ese aplomo ni mucho menos. Yo a estas alturas ya habría volcado la mesa o lanzado el café por los aires. Está manejando a Isabella a la perfección. Me quedo callada y dejo que ocupe todo el espacio que necesite.

—No entiendo por qué de repente vamos a relacionarnos con Trinidad. Es un poco aleatorio, ¿no crees?

—No es aleatorio si lo ha diseñado una trinitense —contesta Fliss, y me mira en busca de apoyo.

No se me ocurre qué decir. Intento dar con las palabras adecuadas para apoyarla y poner a Isabella en su sitio sin que se enfade aún más y las cosas empeoren. Pero mi silencio dura demasiado. Le estoy fallando a Fliss y lo sé.

—Pero yo no soy de Trinidad, ¿verdad? Y la empresa se llama Isabella May, no Fliss… Fliss… —Isabella no consigue acordarse de su apellido. Qué vergüenza—. Tú no eres la imagen de esta empresa, soy yo, y quiero que el producto me represente a mí, no a ti. ¿Vale?

—Muy bien. —Fliss se levanta—. ¿Te importa que me vaya? Si no voy a ir a la reunión, no hace falta que esté aquí, ¿verdad? Me voy a terminar mis piezas.

—Sí, vete —contesta Isabella.

—¿Puedo irme yo también? —pregunta Audrey, que lleva unos minutos mirando su teléfono—. Tengo que llamar a mi novio enseguida.

—¡Fuera! —grita Isabella, sobresaltándome. No debería hablarle así al personal.

Ya solo quedamos Isabella, Ajay y yo en la reunión.

—¿Puedo ayudaros en algo más?

—Tú también puedes irte, Ajay, gracias —le digo, y me quedo sentada tranquilamente, en silencio, hasta que se marcha—. ¿Quieres que nos denuncien por discriminación racial? —pregunto después de cerrar la puerta de cristal, tratando de no alterarme.

—Fliss está bien. Le pagamos un buen sueldo.

—Te aseguro que no está bien. Y su idea era muy buena. ¿Distintos miembros del personal haciendo colecciones inspiradas en su animal favorito? Es bonito y original. Deberías pensarlo.

Hace como que no me oye y finge que se pone a hacer algo importante en el ordenador.

—Puede que añada a la propuesta mi primera colección de anillos con piedras natales.

—Me parece mala idea, hemos avanzado mucho desde entonces.

—Forman parte de la historia de mis orígenes. Creía que eso era lo que queríais, ¡una historia! —dice como si eso zanjara la cuestión —. No tenemos fondos inagotables, Mia. Quiero sacar adelante la colección actual y ver en qué situación estamos. Nada de grandes cambios por ahora, ¿vale?

—Te das cuenta de lo importante que es esto, ¿verdad?

—Sí, Mia, es mi empresa. Isabella May soy yo, ¿recuerdas?

¿Por qué no lo pilla? Al comportarse así, está negándole a Fliss el derecho a incorporar su herencia cultural en su trabajo. Nos interrumpe el sonido de mi móvil. Es Tristan. No contesto porque siempre me llama por tonterías y quiero seguir discutiendo este asunto con Isabella y explicarle el daño que ha hecho. Nos miramos fijamente hasta que deja de sonar. Tristan vuelve a llamar, lo que es raro, y empieza a preocuparme que sea algo importante.

—¿No vas a contestar? —me pregunta—. A lo mejor es por tu gata.

Cojo la llamada.

—Hola, ¿todo bien? —pregunto preocupada. Me voy a la cocinita

para tener un poco de intimidad y enciendo el hervidor—. ¿Qué pasa? —Debe de estar en algún sitio con mucho ajetreo, se oye mucho ruido—. Tristan, ¿estás bien?

—No sé qué menú pedir —dice—. Hay muchas opciones.

No debería haber contestado.

—¿Dónde estás? —le pregunto.

—En Mark and Spencer. Puedo coger un sándwich con bebida y patatas fritas o un bizcochito de postre por 4,99 libras. Es una buena oferta, pero no sé qué elegir. Yo quería sopa, pero el sitio de las sopas está cerrado porque se les ha ido la luz y no les ha dado tiempo a preparar las sopas.

—Es muy temprano para comer, ¿no puedes volver al trabajo y decidirlo más tarde? —le digo, por si consigue decidirse por sí solo, si tiene más tiempo.

—No, quiero comer ahora porque tengo una visita las doce y media. Me apetecía atún, pero solo lo tienen con maíz dulce y no me gusta el maíz dulce. ¿Qué más cosas me gustan?

Santo Dios.

—¿Los langostinos con mayonesa?

—Creo que no debería comer pescado. No me parece bien, haciendo tan poco que vimos Seaspiracy.

Eso no voy a discutírselo. Soy vegana desde hace veinte años, desde antes de que fuera fácil o estuviera de moda. Es una manera fantástica de evitar el caos. A menos opciones, menos caos. Además, la carne me da asco y alguna vez he vomitado al ver a Tristan comer animales muertos.

—Te comiste un filete hace un par de noches —le recuerdo.

—Sí, pero no he visto Cowspiracy, así que no me siento tan mal por eso.

—Vale, pues coge la tosta de queso con patatas fritas con sal y vinagre. Siempre te ha gustado. Con pan integral, si puedes. Y una kombucha en vez de un refresco. Y en vez del bizcocho de postre, coge un plátano. Esta noche podemos comer algo rico después de la cena. ¿Vale?

—Vale, gracias. —No cuelga mientras coge la comida—. Creo que voy a coger las patatas fritas con queso y cebolla.

—Lo que te apetezca. Te dejo, cariño, tengo mucho lío.

—¿Cuál es tu sabor favorito, que no me acuerdo?

Por favor, que pare de una vez.

—Las normales con sal, pero ya lo sabes.

—Es que me gusta cómo suena tu voz. Suena muy sexi por… ¡JODER!

—Tristan, ¿qué pasa?

—Se me ha caído la kombucha y se ha metido debajo de un expositor. Sí, sí, es mía. Gracias, sí, voy a por otra.

Obviamente, alguien ha recogido su bebida y ahora les estoy oyendo hablar del asunto mientras me preparo un té que no me apetece.

—Tristan, tengo que seguir trabajando. Esta tarde me toca llevar a Paloma al veterinario y tengo mucho que hacer antes de irme.

No me oye por culpa del jaleo que ha armado.

—Te dejo, Mia, ¡lo siento!

Cuelga mientras Isabella pasa a mi lado, furiosa.

—Ya hablaremos luego por Zoom de la propuesta. Tengo que irme, ha llamado Cressida. Poppy acaba de vomitar y no consigue que se calme.

—Ay, espero que esté bien. Nos vemos por Zoom esta tarde. Tengo cita en el veterinario a la hora de comer.

—¿En horas de oficina? —dice en voz baja.

—¡Gajes de ser madre! —Sonrío como diciendo «¡¿Qué le voy a hacer?!».

Isabella se marcha. Yo me acerco a la mesa de Fliss.

—Fliss, dame el collar —le digo—. Lo llevaré a la reunión con Selfridges y haré todo lo que pueda por ti.

—Gracias, jefa.

Recojo del suelo el cojín de Audrey y se lo tiro antes de volver a mi mesa.

6

Me compro un cupcake de camino al veterinario y me lo como mientras espero a que atiendan a Paloma. Como sé que a Liz va a encantarle, me hago un selfi, cosa rara en mí, y se lo mando.

Por mamá x

Me responde con una carita sonriente y un corazón.

Siempre me ha gustado llevar a Paloma al veterinario. Suele portarse muy bien y goza de muy buena salud, lo que hace que me sienta muy orgullosa. Además, me gusta estar rodeada de amantes de los animales y qué mejor sitio para eso que la sala de espera de una clínica veterinaria. La nuestra me gusta especialmente. Las paredes están llenas de pósteres en los que se ve a humanos abrazando a sus mascotas. Incluso hay una foto de un hombre de unos cincuenta años haciéndole carantoñas a una tortuga. También hay un cartel titulado 100 RAZAS DE PERROS y otro 100 RAZAS DE GATOS. Me pasaría horas mirando el de los gatos. Paloma es una mezcla de varias razas. Me la encontré en la calle cuando era muy pequeñita, así que nunca lo sabré con exactitud, pero tiene el pelaje gris azulado de un azul ruso y la cola a rayas y lustrosa de un gato atigrado. Su carácter se ajusta a la descripción de ambas razas. Es tranquila, cariñosa y fiel. La verdad es que no sé qué más se le puede pedir a un gato.

Me preocupa no volver a sentirme así. No se me escapa, claro, que mi pequeñuela tiene dieciséis años y que el tiempo que pasemos juntas a partir de ahora es un extra, pero no puedo eludir lo inevitable. Todos los gatos me gustan, pero para mí Paloma es excepcional. Temo que otro gato me parezca decepcionante. Intento no pensar en ello, pero esa idea está ahí, en algún lugar de mi mente. Es un miedo que trato de refrenar cuando amenaza con apoderarse de mí. La verdad es que no sé cómo voy a vivir sin ella.

En la sala de espera del veterinario se ve de todo. Hay un tipo con aspecto de duro, de unos treinta años, con camiseta sin mangas y los brazos tatuados. Tiene la cabeza rapada y varios piercings. Uno esperaría que tuviera un perrazo, pero está sentado con un Jack Russell muy bonito en brazos. Este hombre, que aparenta tantas cosas con su imagen, no tiene nada que aparentar con su perro. Lo acaricia y lo abraza con fuerza. El perro le mira con ternura y se queja si su dueño deja de acariciarlo, aunque sea solo un segundo. El hombre sonríe con mucha dulzura para tener ese aspecto tan airado y besa al perro en la cabeza. Salta a la vista que lo quiere con toda su alma.

En el asiento de al lado hay un señor mayor con un gato en un transportín. El gato parece más viejo que su dueño. Al hombre se le ve muy triste, pero de vez en cuando mete el dedo entre los barrotes del transportín y dice:

—No pasa nada, estoy aquí.

El gato maúlla y le olisquea el dedo. Su papá, la persona que lo ha mantenido con vida todos estos años. Miro a Paloma, que está echada tranquilamente en su transportín. Sin hacer ruido, sin asustarse. Le basta con ver que estoy aquí.

Hay una mujer, seguramente de unos cuarenta años, también con un gato. Está muy atareada tecleando en el móvil. Como yo, va vestida con ropa elegante y es probable que haya salido de la oficina para cuidar de su bebé. Parece irritada por lo que sea que está pasando dentro de su teléfono, pero de vez en cuando una patita blanca asoma por la rejilla metálica y ella deja de teclear, arruga la nariz al sonreír y toca la patita con el dedo. La patita se cierra a su alrededor (es un gesto que hacen siempre los gatos) y eso la hace sonreír aún más.

—Qué buena es mi chica —dice—. Ya falta poco.

Y luego hay otro hombre. Un hombre de negocios, trajeado. Está pacientemente sentado con las manos juntas al lado de una jaula con un pajarito amarillo. De vez en cuando, el ave emite un sonido y el hombre se ríe. Cuando el pájaro hace ese sonido dos veces seguidas, su risa se convierte en una carcajada que él intenta

ocultar. Se parte de risa con su pájaro. ¿También es así en casa? ¿Le da un ataque de risa cada vez que el pájaro hace un ruido? Qué mono. Cree que su pájaro es el mejor del mundo, y al pequeñín le encanta hacer feliz a su papá.

Me gusta estar rodeada de amantes de las mascotas. Gente que tiene la valentía de bajar la guardia y admitir que a veces sus amigos peludos les aportan mucha más alegría que los humanos. Me doy cuenta de que aquí me siento muy a gusto, con gente como yo.

—Paloma —dice el veterinario cuando sale a buscarnos.

Me encanta que use su nombre en lugar del mío. Me levanto, cojo el transportín y lo sigo hasta el cuartito con la mesa de metal. Dejo salir a Paloma, que se sienta con mucha calma, esperando lo que venga.

—Qué buena es —dice el veterinario.

—Sí, mucho.

Así es como deben de sentirse las madres cuando sus hijos sacan buenas notas.

—Entonces, hoy solo le tocan inyecciones. ¿Por lo demás está bien?

La coge y la pone en la báscula. Ella ni se inmuta.

—Sí, solo inyecciones. Está genial, sin cambios.

—Me alegro. De peso está perfecta y tiene el pelaje precioso y muy sano.

—Le doy pescado al vapor dos veces por semana.

—Qué suerte tiene. —Detrás de él hay una bandejita plateada con dos jeringuillas. Empieza a desenvolver una—. Esta mañana ha venido una gata de veintiún años. Está estupenda, sin ningún síntoma de enfermedad. Sigue comiendo bien. Está un poco ciega y necesita más aseo, pero, aparte de eso, está perfecta. Da gusto verla.

—Ojalá la mía llegue a esa edad, sería maravilloso.

De repente oigo un alboroto fuera, en recepción. El veterinario está a punto de pinchar a Paloma, pero es evidente que se ha sobresaltado.

—Voy a ver si… —dice haciendo ademán de salir, pero en ese momento se abre la puerta de golpe.

La recepcionista parece agobiada.

—Ben, tenemos una urgencia y tú eres el único veterinario que hay ahora mismo. ¿Puedes?

—Claro. Lo siento, Paloma, enseguida estoy contigo.

Me pide que la vuelva a meter en el transportín, pero ella salta y se esconde debajo de la mesa. Me veo obligada a irme a un rincón de la consulta cuando la recepcionista vuelve a entrar con un hombre y un gato. El hombre parece muy angustiado. No puedo salir porque están bloqueando la puerta y Paloma sigue debajo de la mesa, y ellos están alrededor. El veterinario parece preocupado por el gato enfermo, así que doy un paso atrás y procuro pasar desapercibida. Paloma se ha quedado muy quieta y yo también.

El hombre está llorando, le cuesta respirar. La enfermera sale a toda prisa y cierra la puerta.

—¿Cómo te llamas, campeón? —le pregunta el veterinario.

—Lee.

—Vale, Lee, ¿puedes decirme qué ha pasado?

—Me lo he encontrado debajo del sofá. Llevaba desaparecido un par de horas, no lo veía por ninguna parte y entonces he visto asomar su cola. No ha salido cuando lo he llamado, mi madre gritaba pidiendo socorro.

—Tranquilo, ya está aquí —dice el veterinario con calma. Palpa al gato, lo acaricia. El animal no se mueve.

—¿Está bien?

—¿Quieres que le haga la reanimación cardiopulmonar? —pregunta el veterinario, y el terror se apodera de la habitación.

—Sí, es el gato de mi madre. Haz lo que haga falta.

Como si la enfermera supiera lo que iba a ocurrir, entra con tubos y formularios y le da uno al hombre.

—Necesitamos su consentimiento —le dice.

Él se seca los ojos y firma el papel. Llora tanto que ni siquiera lee lo que pone. El veterinario se está preparando para hacer algo. El hombre empieza a acariciar a su gato. El veterinario le pide que aparte las manos un momento y apoya la mano en el pecho del animal.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —solloza el hombre.

El ambiente en la sala se ha calmado, el veterinario ya no parece tener prisa. Retira la mano del gato.

—Lo siento mucho, no se puede hacer nada.

¡Ay, no, Dios mío, esto es horrible! Pobre hombre, pobre madre. Y pobre gato. Yo no debería estar aquí, en esta salita, en un momento tan íntimo.

—No, no puede ser. ¡Ay, no, Mocasín! No… —El hombre solloza inclinado sobre su gato.

El veterinario le pone la mano en el hombro y la enfermera le rodea con el brazo.

—Lo sentimos mucho —dicen los dos—. Se nota que lo querían mucho.

Paloma se acerca a mí, así que la cojo y la meto en el transportín. Consigo escabullirme y espero fuera a que vuelvan a llamarme. Unos diez minutos después, el hombre sale con su gato en brazos.

—¿Seguro que no quieres dejarlo aquí, Lee? —pregunta amablemente la enfermera.

—No, mi madre querrá despedirse de él. Siempre ha dicho que quería enterrarlo en el jardín cuando muriera. ¿Cuánto tiempo tengo antes de que empiece a…?

—Unas veinticuatro horas. No lo retrases más, por favor. Nosotros ofrecemos un servicio completo de incineración. Estamos aquí si nos necesitas.

El hombre vuelve a echarse a llorar, de pie en recepción, con todos estos extraños observándole. Me pregunto si se siente a salvo aquí, en una habitación llena de gente que le entiende. Un espacio seguro. Todos le miran con compasión. Se oye murmurar «Lo siento mucho», «Qué pena» y «Oh, pobre gatito». Hasta el hombre del pájaro deja de reírse.

La enfermera le abre la puerta a Lee, que sale con el gato muerto tendido en sus brazos. Es una imagen tristísima.

—Mucho ánimo a su madre —le dice la enfermera cuando sale.

Él se queda fuera como paralizado, mirando fijamente al gato. Solo el correr de sus lágrimas demuestra que está vivo. Y entonces echa a andar despacio, paseando sin prisa, como cuando no quieres llegar a ningún sitio. En la sala de espera, todos nos hemos emocionado. Los dedos se meten entre los barrotes de las jaulas, los perros reposan en el regazo. Todos sabemos que un día nos tocará a nosotros y damos gracias por que no sea hoy. Vuelvo a mirar por el cristal; el hombre casi está doblando la esquina. Siento un impulso incontrolable de correr tras él.

—Vuelvo enseguida —le digo a la enfermera, indicándole que dejo sola a Paloma un momento.

Me dice que no pasa nada; sé que Paloma está en buenas manos. Corro calle abajo, detrás del hombre. Cuando le alcanzo, el peso de su tristeza me golpea como un muro de humo espeso.

—Perdona —le digo—. ¿Hola?

Se para y se vuelve lentamente. Primero me fijo en el gato. Los ojos abiertos, velados, muertos. Miro la cara del hombre. Tiene los ojos

entrecerrados, los hombros caídos, parece inerte salvo porque sigue haciendo lo esencial: respirar, tenerse en pie.

—Eres Lee, ¿verdad? Siento mucho lo de tu gato.

Veo que quiere darme las gracias, pero no puede.

—Hay un grupo de apoyo. Nos reunimos esta noche. Es todos los martes a las siete de la tarde en la iglesia metodista de la calle principal. Un grupo de duelo por la muerte de una mascota. Sé que parece una tontería, pero el duelo es real y hay gente que lo entiende. A lo mejor a tu madre le viene bien, o a ti. Solo quería decírtelo.

Consigue asentir con la cabeza.

—Soy Mia, por cierto. Eme, i, a. —No sé por qué se lo deletreo.

—Casi como miau.

—Nunca lo había pensado, pero es verdad.

Estamos uno frente al otro mirando al gato. Si no tuviera que volver con Paloma, podríamos quedarnos horas así.

—Pensaré en ti y en tu madre —digo al darme la vuelta para alejarme.

—¿Se ha muerto tu gato? —me pregunta por sorpresa.

Me vuelvo hacia él, no sé qué decir. No quiero mentirle. No me parecería bien.

Así que digo lo primero que se me pasa por la cabeza:

—Todos los gatos se mueren, ¿no?

—Sí.

Dándome de bofetadas para mis adentros, vuelvo a la sala de espera. «Todos los gatos se mueren». Qué estupidez.

—Paloma —dice el veterinario, llamándome otra vez—. Lo siento,

¿quieres volver a entrar?

—Sí. Sí, claro. —Le sigo de nuevo.

Esta vez, la habitación me parece mucho menos tranquila que antes. El alma de Mocasín se aferra a las paredes.

7

Esa misma tarde vuelvo a la iglesia metodista. Le he dicho a Tristan que iba a quedarme trabajando hasta tarde para preparar la reunión con Selfridges. Entro y me siento. Tiana, la monitora, ya ha llegado; se está preparando un café instantáneo en la mesa de caballete que hay en la esquina con un hervidor de agua, una caja de té Tetley, un bote de Nescafé Gold y un plato lleno de botecitos de leche. Es todo lo que se necesita. Bueno, no me importaría que hubiera también leche vegana, pero en realidad no hace falta más.

—Bienvenida de nuevo, Mia —dice para que me sienta a gusto, acordándose de mi nombre.

—Gracias.

Las sillas ya están dispuestas en círculo. Hay ocho. No sé si el grupo cambia de una semana a otra. ¿Volverá Greg o la vergüenza de su arrebato del otro día le impedirá asistir? Me pregunto si vendrá Lee. Me gustó poder decirle que había un grupo como este, pero seguramente lo habré asustado con esa tontería que dije de que «Todos los gatos se mueren»; qué agorera.

—Sírvete un té o un café —me dice Tiana sin preguntarme cómo estoy ni dar pie a comentarios que adelanten el comienzo de la sesión.

Aún faltan cuatro minutos. Admiro su puntualidad, es muy profesional.

He estado en grupos de varios tipos a lo largo de los años. Alcohólicos Anónimos no era para mí, ni tampoco el grupo de control de la ira, sobre todo porque no soy alcohólica ni incapaz de controlar mi ira. Mi existencia se basa en el control. De eso tengo de sobra. Es necesario, cuando vienes de un entorno como el mío. También he ido a varios grupos de trastornos de la alimentación,

pero me sentía muy culpable estando entre tantas mujeres jóvenes, y un número sorprendente de hombres, que sufrían esas dolencias. No soy la persona más sincera del mundo, desde luego, pero mentir sobre un trastorno alimenticio me parecía traicionar a esos valientes que buscaban ayuda. Puede que mi gata esté sana y salva, pero mi miedo a que Paloma se muera es lo bastante profundo como para justificar que forme parte de este grupo.

—¿Cómo es que te dedicas a esto? Es un tipo de terapia muy poco frecuente, ¿no? —le pregunto a Tiana cuando se sienta.

—Sí. Antes llevaba un grupo para personas que sufrían de soledad, y con el tiempo me di cuenta de que la muerte de una mascota era la causa del sentimiento de soledad de muchas personas. Pero eso conllevaba vergüenza. O, si no vergüenza, sí la sensación de que su dolor no merecía atención. Por eso formé este grupo. He dejado algunos folletos por ahí, pero sobre todo ha funcionado el boca a boca. Nunca asisten menos de cuatro personas.

—Hoy se lo he contado yo a alguien. A un hombre en la clínica veterinaria. Vi morir a su gato y le hablé del grupo.

—Vaya, qué pena. Espero que venga.

—Yo también. Era el gato de su madre, parecía muy disgustado por ella y…

—Bueno, Mia, por si acaso viene, ¿qué te parece si dejamos que nos cuente él su historia?

—Sí, claro. Por supuesto —digo, avergonzada por haberme puesto a cotillear—. ¿Tú también eres amante de los animales?

—Vamos a esperar. Son las siete menos dos minutos y la sesión está a punto de empezar.

—Claro. Por supuesto. —Otra vez me impresiona el sentido del orden que irradia. Surte un efecto calmante sobre mí.

La primera en llegar es Martha, y me sorprendo al ver que lleva otra ropa distinta. Pantalones anchos y un jersey holgado. Su ropa parece muy cómoda pero no barata. Se sienta en una silla,

aparentemente ajena a su entorno. Sigue con la mirada fija en el suelo. Hace meses que perdió a su gato, ¿no debería haberlo superado ya? No parece que quiera superarlo y, sin embargo, viene aquí cada semana, a un lugar donde la gente la comprende, quizá con la esperanza de pasar página. Me pregunto quién es cuando no está en esta sala. ¿Es así cuando está dentro o fuera de su caparazón?

Luego entra Ada. Esta semana lleva un vestido rojo muy bonito, ceñido a la cintura y con falda de vuelo. Lleva una bolsa de tela roja colgada del hombro y cuando se sienta saca dos paquetes de galletas. Se queda con uno y me pasa el otro.

—Hoy he traído galletas para todos. Compartir es cuidar —dice riendo—. Con algo hay que consolarse. ¿Verdad?

—Qué amable —le digo cogiendo las galletas.

No voy a comerme ninguna porque el relleno de crema no es vegano, pero abro el paquete y se lo ofrezco a Martha. Ella coge una, pero se la deja en las manos en lugar de comérsela.

Nicole llega con aspecto de venir directamente del trabajo. La admiro por estar aquí. No es un lugar muy guay en el que estar, pero viene porque está pasando por algo que quizá sus amigos no comprenden. Sienta bien estar en un grupo en el que te encuentras a gusto.

Tiana empieza a las siete y dos minutos.

—Hola de nuevo a todos, hoy no hay caras nuevas y eso está bien porque así podemos retomarlo desde donde lo dejamos el otro día.

No menciona a Greg ni comenta nada sobre su ausencia. Su silla vacía me parece triste, como de mal agüero. Me pregunto si se habrá suicidado; dijo que a lo mejor lo hacía. Quizá nunca lo sepamos.

—Mia, como la semana pasada no dio tiempo a que hablaras, ¿quieres empezar tú?

Tenía que empezar por mí, claro, es lo más educado. Se me pasan

por la cabeza varios animales imaginarios. Podría decir que se ha muerto mi perro o mi hámster. Podría decir que se ha muerto Paloma, pero eso no puedo ni pensarlo. De repente se abre la puerta y así tengo unos minutos más para pensar. Es Greg. Se acerca a grandes zancadas al círculo y se queda de pie detrás de la silla que hemos dejado para él. En el mismo sitio donde se sentó la última vez.

—Quería pediros perdón por cómo terminé la sesión del otro día. —Le tiembla la barbilla. Intenta hacerse el valiente—. No estuvo bien. Lo siento.

—Gracias, Greg. ¿Por qué no te sientas y empezamos? —dice Tiana.

Se lleva la mano a la cara y se limpia las mejillas, sorbe por la nariz y se sienta. Asiente con la cabeza como felicitándose a sí mismo. Está claro que ha tenido que reunir mucho valor. Ada acerca su silla y le pone la mano en la espalda.

—Me alegro de que estés aquí. Estaba preocupada por ti —dice con amabilidad.

Greg se lo agradece con un gesto, como si fuera a echarse a llorar si habla. Ada deja su silla donde está.

—En realidad no quiero hablar, ¿vale? —le dice él a Tiana, que no se inmuta ante la idea de que alguien esté allí sentado sin decir nada, lo que es un buen presagio para mí.

—Mi hijo también es un poco así —comenta Ada, con la mano apoyada todavía en su espalda—. Se enfada mucho. Su padre nos abandonó y creo que eso le hizo pensar que no valía nada. Yo siempre le digo que es una buena persona y que puede hacer lo que se proponga, pero él cree que nadie va a quererlo como yo. Creo que por eso no se va de casa. Está deprimido. No mueve un dedo y echa la culpa a su mente.

—Yo tengo que fregar los platos porque vivo solo —dice Greg.

A lo que Ada asiente con énfasis, como si acabara de decirle que está entrenando para una maratón.

—Qué bien. Ya tienes una motivación. No te vengas abajo. Eso es bueno, de verdad. Hay días que mi hijo ni siquiera se levanta de la cama. —Nos mira a las demás—. Por eso me hacía tanta falta la Señora Jones, con ella mi casa era menos triste. Sin ella, su depresión me arrastra a mí también.

—Los animales aportan alegría. Perros, gatos, serpientes, hámsteres, da igual. Para eso están las mascotas —dice Tiana—. Una vez tuve a una persona que vino a este grupo seis semanas, ¿sabéis por qué?

—¿Por qué? —preguntamos a coro en voz baja.

—Porque se murió su pez.

Se ríen todos por lo bajo, incluso Martha. Nicole se ríe de verdad, y yo también.

—Y yo que pensaba que sufrir por una serpiente era una tontería… —dice Greg con una sonrisa que le cambia la cara por completo.

Y Ada se ríe tan fuerte que los demás no sabemos dónde mirar. Algo me dice que estaba esperando una excusa para reírse así. Es todo un espectáculo.

—Uy, perdonad —dice al abrir los ojos y darse cuenta de que todo el mundo la está mirando—. Últimamente me río de cualquier cosa. —Se come otra galleta para obligar a su boca a adoptar otra postura.

—Ningún sufrimiento es una tontería, ¿de acuerdo? —dice Tiana, aprovechando nuestra reacción para dejarlo bien claro—. Nada de lo que estáis experimentando es raro ni absurdo ni está injustificado. Cuando muere una mascota, da igual cuál sea, cuánto tiempo la hayas tenido o lo que haya pasado, se sufre y nadie debería deciros que ese dolor no es real.

—Ayer dejé el trabajo —dice Greg abriéndose por completo, en cuerpo y alma.

Tiana me mira como diciendo que lo siente y que pronto llegará mi turno de hablar. Me encojo de hombros. Cuanto más tiempo hable Greg, mejor para mí.

—Un compañero se dio cuenta de que había estado llorando y empezó a burlarse de mí, y me enfadé. No pensaba decir nada, pero le grité que se había muerto mi serpiente y se partieron de risa. Así que hice lo que hago siempre, montar un pollo. Me fui antes de que me despidieran. Ahora además estoy en paro. Soy un pringao de cojones.

—Mi hijo está en paro y no es ningún pringao —dice Ada como si esta conversación la remitiera en bucle a su propia vida—. Tú no eres solamente tu trabajo, eres muchas más cosas. No solo eres tu ira o esa serpiente, por mucho que la quisieras.

—¿En qué trabajas? —pregunta Nicole, interviniendo por primera vez hoy.

—Soy carpintero. Es lo único que sé hacer. Pero también la he cagado en eso, ¿no?

—A veces, una mascota simboliza a una persona y por eso se sufre tanto cuando fallece. —Martha levanta la cabeza lo máximo que la ha levantado aquí—. Bessie no era «solo una gata», como dice mucha gente. Mi marido y yo la adoptamos juntos. No hemos tenido hijos. No fue algo que decidiéramos nosotros, pero tener una gata sí lo fue. No creo que unos padres puedan querer más a un hijo.

La intervención de Martha parece llenar de energía a Tiana, pero aun así me mira.

—Mia, íbamos a llegar a ti, pero…

—No, no pasa nada —le digo, dándole a entender que siga con Martha. No quiero ser el centro de atención y, además, cuanto más se sincera este grupo, más me siento como una farsante.

—Continúa, Martha —dice Tiana.

—Ha habido dos grandes hombres en mi vida. —Separa las manos y se sienta más derecha—. Mi marido y mi padre, que era veterinario. Un hombre encantador. En aquel entonces, si tu padre era el veterinario local, tu casa era como un centro de acogida para todas

las mascotas del lugar. Tuvimos una tortuga gigante viviendo en la bañera unos días. Había pájaros en el armario, serpientes en el sótano, de todo.

Greg esboza una sonrisa y se sienta un poco más erguido.

—Pero también teníamos nuestras propias mascotas. Varios gatos, un periquito y un perro llamado Wally. Wally era el amor de mi vida cuando era pequeña, me pasaba horas jugando con él después del colegio. Solía escaparse, seguramente en busca de conejos o ardillas o algo así. Un día no volvió y me llevé un disgusto tremendo. Fueron pasando las semanas. Me sentaba a esperarlo a la entrada de casa, pero nada. Mi padre salía a dar una vuelta en coche por la noche por si lo veía y mi madre le dejaba comida fuera. Pasadas unas semanas llamó una mujer. Dijo que creía que había encontrado a nuestro perro. Mi padre y yo nos montamos en el coche y fuimos a su casa, pero cuando abrió la puerta estaba llorando. Nos contó que el perro llevaba semanas con ella, que había querido llamar, pero que no se atrevía. Yo me enfadé mucho, recuerdo que quería gritarle «¡Devuélveme a mi perro!», pero mi padre también entendía a las personas, se dio cuenta enseguida de que allí pasaba algo, de que aquella mujer no era mala persona ni nada por el estilo. Nos pidió que entráramos. Dijo que su marido estaba muy enfermo, que había estado muy deprimido y que nada conseguía animarlo hasta que apareció Wally. Nos abrió la puerta de una habitación en la que había un hombre sentado en un sillón. Wally estaba tumbado frente a él. Wally ni siquiera me miró. El hombre parecía desconsolado cuando dijo «¿Es este su perro?». ¿Y sabéis qué contestó mi padre?

—Espero que le diera una paliza por robarte el perro —suelta Greg, salpicándonos a todas de testosterona.

—No. Dijo: «Ese no es nuestro perro. Espero que se recupere usted pronto». Y me cogió de la mano y nos fuimos.

—¿Regaló a tu perro? —pregunta Nicole, ligeramente escandalizada.

—No —responde Martha—. Se lo dio a alguien que lo necesitaba más que yo, que es distinto.

—Eso es increíblemente generoso —le digo a Martha—. Da la impresión de que tu padre era muy buena persona.

Me viene a la mente un recuerdo de mi infancia: mi padre gritándonos furioso una vez que Liz y yo le preguntamos si podíamos tener un perrito. Vuelvo a sepultar esa imagen.

—Sí que lo era. Nunca lo he olvidado porque entonces me di cuenta de lo poderoso que puede ser el vínculo con una mascota. Ese hombre tenía esperanzas gracias a Wally.

—¿Y tú? —pregunta Tiana—. Seguro que lo echabas mucho de menos.

—Sí, pero tenía tres gatos, dos pájaros, un hámster, una cabra, otro perro y un burro llamado Peleón. Y tenía a mi padre. Me hacía feliz saber que Wally era tan querido. —Su cuerpo vuelve a encogerse—. Si os parece, ya basta por hoy.

—Por supuesto —contesta Tiana, que sabe perfectamente que no debe insistir—. Estupendo, Martha. Ha sido un placer oírte hablar con tanta libertad. —Asentimos todos y Tiana se vuelve hacia mí—. Mia, ¿hay algo que quieras compartir con nosotros hoy?

Miro hacia la puerta, triste y frustrada por que no haya venido Lee. Me apetecía volver a verle. Me pregunto si estará en casa con su gato muerto y cómo se habrá tomado su madre la noticia. Si estarán bien. No sé por qué me preocupo por un desconocido, pero así es. He visto a alguien experimentar lo que más temo y pienso mucho en ello.

—Mia —insiste Tiana—. ¿Te gustaría compartir algo con nosotros?

Me miran expectantes. De repente tengo la boca tan seca que casi no puedo moverla.

—Estoy bastante nerviosa.

—A mí también me pasa —dice Greg para darme ánimos.

—Cuesta saber por dónde empezar —digo sinceramente. ¿Dónde empieza mi historia?—. Yo vengo del desorden. —Ese me parece un

buen comienzo—. Puede que eso signifique que tengo algún trastorno, no estoy segura. Pero vengo del caos. Del caos que creaba yo y del que me impuso mi padre.

Se me viene otra vez a la cabeza una comparación horrenda y aplastante. Intento imaginarme a mi padre mostrando esa bondad de la que hablaba Martha y me resulta tan difícil que intentarlo me da dolor de cabeza. De repente me echo a llorar.

—Me cuesta mucho hablar de estas cosas —digo mirando a Tiana—, pero voy a intentarlo, por eso estoy aquí. —Respiro hondo. Quizá pueda contar solo parte de mi historia y con eso baste—. Mi gata, Paloma, me salvó del caos. Mi marido la toleraba. —Me estremezco al hablar de Paloma en pasado—. Pero sospecho que no le gustaba mucho. Tristan es un buen hombre, pero no estoy segura de que me entienda del todo, de que comprenda las cosas que me han hecho ser como soy.

Todos me miran atentamente. No estoy acostumbrada a que me presten atención por estas cosas, pero, por la cara que ponen, parece que quieren oír lo que tengo que contar. Así que continúo:

—Antes de conocernos, yo nunca había tenido mucho interés en encontrar novio. Tenía más amantes que relaciones sentimentales y disfrutaba de las que tenía. Podría haber seguido así hasta que mi libido se cansara. —Ada vuelve a reírse, esta vez con más calma—. Pero eso a la gente no le gustaba. Cuanto más me acercaba a los cuarenta, más comentarios me hacían. «¿Estás casada?». «No». «¿Comprometida?». «No». «¿Tienes pareja?». «No». «Pero ¿quieres ser madre?». «No lo sé». Mis respuestas solían suscitar la compasión de los demás o preguntas sobre por qué aún no había encontrado a mi media naranja. No me creían cuando decía que estaba a gusto sola.

Tiana asiente, animándome a continuar.

—Cuando la gente se enteró de que tenía a Paloma, mi gata, me pusieron la etiqueta de «loca de los gatos». Es una etiqueta que se pone muy a la ligera, pero es muy insultante porque nadie lo dice como un cumplido. No es que la gente quiera poner de relevancia el amor que le tienes a tu amigo peludo, sino que está insinuando que

estás sola y aislada. Incluso que eres indigna de que te quieran. Llegó un punto en que me pareció más fácil dejarme llevar por lo que la sociedad consideraba normal que hiciera. Mi hermana Liz estaba casada, mis amigos se estaban emparejando y sentando la cabeza. Así que empecé a plantearme la idea del matrimonio y entonces conocí a Tristan. Nos queremos, soy una buena esposa y él un buen marido, creo que también soy una buena madrastra, pero no me siento muy… yo. No sé si la vida que estoy viviendo es la más idónea para mí. En muchos sentidos, puede que lo de ser «la loca de los gatos» fuera más conmigo.

—La gente se necesita mutuamente, por eso estamos aquí, pero eso no significa que sea sencillo —dice Tiana—. ¿Quieres añadir algo más, Mia?

—No, gracias. Creo que con eso basta por hoy.

Sé que en algún momento tendré que hablar de Paloma y no quiero estropearlo todavía.

Mientras Tiana sigue interrogando al grupo, me fijo en todos ellos. ¿Cómo es posible que en esta habitación llena de extraños me sienta más a mis anchas que en ningún otro sitio?

* * *

Cuando acaba la sesión, veo a Nicole parada en la calle, escribiendo mensajes furiosamente. Cuando ve que me acerco, guarda el teléfono.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, claro, ¿por qué? ¿Y tú?

—Sí, supongo que sí. ¿Qué te parece el grupo?

—Bien, sí, bastante bien. ¿Y a ti?

—Sí, lo mismo.

Nos quedamos calladas sin saber qué decir. La camaradería que sentíamos dentro de la iglesia ha desaparecido aquí, en la calle. Me pregunto si siempre es así. El grupo es de verdad un espacio seguro. En el mundo real, la vulnerabilidad es peligrosa.

—A lo mejor nos vemos la semana que viene —digo al alejarme.

—¡Espera, Mia! —Me vuelvo hacia ella. Un vínculo. Me gusta la sensación—. Soy soltera y todas mis amigas tienen novio. Me he sentido muy identificada con lo que has contado ahí dentro sobre que te sentías un poco excluida. ¿Te arrepientes de haberte casado?

—No, no es que me arrepienta. Mi matrimonio me ha aportado muchas cosas buenas, pero a veces siento que tengo que ser otra persona para que siga funcionando. Eso no es necesariamente malo, creo que incluso es bastante normal. Pero me inquieta.

—Entonces, si pudieras volver atrás, ¿te quedarías soltera?

—No lo sé. Y además da igual, porque la vida que tengo es esta. Así que, hasta cuando siento que no estoy siendo de verdad yo misma, me acuerdo de que he sido yo quien lo ha elegido. Y puede que sentirte un poco desplazada sea incluso saludable.

—¿Te arrepientes de no haber tenido hijos?

¡Cuántas preguntas hace! Aunque supongo que es normal hacerlas si estás en una encrucijada vital. Y es halagador que piense que quizá yo pueda resolver todas sus dudas.

—No. Entre mi hijastro y mi gata, mi instinto maternal está bastante cubierto. Algunas mujeres no necesitan ser madres, pero eso no significa que no puedan amar. ¿Nos vemos la semana que viene?

—Sí, creo que sí.

Empiezo a alejarme, pero enseguida me doy la vuelta.

—Oye, ¿cómo está tu madre? —le pregunto.

—Bien, ¿por qué?

—Por Pirata, su perro.

—Ah, sí, perdona. Está bien, gracias por preguntar. ¿Y tú? ¿Echas de menos a tu gata?

—Claro que sí —digo con aplomo—. Muchísimo.

Segunda parte

Mujer trabajadora

Siempre recordaré la noche que mamá estaba sentada a la mesa del comedor haciendo algo con un gran montón de tela rosa. Tenía una aguja entre los dientes y canturreaba por lo bajo. Si no fuera por la aguja, habría estado sonriendo. Liz y yo estábamos sentadas en el suelo viendo Barrio Sésamo.

A mamá le encantaba hacernos la ropa. Seguramente habría tenido su propia marca de ropa, si no hubiera sido por nuestro padre.

—Bueno, chicas, ya casi está listo —dijo mientras enhebraba la aguja para seguir cosiendo a mano.

Tenía peor vista últimamente; antes nunca había llevado gafas y ahora, en cambio, llevaba unas bastante gruesas. Las tenía apoyadas tan cerca de la punta de la nariz que a mí me extrañaba que no resbalaran y se le cayeran.

—Vale, apagad la tele, por favor.

Obedecimos al instante y nos acercamos corriendo a la mesa. Había cosido tres vestidos rosas. Uno para ella, uno para mí y uno para Liz.

—Seremos como las Damas Rosas —dijo, muy satisfecha de sí misma—. ¿Quién quiere probarse el suyo?

Nos desnudamos las tres enseguida. Hacía tiempo que yo no veía su cuerpo. Llevaba una camisola, pero ahora tenía el pecho completamente plano. Aunque sabía que yo la estaba mirando, no hizo ningún comentario.

—Vamos, Mia. Póntelo.

Los trajes eran muy monos, cada uno de un estilo. A Liz, que era más chicazo, le había hecho unos culotes. El mío era un vestido muy bonito, con unos tirantes que podía atarme yo sola, y el suyo era holgado y largo.

—Parecemos un grupo de música —dijo riendo—. ¿Cómo podemos llamarnos?

—¡Las Frambuesas! —gritó Liz, y nos echamos a reír.

—Fresa Sorpresa —dije yo.

—Las Piruletas —añadió Liz—. O Las Chicle.

—Qué bien se te da esto —le dijo mamá—. Pero no sé, no sé, ¿qué tal…?

Entonces, como si estuviéramos sintonizadas las tres en la misma frecuencia, gritamos a la vez:

—¡Las Corazones! —Y nos dio tal ataque de risa que caímos unas encima de otras en el sofá.

—¡Rápido! —dijo mamá, levantándose—. Aún falta una hora para que llegue papá. Id a buscar vuestra casete preferida para que nos inventemos un baile antes de que llegue.

Estuvimos exactamente cincuenta y ocho minutos riéndonos y bailando al son de Uptown Girl de Billy Joel.

Luego, cuando llegó papá, mamá volvió a asumir su papel de esposa obediente.

8

No suelo asistir a grandes eventos de trabajo. Normalmente solo invitan a Isabella, y a mí me parece perfecto. Las galas de la «industria» suelen ser horribles: mucha gente fingiendo interés por los demás, selfis constantes para Instagram y todo el mundo tan pedo que es un milagro que vuelvan al trabajo después de ponerse en ridículo de esa manera. Pero esta noche es distinta porque se trata de una gran gala de recaudación de fondos patrocinada por el banco privado del padre de Isabella y, como soy la directora ejecutiva de la empresa de su hija, me siento muy importante. Me apetece un montón ese chute de poder y además es por una buena causa, así que el esfuerzo merece la pena.

Tengo un vestido perfecto para la ocasión.

—No, Paloma, quita de ahí.

La cojo y la dejo en el suelo. No sé por qué, pero en cuanto pongo un vestido limpio sobre la cama piensa que tiene que tumbarse encima. Es un vestido negro ajustado, largo hasta la rodilla, con mangas tres cuartos y unas hombreras preciosas. Es mucho más atrevido que la ropa que me pongo para ir a trabajar, pero tiene el empaque suficiente para que se note que soy la jefa. Me lo pongo con unos zapatos negros con tacones de diez centímetros y me recojo el pelo en un moño. Me maquillo bastante, con colorete intenso y carmín rojo. Meto el estuche de maquillaje, un pintalabios, el teléfono, unas tarjetas de visita y las llaves de casa en un bolsito de mano y ya estoy lista.

—¡Hala! —exclama Tristan cuando entro con paso firme en la cocina—. Estás guapísima.

—Gracias. —Le quito la copa de vino que tiene en la mano y me la bebo de un trago.

—¿Y si reservo mesa en algún sitio para cenar la semana que viene y te pones ese vestido para que presuma de esposa?

—Me parece estupendo. Me voy ya, que no puedo llegar tarde. Hemos quedado en la puerta para entrar todos juntos.

—Que te diviertas. Y no hables con ningún hombre —me dice.

—¡Solo tengo ojos para ti! —grito antes de cerrar la puerta de casa.

Acabo una escena y entro en otra, adaptando mi personaje como corresponde.

Theo May es uno de los financieros más destacados de Londres. Siempre aparece en la lista de los cien de Forbes. Posee tanto dinero que sus casas son como hoteles llenos de personal a su servicio y no tiene que molestarse en volar en avión comercial a no ser que esté pensando en comprar la aerolínea. Lleva cuarenta años casado con Alice, la madre de Isabella. Ella no viene a este tipo de eventos, se queda casi siempre en casa. Eso siempre me ha gustado: ¿por qué va a aparentar que se siente cómoda en el mundo de su marido si está más a gusto entre bastidores? Son una familia joven, Isabella solo tiene treinta y seis años. Es hija única y, por lo que sé, ha vivido siempre como una princesa. Theo es como un imán. Me gustaría saber si, cuando se quita la ropa, todas las monedas que hay en la habitación son arrastradas hacia su pecho.

Cuando llego a la sala donde va a celebrarse la fiesta, cinco minutos antes de la hora, veo que Ajay ya está allí, hablando con alguien al otro lado de la puerta. Cuando termina la conversación, sale a la calle. Lleva su ropa holgada de siempre, con una chaqueta negra muy ancha, como si bastara con eso para que su atuendo se convierta de pronto en un traje.

—¡Buah, jefa! ¡Qué buena estás cuando quieres, joder!

—Vale, Ajay, gracias. ¿No hablamos ya de los límites?

—Sí, pero eso es en el trabajo, ¿no? Esto no es el trabajo, es una fiesta. Ese tipo acaba de quedarse con dos de mis bombones de

maría. Se va a poner ciega esta peña.

—Ajay, aquí no puedes vender drogas. Puede que no sea la oficina, pero es un día laborable y estamos representando a la marca.

—Tranquila, ne…, digo, jefa. No he vendido nada. Los estoy regalando para que la gente me dé su opinión. Es un estudio de mercado, yo siempre trabajando, jefa, descuida.

Me rindo.

La siguiente en llegar es Fliss, seguida al poco por Isabella. Luego pasamos diecisiete minutos esperando a Audrey. En silencio la mayor parte del tiempo, porque estamos muy cabreados. Cuando por fin llega y sube tranquilamente las escaleras, Isabella pone los ojos en blanco y entra, muy enfadada. Ajay y Fliss la siguen.

—Audrey, llegas muy tarde —le digo en voz baja. Siento que tengo que decirle algo porque esto es muy injusto para los demás—. Ni siquiera has mandado un mensaje diciendo por qué. Podríamos haber entrado.

—Lo siento. Mia, ¿podemos hablar de una cosa antes de que empiece?

Parece disgustada, pero eso es normal en ella. Lamento de verdad que tenga problemas con su novio, pero la impuntualidad me saca de quicio.

—No, Audrey, ahora no.

—Vale, pero, en serio, necesito…

—Ven a verme a mi despacho mañana a primera hora y hablamos. Vamos, no podemos perdernos el discurso de Theo, sería imperdonable. Respira hondo y ten paciencia, ¿vale?

—Pero…

Subo las escaleras y ella me sigue.

—¡Ahí están! ¡Mi equipo favorito de branding de todos los tiempos!

—dice Theo mientras atravesamos un gran atrio y nos acercamos a nuestra mesa.

Es una de las cincuenta que hay en la sala, a 35 000 libras cada una. A nosotros, claro, nos ha reservado una gratis.

Como ocurre siempre en los actos en los que se ruega puntualidad, no ha empezado nada y casi todo el mundo está de pie cerca de la barra. Aun así, me aparto discretamente de Audrey. No me apetece verme envuelta en sus dramas esta noche, quiero pasármelo bien. Parece de verdad muy disgustada. Es difícil saber cuánta atención conviene prestarle a gente así. Cuando les muestras preocupación, ¿estás alimentando sus neuras o aliviándolas? Yo opto por dejarlo en suspenso hasta mañana.

—Hola, Theo —le digo dándole dos besos—. Me alegro de verte.

Noto un ligero hormigueo de emoción. Es muy guapo.

—Lo mismo digo, Mia. ¿Qué tal se porta mi niña?

Isabella se aparta bruscamente cuando le abraza y se va a hablar con dos mujeres muy altas y delgadas que parecen modelos y que sin duda son muy famosas, aunque yo no las haya visto en mi vida.

—Va todo bien —le digo.

Theo me cae bien. He tenido que llamarle directamente un par de veces para pedirle dinero en momentos de apuro, porque, por la razón que sea, Isabella se niega a pedírselo ella. Nunca me ha puesto ningún problema. Una vez me dijo:

—Están los negocios y luego está Isabella May. Eso lo considero más bien una inversión en una vida tranquila.

Creo que le da igual que ganemos dinero o no, lo que es pésimo para el negocio, pero excelente para mi estabilidad laboral.

—¿Te acuerdas del equipo? —Señalo a Fliss, a Audrey y a Ajay, que están a mi lado.

—Por supuesto.

Le estrecha la mano a Ajay y luego a Fliss, pero a ella además le da un beso en la mejilla. Es imposible no darse cuenta de que la mira de arriba abajo con arrobo, pero supongo que es lógico. Esta noche está espectacular con un vestido muy corto con lentejuelas multicolores y manga murciélago. Lleva el pelo suelto y se ha puesto casi todas las joyas de la nueva colección, lo que en otros sería una cutrez, pero en ella es el colmo del estilo.

—Ah, hola —dice al darle la mano a Audrey y besándola también en la mejilla.

Lleva un traje de color jade con zapatos de charol, un look elegante que le sienta muy bien. Empiezan a brillarle los ojos llorosos.

—Hola, Theo —dice—, tienes buen aspecto.

Le mira tan fijamente que empiezo a sentirme incómoda, pero por lo menos ya no tiene esa cara de infelicidad. No sé qué energía secreta acaba de insuflarle Theo, pero es mucho más apropiada para una fiesta.

—Gracias por la mesa, qué generoso eres. Es una causa estupenda —digo, y Audrey aparta por fin la mirada.

Me gustaría que Theo se quedara por aquí un rato para poder disfrutar de su encanto, pero, naturalmente, la sala está llena de gente que espera que la hagan sentirse especial.

—Divertíos —dice antes de desaparecer entre la multitud.

Audrey se está derritiendo de excitación sexual.

—¿Qué? —me pregunta al darse cuenta de que la estoy asesinando con la mirada—. Tiene ese no sé qué de los hombres mayores guapos.

—Mayor sí que es, desde luego —contesta Fliss, tan asqueada como yo.

—¡Hostias, un Fitbit! —exclama Ajay al romper la bolsa de regalos que hay en su silla—. Mi madre va a flipar. Intenta llevar de cabeza la cuenta de los pasos que da. Y también hay un… Espera. —Se

pone a pasar un rodillo de jade por el mantel—. ¿Esto para qué es? ¿Para planchar farlopa?

—No, Ajay. —Isabella se lo quita de la mano y se lo pasa por la mejilla—. Es para la cara, ¿ves? —Se lo devuelve y él repite el movimiento.

—¿Y eso para qué sirve? Las mujeres estáis locas con todas esas cosas que os hacéis. Yo no uso ni jabón.

Todas desearíamos no haber oído eso.

—A ver qué más tenemos por aquí. —Fliss se sienta y abre la bolsa —. Perfume, bálsamo labial, un vale para Harvey Nicks… Esto es alucinante.

Contemplo el paisaje desde nuestra mesa, en cuyo centro hay un enorme arreglo floral que debe de costar varios cientos de libras y del que sobresale una placa dorada en la que se lee ISABELLA MAY JOYERÍA. Hay champán y vino a raudales, una sucesión constante de platitos de comida y lujosas bolsas de regalo en cada silla. Es difícil no sentirse ridículo en un acto que pretende recaudar fondos para obras benéficas y cuya organización cuesta cientos de miles de libras. Pero, según Isabella, han venido muchos de los peces gordos de Londres y en sus casas estas flores irían en el aseo de la planta de abajo.

—Cuando creas una atmósfera que hace que los ricos se sientan especiales, el dinero les sale a chorros —me dijo hace un rato mientras esperábamos a Audrey—. En la subasta silenciosa se recauda cuatro veces más de lo que cuesta el evento.

—¿Así es como le sacas tanto dinero a tu padre? —le digo en broma —. Un bolso nuevo de Celine una semana y pañales con cuentas de cristal para tu bebé a la siguiente. —Le doy un codazo amistoso.

—No tiene gracia, Mia.

—Lo siento, solo estaba bromeando.

—No, lo digo en serio. No tiene ni puta gracia, ¿vale?

—Vale, vale, he dicho que lo siento.

Madre mía, qué susceptible es con ese tema. Si a mí mi padre me diera tanta pasta, por lo menos reconocería que es una maravilla. Nunca la he oído decir que tiene mucha suerte.

Aparte de nosotros cinco, Isabella ha invitado a otras tres personas para completar nuestra mesa de ocho. Son todas modelos o famosas de Instagram.

—Hola, soy Mia —le digo a una de ellas, que es tan alta y delgada que me extraña que no se agarre a mí para sostenerse en pie cuando le tiendo la mano. Me la estrecha como si tuviera fobia a los gérmenes. Es casi ofensivo.

—¡Qué hombreras! —dice refiriéndose a mi vestido. Luego se sienta sin molestarse en decirme su nombre. Sin duda piensa que ya lo sé.

—¿Y tú eres? —insisto levantando las dos manos con las palmas hacia arriba.

—Soy Britney Spears —contesta, y se da la vuelta para hablar con otra muñeca Barbie igual de altiva que ella con la que no pierdo el tiempo para que me haga un desplante.

—Es Jemima Plat, Mia —me susurra Isabella al oído—. La supermodelo. Pero ¿tú dónde vives? ¿En un establo?

—Eso no hay por qué saberlo. Y yo no lo sabía. Es una maleducada.

Isabella se pone a la defensiva.

—No es maleducada, solo es famosa. Y si se pone el collar de Isabella May que acabo de meter en su bolsa de regalos y lo publica en su cuenta con veinticinco millones de seguidores, sería fantástico para nosotros. Así que, por favor, si esta noche no sabes cómo se llama alguien, limítate a asentir con la cabeza.

Qué fea es la fama hoy en día. Antes era la gente que tenía algo especial la que llegaba a la cima, pero Internet ha hecho que literalmente cualquiera pueda congregar a una multitud. En cierto modo me parece mejor. ¿Por qué las delicias de la fama habrían de

estar reservadas solo a unos pocos elegidos? Pero, por otro lado, creo que ha enriquecido y dado relevancia por motivos absurdos a muchísimas personas que no lo merecían. Hace poco me enteré de que hay una joven a la que siguen cuarenta millones de personas y que gana millones de libras por abrir cajas de cosas en TikTok. Seguro que no soy la única que piensa que ahí hay un problema, ¿no?

Me siento, no vaya a ser que meta otra vez la pata.

—¿Quién es esa? —le pregunto a Fliss, refiriéndome a la otra chica, con la que seguramente Jemima me estará despellejando.

—Hattie Garfield, una influencer. —Ella sí sabe quién es, pero demuestra una indiferencia olímpica ante su presencia.

—¿Y en qué influye?

—Hace cosas de maquillaje, sobre todo. Y algún bailecito. Ha llegado a un punto en que puede hacer lo que sea. Maquillaje, unboxing, jugar con su gato… Gana un montón de dinero.

—A lo mejor yo podría ganar una pasta en Instagram jugando con mi gata.

—Inténtalo, claro. Yo ya paso de eso. Tuve una discusión con un partidario de Trump de Arizona que decía que la comunidad LGTBQ + estaba contaminando el agua y después de eso decidí ahorrarme disgustos.

Qué autocontrol el suyo. Es admirable. Hasta yo me quedo embobada viendo las cuentas de gatitos de Instagram.

Ajay parece encantado de haberse sentado al lado de la otra chica que nos acompaña esta noche. Lleva un vestido verde brillante y se parece a Kim Kardashian. Sus pechos podrían servirle de platos. Sus uñas no miden menos de cinco centímetros de largo.

—¿Y esa? —le pregunto a Fliss, señalándola con la cabeza.

—Ni idea. Será una modelo o algo así.

Pienso en la rabia que le daría a la chica saber que alguien la describe tan vagamente.

—Joder, qué buena está —me comenta Ajay inclinándose hacia mí.

Hago como que no le oigo. Quizá tenga que resignarme al hecho de que es imposible mantener una relación estrictamente profesional con él.

—Y encima es una jefaza. Consejera delegada de Click Nails.

—¿QUÉ? —pregunto, pasmada—. ¿Es consejera delegada?

—Sí, y mira qué delantera.

Vuelvo a ignorarle. Es menos estresante.

Theo sube entonces al escenario y se hace el silencio en la sala.

—No voy a robarles mucho tiempo, porque lo importante esta noche es lo que ustedes den, no lo que yo diga. Pero, como saben, los fondos que se recauden este noche irán a parar a una organización a la que le tengo especial cariño: la Fundación Theo May. Durante la última década hemos recaudado cincuenta millones de libras que se han destinado directamente a mejorar las condiciones de vida de mujeres y niñas de todo el mundo. Lo que quizá no sepan es que he igualado personalmente esa cantidad y que, por lo tanto, el total de las donaciones asciende en realidad a cien millones de libras. —Hace una pausa para los aplausos—. En vista de que este ha sido un buen año, he decidido no solo duplicar, sino triplicar la suma total que recaudemos esta noche. Así que les pido que den lo que puedan y, como sé lo que gana la mayoría, ¡sabré si lo han hecho o no!

El público se parte de risa. Si lo dijera cualquier otro, le tirarían tomates. Theo es de verdad uno de esos hombres que siempre se salen con la suya. Menos mal que es simpático.

—Ya saben, si no quieren que les llame a medianoche pidiéndoles los datos de su tarjeta de crédito, RÁSQUENSE EL BOLSILLO —añade con gesto teatral antes de abandonar el escenario.

Casi de inmediato, me ponen delante un plato de trucha ahumada. Picoteo como puedo lo que tiene alrededor.

—Guau, es una causa maravillosa —comenta Britney Spears o como se llame mientras finge comer—. Me hace pensar en mí misma y en cómo podría haber sido mi vida. ¿No os parece? Cuando oyes historias de mujeres a las que no les permiten ser lo que quieren, te das cuenta de lo mucho que hemos luchado. —Levanta su copa de champán y brinda con Isabella—. Por las mujeres —dice.

—Por las mujeres —repiten ellas a coro.

Me siento muy orgullosa de Ajay, Fliss y Audrey porque los cuatro las miramos como si estuvieran locas. Pero acto seguido Ajay se queda otra vez embelesado con las tetas de la señorita consejera delegada.

En el transcurso de la cena, Audrey se bebe no menos de dos botellas de vino blanco. Empieza a dar cabezadas.

—Audrey —le digo con firmeza—, bebe un poco de agua.

—A la mierda el agua —farfulla.

Isabella la mira muy enfadada.

—Vamos, solo un sorbito —insisto—. Te sentirás mejor.

—No necesito sentirme mejor. —Se levanta, tambaleándose—. Tengo un anuncio que hacer —balbucea.

Está claro que no hay quien la pare, así que nos resignamos a escuchar lo que sea que tiene que anunciar. Imagino que por fin ha dejado a su novio y quiere que le demos una palmadita en la espalda por ser tan valiente.

—Estoy embarazada —dice antes de acabarse la copa de vino.

Yo bajo la cabeza y la apoyo en las manos.

La influencer, la modelo y la doble de Kim Kardashian no parecen inmutarse por la cogorza de Audrey y enseguida se ponen a dar

grititos de enhorabuena. Fliss y yo nos miramos con horror. Isabella se levanta y apoya los puños en la mesa.

—¿Qué coño acabas de decir? —pregunta, y abrimos todos los ojos de par en par.

—Que estoy embarazada. Es cuando un hombre mete el pene en la vagina de una mujer y hacen un bebé —contesta Audrey como una niña.

Isabella se ha puesto lívida. La verdad es que esto es muy poco profesional, pero tenemos que manejarlo con un poco más de cuidado.

—Audrey, has bebido mucho —digo preocupada.

—Bah, da igual, no me lo voy a quedar. Tengo cita el viernes para que me succionen a ese cabroncete. —Hace un horrible ruido de succión, luego un pop.

—Lo siento, ¿habíamos hablado de que ibas a tomarte el día libre? —pregunta Isabella, rabiosa.

—¿Hay algún problema? —responde Audrey, como si buscara pelea.

—Bueno, ya no puede quedárselo o saldrá con dos cabezas —dice Fliss apartando la botella que Audrey intenta quitarle de la mano.

—Hay drogatas adictas al crack que tienen hijos —comenta la mujer del vestido verde, y Ajay asiente con la cabeza.

—Eso es verdad, mi tía era una drogata y tengo tres primos. Uno de ellos hasta tiene trabajo —dice orgullosa la influencer.

—¿Podemos dejar de usar el término «drogata»? Es muy despectivo —digo, deseando que se callen las dos.

—Audrey la Abortos, a partir de ahora podéis llamarme así. O Auborto. O Audrey la Reina del Aborto. Con este, ya llevo tres. —Levanta su copa—. ¡Viva la Reina del Aborto! ¡Salud!

Ninguno de nosotros sabe qué decir.

—¿Puede alguien llevarla a su puta casa? —estalla Isabella.

—Yo —dice Fliss, la más responsable, aparte de mí, pero la verdad es que no tengo ganas de acompañar a Audrey, la Reina del Aborto. Está demasiado pedo.

—Me parece muy buena idea —digo, y me pregunto si podré escabullirme yo también—. ¿Necesitas ayuda?

—No, podemos arreglárnoslas solas. Estoy acostumbrada. Cuando mi novia bebe vino blanco teniendo la regla, busca pelea con todo el mundo. Y, si puedo conseguir que ella se vaya de una fiesta, soy capaz de todo.

Rodea a Audrey con el brazo y se la lleva fuera de la sala. Al cabo de un rato dejamos de oírla cantar Soy la reina del aborto con la música de I'm a Barbie Girl.

—Bueno, me voy a bailar —dice la modelo y se marcha.

Hattie, la influencer, se va detrás.

—Yo voy a fumar —dice Isabella—. Esto ha sido lo que me faltaba.

—¿No lo habías dejado? —pregunto, porque sé que acaba de llegar a la oficina otra caja enorme de chicles Nicorette.

—¡Deja de juzgarme, Mia! —grita, y se va, muy cabreada.

Ajay y yo nos quedamos solos en la mesa con la consejera delegada, que se las ha arreglado para comerse toda la cena sin que se le quite el brillo de labios.

—Tengo que hacer pis —anuncia innecesariamente. Y cuando se levanta y se va, Ajay la sigue como un perro camino del parque.

De repente me encuentro sola.

Me quedo sentada un momento, sin saber qué hacer. Podría entrar en la sala grande, la de la pista de baile, y hacer lo que se me da

mejor: interpretar mi papel, hacer contactos, dar a conocer la marca. Pero estoy aturullada con tanto caos a mi alrededor y no tengo energías para impresionar a nadie. Ahora mismo, me atraen mucho más mi cama caliente y mi gata.

Decido irme y, al ir hacia el aseo, veo a Ajay al final del pasillo. Está de espaldas, con una mano apoyada en la pared para no aplastar a la mujer que tiene delante. Es la consejera delegada, la del vestido verde brillante de nuestra mesa. Casi no les he visto dirigirse la palabra ¿y ya están así? Ella le susurra cosas que le hacen sonreír. Su cintura es diminuta, sus caderas enormes. Las mueve como si las controlara una consola. Entonces, sin que le importe quién pueda estar mirando, le echa mano a la bragueta. Él se inclina hacia delante y empiezan a besarse. No quiero verlo. Entro a toda prisa en el aseo, antes de que Ajay me vea. ¿Cómo será ser una chica así? ¿Vivir con el único objetivo de estar lo más follable posible en todo momento? Parece absolutamente agotador, además de incomodísimo.

Mientras espero a mi Uber, veo a Isabella fumando junto a un árbol. Theo está con ella, parece que están discutiendo. Cuando subo al coche, veo que él vuelve a entrar, dejando a su hija sola y disgustada. Me sorprende que, incluso en una familia que parece tenerlo todo, la relación entre padre e hija pueda ser tan complicada. Lo encuentro muy reconfortante.

9

A pesar de que me acosté muy tarde, a la mañana siguiente estoy en la oficina a las 08:54, después de haberme tomado mi café y mi tostada. Me llevo una sorpresa al ver que Ajay ya ha llegado.

—Buenos días —le digo.

Después de la aventura de anoche, le veo con otros ojos.

—Buenos días, jefa. —Por lo menos se ha cambiado de ropa, señal de que ha ido a casa. Tiene una taza de café delante y dos tazas vacías sobre la mesa, de lo que deduzco que hoy necesita mucha cafeína—. Una noche loca —dice.

—¿Loca? ¿Por qué? —le pregunto con la esperanza de que no me cuente demasiadas cosas, pero queriendo también saber qué pasó después de que le viera en el pasillo con la falsa Kim.

—Ya sabes, tanto dinero en un solo sitio ¡y las tías eran la caña!

—¿La caña?

—Sí, ¡la caña!

Imagino que quiere decir que eran atractivas.

—Ah. ¿Conociste a alguien interesante?

No sé por qué se lo pregunto. En realidad, no quiero saberlo.

—Bueno, jefa… Límites, ¿recuerdas?

—Ah, sí, claro claro —contesto, y me voy a mi sitio arrastrando los pies, avergonzada de mí misma—. A trabajar, entonces —añado tratando de restablecer mi autoridad.

—Oye, ¿quieres ver una cosa suuuuperdivertida? —pregunta sin hacer ni caso, poniéndose a mi lado.

Yo ya sé que no me va a hacer reír.

—Claro —contesto para no ser borde.

Me siento en mi mesa y espero a que me enseñe eso tan divertido que no me va a hacer ninguna gracia. Pulsa un par de cosas y luego se pone detrás de mí, se inclina y me enseña el móvil. Noto el pestazo a alcohol de su aliento y el olor húmedo de su cuerpo, que me resulta asqueroso y familiar a la vez. Mi memoria sensorial me devuelve de golpe a mis veinte años, cuando volvía a mi piso oliendo a sexo. Siempre me ha asombrado lo mal que puede oler un amante a la mañana siguiente, aunque la noche anterior sus feromonas me hayan llevado al delirio. A eso es exactamente a lo que huele Ajay: a sexo del día anterior. Y, por supuesto, ahora ya sé que es verdad que no usa jabón.

Me enseña un vídeo en el que se ve a Audrey justo detrás de él en la fiesta de anoche. Le pasa algo raro en los labios. Comienza la música y Ajay se pone a hacer mímica como si cantara Bongo La, Bongo Cha Cha Cha. Sus labios se superponen a los de Audrey y, aunque ella no está cantando, parece que sí, pero con los labios de Ajay, no con los suyos. Ella no tiene ni idea.

—Qué gracioso —digo sin reírme. Parece creerme—. Pero es mejor que no se lo enseñes a Audrey. O, mejor, bórralo.

Cojo algunos papeles, a ver si así se da cuenta de que no me apetece hablar.

—Este filtro es la caña. También lo he hecho con mi perra, mira.

Vuelvo a contener la respiración. Baja el cursor y me enseña un vídeo exactamente igual, pero con su perra, en vez de con Audrey. Tengo que reconocer que ese sí me hace sonreír. Ajay está muy cerca; nunca había estado tan cerca de él.

—Ahora ya sé que no debo ponerme nunca detrás de ti —le digo, y me levanto porque, entre su olor y que pienso que tiene todo el

cuerpo embadurnado de flujos de la falsa Kim, me están dando náuseas.

—Vistes bien, jefa —me suelta de repente.

Miro hacia atrás, como si pudiera estar hablando con otra persona.

—¿Cómo dices?

—Que vistes bien. Mola, ¿sabes? Elegante, segura de ti misma. Como si no tuvieras nada que demostrar con tu ropa, siempre planchada y perfecta. Yo no tengo plancha. Bueno, mi madre sí tiene, pero no la usa nunca. Tú eres el tipo de mujer que plancha la ropa. Eso es buena señal.

—¿Buena señal de qué?

—De que lo tienes todo bajo control. Me gustan las mujeres que lo tienen todo bajo control.

Él no se da cuenta, pero ese es el mayor cumplido que se le puede hacer a una persona como yo. Pero, en fin, esta charla ya dura demasiado.

—Ajay, ¿puedes volver a tu sitio, por favor? —digo para ejercer un poco ese control.

Hace lo que le pido, mirando el teléfono y riéndose hasta que se sienta. Luego se pone unos auriculares y por fin empieza a trabajar.

Fliss ya está en el taller. Parece tan fresca y equilibrada como siempre.

—¿Llegaste bien a casa de Audrey? —le pregunto, acercándome.

—Sí, la llevé hasta la cama. Te apuesto cinco libras a que no llega hasta la hora de comer.

Me da rabia, pero también sé que es injusto. Audrey está pasando por un mal momento y yo tengo que prestarle apoyo, como su jefa que soy. Pero voy a tener que reprenderla de algún modo; no puede comportarse así en un evento de trabajo, por muy embarazada que

esté.

Por lo visto, todo el mundo cae en algún momento en el caos. Yo, desde luego, vengo de ahí. Y el problema de venir de esa vorágine es que, por más que te esfuerces en distraerte, su persistente vocecilla siempre te llama, invitándote a volver.

Mi teléfono vibra. Es un mensaje de Isabella.

Hoy no voy. Estuve trabajando hasta las cuatro de la mañana. Estoy hecha polvo.

Sí, ya «trabajando», o sea, poniéndose coca con influencers de Instagram. Estupendo, Isabella, eso sí que va a hacer que la empresa despegue. La reunión con Selfridges es mañana y ella debería estar aquí para que ensayemos la presentación, en vez de escaquearse para ir a clase de yin yoga y tomar batidos «depurativos» que cuestan lo mismo que mi compra semanal. Otra vez me toca a mí ser la responsable, porque ella sabe que, pase lo que pase, su papá la sacará de apuros. No le deseo mi infancia a nadie, pero, si algo tiene de bueno que tu padre pase de ti, es que aprendes a currártelo para salir de esa situación. Si no tienes que esforzarte por conseguir nada, ¿qué sentido tiene levantarse por la mañana? Así es Isabella, en pocas palabras. Me gustaría saber de qué estaban discutiendo anoche. Seguramente él le bajó la asignación mensual o algo así.

Me doy cuenta de que tengo que buscar un recibo de materiales para calcular unos costes para la propuesta. La última vez que lo vi, lo había dejado en la mesa de Isabella para que le diera el visto bueno. Pedirle su aprobación es un gesto totalmente inútil, pero aun así tengo que hacerlo. No sabe cómo aprobar una factura porque no tiene ni idea de qué es caro y qué es un precio razonable. Se limita a mirarlas fijamente un rato y al final siempre dice «Vale». Por lo general, archivo enseguida el papeleo, pero parece que no me ha devuelto la factura que me hace falta. Le mando un mensaje.

¿Dónde puede estar una factura que necesito?

Recibo un mensaje avisándome de que ha silenciado las notificaciones. No me queda más remedio que ponerme a buscar la factura. Sentarte detrás de la mesa de otra persona es como entrar

en su casa cuando no está. Nunca vengo por aquí, aunque me pase el día sentada frente a su mesa. Ver la oficina desde otra perspectiva es bastante emocionante. Me enorgullece lo ordenado que está mi sitio comparado con el de Isabella. Miro en las bandejas de su mesa, pero no está ahí. Hay un montón de papeles en el mueble de detrás de la mesa y también les echo un vistazo. Abro despacio un cajón. Está lleno de maquillaje, y una fuerte vaharada con olor a cosméticos me da en la cara. Abro el segundo cajón, que está lleno de todo tipo de infusiones, y por último el cajón de abajo, que parece prometedor y está lleno de papeles y carpetas.

Levanto la vista para asegurarme de que Fliss y Ajay no están mirando y luego hojeo los papeles. Hay bastantes cosas que llevo tiempo buscando, además de numerosas etiquetas de devolución de prendas de ropa que sé que nunca ha devuelto porque siguen en cajas junto a su mesa. Encuentro la factura que buscaba, pero, cuando estoy a punto de guardar los papeles, me fijo en una carta. Es de un bufete de abogados llamado Partridge. He oído hablar de ellos porque una vez Isabella los contrató para hacer frente a la demanda de un exnovio que le reclamaba una indemnización de medio millón de libras; según decía, ella le abofeteó una noche que estaban de fiesta. La carta es de la semana pasada. En la parte de arriba, en negrita y subrayado, pone:

DEMANDA CONTRA THEO MAY POR DENUNCIAS DE ACOSO SEXUAL

—Ay, Dios —me digo en voz alta—. Joder.

Me siento en su silla y me quedo mirando el papel. Estoy tan anonadada que no consigo leer, me limito a fijar los ojos en las palabras en negrita. Sinceramente, no me creo lo que estoy viendo.

—Mia, ¿podemos hablar? —pregunta Audrey, muy desaliñada, acercándose a la mesa.

Dejo la carta donde estaba y cierro el cajón. Me tiemblan las manos

como si me hubiera bebido cincuenta cafés.

—Sí, claro —le digo, y la alejo de la mesa de Isabella para llevarla a la mía—. ¿Qué pasa?

—Solo quería decirte que siento mucho lo de anoche. Fue muy poco profesional y no volverá a ocurrir.

Me había propuesto ponerme muy seria con ella, pero solo acierto a decir:

—No te preocupes, todos tenemos noches así.

—¿Tú has tenido noches así? No te imagino. Eres tan fuerte y pareces siempre tan centrada… Pero lo siento mucho, no sé por qué me comporté así.

—Da igual, no le des más vueltas. Siento lo del embarazo, si no es lo que quieres. Y, por supuesto, tómate el viernes y el tiempo que necesites.

Solo quiero que se vaya para poder asimilar lo que acabo de leer.

—Gracias. No sé por qué lo hice, yo…

—No fue para tanto, en serio. Ahora vuelve al trabajo, eso ya es agua pasada.

—No, no lo es. Fue horrible, horrible de verdad. ¿Isabella va a venir hoy? ¿Crees que le habrá contado a su padre lo que dije?

—No a las dos cosas. Pareces asustada, pero, tranquila, que nos pasa a todos cuando tenemos resaca. Tómate una manzanilla y no te agobies. Ahora tengo que ponerme con una cosa urgente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, pero ¿me avisarás si dice algo?

—Por supuesto que no. Olvídate de eso.

—Vale. Voy a hacer café, ¿quieres uno?

—No, gracias, ya he tomado en casa. ¿Tú no?

—No, no he tenido tiempo.

Son más de las diez de la mañana, pero lo dejo pasar.

Audrey vuelve al taller. Su numerito de anoche es lo que menos me preocupa ahora mismo. ¿Theo está acusado de acoso sexual? Me acuerdo de cómo acercó anoche su cara a la mía. Dos besos, uno en cada mejilla. Yo hubiera querido que fueran tres. Me acuerdo de sus manos agarrándome los antebrazos, de su encanto, que parecía traspasarme el vestido. No había ni una sola mujer en aquella sala que no lo sintiera. ¿Debería haberle calado mucho antes? ¿Su sofisticación, ese toque suyo tan encantador son solo una pose? ¿El verdadero Theo May es un depredador sexual? Dios mío, ¿cómo he podido equivocarme tanto con él? ¿Cómo es que nos ha engañado a todos? ¿Y por qué no me lo ha dicho Isabella? Ha preferido proteger a su padre a ser sincera y contarme lo que estaba pasando.

Los abogados de Partridge tienen mucha experiencia en echar tierra sobre este tipo de escándalos, pero, si esto sale a la luz, Isabella May podría estar acabada. Mi trabajo está en juego, podría perder todo aquello por lo que he luchado tanto. La reunión con Selfridges tiene que ser un éxito, ahora más que nunca. Si adquieren nuestras colecciones para sus tiendas, el dinero de Theo nos hará menos falta. Y quizá —solo quizá— la empresa pueda sobrevivir.

No puedo perder mi trabajo, y estoy dispuesta a hacer lo que haga falta para evitarlo.

10

—Es que le encantaban las fiestas —me dice mi hermana cuando hablamos por teléfono mientras vuelvo a casa del trabajo.

Y es verdad. A nuestra madre le chiflaban las fiestas. Si hubiera vivido como tenía que haber vivido, con un hombre que le permitiera ser ella misma en lugar de ver su felicidad como algo que debía destruir, habría estado siempre con un martini en una mano y un micrófono en la otra, vestida con caftanes de colores vivos. Pienso mucho en eso, en lo distinta que podía haber sido su corta vida si se hubiera casado con la persona adecuada. Supongo que lo mismo podría decirse de mucha gente, pero la relación de pareja de mi madre hizo que su vida fuera especialmente trágica. La muerte, al menos, la sacó de esa situación.

—El día de su nacimiento sigue existiendo y yo quiero celebrarlo, eso es todo —insiste Liz, molesta conmigo porque me resista a hacer planes para el cumpleaños de mamá, que está a la vuelta de la esquina.

—Ya lo sé, y lo siento. Es que estoy muy liada en el trabajo. Quizá el año que viene, ¿vale? Podemos ir a comer a algún sitio bonito.

—De acuerdo —dice ella—. Estoy segura de que no, pero vale. ¿Qué tal va todo?

—Bueno, bien. Muchas emociones en el trabajo, y en casa… todo bien.

—Dijiste eso mismo el día de tu boda.

—¿El qué?

—Que todo bien. Recuerdo que deseé que dijeras que había sido el mejor día de tu vida, pero dijiste solo que había estado bien. Y

pensé: «Bueno, pues bien».

—Vale, te pido perdón por haberme expresado así. ¿Qué tal va tu alucinante matrimonio en plan película de Hollywood?

Liz se pone a la defensiva.

—Vale, no hace falta que te pongas sarcástica. Solo quiero que seas feliz, nada más.

—Soy feliz. Imagínate, algunos días hasta me río.

—Vale. Me alegro de que seas feliz.

—Lo sé. Ya estoy en casa. Hablamos pronto, ¿vale?

—¿Me lo prometes? Te quiero.

—Adiós, Liz.

No hay nada que me guste más que llegar a casa y que no haya nadie. Es tan raro… Los jueves Oliver tiene entrenamiento de fútbol después del colegio y Tristan va a terapia con Belinda al salir del trabajo. Siguen a vueltas con su matrimonio, a pesar de que hace casi una década que terminó.

—Cachorrita —llamo al cruzar la puerta. Enseguida me extraña lo silenciosa que está la casa. Paloma suele venir corriendo a recibirme —. Pichoncita —vuelvo a llamar—. Caramelito mío. Ratoncito chiquitín…

Nada.

Cuelgo el bolso y me quito el abrigo.

—Paloma —llamo en voz baja—. ¿Dónde estás?

Miro en mi habitación y no está. Qué raro. Miro en la cocina. Su comedero está lleno y allí tampoco está. Miro en el cuarto de estar y nada.

—Paloma —vuelvo a llamarla, cada vez más nerviosa.

Esto nunca había pasado. ¿Está atrapada en algún sitio? Subo al cuarto de Oliver. Se supone que es el dormitorio principal, pero, cuando decidimos dormir en habitaciones separadas, Tristan propuso que usáramos las del piso de abajo para no molestar a Oliver cuando nos cambiamos de habitación por la noche. A mí no me molesta, aunque no acaba de parecerme bien que un niño de nueve años tenga un dormitorio enorme con baño y un balcón con vistas al parque. Miro debajo de la cama, en el cuarto de baño, en el balcón y en los armarios. Paloma no está por ninguna parte.

—Paloma… Paloma, ven aquí.

La puerta de la calle se abre y se cierra de golpe, varias voces llenan la casa y se oyen los pasos de un par de niños subiendo las escaleras.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta Oliver extrañado. Va con un amigo suyo que me mira como si lo hubiera estropeado todo.

—Estaba buscando a Paloma, pero no está aquí. ¿Qué ha pasado con el entrenamiento?

—Que el entrenador está malo. Mamá ha ido a recogerme.

—¿Tu madre está aquí?

—¡Sí, hoooola! —grita Belinda desde la escalera.

Me enfado de inmediato.

—Hola, Belinda —digo al salir de la habitación y pasar a su lado—. Podría haberle recogido yo, esta noche le toca con nosotros.

—Estás muy liada y sé lo duro que es. Además, Tristan y yo tenemos terapia, así que iba a venir de todas formas. Nuestro terapeuta no se encuentra bien y no está en la consulta. Esta semana atiende por Zoom. No creo que esté tan mal. Eso espero, al menos. No quiero hablar de los peligros de la paternidad y el divorcio mientras tose. ¿Tú al final conseguiste terapeuta?

Típico de Belinda.

—¿Alguna vez te he dicho que lo necesite?

—Ah, perdona, creía que sí. Qué tonta soy. Bueno, si lo necesitas, conozco a uno estupendo.

—No creo que necesite un terapeuta —contesto, y se apresura a entrar en la cocina detrás de mí.

—Yo tampoco lo necesito, Mia. Lo tengo porque es muy difícil hablar con los hombres sobre cualquier cosa. Necesito un mediador para hablar con Tristan sobre Oliver. Ya sabes cómo se pone.

Odio estas charlas, cuando se pone en plan «esposa hermana» conmigo.

—¿Paloma? Venga, Paloma, ¿dónde estás? —continúo, haciendo lo posible por ignorar a Belinda.

—Puedo ayudarte —se ofrece, y abre un armario de la cocina como si la gata pudiera estar dentro—. ¿Dónde busco?

—No te preocupes, de verdad, ya la encontraré. A lo mejor huye si oye tu voz.

—No, qué va. El otro día vino y me olisqueó el dedo gordo del pie. Me pareció un avance. Puede que algún día seamos amigas.

No sé por qué está tan amable conmigo, me está haciendo sentir incómoda. Paso a su lado y voy por el pasillo hacia la habitación de Tristan. Es el único sitio donde no he mirado.

Abro la puerta y Paloma sale inmediatamente. La limpiadora debe de haberla encerrado ahí esta mañana. Estoy tan contenta que la cojo y dejo que me lama las manos y la cara.

—Uyyy, eso no es muy higiénico. Que te lama la cara. Los gatos se lamen las partes bajas.

—Esa suerte que tienen. Gracias por tu ayuda. —Entro en mi habitación y cierro la puerta.

—¡Voy a poner el ordenador en el cuarto de Tristan! —grita—. No

quiero molestarte.

Una hora después, llega Tristan. Abro la puerta de mi habitación para decirle hola.

—Tu exmujer te espera en tu cuarto —le digo con una sonrisa pícara—. Cuando acabéis, quédate ahí, quítate la ropa y espérame. Creo que vas a necesitarlo después de una hora con ella.

—Entonces, cuanto antes acabe, mejor —contesta con un guiño.

Tristan sabe que no estoy celosa de la relación que tiene con su exmujer, no veo por qué iba a preferirla a ella. Es solo que no trago a Belinda y me gustaría que nos dejara en paz cuando nos toca nuestro cincuenta por ciento. A menudo me siento como una inquilina en mi propia casa. Una inquilina que se acuesta con su casero y hace unos sándwiches monísimos.

Tristan le dice hola a gritos a Oliver, que está extrañamente callado con su amigo, y luego entra en su habitación y cierra la puerta. Paloma y yo aprovechamos para ir juntas a la cocina. Me encanta estar en la cocina con ella, le fascina cómo preparo la comida. Como ha venido Belinda, supongo que después de terapia llevarán a Oliver a cenar. Les gusta salir a cenar los tres juntos. Así tienen oportunidad de explicarle lo fantásticamente que creen que lo están haciendo.

Ser vegana en una casa llena de carnívoros no es tan difícil. No me molesta preparar comida para todos, pero cuando no tengo que manipular animales muertos disfruto mucho más de la comida. Esta noche voy a hacer un pastel de quinoa. Pongo la quinoa a cocer y corto cebolletas, tomates cherry y aceitunas verdes, los sofrío y los sazono con ajo en polvo. Cuando la quinoa está hecha, la añado al sofrito, lo mezclo todo y le pongo por encima nueces picadas y un poco de parmesano vegano. Pongo la mezcla en una fuente y la meto en el horno. Justo cuando estoy cerrando la puerta del horno, oigo a Belinda salir gritando de la habitación de Tristan. Del susto, rozo con el brazo el borde del horno caliente y la piel se me encoge y se me abre al instante.

—¡JODER! ¡NO! —grito. Me duele un montón. Meto el brazo debajo del chorro de agua fría.

Belinda ha entrado en la cocina con cara de asco.

—MÍRAME.

No quiero mirarla, así que no lo hago.

—Mírame. Tu gata se ha meado en la cama de Tristan y me he tumbado encima. Estoy llena de pis de gato. Es un olor horrible.

—Espera, ¿qué?

Me envuelvo el brazo con un paño de cocina y corro al cuarto de Tristan. Está de pie junto a la cama. Señala el edredón. Me doy cuenta de que su portátil está cerrado y luego me fijo en una enorme mancha de humedad que hay en medio de la cama.

—Ay, Dios —digo, sinceramente horrorizada—. Ha estado todo el día encerrada aquí, debía de estar desesperada.

—Apesta —dice intentando no enfadarse mucho.

—Ya lo sé, huele fatal. Irina debió de dejarla aquí encerrada esta mañana. Estaba atrapada y en algún sitio tenía que hacer pis.

—SACA ESO DE AQUÍ —grita Belinda, volviendo a entrar en la habitación.

—Ya lo está haciendo —dice Tristan para apoyarme, aunque sé que está que echa humo—. No perdamos los nervios.

Recojo el edredón y salgo. Me siento asquerosa, como si fuera yo la que se ha meado en la cama. Belinda está en la cocina en sujetador y bragas. Su vestido está tirado en el suelo. Lo mira como si estuviera infestado de serpientes de cascabel. Nunca había visto su cuerpo. Es mucho más bonito de lo que imaginaba. Meto el edredón en la lavadora. Casi no cabe, tengo que meterlo a presión.

—No tengo nada que ponerme —se lamenta.

Oliver y su amigo entran también. Oliver sale corriendo avergonzado y su amigo se queda mirando a la mujer en ropa interior.

—FUERA —grita Belinda como si estuvieran abusando de ella.

Aunque haya sido un atrevimiento desnudarse, supongo que es señal de lo a gusto que se siente en esta casa.

—Yo te presto algo —digo, y corro a mi habitación.

Paloma está escondida debajo de la cama. Sabe perfectamente lo que ha hecho. Estoy delante del armario buscando algo para que se vista la exmujer de mi marido cuando de repente Belinda aparece detrás de mí.

—No me des nada que huela —dice, como si eso fuera lo normal en mi ropa—. No quiero parecer una loca de los gatos.

Esas palabras se me graban a fuego. ¿Ahora la loca soy yo por tener un gato? Es ella la que está en bragas, gritando.

—¿Qué tal esto? —dice cogiendo el vestido que llevé a la gala benéfica.

—No está limpio, me lo puse hace un par de noches.

Lo huele.

—Bueno, por lo menos huele a perfume y no a pis de gato. Me lo llevo.

Se pone mi vestido. Le queda estupendamente, lo que es muy molesto.

—Ah, qué bien. Estás muy guapa —dice Tristan cuando ella sale al pasillo—. No me había dado cuenta de que tenéis una figura muy parecida.

No sé por qué, pero me da repelús oírle decir eso. Como si le gustara un tipo de mujer concreto del que yo, casualmente, formo parte.

—Me voy a casa a ducharme. Voy a pasarme días oliendo a meados —refunfuña Belinda, y se va indignada.

Cojo sábanas limpias y me pongo a hacer la cama de Tristan.

—Tu verdadera madre está muy buena —oigo que le dice su amigo a Oliver en la cocina.

Cierro la puerta de una patada.

11

Unos días después estoy de vuelta en la iglesia metodista y esta vez vengo decidida a intervenir. Martha está más alegre esta semana, más luminosa, quizá por el alivio de haberse abierto a los demás. Eso mismo quiero yo. Quiero desahogarme en una sala llena de gente, porque cuando se cuenta un secreto, ya no es un secreto, es una historia. Y todo el mundo tiene una historia.

Han venido Martha, Ada y Greg. Y Tiana también, claro. Pero Nicole no. Me da pena no verla. Me gustó que me hiciera preguntas después de la última sesión. Me hizo sentir sabia y venía con ganas de más.

Al entrar, he cerrado los ojos y solo los he abierto cuando ya había cruzado la puerta. Esperaba ver a Lee sentado aquí. Intentaba que su presencia me sorprendiera. Una pequeña ilusión, como cuando llega un paquete que has olvidado que habías pedido. Me lo imaginaba acercándose a mí y diciendo: «He venido por ti. Me alegro de volver a verte». Pero las cosas no han salido así.

Tiana se dirige a mí primero y me indica con un gesto que ya puedo hablar. Siento la mano cálida de Ada en la espalda. Su gesto característico. Irradia calor y noto que su apoyo se difunde por mi cuerpo en oleadas. Pero la puerta se abre antes de que empiece. Me palpita el corazón como si acabaran de sacarme a bailar. Es Lee.

—Hola a todos —dice nervioso—. ¿Hay sitio para uno más?

—Sí, por supuesto. —Tiana se acerca a él, le estrecha la mano y lo conduce a un asiento—. Encantados de tenerte aquí. ¿Cómo te llamas?

—Lee. Hola, hola, hola, hola —nos saluda por turnos, mirándonos a todos a los ojos. Yo me quedo mirándole, pasmada—. Hola otra vez —me dice directamente.

Su mirada dulce abre un agujerito en mi duro caparazón.

—Hola, Lee —le digo en tono efusivo—. ¿Cómo estás? ¿Y tu madre?

—No muy bien, pero me alegro de estar aquí.

—Nosotros también —contesta Ada—. Necesitamos más hombres. Pobre Greg, atrapado con tantas chicas…

Eso me hace gracia, y a Martha también. Greg se sonroja, lo que me parece entrañable. Esos estúpidos tatuajes ocultan su lado tierno.

Mientras Tiana le explica a Lee quién es, cuál es el objetivo del grupo y qué puede esperar conseguir, yo lo observo con atención. Es un hombre alto y corpulento. Pelo corto, buena piel bajo la barba incipiente y espesa. No recuerdo que tuviera barba cuando nos conocimos, así que puede que sea fruto de la tristeza. Lleva un reloj barato en una muñeca y, en la otra, una gruesa pulsera de cobre; o sea, que tiene dolores articulares. Tiene los ojos marrones, los dientes un poco torcidos, los labios finos y una sonrisa bondadosa. Su voz suena dulce y suave. No debería mirarle así, tan fijamente, pero no puedo evitarlo. Empiezo a compararle con mi padre. Si Lee fuera un ovillo de cordel, podrías agarrar un extremo y ver cómo se desenrolla suavemente, sin soltarlo nunca. Si mi padre fuera un trozo de cordel, tendrías que luchar por el pedacito más diminuto y al final te rendirías, lo tirarías al suelo y le darías una patada para apartarlo de ti.

—¿A quién quieres recordar hoy? —le pregunta Tiana.

—A Mocasín, el gato de mi madre. Bueno, también era mi gato, vivo con mi madre. Pero no vayáis a pensar por eso que soy un bicho raro.

Todo el grupo se ríe. Sobre todo, Greg.

—Un bicho raro —dice—. Me gusta. Un bicho raro, eso soy yo, o eso cree la gente que soy.

Me pregunto si Greg se arrepiente de la versión de sí mismo que se ha pintado en la piel y que hace imposible que la gente vea más allá, que repare en la persona que hay debajo.

—Mocasín murió de repente hace una semana. Lo llevé al veterinario pensando que iba a recuperarse y volví con él en brazos, muerto. —Lee se echa a llorar acto seguido.

Greg le pone la mano en la espalda, un poco indeciso.

—Tranquilo, aquí puedes decir lo que quieras —le dice—. Yo vengo porque se ha muerto mi serpiente y aquí todo el mundo te trata muy bien.

—Me encantan las serpientes. —Lee le sonríe. Las lágrimas le corren por el labio y se le meten en la boca—. Tuve una de pequeño.

Greg se pone tan contento que casi parece orgulloso.

—Mi madre no está bien y yo procuro aguantar el tipo por ella, pero no dejaba de pensar en este grupo y, al final, necesitaba un sitio donde desahogarme. Los foros de Internet no me gustan. —Exhala tres veces seguidas y luego respira hondo despacio—. Siento que estoy reviviendo la muerte de mi padre. Desde que falta, he procurado no derrumbarme, por mi madre, pero la muerte de Mocasín me lo ha devuelto todo. Ha sido como una bofetada en plena cara. Me siento otra vez como la noche que murió mi padre, solo que esta vez no puedo reprimirme. Qué idiota soy. Era solo un gato, ya lo sé, pero…

—Un gato nunca es «solo» un gato —dice Ada, poniéndose a la defensiva—. Cuando descubrí que mi marido se acostaba con otras, mi gata se convirtió en el eje de mi vida. Os juro que, si mi hijo tuviera el valor de reconocerlo, estaría de acuerdo en que se ha vuelto como se ha vuelto porque murió nuestra gata. Ella trajo alegría a un hogar muy triste. Así que nada de «solo». Mi gata me salvó, os lo prometo.

—Estoy de acuerdo —dice Martha, cada vez más erguida. Esos enormes ojos de cierva parecen sombrillas que intentaran mantenerse abiertas al viento—. Yo nunca había pensado tanto en mi padre. La muerte de Bessie me hizo recordarlo todo. Y también la muerte de mi marido. Superé el duelo las dos veces con mucho esfuerzo. La vida tiene que seguir y todo eso. Pero, cuando murió Bessie, me vine abajo. Por ella, pero también por todo lo demás.

Llevaba años compartimentalizando mi dolor y de repente las compuertas se abrieron y la pena me inundó por completo, por todas las vías posibles. Por eso nunca es «solo» un gato. Es un símbolo de lo mucho que eres capaz de amar. Y cuando mueren, su falta te recuerda todo lo que has perdido.

Desgraciadamente, he bebido un sorbo de agua justo en este momento tan emotivo del discurso de Martha y me atraganto y la escupo sin querer, salpicándome los muslos.

—¿Estás bien? —me pregunta Lee, a pesar de que es él quien está llorando.

—Sí —digo con entusiasmo mientras me limpio el agua de los pantalones con la mano—. Estoy bien. Lo siento. Ha sido tan poético… Qué hermosura lo que has dicho, Martha.

—Gracias. Cuando no estoy aquí, soy escritora, o algo así.

—¿En serio? Qué maravilla. —Ada se lleva la mano al pecho, emocionada todavía por la belleza que acaba de inundar nuestros oídos—. Es como si una de las hermanas Brontë acabara de entrar volando por la ventana.

—Me encanta Jane Eyre —dice Greg, y nos quedamos todos patidifusos—. ¿Qué pasa? No tengo amigos, ¿qué voy a hacer, sino leer?

Nos echamos a reír. Greg no sabe si ofenderse o no.

—¿Qué escribes? —le pregunto a Martha.

—Soy periodista. Cosas de opinión. Los últimos meses han sido duros. Ando escasa de inspiración.

Casi no puedo disimular mi sorpresa. ¿Martha, una periodista de altos vuelos? Creía que iba a decir que escribía poemas o algún cuentito de vez en cuando. Lo que demuestra que no te puedes fiar de las apariencias.

—Quizá deberías escribir sobre tu gata Bessie —sugiere Ada—. Sobre eso sabes muchísimo. Puede que desbloquee tu creatividad.

—No sé. Me temo que los comentarios al artículo harían que me arrepintiera.

—Eso es terrible —digo—. Que un escritor se abstenga de expresar alguno verdaderamente emotivo por miedo a lo que pueda decir la gente.

—Me preocuparía que me ridiculizaran por escribir sobre mi gata seis meses después de su muerte. Poder hablar abiertamente sobre esta pena con un grupo de gente es algo muy especial y único.

—Estoy de acuerdo —dice Greg.

Asentimos todos y nos sonreímos con afecto unos a otros. Este equipo pequeño y raro en el que todos confiamos tanto.

—Me alegro mucho de haber venido —añade Lee—. Parecéis todos… muy simpáticos.

Me sorprende la facilidad con que se ha integrado y se ha abierto a los demás. Creo que hablar con tanta libertad de tus sentimientos y no tener miedo a expresarlos es señal de que eres una persona fuerte. Lee es lo más alejado a un «bicho raro» que puedo imaginar. Y eso es muy inspirador. Quiero parecerme más a él.

—Bueno, Mia —dice Tiana con dulzura—. Volviendo a ti, ¿hay algo más que quieras compartir con nosotros hoy?

Se apodera de mí un arrebato de valentía. Quiero hablar. Puede que mi gata no esté muerta, pero merezco estar en esta sala. Tengo una historia que contar y ya es hora de que la cuente. Respiro hondo y empiezo a hablar:

—Hace dieciséis años, salté del Puente de Londres en un intento de acabar con mi vida.

—Ay, Dios —exclama Ada, y se le saltan las lágrimas—. Pobrecita.

Lee no puede decir nada, se limita a mirarme con sus ojos amables y cariñosos.

—Lo siento, sé que es un poco fuerte. ¿Creéis que debo continuar?

—Sí —asiente Tiana—. Para eso estamos aquí.

—Me subí al parapeto, me tiré hacia delante y caí en un agua muy fría. Recuerdo que había una paloma posada en el borde del puente y que mientras yo caía bajó volando conmigo, como si fuera un juego. Casi en cuanto caí al agua, me sacaron a rastras y me subieron a un barco. Fue como si me hubieran visto tirarme del puente o estuvieran siempre allí, esperando a que cayera gente.

»Recuerdo que solo sentí rabia. ¿Cómo se atrevían a interponerse en mi destino? En un destino que yo había sopesado incansablemente, el único que imaginaba para mí. Estaba muy enfadada. Me sentaron en un banco y me envolvieron en una toalla. Una paloma se posó en la borda del barco. Yo estaba segura de que era la misma de antes. Los del barco no dijeron gran cosa, solo me hicieron algunas preguntas sobre cómo me encontraba. Me castañeteaban los dientes y estaba congelada o rabiosa, no lo recuerdo bien. El barco siguió avanzando y luego me hicieron desembarcar. Una serie de gente, un coche, la policía, una celda donde me retuvieron toda la noche. Me preguntaron por qué lo había hecho, pero no de un modo que me hiciera pensar que les importaba. ¿Tenía alguien a quien llamar? ¿A mi madre? No. ¿A mi padre? Tampoco. ¿A mi pareja? No. ¿A algún amigo? No. Por fin dejaron que me fuera. Recuerdo que tenía la ropa seca y los zapatos mojados. Me fui derecha al puente otra vez. Lo único que habían hecho era posponer lo inevitable.

»Casi había llegado cuando vi que algo se movía entre unos arbustos. Una gatita muy pequeña. De unos dos meses, quizá. Parecía muy asustada. Estaba temblando, abandonada, y me miraba con sus ojos enormes y dulces como diciendo "Ayúdame, por favor". La cogí en brazos y, en lugar de seguir hacia el puente, me fui a la casa que compartía con otras dos personas de cuyo nombre me costaba acordarme. El caos de mi vida empezó a calmarse de repente. Llamé a la gata Paloma. Se convirtió en mi razón para seguir viva.

—Vaya. Es una historia muy triste, pero también muy hermosa —dice Tiana, enjugándose una lágrima.

—Menos mal que la encontraste —añade Ada—. Me parece que esa gatita te salvó la vida.

—Así es. De verdad.

—Y ahora que la has perdido, debes de sentir un vacío enorme. ¿Te apetece contarnos qué le pasó a tu querida Paloma? —pregunta Tiana con delicadeza.

Me planteo mentirles. Y luego me planteo decirles la verdad. En ambos casos, mi presencia aquí va a parecer extraña, así que, en lugar de estropear este instante, opto por no hacer ninguna de las dos cosas.

—No necesito intervenir mucho en el grupo. Me hace bien solamente estar aquí, con gente que me comprende. ¿Sabéis lo que quiero decir?

—Sí, lo sabemos —contesta Tiana.

—Lo sabemos —asienten todos.

12

La gente habla como si ser vulnerable fuera algo bueno. Anoche le conté a un grupo de desconocidos mi secreto más profundo y la verdad es que esta mañana me he levantado temblando. Es una pena porque hoy es un gran día. El día de la reunión con Selfridges. Tenía muchas ganas de estar radiante y a tope de energías, pero una espantosa sensación de angustia me está impidiendo cumplir con mi rutina diaria. Me he quedado dormida hasta bien pasadas las siete menos diez. He olvidado prepararle el desayuno a Oliver. He abierto el grifo de la ducha y he olvidado meterme dentro. He entrado en el cuarto de baño y he dejado fuera a Paloma. Es la primera vez que lo hago. Cuando he abierto la puerta, estaba sentada al otro lado del pasillo, esperando, como si me hubiera vuelto loca de remate.

—Lo siento, Paloma —le he dicho, sentándome en el suelo para acariciarla—. Mamá está hoy muy descolocada.

He conseguido recomponerme lo suficiente como para meterme en mi papel. Pantalones negros, una elegante blusa azul clara y americana negra. Como no acertaba a hacerme mi moño de siempre, me he hecho una coleta un poco más suelta. Por más que me he pinchado la oreja izquierda, no encontraba el agujero para el pendiente y al final lo he dejado por imposible. Aparte de eso, he conseguido prepararme más o menos para salir de casa.

—Deséame suerte —le digo a Paloma al salir—. Es un gran día para mí.

Cuando la puerta se cierra, me yergo de nuevo y salgo hacia el centro de Londres. Tengo un hormigueo en el estómago. Esto tiene que salir bien. No puedo dejar que mi mente me distraiga e intente arrastrarme de nuevo al caos.

Cuando llego a Selfridges, me siento preparada y en forma. Es

emocionante llegar a un lugar así. Es como el Palacio de Buckingham de la moda. Que nuestras joyas se vendan aquí sería como codearse con la realeza.

Me reúno con Isabella y entramos por la puerta de visitantes. Mentiría si dijera que no se me acelera el corazón. Qué ilusión me hace estar aquí, en los grandes almacenes por excelencia. La recepción es muy moderna y minimalista. Eslóganes en las paredes, una mujer joven y elegante detrás del mostrador. Me siento como si estuviera en una película y hubiera conseguido llegar a las oficinas de la empresa de mis sueños. No me interesa especialmente la joyería, pero hasta yo siento lo impresionante que es un lugar así. La emoción hace que se disipen todas mis inseguridades. Estoy aquí para vender esta propuesta y haré lo que haga falta para conseguirlo.

—Tengo la sensación de que ya he triunfado solo por estar aquí —le digo a Isabella, y enseguida me arrepiento de haber mostrado alguna emoción.

—Supongo que yo me siento más cómoda en sitios así —responde Isabella mientras se acerca al mostrador de recepción—. Venimos a ver a Rosita —dice con seguridad.

—¿De qué empresa son? —pregunta la recepcionista con amabilidad, pero sin mirar a Isabella, que se molesta enormemente. Resopla y se queda allí de pie, con la cabeza ladeada y los ojos muy abiertos, como diciendo «¡Soy yo!».

La recepcionista levanta por fin la vista y vuelve a preguntar:

—¿Su empresa?

—Isabella May Joyería —digo, incapaz de soportarlo más—. Venimos a una reunión.

—Estupendo.

Nos indica que cojamos el ascensor y esperemos en la zona de asientos de la planta siguiente. Estoy nerviosa, noto que me tiemblan las manos. Isabella también lo está, se le nota, pero ella

nunca lo admitiría. En el ascensor hace como que lee un cartel de la pared.

Tengo ganas de preguntarle por las acusaciones contra Theo. ¿Podría hundirnos ese asunto? Tengo derecho a saberlo antes de intentar venderle nuestra propuesta a Selfridges. Si la noticia sale a la luz este fin de semana, ¿pensarán que hemos sido deshonestas por no mencionarlo?

—Tu padre fue muy amable por reservarnos una mesa la otra noche, debe de haber costado una fortuna.

—Eso a él le da igual. Después de la reunión, quiero pasarme por el departamento de accesorios, a ver si tienen el bolso nuevo de Balenciaga —dice lanzando una mirada desdeñosa a mi bolsa de tela.

Me la regalaron cuando encargué la comida de Paloma a una empresa independiente de comida para gatos muy moderna. Es extragrande y dentro cabe todo lo que necesito para la reunión. Y además tiene un dibujo muy bonito de un gato, que me gusta mucho.

—Siempre me ha parecido absurdo llevar bolsos caros. Son demasiado valiosos para apoyarlos en cualquier sitio y un gran reclamo para los ladrones, porque es evidente que están llenos de cosas caras —contesto para defenderme—. Estas bolsas de tela son muy prácticas. Yo las uso hasta que se caen a pedazos. Tengo un cajón lleno, me parece muy buena idea que las marcas las den gratis. Nosotros también podríamos hacer algo así, ¿no?

—Las palabras «gratis» y «caerse a pedazos» son dos razones por las que no vamos a regalar bolsas de tela.

Se abre el ascensor y tomamos asiento en la sala de espera. La oficina es enorme y diáfana. Moderna, minimalista y elegante. No hay ningún desorden. No hay nada en las mesas. Veo taquillas y todo el mundo va impecablemente vestido. Parecen todos tan jóvenes, sexis y modernos… Isabella coge un ejemplar del Metro de hoy de la mesa baja y se pone a hojearlo. Un claro indicio de que no quiere revisar la presentación una última vez antes de que

entremos. Parece fascinada con el artículo que ha encontrado.

—¿Se ha muerto tu gata? —me suelta de repente, y me quedo sin respiración un momento.

—¿Cómo dices?

—En serio, ¿se ha muerto tu gata? La mujer de la que se habla en este artículo podrías ser tú, pero su gata debe de haberse muerto si iba a ese… —Se inclina un poco más sobre el periódico—. Ese grupo de duelo por la muerte de mascotas. Tiene cojones…

—Dame eso —digo cogiendo el periódico. El corazón se me sube a la garganta y se me aloja al fondo de la boca.

Enseguida me fijo en el titular:

UN RINCÓN PARA LOS MÁS TRISTES DE LA CIUDAD

Reconozco de inmediato a la periodista de la foto. Es Nicole, la del grupo de duelo. Solo que no se llama Nicole, sino Amy Newton. Sigo leyendo:

La idea de los grupos de apoyo no es nueva en absoluto. Asociaciones como AA, NA o Control de la Ira llevan décadas haciendo reuniones de terapia de grupo. Pero ojo al dato: existe un pequeño grupo de personas deprimidas que se reúne todos los martes por la noche para llorar juntas la muerte de sus mascotas. Y yo me pregunto si no habremos llevado demasiado lejos la manía actual por el cuidado de la salud mental.

Me senté en el corro. La dinamizadora del grupo era una mujer bastante agradable que probablemente se había visto obligada a ocupar el escalón más bajo de la práctica terapéutica. No me extrañaría que se hubiera quejado amargamente a su superior cuando sacó la pajita más corta y supo que le habían tocado en suerte los de las mascotas. Puede que incluso le rogara que la mandara con los Iracundos, a ver si podía

curarlos.

Si los participantes formaran el elenco de personajes de una novela, podría acusarse a su autor de recurrir a los estereotipos más trillados. Una señora que hacía seis meses que había perdido a su gata y seguía sin levantar cabeza contó con voz sombría y apagada que seguía poniéndole comida al animal todos los días y que dormía con una almohada encima para sentir que la gata seguía echada sobre ella. Costaba morderse la lengua para no hacerle notar que el problema no era la gata. Me dieron ganas de enseñarle a usar Tinder. Nunca he visto mejor candidata para una aplicación de citas.

A su lado había una mujer que, mientras se atiborraba a galletas rellenas de crema, reconocía que estaba más disgustada por la muerte de su gatito que por que su marido le hubiera puesto los cuernos. Vestía de colores tan vivos que te hacía plantearte si de verdad sufría o si más bien buscaba un sitio al que ir donde alguien le hiciera caso.

Había también un hombre, la encarnación misma de la masculinidad tóxica, que se puso a lanzar sillas. Sí, ya sé que parece increíble, pero así fue. Tenía un enorme tatuaje de una serpiente pitón alrededor del cuello, un retrato de su amada serpiente, que murió en sus brazos. Una serpiente, sí. No me lo estoy inventando, aunque lo parezca. Puede que algunas personas solo vieran en él al desconsolado dueño de una mascota muerta, necesitado de un poco de apoyo y afecto. Yo vi a un hombre violento que desahogaba su furia en una sala llena de personas vulnerables. Sin ningún control sobre sus emociones, una amenaza para todos los presentes. Y, sin embargo, no debemos cuestionar la línea que separa la locura de la salud mental. Cuando personas que son un peligro para los demás admiten tener sentimientos, ¿debemos perdonarles sus malas acciones? Eso parece, por lo que pude ver a la semana siguiente. El hombre volvió a aparecer y ocupó su lugar en el corro sin que nadie le reprochara su actitud ni se cerciorara de que los demás no corríamos peligro. Yo estaba aterrorizada en mi asiento, temiendo que nos atacase en cualquier momento.

Pero la persona que más me llamó la atención fue una mujer alta, delgada, con el pelo de un intenso color rojo. Vestía discretamente, con ropa de oficina, pero quizá fuera un disfraz para ocultar a la loca de los gatos que llevaba dentro. Como era incapaz de hablar de la muerte de su gatito, utilizó al grupo para hablar de sus muchos traumas, como si

fuera una sesión de psicoterapia gratuita. O puede que solo fuera una mirona del dolor ajeno. Después nos encontramos en la calle por casualidad y siguió haciéndome confesiones. Me contó que se había casado porque tocaba hacerlo, más que por amor. Que con su hijastro y su gato le bastaba y que no necesitaba tener hijos propios. Pero quizá lo más chocante de todo sea que, en su opinión, encajaría mucho mejor en el estereotipo de solterona y «loca de los gatos» que en su papel actual de esposa. ¡Seguro que su pobre marido estaría encantado!

De repente me dan ganas de vomitar.

—Tienes una doble, Mia —dice Isabella riéndose por lo bajo.

Yo intento disimular mi vergüenza.

—¿Cuál crees que se parece a mí? —le pregunto con esfuerzo, porque noto la boca como recubierta de papel de lija y me cuesta mover la lengua.

—¿Estás de coña? ¿Una pelirroja que viste discretamente y que es una loca de los gatos, aunque no lo parezca? Deberías ir a ese grupo a conocer a esa mujer. Podríais ser amigas.

—¿Por qué narices voy a ir yo a un grupo así? —le suelto.

—Jolín, qué susceptible eres.

Ya veremos lo susceptible que es ella cuando se haga público que su padre es un acosador sexual. Si es que se hace público, claro, porque Theo tiene dinero suficiente para parar una guerra.

—Hola, soy Hannah, la asistente de compras —dice una joven vestida con ropa muy cara para alguien de su edad—. Si hacéis el favor de acompañarme, os llevo a conocer a Rosita.

Me guardo el periódico en la bolsa, para horror de Isabella. Hannah, por su parte, levanta las cejas extrañada. Me siento como si acabaran de darme un puñetazo en el estómago. Nicole, o Amy, o como se llame… ¿Tendría su madre de verdad un perro o ni siquiera eso era cierto? Y no puedo evitar preguntarme si me

reconocerán también otras personas, igual que me ha reconocido Isabella. Siento que los muros que he construido a mi alrededor durante todos estos años empiezan a temblar. Respiro hondo varias veces. Tengo que concentrarme en el trabajo, eso es lo que siempre me salva.

Sigo a Hannah por la oficina hasta una sala de reuniones. Nos indica que nos sirvamos agua. Tomo un poco porque tengo la boca seca y acabo bebiéndome toda la botella de un trago.

—Cielo santo, cálmate, ¿quieres? —me dice Isabella entre dientes.

—¿Os apetece un té? —pregunta Hannah en un tono que da a entender que preferiría que no aceptáramos, así que decimos las dos que no—. Estupendo, enseguida estamos con vosotras.

Sigo temblando. Me siento fatal por los otros miembros del grupo de terapia, ojalá no lo vean. ¿Leerá Martha el Metro? ¿Y Lee? ¿Y Greg? ¡Ay, Dios, Greg!

—Es la primera vez que te veo nerviosa —dice Isabella con regodeo.

—Estoy bien. Vale, vamos a prepararnos.

Respiro hondo otra vez y ya está, lo arrumbo a un rincón de mi cabeza. Esta reunión es más importante que nunca. Me siento acosada por el caos. Trabajo, concentración, éxito, eso es lo que lo mantiene a raya. Estoy decidida a conseguir mi objetivo en esta reunión.

Empiezo a colocar algunas muestras sobre la mesa y saco el ordenador para abrir la presentación que hemos hecho. Isabella saca la estrategia de marketing, que yo aún no he visto porque la ha acabado a última hora.

—Ah, qué bien, ¿puedo verla? —le digo, tendiéndole la mano.

—Sí, es genial —contesta.

Hojeo el dosier.

—¿Esto es todo? —pregunto horrorizada.

—Pues claro. ¿Verdad que es impresionante?

—Solo son fotos tuyas con gente famosa. Y en la mayoría ni siquiera llevan nuestras creaciones.

—Ya, pero yo sí.

—Lo sé, pero… Isabella, que conozcas a gente famosa no es suficiente. Esto es Selfridges, no van a conformarse con esto. ¿Es que no lo entiendes?

—Claro que lo entiendo, Mia. He conseguido muchas cosas y esto lo demuestra.

Me quita el dosier de las manos. Rezo por que termine la reunión sin tener que enseñárselo a nadie.

Cuando se abre la puerta, se me acelera el corazón. Rosita es la jefa de compras de Selfridges. Esto es lo máximo, el no va más, y de repente me importa más Isabella May Joyería de lo que nunca había creído que me importara. Quiero hacerlo bien. Quiero que Selfridges nos acepte como proveedores. Rosita es una mujer negra con un aplomo y una elegancia impresionantes. Irradia moderación, decoro y conocimiento. Me horroriza pensar en la cantidad de maneras en que puede ofenderla Isabella. Procuro sonreír y parecer lo que soy, una ejecutiva, ni más ni menos. No deben adivinar lo que hay detrás de mi apariencia, como hizo Amy Newton.

—Hola, ¿qué tal? —le digo, poniéndome de pie y tendiéndole la mano para que me la estreche.

Isabella se apresura a tendérsela también. Rosita opta por estrechársela a ella.

—Encantada de conocerte. ¡Por fin! —dice Isabella.

Rosita y Hannah ni se inmutan. Se nota que para ellas estas reuniones son el pan de cada día. Esta llevaba cuatro meses agendada, no es fácil llegar hasta aquí. Estoy segura de que solo compran un pequeño porcentaje de los productos que les ofrecen.

No pueden ser muy efusivas. Ser demasiado amables podría dar lugar a malentendidos, así que no lo son en absoluto y hacen muy poco por calmar nuestros nervios.

—Bien, ¿empiezo? —pregunto.

Rosita asiente con la cabeza y dice tranquilamente:

—Por favor. —Lo cual resulta muy elegante y al mismo tiempo intimida un poco.

—Vale, si miráis la pantalla, os explico quiénes somos y lo que hacemos.

Rosita y Hannah miran la pantalla con indiferencia, como si no hubiera hecho ninguna falta que les enseñara todo aquello. Cuando termino, Rosita se vuelve hacia mí con una media sonrisa, como diciendo «¿Qué más?».

—¿Queréis ver las muestras? —Isabella coge uno de los colgantes de plata y se lo pasa.

Rosita lo coge y le echa un vistazo.

—Es bonito —dice, y lo deja inmediatamente—. Nos gustan mucho las historias. Sin historia, no hay marca. ¿Cuál es la vuestra?

—Bueno, ya que lo preguntas —dice Isabella, entusiasmada por tener la oportunidad de hablar de sí misma—. Desde que era pequeña, siempre he querido hacer cosas bonitas. —El topicazo hace que me estremezca—. Veía a mi madre ponerse sus lentejuelas y sus joyas y pensaba «Algún día, algún día ayudaré a otras mujeres a estar tan guapas como mi madre». Y así, cuando tenía unos veintiséis años, aprendí a hacer cosas. Al principio empecé con cositas pequeñas, solo piezas para mis amigas. Ya sabes, como Tara Palmer-Tomkinson o Sadie Frost. Luego, cuando me di cuenta de que muchas famosas querían llevar mis joyas, comprendí que estaba haciendo algo muy especial. Mi padre, que es un gran defensor de las mujeres empresarias, me dio el dinero para crear mi propia marca. Y aquí estamos hoy, Isabella May Joyería. Es icónico, la

verdad.

—Eso es interesante, pero yo me refería a la «narrativa». ¿Quién inspiró la marca, por qué hacéis lo que hacéis? ¿Qué representan vuestras colecciones?

—Bueno, me representan a mí. Son bonitas, glamurosas, únicas. Así es como quiero que se sientan las mujeres.

Hannah coge un collar.

—Me recuerda a Pandora —le dice en voz baja a Rosita.

—¿Vendéis cosas de Pandora? —pregunta Isabella.

—No, son demasiado corrientes para nosotros —contesta Rosita tranquilamente—. También nos interesa trabajar con marcas que tengan muy en cuenta la sostenibilidad en su plan de producción. ¿Qué iniciativas lleváis a cabo para ser una marca ética?

—Bueno, eso es fácil. Trabajo sobre todo con mujeres. Apoyo a las mujeres, les doy trabajo. Las impulso. Solo tenemos un hombre en plantilla y es asiático.

Hannah es asiática, pero Isabella no parece reparar en ello.

—Vuestras piezas son muy bonitas, pero la verdad es que necesitamos un gancho más fuerte para aceptar una marca en nuestro catálogo. Me parece muy estimulante que gente tan conocida lleve tus creaciones, pero la ética, la sostenibilidad y la narrativa son mucho más importantes para nosotros. Podemos ayudar a construir una marca si contamos con material adecuado con el que trabajar.

—Mi marca ya está construida —replica Isabella poniéndose a la defensiva.

Hannah y Rosita empiezan a mirarse como si la reunión hubiera terminado. Rosita le pone punto final.

—Muy bien, gracias por venir. Pronto tendréis noticias nuestras.

Todas sabemos que eso no es verdad. Pero yo no quiero salir de esta sala así. Hemos venido aquí para venderle nuestras joyas a Selfridges y eso es lo que voy a hacer. Saco del bolso el collar de Fliss y lo dejo sobre la mesa.

—También tenemos esto.

Rosita se inclina de inmediato y abre los ojos de par en par.

—Vaya, qué preciosidad.

Isabella me está taladrando con la mirada, pero yo sé que estoy haciendo lo correcto.

—Fliss, una de nuestras diseñadoras…

—¡Es negra! —ladra Isabella como un perrito, y las demás damos un respingo.

—Fliss se inspiró en una joya que su abuelo encargó para su abuela en Trinidad. Está fabricada con metal reciclado y las gemas proceden de un proveedor de comercio justo. Todo está hecho a mano. Fliss tiene ideada toda una colección inspirada en el collar original.

Rosita lo coge.

—Qué original.

—Fliss tiene muchísimo talento, es una de nuestras mejores diseñadoras. Se la robé a Net-a-Porter hace unos años, es todo un hallazgo —digo, decidida a salirme con la mía.

—¿Y estaría dispuesta a promocionar la marca? Estoy segura de que podríamos conseguirle entrevistas para que hable de los orígenes de la colección. Es justo lo que estamos buscando.

—Sí —contesto rotundamente—. No solo es muy inteligente y tiene mucho talento, sino que además es increíblemente guapa. Estoy segura de que daría unas entrevistas fantásticas.

—Estupendo. Me alegro mucho de que nos hayas enseñado esto —

añade Rosita.

Se nota que le ha encantado.

—Bueno, es que queríamos dejar lo mejor para el final —dice Isabella, y me da una patada por debajo de la mesa para que sepa que me va a caer una buena bronca cuando salgamos de aquí.

—De acuerdo, estamos muy interesadas. Me encantaría conocer a Fliss. Quizá podáis volver otro día con más ideas para la colección, veremos qué podemos hacer a partir de ahí. Me encantaría desarrollar esto con ella.

—Estupendo —contesto.

—¡Muy bien! —dice Isabella.

Rosita coge un cuaderno para no tener que estrecharnos la mano, nos da las gracias y se va. Hannah nos acompaña al ascensor.

—Nunca reacciona así —nos dice en voz baja—. Debe de haberle encantado. Enhorabuena.

Entramos en el ascensor. Isabella no dice ni mu. Camina cinco pasos por delante de mí hasta que salimos y doblamos la esquina. Entonces se vuelve y me mira destilando odio por cada poro de su ser.

—¿A qué coño ha venido eso?

—A que Isabella May consiguiera entrar en Selfridges, a eso ha venido.

—No, de eso nada. Es Fliss quien ha entrado en Selfridges, no yo. Te dije que no quería hacer esa colección. No tiene nada que ver conmigo. Pero lo teníais planeado desde el principio, Fliss y tú. Has traído ese collar para sabotear la reunión. Ahora tengo que gastarme el dinero en fabricar una colección que no tiene nada que ver conmigo y que no quiero hacer. Esto lo cambia todo. ¿Por qué has tenido que hacerlo?

—¿Porque tu marca tiene problemas y entrar en Selfridges podría

solucionarlos?

—Mi marca no tiene problemas.

Me doy cuenta de que con «marca» se refiere a sí misma, no a la empresa.

—Me contrataste para que dirigiera tu negocio y lo hiciera crecer. Y eso es lo que acabo de hacer.

—Pues obviamente cometí un error.

Se hace un silencio largo e incómodo mientras espero a que siga despotricando.

—Eres una tía muy rara, Mia —añade enseñando los dientes.

—Eso no es muy amable.

—Pues es la verdad. Te las das de mujer de negocios, pero eres igual que esa mujer del artículo. Distante, solitaria, siempre manteniendo apartada a la gente… Una loca de los gatos disfrazada de otra cosa.

—¿Y qué es una loca de los gatos, según tú?

—Tú, pero sin marido ni trabajo.

—Pues yo tengo marido y trabajo, así que creo que solo soy una mujer dueña de un gato.

Suena mi teléfono. Es Tristan. Siempre me llama por tonterías, pero esta vez es como si hubiera intuido que necesito que me rescaten.

—Voy a contestar al teléfono —le digo innecesariamente a Isabella, que está pidiendo un Uber.

—¿Y a mí qué coño me importa? —me suelta.

Le doy la espalda y contesto.

* * *

—¿Hola?

En Oxford Street hay mucho ruido, no oigo nada. Me tapo la otra oreja con el dedo y arrugo la cara como si eso sirviera de algo.

—Tristan, ¿hola? —Le oigo hacer un ruido extraño—. Tristan, ¿estás bien?

Entonces oigo también a una mujer que hace otro ruido extraño. Dejo de intentar que me conteste y me limito a escuchar. Se oyen crujidos y gemidos. Un autobús para a mi lado haciendo mucho ruido. Me descubro tapando el teléfono y gritándole:

—¡Cállate de una puta vez!

Varias personas, entre ellas Isabella, me miran como si estuviera chalada. Vuelvo a la entrada de Selfridges por si así oigo un poco mejor. Evidentemente, Tristan me ha llamado sin querer, pero algo me impulsa a seguir escuchando.

Parece estar en la cocina. Se oyen golpes contra una superficie dura. Entonces oigo maullar a Paloma.

—¡Que se calle ese bicho! —dice una voz de mujer. Es Belinda.

—No le hagas caso —contesta Tristan—. Yo ya no se lo hago.

Entonces oigo ruido de besos. Roces, cremalleras, gemidos, quejidos. Otro maullido de mi gata.

—¡Baja de ahí!

Luego se oye un ruido sordo cuando mi gata cae al suelo.

—No sé por qué permites que ese trapo lleno de pulgas viva aquí.

—¿El gato o Mia? —pregunta mi marido con la respiración entrecortada, riéndose de su propio chiste.

Belinda también se ríe. Su risa me recuerda a Cruella de Vil: una carcajada estridente y horrible.

—¿Soy mejor que ella? —pregunta cuando por fin deja de chillar. Vuelve a oírse ruido de besos—. ¿Esa loca de los gatos folla como yo?

—Es más tiesa que una bolsa llena de utensilios de cocina. Y le apesta el coño a gato muerto.

—¿Y a mí?

—El tuyo es como una nube de golosina.

Tengo el teléfono pegado a la oreja y la boca abierta. Me parece que me he doblado por la mitad. Y así es. Pero no tengo fuerzas para enderezarme.

La voz de Tristan se oye más apagada.

—Entonces, cómetelo. Cómetelo todo —dice Belinda.

Oigo lametazos. Gemidos. Jadeos. Belinda empieza a correrse, frenética, desatada. Tristan parece un perro hurgando con el hocico en un montón de basura. Belinda llega al orgasmo. Gemidos largos y teatrales que rozan el lamento. Un crescendo constante y fílmico. Mi marido le dice:

—Vamos, venga, córrete.

Y ella contesta:

—Cómemelo, vamos, zámpatelo entero.

El ruido que hacen me pone enferma. Me da náuseas. Y entonces vomito. Lo veo en el suelo. Algunos grumos salpican el teléfono. No me muevo. Estoy encogida en la entrada de Selfridges con el vómito a mis pies. La gente que cruza las puertas me esquiva y sortea el vómito. Aparecen los pies de un hombre, lleva un cubo y una fregona. Empieza a limpiar mi vómito con ella. Me enderezo poco a poco y salgo a la calle dando tumbos.

Isabella ha subido a un taxi. Parece furiosa.

—¿Vienes o qué? —grita.

Veo pararse un autobús unos metros más allá. Corro lo más rápido que puedo con mis piernas de gelatina y me subo de un salto. Como todavía llevo el teléfono en la mano, lo acerco al lector. Me siento. No tengo ni idea de adónde va este autobús. Y tampoco me importa.

Observo a extraños por la ventanilla. Gente que vive su vida, yendo de acá para allá. Veo parejas cogidas de la mano y madres con niños. Veo a un indigente con un montón de cosas alrededor, pero sobre todo con un vaso vacío en las manos y un cartel que dice «Ayuda, por favor». La gente pasa junto a él, le echa un vistazo y luego finge no verlo. Así es más sencillo. Ejecutivos que van de reunión en reunión. Mujeres con bolsas de tiendas, algunas con un novio que se lo paga todo. Mujeres independientes con tacones altos, tarjeta de crédito propia y bolsas llenas de caprichos. Hombres que miran con deseo, mujeres que los desdeñan. Olor a gofres. Gente y más gente. Me pregunto quiénes de ellos sufren y quiénes infligen dolor a otros. Puede que todos lo hagamos. Quizá hacer daño a los demás sea una parte insoslayable del hecho de ser humano. No los amamos lo suficiente, no les pagamos lo suficiente, no los alabamos lo suficiente. No somos suficiente.

Una bolsa llena de utensilios de cocina.

Una mujer sube al autobús. Es corpulenta y seguramente parece más joven de lo que es. Se sienta a mi lado. Su costado presiona el mío cuando se desparrama por mi asiento. No parece molestarle el contacto hasta que apoyo la cabeza en su hombro. Entonces se levanta más rápido de lo que querrían sus huesos, se sacude el hombro como si le hubiera dejado partículas de un virus en el abrigo y se cambia a otro asiento. Me mira como si fuera a montar un escándalo si vuelvo a intentar algo así. Pero no tiene por qué preocuparse, no voy a hacerlo. Con ella no.

Vuelvo a mirar por la ventanilla. Holborn. El curso de gestión y administración de empresas que hice fue en Holborn. Tenía

veintinueve años. Tardé un año. Hacer un curso de gestión y administración de empresas es para mucha gente un acto reflejo ante el caos. En caso de duda, haz un curso de gestión y administración de empresas. Si no tienes la suerte de haber nacido con el don de la ambición, pero necesitas hacer algo, haz un curso de gestión y administración de empresas. Si has intentado dedicarte a algo que creías que iba a gustarte y has fracasado, estudia gestión y administración de empresas: tiene muchas salidas. Un negocio es un negocio, da igual para quién trabajes. ¿Sabes hacer cuentas, fijar objetivos, emplear palabras como «beneficios», «activos», «márgenes»? ¿Eres capaz de dirigir un equipo y de aparentar que sabes lo que haces, aunque en realidad tengas dudas? Si cumples esos requisitos, puedes dedicarte a los negocios. Y entonces encuentras empleo. Te dedicas a hacer un trabajo que en realidad te parece vacuo y nada estimulante. Te conviertes en el lugarteniente del fundador, que se apropia de tu trabajo y lo aprovecha en beneficio propio. Yo no sabía adónde me llevaría ese curso. Simplemente venía aquí, a Holborn, todos los días. Me sentaba en un aula fría con otras quince personas. Hombres con traje barato, mujeres con zapatos incómodos y falda ajustada. Todos muy serios. Muy formales. Escuchaba a un hombre solo unos años mayor que yo que me enseñaba a hacer cosas que no me interesaban, pero que casualmente se me daban bien. Los días que no me llevaba comida de casa, comía el menú de sopa y ensalada en una cafetería pequeñita.

A veces recorría doce estaciones en metro y comía por el camino para ir a casa y hacerle unos mimitos a Paloma antes de emprender el camino de vuelta. Nunca llegué tarde. Ese fue el comienzo de mi relación con el orden. Viejos hábitos como llegar tarde o saltarme comidas se volvieron intolerables. Estaba siempre atenta, alerta. Aprendí lo que tenía que hacer para vivir mejor. Me programé para vivir de otra manera. Empecé a coleccionar objetivos vitales. El trabajo, luego el matrimonio. De repente, mi vida tenía valor.

No compartía habitación con mi marido. ¿Es el adulterio el precio que tengo que pagar por ello? ¿Se daba cuenta Tristan de que quiero más a mi gata que a él? ¿Sabía que nuestro matrimonio me convenía precisamente porque tenía que compartirle con otras personas? ¿Que eso nunca me ha importado porque cualquier

familia, del tipo que fuese, bastaba para alejarme del caos? El papel de segunda esposa y madrastra me bastaba para no volver a caer en la espiral de la que procedía. Igual que un drogadicto necesita una dosis, yo necesito un centro. Cuando lo pierdo, quién sabe dónde puedo acabar.

El conductor toca el timbre, el letrero anuncia «Última parada». Por lo visto, estoy en Monument. Llevo mucho tiempo evitando esta parte de Londres, pero aquí estoy. Las circunstancias me han traído hasta aquí. No es la primera vez que voy en línea recta por King William Street hasta el Puente de Londres.

A veces cuesta caminar en línea recta por un puente. Es como si el agua de debajo hiciera que el puente se mueva arriba y abajo y se meza. Camino despacio, con el brazo estirado como para mantener el equilibrio. Unos metros antes de llegar al final, me detengo y miro el río. Aquí fue. El lugar donde puse en práctica la que yo pensaba que era la mejor decisión de mi vida. El sitio donde salté.

Me quedo mirando el agua. El puente es más alto de lo que recordaba, quizá porque entonces no me asustaba tanto la idea de saltar. ¿Cómo es que fui tan valiente? ¿Podría volver a serlo?

Me suena el teléfono. Es Tristan. ¿Me llama para decirme que se acabó? No puede estar llamándome para preguntarme cualquier tontería, como de costumbre. Sería una crueldad después de lo que acaba de hacer. Contesto sin sentir nada, con el cuerpo entumecido:

—Hola, Tristan.

—¿A qué hora vas a llegar? —me pregunta.

—No lo sé —le digo sin dar ninguna señal de que hace apenas una hora he oído cómo le comía el coño de nube de golosina a su exmujer en la cocina de nuestra casa. La extraña familia en la que me apoyaba se ha hecho añicos. La vuelta al caos me atenaza.

—Vale, ¿hago yo la cena o tenías algo previsto?

—Ocúpate tú. Dale de comer a Paloma. Una cucharada de pienso. Y llénale el bebedero.

—Bueno, pero ¿cuánto vas a tardar?

Cuelgo.

13

He tardado cuatro horas y treinta y siete minutos en llegar andando desde el Puente de Londres a Acton. No me he dado ninguna prisa. Justo después de Hyde Park tuve que quitarme los zapatos y llevarlos en la mano. Mis pies han pasado por diversos estadios de dolor hasta entumecerse por completo. Al entrar en casa, me doy cuenta de que ya no los siento. Paloma viene corriendo a recibirme, como hace siempre. Suelto la bolsa y me agacho para acariciarla. Me siento en el felpudo y dejo que me lama. Tristan sale de la cocina.

—¿Dónde estabas? Te he estado llamando.

—Se me ha muerto el móvil.

Justo en ese momento, con la oportunidad de un escena cómica, mi teléfono me avisa dentro de la bolsa de que he recibido un mensaje. Lo saco. Es de Liz: Tengo una caja con ropa vieja de papá. Voy a llevarla a una tienda de beneficencia si tú no la quieres.

—Mia, tus pies…

—¿Qué les pasa?

Paloma ronronea muy fuerte. La pobrecita ha pasado un día horrible.

—Los tienes llenos de sangre. ¿Dónde has estado?

—Caminando.

—¿Desde dónde, desde Escocia?

Levantarme me cuesta más de lo que debería. Paso junto a mi marido y entro en la cocina. Me resbalo porque tengo los pies

mojados, por la sangre, y al caer me golpeo la cabeza con el pico de la encimera. Caigo a plomo, de culo. Una punzada de dolor me sube por la espalda. Tengo que quedarme quieta unos segundos hasta que se me pasa.

—Dios mío, Mia, ¿se puede saber qué te pasa?

Me llevo la mano a la cabeza. Más sangre.

—Podrías haberte sacado un ojo. —Tristan moja un paño y me lo pasa. Me lo acerco a la cabeza y aprieto—. ¿Estás borracha? —me pregunta.

—No, pero me apetece una copa.

—No sé si es buena idea. ¿Estás teniendo una especie de brote, un episodio o algo así?

—¿Y tú?

—¿Qué?

—¿Estás teniendo un episodio o solo eres una película muy larga y muy mala?

En mi mente sonaba mejor. Me duele muchísimo la cabeza.

—Mia, estás muy rara. ¿Por qué no te levantas, te das una ducha y te metes en la cama? No sé qué te has tomado, pero tienes que dormir la mona.

Se pone a limpiar chapuceramente. Pasa la encimera con un estropajo húmedo. Yo me pongo en pie y me dejo caer en un taburete para observarlo. La esponja del estropajo va dejando un rastro de agua. Agua mezclada con el flujo con sabor a nube de golosina de la gran vagina de Belinda. Se pone a tararear en voz baja, como si allí no hubiera nada que ver. Pero yo lo veo. Veo su miedo a dejar alguna pista. A oler a ella.

—¿Qué tal el día? ¿Qué has hecho? —le pregunto como si nada.

—Trabajar. Lo de siempre.

Mentira. O puede que follarse a Belinda en la cocina sea «lo de siempre» para él. Seguramente lleva años haciéndolo.

—¿Por qué me conservas? —le pregunto.

—¿Que para qué te conservo? ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que para qué te sirvo. Tienes a tu hijo, a Belinda, ¿por qué te molestas en seguir conmigo?

—Eres mi mujer.

—¿Por qué?

—Mia, ¿de qué va todo esto?

Me acerco a él con ojos seductores. Me pregunto si le olerá la barba a ella o si ha tenido tiempo de lavársela. ¿Notaré su sabor si le beso? ¿Sabrá a zapatos sucios, como imagino? Se vuelve hacia el fregadero para escurrir el estropajo, luego lo tira al desagüe y se aleja.

Cojo una bolsa de tela del armario de debajo del fregadero. Tristan se ha apartado de mí y se ha puesto a mirar por la ventana de la cocina, fingiendo contemplar con nostalgia el jardín, que tiene cero interés en cuidar. Intuye que estoy tramando algo y empieza a silbar una melodía estridente para aparentar que va todo bien.

Abro el cajón de los utensilios de cocina y lleno la bolsa. Me observa por el rabillo del ojo, demasiado asustado para preguntarme qué estoy haciendo. Cuando tengo la bolsa llena, empiezo a sacudirla violentamente.

—Mia, ¿qué haces? —pregunta nervioso.

—Quiero saber qué se siente al manipular una bolsa de utensilios de cocina.

Mira a su alrededor como si yo hubiera puesto cámaras por allí.

—Es curioso, porque no creo que esto pueda hacer gemir a un hombre como gimes tú cuando follamos.

—Estás borracha, debe de ser eso.

—Mira tu móvil.

Se lleva lentamente la mano al bolsillo de atrás como si alguien estuviera a punto de saltar del armario de la cocina y abalanzarse sobre él.

—Vamos —le digo—. Mira a ver cuándo fue la última vez que hablamos.

Pulsa varios botones. Se queda pálido.

—Me llamaste a las 15:34 y la llamada duró dieciséis minutos. Durante ese tiempo me describiste como una bolsa de utensilios de cocina, le hiciste un cunnilingus a tu exmujer y te quedaste de brazos cruzados cuando ella tiró a mi gata al suelo. Lo oí todo. Vomité en el suelo e intenté abrazar a una mujer en un autobús.

—La gata se estaba paseando por la encimera con las patas sucias y te he dicho mil veces que me molesta muchísimo —dice como si eso fuera lo más relevante de lo que acabo de decir.

Ha dado con lo único que podía servirle para desviar la culpa de sí mismo y echármela a mí. Típico de los hombres. Cojo a Paloma y la pongo sobre la encimera.

—Hoy ha habido aquí coños más sucios que el suyo.

Tristan cruza la cocina y se queda parado en la esquina, lo cual es muy extraño.

—¿Qué querías que hiciera? —pregunta—. Te niegas a dormir conmigo. Solo puedo tocarte cuando tú te me acercas. El resto del tiempo las manos quietas, porque te apartas como si te repugnara. Siempre me ha gustado tu rareza. Me intrigabas. Me gustaba que tuvieras tu vida. Nos iba bien así, ¿verdad? A los dos. Yo podía seguir teniendo a mi familia y también te tenía a ti. Pero parece que nunca me deseas. Me das muy poco.

—Le he hecho a Oliver todos esos sándwiches…

—Estoy hablando de mí, no de la tartera de mi hijo.

—A ti te hacía carne, aunque me daba asco.

Tristan resopla como si esto no nos llevara a ninguna parte.

—Le has dicho a Belinda que mi vagina huele a gato muerto. ¿Es verdad?

Pone cara de fastidio.

—Claro que no. Ella necesita que le diga esas cosas. No es una mujer segura de sí misma, ya lo sabes.

—¿Y qué es una mujer segura de sí misma, según tú? ¿Una a la que se le miente para que no se venga abajo por decirle la verdad?

—Supongo que es una mujer que no necesita que le digan constantemente lo fantástica que es comparada con otras. Tengo que hacer eso por Belinda, lo necesita.

—Dios mío, debe de ser durísimo para ti. Tener dos mujeres a las que follarte. Y tener que decir cosas horribles de una delante de la otra para que las dos estemos contentas.

—No podemos seguir así.

—Qué va, yo me lo estoy pasando pipa.

He encontrado una botella de vino blanco en la nevera. Bebo a morro de ella.

—Tú necesitas estar sola, Mia, eres más feliz así. No eres de las que se casan. No tienes madera de madre.

—¿Cómo te atreves? —digo, dolida, y empiezo a preguntarme si la piel gruesa que creía que tenía no será transparente, en realidad. ¿Puede ver a través de ella?

Paloma se frota contra mí. Ronronea muy fuerte, como un cohete a punto de despegar.

—Nunca he mandado a Oliver al colegio con los calcetines desparejados. Eso es más difícil de lo que crees. Guardaba todos los calcetines que no tenían pareja y cuando encontraba el otro los doblaba juntos. A veces tardaba semanas en encontrar la pareja. Pero nunca tiraba ninguno, y ni una sola vez ha llevado calcetines desparejados.

Tristan suspira como si le agotara.

—Puedo ayudarte a encontrar un sitio donde vivir.

Su voz empieza a sonar lejana. Bla, bla, bla. Dice no sé qué de que es más fácil que me mude yo. LA, LA, LA. Que esta es la casa de Oliver, que es una casa familiar… El ronroneo de Paloma es cada vez más fuerte. El cohete va a despegar. La cojo en brazos y corro hacia la puerta de la calle. Me duelen los pies y la cabeza, pero estoy decidida. Mis zapatillas de andar por casa están en una cesta. Me las pongo. Qué alivio. Cojo mi bolsa. Estoy a punto de salir cuando me doy cuenta de que me falta algo. Dejo la bolsa y a Paloma en el suelo y abro el armario de debajo de la escalera. Tiro cosas hacia atrás y aparto otras hasta que lo encuentro: el transportín de Paloma. Intento cerrar la puerta del armario, pero con tanto desorden no se cierra. No es problema mío. Meto a mi gata en el transportín, recojo mi bolsa y me voy.

El metro está lleno. Huelo mal y llevo un gato. La gente intenta no mirarme sin conseguirlo.

Una mujer mira a Paloma en vez de a mí; se siente más cómoda mirándola a ella. Va bien vestida y lleva un bolso bonito. Levanta la vista hacia mí.

—¿Qué? —pregunto con descaro, para sorpresa de las dos.

—Yo antes tenía una gata igual.

—Pues esta no es.

—No, ya lo sé. La mía se murió. Tenía catorce años, la quería con locura. ¿Qué edad tiene la tuya?

—Dieciséis.

—Bueno, el gato de mi hermana murió con veintidós. La verdad es que nunca se sabe.

Noto que se me acelera el corazón. No quiero pensar en que me falte Paloma, después de todo lo que ha pasado estas últimas veinticuatro horas.

—Ahora puedes pedir las cenizas de tu mascota. Yo tengo las de mi gata junto a la cama, todos los días le doy un beso de buenas noches.

El tren llega a una estación y la mujer se levanta.

—Toma —me dice dándome un billete de diez libras—. Para la gatita.

—¿Qué? —digo extrañada, pero cojo el billete aun así.

—Espero que pronto te vaya mejor —me dice antes de bajarse.

Veo mi reflejo en el cristal de enfrente. Tengo el maquillaje corrido y el pelo hecho un desastre. Me miro los pies; la sangre ha calado mis zapatillas de andar por casa. Me siento como una instalación de Tracey Emin.

Una hora después llego a casa de mi hermana en West Ruislip, justo al final de la línea Central de metro. Llamo al timbre, pero no suena. Alguien ha pintado una polla y unos huevos en la puerta, y al parecer otra persona ha intentado borrarlos. Entro y grito:

—¿Hola?

El pasillo está lleno de zapatos de distintos números. También están las botas Dr. Martens de Liz, que tienen tantos años que no me puedo creer que sigan intactas. El aire está saturado de olor a comida, a varillas de incienso y libros viejos. Paso por encima de un montón de piezas de Lego, luego esquivo un gran tiranosaurio a pilas que ruge a lo loco. La puerta del cuarto de estar se encuentra abierta y la televisión encendida. Están poniendo un programa infantil. Allí no hay nadie.

—¡Hola, Mia! —grita Simon, el marido de Liz, desde su despacho al fondo del pasillo.

La puerta está cerrada. Estará trabajando en el manuscrito que lleva casi quince años escribiendo, una excusa perfecta para escaquearse continuamente de la vida familiar. Siempre en casa, pero nunca presente, así lo describiría yo.

Oigo sonar una nana a todo volumen en el piso de arriba, lo que indica que mi sobrina pequeña, Layla, está en la cama. Tommy, mi sobrino adolescente, se me acerca tapándose la nariz.

—Hola, tía Mia —me dice—. No te recomiendo que entres ahí.

Se refiere a la cocina. Hace una mueca, pero también sonríe un poco, así que no me preocupo demasiado.

—¿Qué tal las clases? —le pregunto.

—Genial, me han salido guay los exámenes —me responde mientras desaparece escaleras arriba tras agotar su cupo diario de conversación con un adulto.

Por suerte no me ha mirado lo suficiente para notar el estado en que me encuentro.

Hago caso omiso de su consejo y entro en la cocina, un espacio desordenado pero hogareño, con ollas y sartenes colgadas de ganchos y los platos apilados a un lado en vez de guardados en los armarios. Liz pintó las puertas de los armarios de un «verde divertido» y hay plantas en todas las superficies disponibles. Un tendedero de madera cuelga del techo, con la ropa puesta a secar. Yo no podría vivir así, pero a Liz le encanta este desbarajuste, casi no se esfuerza por fomentar los horarios o el orden. A mí me da dolor de cabeza solo de pensarlo. Para ella, en cambio, es la imagen misma de la felicidad doméstica.

Vestida con su estilo grunge de siempre, como si hubiera vuelto a casa de un festival en 1996 y no se hubiera cambiado desde entonces, Liz está sentada delante de un niño que tendrá más o menos la edad de Oliver. Podría estar leyéndole el porvenir, pero al

fijarme mejor me doy cuenta de que le está regañando.

—Ya sé que lo pasas mal, pero aquí no se hacen estas cosas. ¿Lo entiendes? —le dice mi hermana, pero él hace como que no la oye, se levanta, pasa corriendo por mi lado y sube las escaleras.

Al verme, Liz sonríe como si su vida fuera maravillosa.

—Es un chavalín especialmente difícil —me dice refiriéndose al niño—. No quiere hablar de lo que le pasó. Pobrecillo.

Mi hermana, a pesar de ser madre de tres hijos, tiene a niños en acogida. Es una yonqui de los cuidados. Nuestros problemas de abandono y codependencia se han manifestado de formas muy distintas. Mientras que yo me alejo de los demás y necesito estar sola, Liz colecciona gente. Simon y ella llevan juntos desde los dieciséis años. Tuvo su primer hijo a los veinticuatro, el segundo a los treinta y la tercera a los cuarenta. En los últimos quince años ha acogido a más de treinta niños. Ha tenido innumerables movidas con ellos. Uno le dejó una cicatriz enorme en la mejilla izquierda. Otro le rompió un brazo. Pero eso no le ha impedido seguir acogiendo niños. Seguro que no duerme más de tres horas seguidas desde hace dieciocho años. Cuida de Simon como si fuera un niño más. Le lleva la comida a lo largo del día mientras él mantiene la cabeza gacha y sigue teclea que teclea, escribiendo su novela, que ya debe de tener un millón de palabras. Él se gana la vida trabajando como redactor creativo para varias empresas y Liz corrige exámenes para universidades, un trabajo que puede hacer en casa mientras los niños ven la tele. También les dan algo de dinero por los niños que acogen, pero no lo hacen por eso. Para Liz, esto es lo mejor del mundo. Cuidar de gente que la necesita, eso es lo que ha querido siempre. Que la necesiten.

Tenemos poco en común, aparte de la larga infancia que compartimos, durante la que tuvimos que apoyarnos la una en la otra porque nuestra madre murió de cáncer antes de que cumpliéramos diez años y nuestro padre se dedicó a beber hasta caer en una especie de estupor narcisista y murió de podredumbre justo después de que yo cumpliera veintiún años. Después, Liz y yo tiramos cada una por su lado. Yo me fui a correr mundo sola. Ella se casó y empezó a tener hijos para asegurarse de que la soledad no

la asaltaba nunca. Mi hermana no puede estar sola, me atrevería a decir que es su mayor miedo. Yo me alegré de que se casara joven. Me quitó mucha presión de encima.

—Mia, pero… ¿qué te ha pasado?

—Muchas cosas. ¿Puedo quedarme a dormir esta noche?

—Sí, claro, pero vas a tener que dormir en el sofá porque ahora mismo tengo dos, así que no hay camas libres.

—Puedo dormir en cualquier sitio. ¿A qué huele? —pregunto, comprendiendo por qué se tapaba mi sobrino la nariz.

—A caca. Mira. —Señala la pared. Hay grandes manchas marrones por todas partes—. Tiene diez años. Su padre le pegaba, su madre está desintoxicándose. Pobre chaval.

—¿Ha restregado mierda por las paredes?

—Sí. Curiosamente, no es la primera vez que alguno lo hace. No sé cómo lo saben, es como si hubiera una especie de código secreto entre los niños de acogida. Te untas la mano con mierda y la restriegas por las paredes de la cocina para que todo el mundo sepa que sufres. El trauma es algo muy extraño.

A mí se me revuelve el estómago.

—¿Por qué lo haces, con lo duro que es para ti? —le pregunto, desconcertada.

—Porque hace que me dé cuenta de que yo lo tuve fácil. Papá no quería saber nada de nosotras, parecía que nos odiaba, pero por lo menos nos dejaba en paz. Algunos niños que he tenido en casa tenían padres que no los dejaban ni a sol ni a sombra, y no en el buen sentido. Estas cosas hacen que me sienta afortunada, ¿y quién iba a pensar que alguien como yo se sentiría afortunada?

Se oyen golpes en la pared.

—¿QUÉ? —grita Liz.

—TÉ —contesta Simon a gritos.

Me pregunto si mi hermana por fin se está cansando de la obsesión de su marido con esa novela.

—Entonces, ¿sigue escribiendo el libro?

—Sí. Dice que pronto podré leerlo, me muero de ganas.

Sin ofenderse en absoluto, pone a hervir la tetera y prepara tres tazas de té. Ella no va a beberse la suya. Estará todo el rato distrayéndose con unas cosas y otras, hasta que se le enfríe el té y entonces lo tirará al fregadero.

—¿Necesitas otra vez una bandeja de horno y un periódico? —me pregunta.

—Sí, por favor.

—Toma. —Coge una bandeja de horno con restos de comida fría y va a tirarlos a la basura. Justo antes de hacerlo, dice—: Perdona, ¿tienes hambre? ¿Quieres algo de esto?

Calculo a ojo que la bandeja salió del horno hace una hora, como mínimo.

—No, pero ¿puedo darle los palitos de pescado a Paloma?

Cojo la bandeja, pongo los palitos de pescado en un plato sucio y tiro las patatas. Liz me da un periódico. Ya hemos pasado otras veces por esta rutina. Rompo en tiras el papel y lo pongo en la bandeja, luego parto los palitos de pescado y les quito el rebozado. Hago un montoncito con el pescado blanco y lo remato con un poco de atún que saco de un armario. Liz siempre tiene atún. Se lo come directamente de la lata.

—Vamos, Paloma —le digo al abrir la cremallera del transportín.

Aquí está muy relajada, conoce bien la casa. Olisquea el pescado, pero antes se acerca a su arenero improvisado y hace pis en él. Siempre me siento muy orgullosa cuando hace eso. Está muy bien educada. Después se acerca al pescado y se lo come todo. Le pongo

un poco de agua y bebe unos sorbitos.

—Ojalá con los niños fuera tan fácil —comenta Liz, admirando a Paloma.

Liz es la única persona que conozco que no hace que me sienta asquerosa por tener un gato. Antes de acoger niños, acogía perros, pero los vecinos siempre se estaban quejando de los ladridos.

—No ha tenido que preocuparse por nada desde el día que la llevé a casa —digo sonriendo a mi gata—. Y mírala, feliz como una perdiz dondequiera que va. Menos en la habitación de Tristan. El otro día le echó una meada enorme en la cama como protesta. Te puedes imaginar la que montó Belinda. Se manchó toda la ropa de pis. Había un ambiente horrible en casa.

—A Tristan nunca le ha gustado tu gata.

—¿¡Qué!? Eso no es verdad. Es a ella a quien no le gusta, es demasiado cruel para querer a un animal.

—Bueno, pues te buscaste un marido con una exmujer adosada a la que nunca le ha gustado tu gata. Estupenda elección, en cualquier caso.

—Supongo que no esperaba encontrar marido y estaba obnubilada.

—Hablando de protestar… —Liz llena un barreño con agua y le pone jabón. Se acerca a la pared y empieza a restregar las manchas marrones.

Es extraño que ambas nos hayamos volcado en la supervivencia de los demás. Yo haría cualquier cosa por garantizar la felicidad de Paloma. Y Liz daría su vida por cualquier niño, sea suyo o no.

—Parece que mi matrimonio se ha terminado —le digo—. Me da miedo lo que puede ser de mí sin él. Sé que nunca he estado tan sola con Tristan como voy a estarlo sin él.

Liz restriega con todas sus fuerzas, pero algunas manchas no salen. Resopla, luego saca un bote de pintura blanca de un armario y se pone a pintar encima.

—No sé adónde ir ni qué hacer.

—¿Dónde está Tristan?

—En casa. Dice que es más fácil que me mude yo, que se va a quedar con la casa para que vivan Belinda, Oliver y él.

—¿Belinda? ¿Por qué se va a mudar a tu casa esa merluza?

—¿Esa merluza?

—Bueno, es la palabra que uso delante de los niños para referirme a una… —Aprieta los labios—. A una zorra de mierda y una estirada como ella.

Mi hermana tiene eufemismos aptos para niños para todo. La he visto decir «jopelines» después de que se le cayera una cacerola hirviendo en el pie.

—Lleva engañándome con ella no sé cuánto tiempo.

—¡Qué! ¡Ese…, ese…, ese cabeza de tortuga!

—Gracias. Todavía estoy en estado de shock, pero la verdad es que no me ha sorprendido. Supongo que es raro.

—Espera, ¿has dicho que Belinda se manchó de pis de gato al tumbarse en la cama de Tristan? ¿Qué hacía allí?

—Estaban teniendo su sesión de terapia de siempre, en su habitación. Ni siquiera me extrañó, me parecía demasiado obvio que no podía haber pasado nada. Puaj, me siento como si me hubiera pringado con su flujo por todas partes. ¿Dónde más lo habrán hecho sin que yo me enterara? Qué idiota soy.

—No te culpes, Mia.

—Cuesta no hacerlo. Me he quedado sin casa. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta?

—Mira, tú pagaste la mitad de esa casa. La mantenías, hacías que todo funcionara como es debido, cuidabas de Tristan. Es tu casa. Si

te ha engañado, que se vaya él. Tienes que luchar por la casa.

—No sé si tengo fuerzas. Ni ganas.

—¿No te importa perder tu casa?

Paloma se sube de un salto a mi regazo.

—Es que estoy como embotada, ¿sabes? —Acaricio a Paloma—. Podría irme a un hotel por ahora. A un sitio tranquilo.

Mi hermana se sienta delante de mí.

—Escúchame. Mereces conservar tu casa. Es Tristan quien te ha engañado. Que se vaya él. Y no hay más que hablar. Tienes que decírselo, ¿vale?

—Siento que, mientras tenga a Paloma, puedo estar a gusto en cualquier sitio.

—Ya hemos permitido que los hombres rijan nuestra vida demasiado tiempo. No puedes dejar que Tristan te eche de tu casa, ¿me entiendes? No puede controlar tu vida.

Otro golpe en la pared. A las dos nos da la risa.

—¡Uy, su té! —Vuelve deprisa a la encimera, tira el té frío y vuelve a empezar desde el principio. Luego le lleva su taza a Simon fielmente.

—¿No te molesta que siempre esté ahí metido mientras tú estás aquí cocinando o limpiando?

—Hay mucho amor en esta casa, Mia. Es lo único que me importa. Me da igual en qué habitación esté o lo que haga, con tal de que nos quiera y lo demuestre. —Coge la brocha y se pone otra vez a pintar encima de las manchas de mierda.

—Papá nos dejó hechas polvo, ¿verdad? —le digo.

Otro golpe en la pared.

—GALLETAS —grita Simon, sin añadir «por favor» ni «gracias».

—No sé de qué me hablas —contesta Liz fingiendo que lame la brocha como si fuera un helado—. Yo estoy perfectamente.

14

Me despierto con un dedo metido en la nariz.

—Layla, no, quita —digo agitando la mano.

—Juega conmigo. —Es lo único que obtengo a cambio. Se sube encima de mí y me agarra un mechón de pelo.

—Despacio, despacio —le ruego cuando empieza a tirar de él.

Consigo zafarme y le hago cosquillas en la nariz con el mechón. Se ríe y me parece tan adorable que también le hago cosquillas en las axilas, y luego en la barriga, en los costados y el cuello, hasta que se convulsiona de risa. Se ríe cada vez más, fuera de sí por completo. Es monísima, hasta que me da una patada tan fuerte en la cara que por un momento pienso que me ha roto la nariz.

—Layla, vamos, cariño. Deja que la tía Mia se despierte. —Liz entra y deja una taza de té en la mesita. Coge a su hija en brazos, sale y cierra la puerta para que pueda despejarme tranquilamente.

Me duele la espalda. Tienen el mismo sofá desde hace siglos, ya ni me acuerdo desde cuándo. Huele mal, está pegajoso y tiene encima más comida de la que he comido yo en las últimas veinticuatro horas. Llevo puestos unos calzoncillos y una camiseta de Simon. Antes de acostarme, me di una ducha, me lavé la sangre de los pies y el maquillaje de la cara y enjuagué las zapatillas con agua. La sangre no se quitó y se ha quedado reseca.

En la cocina, Liz lleva una bata de felpilla que le regalé por Navidad hace cosa de quince años. Yo tenía la misma bata, pero desde entonces he tenido otras cuatro. Simon sigue en la cama. Layla está comiendo huevos revueltos con una cuchara, poniéndolo todo perdido. Hay un niño muy pequeño al que aún no conozco sentado en una trona y también está el niño furioso de ayer, el de nueve

años, comiendo Cheerios sin levantar la vista. Liz parece muy cansada, pero aun así no se queja. La veo servirlos a todos con los ojos entreabiertos. Recibe sobre todo gruñidos en señal de agradecimiento, pero ella sigue adelante con una sonrisa agotada. Ojalá pudiera disfrutar más de mi hermana, pero está poseída por su necesidad de hacer por los demás lo que nadie hace nunca por ella.

—Tengo que irme a trabajar —digo mientras meto a Paloma en el transportín.

—Vale, me alegro de haberte visto. He dejado la caja con las cosas de papá en la puerta. Por fin, después de tantos años, me he sentido con ánimos para revisarlas. También hay un vestido de mamá. Llévatelo.

—No quiero esas cosas.

—Pues entonces llévalas a una tienda de beneficencia, Mia. Por favor, ahórrame ese trabajo. Venga ya, no me ayudaste nada con la casa de papá. ¿No puedes por lo menos llevarte la caja?

No quiero ni tocarla. Y tampoco quise volver a casa de mi padre cuando murió. Le dije a Liz que pagaría a alguien para que fuera a limpiar, donara lo que valiera la pena y tirara todo lo demás. Pero ella es más sentimental que yo, había cosas que quería conservar. Yo solo quería olvidarme de ellas.

—Vale, me la llevo, pero, por favor, deja de hacerme sentir culpable por no haberte ayudado. Te dije que no quería y tú decidiste ir sola.

—Gracias. Todavía tengo arriba nuestra casa de muñecas, ¿sabes? La que nos regaló mamá. Le hace falta una buena limpieza, pero la guardo para Layla.

De pronto me embarga un recuerdo: mamá y yo bañando a las muñecas y poniéndolas en la casita. En aquel entonces deseaba que pudiéramos beber una poción mágica para encogernos y vivir en la casa de muñecas. Ser tan diminutas que papá no nos encontrara.

—No son caras, podría comprarle una nueva —digo. En realidad, no

tengo ganas de volver a ver la casa de muñecas, por los recuerdos que me trae.

—Pero yo prefiero que tenga la nuestra. Ya sé que no tenemos muchos recuerdos felices, pero reconocerás que con la casita nos lo pasábamos bien.

Me encojo de hombros.

—Tengo que irme. Gracias por dejarme dormir aquí. ¿Qué dices, Paloma?

Levanto el transportín y digo «Gracias» con voz de gata. Layla se ríe, Liz sonríe y el niño pone cara de fastidio. También me parece oír un pedo.

Como no me resulta fácil llevar el transportín, la bolsa y la caja de ropa vieja, me paso por la calle principal antes de coger el metro. Lo primero que veo es una tienda benéfica que recauda fondos para personas mayores en situación desfavorecida. Me parece un buen sitio para dejar la ropa vieja de papá.

Según dice el cartel, falta una hora para que abran, pero hay unas cuantas bolsas y cajas con cosas que la gente ha dejado en la puerta. En la mayoría ya han rebuscado. No consigo quitarme de la cabeza el vestido de mi madre. ¿Lo reconoceré? ¿Olerá a ella?

Dejo a Paloma en el suelo y abro la caja. Un olor familiar hace que se me pongan tan tiesos los pelos de los brazos que parece que quieren desprenderse de mi cuerpo. Un olor a humo y moho, con un toque a galletas digestivas hechas migas. La ropa está bien doblada, con más respeto del que merece. No quiero tocarla. Cierro los ojos y saco unas cuantas prendas. Cuando vuelvo a abrirlos, el caftán morado de mamá está ahí, perfectamente doblado. Y, junto a él, la chaqueta de punto gris de mi padre. Con solo verla se me vienen a la cabeza pensamientos dolorosísimos.

—¿Vas a llevarte eso? —pregunta una voz ronca, devolviéndome al presente—. Eso de ahí. ¿Te lo vas a llevar?

Es un indigente. Señala los pantalones de mi padre que he dejado en el suelo.

—No, eso no. —Se los paso.

Se para a medio metro de mí, se quita los pantalones que lleva puestos y los mete en una bolsa. No miro, pero el olor a orina rancia y sudor ahoga el olor a mi padre.

—Tenga, ¿necesita también una camisa? —le digo, dándole una blanca.

—No, eso no lo quiero.

—¿Y esto, para abrigarse?

Le paso la chaqueta gris de papá. Los recuerdos de cuando la llevaba puesta me queman la piel. El hombre la coge, se la pone y se aleja arrastrando los pies. Una prenda que de niña me daba escalofríos ahora es una fuente de calor para otra persona. ¿Existe una prenda de vestir que solo sea una prenda de vestir, cuando el mero hecho de que las usemos hace que formen parte de nuestra historia? Hay algunas personas deambulando por la calle ahora que empiezan a abrir los comercios. Como nadie parece haberse escandalizado por que el indigente se cambiara de ropa, yo me quito la mía —ese uniforme tan soso que llevo desde hace años— y me pongo el vestido de mi madre.

No tengo más remedio que llevarme a Paloma al trabajo. Isabella se enfadará, pero puede que al personal le guste. No es nada importante, no tengo por qué avergonzarme. Puedo decir que estamos haciendo obras y que, como van a estar todas las puertas abiertas, sería peligroso que Paloma se quedara en casa. A nadie le va a extrañar. La gente no tiene por qué saber lo que pasa de verdad: que he perdido a mi marido y mi casa y que mi cordura va por el mismo camino. ¿Cómo van a saberlo si yo no se lo digo?

Tengo un montón de llamadas perdidas de Tristan y unos cuantos mensajes preguntando dónde estoy. Dice que no puedo irme sin más. Que cuándo voy a ir a organizar mis cosas. Que dónde voy a ir. Preguntas para las que no tengo respuesta, así que para qué voy

a contestar.

Hago un arenero con una caja de cartón que hay encima de mi mesa, lo lleno con el contenido de la trituradora de papel y dejo salir a Paloma del transportín. Me he comprado un café y un bollo cuando venía hacia aquí, lo primero que he comido desde antes de la reunión en Selfridges. También he comprado comida para Paloma. Se la pongo en un cuenco y lo dejo en el suelo, junto a mi mesa. Siempre tengo un par de zapatos de repuesto en la oficina porque suelo cambiarme de calzado al llegar. Me los pondré dentro de un rato. Me siento fatal, estoy rota, pero procuro centrarme en el trabajo, y me alegro al menos de tener un sitio donde estar durante las próximas ocho horas. Puedo distraerme con el trabajo como he hecho durante tantos años. No tengo ni idea de qué pasará después.

La primera en llegar es Fliss. La veo entrar, siempre impecable. Paloma entra corriendo en el taller y se va derecha a ella.

—Madre mía, ¿quién eres tú? —Fliss se arrodilla y la acaricia.

Siempre es reconfortante que a alguien que te cae bien le gusten los gatos.

—Buenos días, Fliss —le digo saliendo de mi despacho.

—Buenos días. Uy… ¿Estás bien? —Parece preocupada.

—Sí, ¿por qué?

—Por nada. Es que pareces… ¿cansada?

—Estoy bastante cansada, sí.

—Lo siento, no quería molestarte. Es que siempre estás igual y hoy… Dios, perdona, qué maleducada soy. Pero el vestido… ¿Has decidido cambiar de look?

—Era de mi madre —contesto—. Es de los ochenta.

—Sí. Sí, claro. Me encanta. Es muy distinto de lo que sueles llevar, pero te sienta bien.

—Me sienta bien, sí. Gracias. Me encanta llevarlo, me siento muy a gusto con toda esta tela.

—¿Esta es tu gata? —pregunta desconcertada.

—Sí, ¿por qué? —Lo cual suena raro, porque era una pregunta perfectamente lógica.

—Bueno, es que… Acabo de leer un artículo muy absurdo cuando venía hacia aquí y… Bueno, esta es tu gata, así que no puedes ser tú la mujer de la que habla el artículo. Perdona, no sé ni lo que digo.

Lo ha leído. Lo sabe. Todo el mundo va a enterarse. Coge a Paloma con una facilidad fuera de lo corriente.

—Le gustas —digo, sorprendida—. ¿Tienes gato?

—Yo no, pero mi abuela sí. De hecho, está embarazada.

—¿Quién? ¿Tu abuela?

—No, por Dios, Mia, su gata. Mi abuela tiene setenta y ocho años.

—Claro, claro. Gatitos, qué bonito.

—Sí, lo malo es que yo no puedo quedarme con ninguno. Mi novia es alérgica. Si fuera por mí, tendría diez. Digo «novia», pero seguramente debería decir «prometida», porque anoche le pedí que se casara conmigo y me dijo que sí.

—Qué bien, felicidades. Hay champán en la nevera, ¿por qué no abres una botella? No es muy pronto, ¿verdad?

—Son las nueve y cinco de la mañana.

—¡Exacto! —contesto—. ¿Sabes qué? Voy a por una.

Me acerco a la nevera, donde hay varias botellas. Saco una; ni idea de si es cara o no, solo quiero beber un poco.

—Podemos dejarlo para la hora de comer, si quieres —dice Fliss con cara de preocupación, pero yo opto por no hacerle caso.

—No, no, tenemos muchas cosas que celebrar.

Descorcho la botella y sirvo el champán en dos tazas, aunque sé que hay copas en algún sitio.

—Seguramente no debería decírtelo sin que esté aquí Isabella, pero a Selfridges le encantó tu collar, Fliss, y toda la idea de la colección.

—¿Se lo enseñaste?

—Te dije que iba a hacerlo, ¿no? Era lo mejor que teníamos para enseñarles. Te mereces triunfar, Fliss. Tienes mucho talento.

—Gracias, Mia, significa mucho para mí. Mi abuela no está bien, seguro que esto la va a animar mucho.

—Hablaremos de ello con detalle cuando llegue Isabella, pero solo quería decirte que has hecho un trabajo estupendo. Esto nos hace muchísima falta y, si lo conseguimos, será gracias a ti.

Me termino mi taza de champán y vuelvo a llenarla.

—Mia —dice—, ¿seguro que estás bien?

—Sí, Fliss, perfectamente. Gracias por preguntar.

Paso las manos por el vestido de mi madre para alisarlo, supongo que está bastante arrugado. Y luego, claro, están mis zapatillas de andar por casa. Es un atuendo poco habitual en mí, tengo que reconocerlo, pero la verdad es que no recuerdo cuánto tiempo hacía que no me sentía tan cómoda.

—Buenos días —dice Audrey al llegar, extrañamente temprano para ella. Paloma se sube de un salto a una mesa—. Hala, ¿de quién es ese gato?

—Es mío.

—Vaya. Acabo de leer un artículo que hablaba de una mujer que se parecía mucho a ti, Mia. Iba a preguntarte si eras tú, pero su gato está muerto, así que supongo que no puede ser.

—No sé de qué me hablas —digo haciéndome la tonta—. Mi gata está vivita y coleando. Tiene dieciséis años. Así que aquí no hay ningún gato muerto. ¿Y tú cómo estás? ¿Todo bien? —Me refiero a su aborto, porque no ha venido desde entonces y ha pasado casi una semana.

—Bueno, ya está hecho. No sé si estoy bien.

—Vale, genial. ¿Champán?

—¿Perdón?

—Sí, estamos de celebración. Vamos, Fliss, no soy yo quien tiene que dar la noticia.

Fliss mira a Audrey con nerviosismo.

—Sí, me voy a casar y a Mia se le ha ocurrido que tomemos champán. A las nueve de la mañana.

—Vaaale —contesta Audrey, y también le doy una taza.

—Pasadlo bien —digo, y doy media vuelta para volver a mi mesa.

Paloma, mi gata, que está requeteviva, me sigue fielmente. Unos minutos después llega Ajay, sudoroso.

—Siento llegar tarde, jefa. Se me ha roto la bici y he tenido que coger el metro. Como nunca lo cojo, no suelo leer el periódico, pero alguien se ha dejado uno en el asiento y mira esto. Esta mujer podrías ser tú.

Empieza a desdoblar el periódico.

—Pues no soy yo, así que te agradecería que te pusieras a trabajar.

—No, espera. Escucha esto. «Alta, delgada, con el pelo de un intenso color rojo…».

—No soy yo, Ajay. Por favor, ponte a trabajar.

—«Vestía discretamente, con ropa de oficina…».

—HE DICHO QUE NO SOY YO, AJAY. POR FAVOR, VETE DE UNA PUTA VEZ A TU MESA Y PONTE A TRABAJAR.

Todos, incluida Paloma, se quedan quietos y me miran asombrados. Estoy temblando, el sudor me corre por la cara.

—Vale, jefa. Es que parecías tú. Pero no pasa nada, lo entiendo.

Ajay se va a su mesa, como le he pedido. Cuando se sienta y enciende el ordenador, Fliss y Audrey vuelven al trabajo. Me doy cuenta de que no se están bebiendo el champán, no como yo. Me quedo mirando la pantalla del ordenador. Ni siquiera está encendido.

A las nueve y media el ambiente se ha calmado e Isabella sigue sin dar señales de vida. Hago una rara visita a la cocinita para prepararme un café. Hoy me hace mucha falta.

—Mia. —Ajay se acerca a mí—. Siento mucho lo de antes, no ha sido con mala intención.

—No pasa nada, Ajay, perdona que te haya gritado. No he dormido muy bien esta noche.

—No te preocupes.

Me concentro en preparar el café, porque me gustaría que me dejara en paz de una vez.

—Me gusta lo que llevas puesto. Te sienta bien. ¿Qué es?

—Un caftán.

—Pues me gusta, colega. Estoy vislumbrando a la verdadera Mia. Y mola. Tú molas. Cuando no te pones a gritar, claro.

Le veo regresar a su sitio. Se pone los auriculares y se come un bol de cereales sin dejar de sonreír. Qué tío más raro.

A las diez y cuarto llega Cressida, la niñera de Isabella.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le pregunto.

—Traigo una cosa para ti —dice mirándome de arriba abajo.

—¿Para mí?

Qué cosa extraña. Solo he coincidido con Cressida una vez, en una fiesta de Navidad que organizó Isabella en su casa. Parecía que le iba a dar un ataque de nervios porque Poppy no se dormía.

Espero pacientemente mientras rebusca en su bolso. Luego me entrega un sobre.

—Toma, de Isabella.

—Bueno, ¿y dónde está ella?

—Me ha dicho que no diga nada más.

Cojo la carta y Cressida se queda mirándome tan fijamente que empiezo a sentirme incómoda.

—¿Querías algo más? —le pregunto amablemente.

—No es todo culpa suya —contesta con firmeza.

—¿De quién? —pregunto, extrañada.

—De Isabella. Su forma de ser. No es todo culpa suya. Sé que es horrible, pero… En fin, nada más.

—¿Isabella tiene algún problema? —insisto, preocupada por lo que pueda decir la carta.

—No, eres tú quien lo tiene. Pero no todo es culpa suya. Solo quería que lo entendieras. Yo veo más de lo que ves tú, pero entiendo que te pongas así. En fin, se suponía que no podía decir nada.

—Bueno, ya tengo la carta, así que gracias.

—Me ha dicho que me quede hasta que la abras. Para estar segura de que la lees. Ay, Dios, ¿eso es un gato?

Paloma se ha subido a la mesa de Isabella.

—Sí, es Paloma, mi gata.

—Odio a los gatos. Se lamen el culo y tienen mierda en las patas.

—Te aseguro que está perfectamente limpia. ¿De verdad tienes que quedarte aquí mientras abro esto?

—Sí.

Me siento en mi mesa y abro la carta.

Mia, lamento decirte que no puedes seguir en Isabella May. Poco a poco has conseguido que me resulte imposible dirigir mi empresa como quiero. Me has desautorizado en numerosas ocasiones en cuestiones relativas al personal e incluso en la reunión con Selfridges. Es evidente que tenías planeado enseñarles el collar y que seguiste adelante a pesar de que sabías que yo no quería.

Me has acusado de cosas terribles a lo largo de los años que llevas trabajando para mí, pero eres tú quien ha creado un ambiente de trabajo tóxico en la empresa. Tu actitud fría y distante intimida a los empleados y hace que sea imposible acercarse a ti. Y luego está el tema de la traición: que hayas cogido mi empresa y la hayas convertido en algo de cuya esencia me siento desconectada.

Como sabes, soy madre soltera y tengo una imagen pública que proteger y una empresa que dirigir. No tienes ningún respeto ni consideración por las muchas cosas a las que tengo que hacer frente a diario, y no puedo seguir dejando que me machaques.

Quiero que te vayas inmediatamente. Recoge tus cosas. Te he dejado una caja encima de la mesa para que la uses. Te pagaré seis semanas por cortesía, aunque me han advertido de que me estoy pasando de generosa. A cambio, espero que no montes ningún escándalo.

Confío en que encuentres la paz en lo que hagas a partir de ahora.

Isabella

Me quedo mirando la carta.

—¿Estás bien? —me pregunta Cressida.

Me levanto. Me tambaleo. Noto la cabeza muy ligera.

—¿Paloma? —la llamo, pero está usando el arenero que le he preparado—. Paloma, deja eso.

Pero es demasiado tarde. El olor inunda el despacho.

—¡Ay, no! —chilla Cressida—. Uf, la mierda de gato es lo peor, qué asco.

Paloma sale de un salto del arenero cuando termina. Tengo muchas cosas en los cajones que me hacen falta, pero no puedo recogerlas ahora mismo. ¿Esa carta va en serio? ¿Qué narices está pasando?

—¿No vas a recogerlo? —De repente, Cressida me recuerda mucho a Isabella. Su actitud demuestra que se parecen más de lo que pensaba—. Yo no puedo quedarme aquí —dice, y me deja sola en el despacho.

Me entran ganas de destrozarlo todo. Quiero coger el ordenador de Isabella y lanzarlo contra la pared; vaciar todos los cajones, sacar las joyas, romperlas y pisotearlas. Quiero coger un bate y destrozar las ventanas, entrar en el taller, agarrar a Cressida por el pelo y arrastrarla mientras chilla de dolor, porque es lo más parecido a Isabella que tengo a mano.

Vuelvo a meter a Paloma en su transportín. Recojo mi bolsa. Cruzo tranquilamente el taller con el vestido morado ochentero de mi madre, como si me fuera a una reunión.

—Oye, Mia, ¿cuál es la clave de un matrimonio feliz? —me pregunta Fliss, tan pletórica de felicidad que se me encoge el corazón.

—¿Y yo qué coño sé? —le contesto, dejándola pasmada. Cojo su taza y me bebo el champán tan deprisa que me da un ataque de tos.

—Voy a traerte a agua. —Fliss corre a la cocinita.

Cuando vuelve con el agua, me he puesto del color de la remolacha y se me han saltado las lágrimas. Tomo un sorbo, pero me da la tos otra vez y escupo el agua.

—¿Le está dando una crisis nerviosa? —oigo decir a Cressida.

—Nadie puede estar tan centrada todo el tiempo, ya me temía yo que se derrumbaría en cualquier momento —comenta Audrey.

Tosiendo todavía, casi sin poder respirar, salgo a trompicones de la oficina y me dirijo al ascensor con Paloma. Cuando se abre la puerta, salen tres personas a pesar de que es evidente que esta no es su planta.

—Alérgico a los gatos —oigo murmurar a una de ellas.

—¡GILIPOLLAS! —grito, sorprendiéndome a mí misma, mientras se cierran las puertas.

Camino varios kilómetros, hasta que mis zapatillas están tan dadas de sí que casi no puedo sujetarlas. No me queda más remedio que aflojar el ritmo y, en lugar de dar pasos, hacer como que patino. Tengo muchísimas cosas en el trabajo, es increíble lo que puede acumularse en los cajones con el paso de los años. No sé qué hacer al respecto. No sé qué hacer respecto a nada. Veo un parque. Los parques son un buen sitio en momentos así. Cuando las cosas se ponían feas en casa, Liz y yo siempre nos íbamos al parque. A veces nos pasábamos el día entero allí y luego mamá iba a buscarnos, hasta que ya no tuvo fuerzas para hacerlo. Mi padre nunca iba al parque, por eso allí me sentía tan segura.

Estoy perdida. No tengo adónde ir. Mi casa, mi despacho, ya no son alternativa. Entre ellos hay un espacio por el que ahora me veo obligada a vagar sin rumbo. No puedo pensar con claridad. ¿Qué debo hacer? En algún momento tendré que dejar salir a Paloma. Tendré que lavarme. ¿Dónde voy a hacer esas cosas ahora? Lo tenía todo tan bien atado… He tomado una decisión sensata tras otra, ¿y

he terminado aquí? ¿Cómo puede haberle pasado esto a alguien como yo, que se ha esforzado tanto por mantener el orden y la rutina, por hacer bien su papel?

Entro en el parque y miro a mi alrededor. Una zona de juegos a la izquierda, una pequeña rosaleda enfrente y una gran pradera de césped a la derecha. Me acerco a la zona de juegos y veo a una madre empujando a su hija en un columpio. Empuja con una mano y sujeta el teléfono con la otra. Como su hija no puede verla, no se siente culpable por ello. Aun así, grita: «Arriiiiiiiba» y «Las piernas adelante para subir y atrás para bajar». Parece aburrida como una ostra, viviendo sus dos vidas al mismo tiempo: el papel de madre y el de lo que sea a lo que intenta aferrarse a través del teléfono.

Hay una niñera a cargo de dos niños, uno de unos cinco años y el otro un bebé. Se sienta con el bebé, le hace botar sobre sus rodillas, le da de comer, le hace reír, le da cariño. El mayor tiene que arreglárselas solo. Intenta divertirse en unas barras paralelas que están demasiado altas para él. Otra madre está sentada junto a su hijo en un banco; se ríen mientras comen sándwiches. He pasado muchas horas, muchos días, en parques infantiles con Oliver cuando era más pequeño. Le empujaba en el columpio hasta que me dolía el brazo. Debo de estar mirando fijamente a la madre del teléfono, porque parece enfadada y se vuelve hacia otro lado.

De repente, un perro grande se pone a ladrar agresivamente a mi lado: se ha fijado en Paloma.

—No, vete. VETE —grito abrazando el transportín para protegerla, pero el perro sigue en sus trece. Gruñe y enseña los dientes. Le sale espuma por los lados de la boca—. ¿De quién es este perro? —pregunto a gritos.

Las madres del parque no hacen nada, se limitan a alejar a sus hijos para protegerlos de la loca del gato y el vestido morado.

—¡Socorro! ¡Socorro! —grito a voz en cuello, muy asustada. Este perrazo quiere atacar a mi gata, y puede que a mí también—. ¡Socorro! ¡Ayuda! —grito otra vez, pero nadie se acerca.

Cojo un palo y amenazo al perro con él.

—Vete. ¡QUE TE VAYAS! —Agarra el otro extremo del palo y empezamos a tirar cada uno de su lado. Yo tiro y tiro, pero no lo suelta. Solo puedo usar una mano porque, si suelto a Paloma, se la comerá—. ¡VETE DE AQUÍ! —vuelvo a gritar—. ¡ALÉÉÉÉJATE!

—¡Jesse, Jesse! ¡Ahí estás! —Una mujer se acerca corriendo. El perro se calma al instante, empieza a mover la cola y se acerca a su mamá dando brincos de alegría—. ¿Ibas a pegar a mi perro? —me pregunta ella mirándome con horror.

—Parecía que iba a atacarnos a mí y a mi gata.

—¿Y qué coño esperas que hagan los perros si traes un gato al parque? Madre mía, baja el palo, puta loca. Vamos, Jesse.

Se aleja. Jesse también, como si aquí no hubiera pasado nada. A mí me late a mil por hora el corazón y Paloma se retuerce dentro del transportín. Hay bastante gente mirándome. La puta loca del parque con el palo y la gata. ¿Cómo es posible que esa sea yo?

Salgo del parque y sigo caminando con este calzado horrible hasta que encuentro otro parque. Alrededor de una hora, seguramente. No tengo prisa, ¿adónde voy a ir? Hay una tienda en la esquina. Compro agua, comida para gatos, una barrita de cereales y una botella de agua mineral porque supongo que a mi cuerpo le hará falta. Encuentro un banco bastante apartado, entre dos grandes parterres llenos de arbustos y árboles. Este parque es más pequeño, se ve menos gente y no hay zona de juegos. Hay un par de perros pequeños, pero van con correa. Aquí me siento mejor. Más segura. La correa del transportín de Paloma tiene un ganchito para que pueda soltar un extremo. Lo suelto y luego abro la cremallera lo justo para enganchar la correa a su collar. Después abro del todo el transportín para que pueda asomarse. No es una gata de exterior, pero a veces hago algo parecido en el jardín de casa, en verano. Siempre se sienta tranquilamente a que le dé la brisa en la cara. La saco y me la pongo sobre el regazo; parece nerviosa, pero no tanto como para escaparse. La acaricio y ronronea. Me pregunto cuándo recuperaremos nuestra rutina. El baile de la hora de acostarse, las largas e íntimas horas de sueño. Nuestro estricto horario de comidas. Nuestra casa acogedora. La vida que nos hacía felices, a pesar de sus imperfecciones.

Vuelvo a sacar la carta de Isabella.

Tu actitud fría y distante intimida a los empleados y hace que sea imposible acercarse a ti.

¿Por eso ahora me encuentro sola? Lo que más me cuesta entender es que yo describiría así a mucha gente a la que sin embargo le va de maravilla. Belinda es una persona muy desagradable. Falsa, prejuiciosa, egoísta. La he ayudado de mil maneras, aunque no se haya dado cuenta y no ha hecho más que tratarme con condescendencia y hacer que me sintiera rara, indigna de ser amada y repugnante por culpa de mi gata. Y a pesar de todo eso va a quedarse con el marido, el hijo y hasta la casa. Y luego está Isabella, que vive gracias al dinero de su padre y que sabe que, por muy mal que vayan las cosas, siempre tendrá una casa al sur de Sloane Square y amigos famosos para levantarle la moral. Debe de sentirse una muy libre cuando sabe que siempre caerá de pie. No como yo, que aquí estoy, en un parque cualquiera, sin trabajo ni casa. Solamente con mi gata, a la que tengo que mantener a salvo, y un vestido morado que me recuerda a mi difunta madre y huele a mi difunto padre.

Me hice cargo del hijo de otra y me esforcé todo lo posible por que fuera feliz, aunque él no tenía ningún interés en mi felicidad. ¿De verdad soy tan «fría», tan «distante»? Hice crecer un negocio de la nada y contraté a personal al que, siempre que podía, ofrecía todas las oportunidades que merecía. ¿Tanto intimidaba a los demás que era «imposible» acercarse a mí? La propia Isabella se sentaba delante de mí a soltar comentarios fuera de lugar y apenas venía a la oficina, pero seguía al frente de un negocio que no tenía ni idea de cómo dirigir.

Pienso en el artículo. En las horribles palabras de Amy Newton. ¡Qué cruel es ver a los demás desnudarse con esa crudeza para luego tomar notas y airear a los cuatro vientos lo tristes y solos que estamos! ¿Cómo de triste y de sola tienes que estar para hacerle eso a otras personas?

Quiero beber. Es lo que se hace cuando todo se va a pique. Meto a Paloma en el transportín y vuelvo a la tienda. Compro una botella de sauvignon blanc Oyster Bay; un derroche, teniendo en cuenta

que pienso bebérmela sola en un banco del parque. También compro una botella de whisky Maker's Mark porque es el único licor que puedo beber sin mezclarlo con algo y ¿quién quiere molestarse con vasos y medidas cuando lo que buscas es ahogar tus penas y olvidarte de los problemas? No tengo ni idea de lo que haré después, pero, aunque tenga que pasarme días sentada en este banco, bebiendo, al final se me ocurrirá algo.

Tercera parte

Animal

Una noche no podía dormir porque los zorros estaban otra vez chillando en el jardín.

Acababa de levantarme de la cama para ir a tomar un poco de leche cuando llamaron al timbre. Vi que mamá abría la puerta con la bata puesta.

—Ah, señor Hammond —dijo mecánicamente—. Sí, el microondas roto está en la cocina, venga por aquí.

Todos los jueves por la noche se rompía algo en nuestra casa. Algo que tenía que arreglar el señor Hammond mientras papá estaba en los billares.

Yo normalmente escuchaba desde la escalera, pero esa noche bajé sin hacer ruido para ver qué eran aquellos ruidos a los que ya estaba tan acostumbrada. Los ruidos de la rebeldía de mi madre. Estaba tumbada en la mesa de la cocina y el señor Hammond estaba encima de ella. Lejos del microondas.

Había visto ese tipo de cosas en la tele y en la revista National Geographic, con animales. Sabía que significaba que se querían. Pero entonces el señor Hammond le dijo a mi madre que se diera la vuelta. Le vi el pene cuando ella se movió. Era largo y no se parecía a lo que yo había visto. Daba bastante miedo. Desapareció cuando ella se tumbó bocabajo, con los pies apoyados en el suelo. ¿Adónde había ido a parar? Él le tiró del pelo bastante fuerte y ella hizo unos ruidos parecidos a los chillidos de los zorros que me habían despertado. Habría intentado salvarla, pero estaba sonriendo.

No paraba de decir:

—Sí, sí, más fuerte, más fuerte.

Mi hermana abrió la puerta de nuestro cuarto y oí que bajaba corriendo las escaleras. Di un golpe en la puerta de la cocina, pero no entré. Lo hice porque quería que mi madre parara. No quería que la viera Liz.

—¿Chicas? —dijo mamá abriendo la puerta.

Se estaba colocando la bata y el señor Hammond estaba de lado, abrochándose los pantalones. Ahora todo tiene sentido, claro, pero entonces no entendí nada. Solo sabía que a papá no le gustaría y que eso me asustaba.

—He visto un fantasma, mamá —dijo Liz.

Mi madre la cogió en brazos.

—Mia, ¿cuánto tiempo llevas ahí? —me preguntó. El señor Hammond y ella esperaron mi respuesta, aunque ya sabían cuál era.

—No mucho —dije, y parecieron aliviados por que al menos estuviera dispuesta a mentir.

—Vale, bueno, vamos, a la cama las dos. Gracias, señor Hammond. Le avisaré si se rompe algo más.

Mamá nos llevó arriba y se tumbó en la cama con Liz hasta que mi hermana se durmió. Le contó Jack y las habichuelas mágicas de memoria. Yo las miraba a las dos. A mí también me tranquilizaba saber que estaba allí.

Y aunque en el fondo sabía que lo que había hecho aquella noche estaba mal, lo único que me importaba era lo feliz que parecía mamá cuando estaba con nosotras.

15

Me acabé el vino y me bebí un cuarto de la botella de whisky. No recuerdo haberme quedado dormida, pero me despierto en el banco cuando se está poniendo el sol. Un hombre con un montón de llaves intenta despertarme.

—Señora, despierte. Arriba, señora.

Me dice que tengo que irme porque el parque se cierra de noche. Le pregunto de manera muy educada si no puede cerrarlo conmigo dentro. No parece querer hacerlo. Paloma, con la correa todavía sujeta al collar, está echada fielmente en la curva de mi cuerpo. La vuelvo a meter en el transportín y me voy dando trompicones hacia la entrada del parque.

—No se lo contaré a nadie si usted tampoco lo cuenta —le digo al hombre.

—Váyase a casa, señora.

—No tengo casa —gimo.

—Sí que la tiene —contesta con firmeza, como si supiera perfectamente que no soy una indigente, como si viera mujeres como yo a diario.

Mi soledad, mi borrachera, mi gata no parecen afectarle en absoluto. Supongo que, si todas las noches le toca sacar a gente del parque, habrá visto cosas mucho peores que yo.

—¿Adónde vamos ahora, Paloma? —digo en voz alta mirando hacia arriba con la esperanza de que el cielo me responda.

Y, milagrosamente, veo la palabra HOTEL en grandes letras al otro lado de la calle. Entro y me voy derecha al mostrador de recepción.

La mujer que está detrás me mira y luego a su compañero, como para alertarle.

—Hola —le digo muy educadamente, tratando de compensar lo borracha que me siento de repente—. ¿Tienen alguna habitación libre?

No contesta enseguida. Está intentado encontrar un motivo para rechazarme.

—Lo siento, no admitimos gatos.

—¿Y perros?

—Sí.

—Estupendo, porque esto no es un gato.

—¿Perdón?

—Es un chihuahua, una raza pequeña de perro. ¿Hay habitación?

Se acerca a su compañero y le dice algo al oído. Se acercan los dos a mí. Ahora habla el hombre, porque es evidente que soy una persona problemática:

—¿Puedo ayudarla, señora? —pregunta.

—No más de lo que podía ella, pero, si le necesita, por algo será. Quisiera una habitación para mí y mi chihuahua, por favor.

—De acuerdo, pero estoy viendo a ese animal y es un gato. Lamentablemente, no admitimos gatos en las habitaciones.

Fuera ha oscurecido. Me duelen muchísimo los pies y no tengo adónde ir. No puedo volver al parque porque lo han cerrado. No puedo irme a casa porque mi marido podría estar acostándose con su exmujer en mi cocina. Necesito de verdad una habitación en este hotel.

—Tiene razón. Es un gato. He mentido. Ahora, ¿puede darme una habitación?

—Me temo que no, la situación sigue siendo la misma. No admitimos gatos en las habitaciones.

—Pero no tengo adónde ir.

—¿Quiere que le busque hoteles que admiten mascotas?

—Pero aquí admiten mascotas y no les gustan los gatos.

—No es que no nos gusten, es que no los admitimos.

—¿Por qué? ¿Qué tienen de malo los gatos?

—Nada, señora, yo también tengo uno. Pero no puede traerlo aquí porque en este hotel están prohibidos. No es nada personal.

—¿Que no es nada personal? —contesto alzando la voz, y toda la gente que hay en el vestíbulo se vuelve para mirarme—. He perdido a mi familia, mi trabajo, mi casa y no me dan una puta habitación en un hotel, pero, claro, no es nada personal. Estas cosas le pasan a todo el mundo. Estáis todos sin techo, como yo. —Señalo a la mujer del mostrador—. Tu marido dice que tu coño sabe a gato muerto. —Señalo a otra mujer—. A tu madre se la comió viva el cáncer y murió delante de ti como un oso patético. —Me vuelvo hacia el hombre que intenta librarse de mí—. Y tu padre se mató a pajas.

No sé de dónde ha salido esto último, pero siempre he dado por sentado que la manía que tenía mi padre con estar solo tenía algo que ver con un fetiche sexual. Puede que me equivoque.

El hombre me acompaña a la salida poniéndome la mano en la espalda; no es que me empuje exactamente, pero tampoco me está invitando a volver a entrar, eso está claro.

—Lo siento, y espero de verdad que encuentre un sitio en el que estar con su gato —me dice.

Y entonces me quedo sola en la calle.

Durante los últimos seis meses se han cometido unos tres asesinatos de mujeres jóvenes que estaban solas en Londres. Todas muertas a manos de hombres y todas ellas con una vida y una familia lo

bastante dignas como para salir en las noticias. Además de esos casos, ha habido innumerables mujeres «indignas» que han sido agredidas, violadas o asesinadas por hombres, aunque las noticias no se hayan molestado en hablar de ellas. Y, sin embargo, un hombre que trabaja en un hotel y que tiene el control sobre todas esas habitaciones vacías pone literalmente de patitas en la calle a una mujer en plena noche y la deja a su merced, en lugar de preguntarle «¿Se encuentra bien, mujer del gato y los pies sangrantes? ¿Mujer que está claro que no tiene adónde ir, que tiene miedo y frío y está desesperada y sola? ¿Puedo ayudarla? ¿Salvarla de los abusos y la violencia inevitables a los que se enfrentará si no encuentra un lugar donde reposar la cabeza?». No, mejor échala. No admitimos a mujeres así en nuestras habitaciones.

En lugar de reconocer el sufrimiento de las mujeres que se encuentran en mala situación y ayudarlas, la sociedad las agarra con firmeza por los hombros y las empuja hacia la oscuridad. ¿Qué clase de mujer hay que ser para que los desconocidos se compadezcan de ti? ¿Joven? ¿Guapa? ¿Sobria? ¿Bien vestida? ¿Negra? ¿Blanca? ¿Erguida? ¿Postrada en el suelo? ¿Quién sabe? Lo único que sé es que vas de culo si muestras cualquier indicio de que te afectan los golpes que te da la vida. La gente no te ayuda. Dejan que sus perros te ataquen, se escabullen para salvar a sus hijos y fingen que no te ven. Te gritan «Puta loca» cuando intentas defenderte. Te obligan a salir del parque. Te echan de sus instalaciones. Te despiden por hacer bien tu trabajo. Se acuestan con tu marido y tiran a tu querida gata al suelo para follar en la cocina que tú has pagado. Escriben artículos horribles sobre ti cuando te sientes más desvalida. Pienso en Martha. En la valentía con la que habló de sus sentimientos delante de un grupito de personas en las que creía que podía confiar, para que luego los aireara una periodista sin escrúpulos que piensa que hay que silenciar hasta la minúscula vocecilla de una mujer. ¡Qué traición! ¿Acaso hemos de suponer que siempre hay un traidor en cada habitación? Y, si es así, ¿no podemos atrevernos a decir nunca la verdad?

—SI ME VIOLAN, ES CULPA TUYA —grito hacia el vestíbulo del hotel, delante de un sinfín de caras horrorizadas.

Piensan que la loca soy yo, no el hombre del anticuado uniforme de sirviente que acaba de negarse a darme cobijo. Paro un taxi. El taxista no tiene tantos remilgos. Subo y le doy la dirección.

16

No es allanamiento si abres con tu propia llave, ¿verdad? No se me ocurría otro sitio al que ir. Llego a la oficina a las nueve de la noche. Recojo mis cosas, duermo debajo de la mesa y a las cinco de la mañana me voy, antes de que llegue el servicio de limpieza. No hay nada más siniestro que una oficina de noche. Es casi imposible creer que está vacía. La energía de toda esa gente atareada se queda flotando en el ambiente cuando la gente se va, y no puede estar ociosa. Se han dejado algunas luces encendidas. Eso no habría pasado estando yo al mando. Las facturas desorbitadas serán el comienzo de la inevitable defunción de esta empresa, ahora que yo no estoy. Dejo salir a Paloma del transportín y enseguida empieza a explorar el local. Cierro la puerta para que no pueda salir.

Al entrar, veo el cojín de Audrey en el suelo. Lo esquivo, no es problema mío. Su mesa está llena de platos sucios, los tiro al suelo de un manotazo. Saco de la nevera la leche de avena de Isabella y la vierto en el fregadero. Cojo la nota adhesiva que dice ES DE ISABELLA, NO TOCAR, escribo JÓDETE en ella y luego la pego en el monitor de su ordenador. Abro un cajón. Si me pongo de lado, podría mear dentro. Lo vuelvo a cerrar. Huele mal. Veo que la caca de Paloma sigue en el arenero.

Han vaciado mi mesa. Mis cosas están en una bolsa de basura negra, en el rincón. Todo metido dentro de cualquier manera, sin ningún cuidado por mis pertenencias. Me acuerdo de cuando mi padre me echó de casa al día siguiente de cumplir dieciséis años. Me dijo que todo lo que tenía era suyo. Me fui con una mochila llena de ropa y mi cepillo de dientes y no volví.

Tengo ganas de fastidiar a alguien. Cojo una hoja de papel de la mesa de Isabella, es un contrato que tiene que firmar. Recojo con él la caca de Paloma y la restriego por toda la pared. De repente entiendo perfectamente al niño de casa de mi hermana. ¡Qué

gozada! Se oye un ruido; es la puerta, que se abre. Una tos, un resoplido. Me tiro al suelo para esconderme. Veo la silueta de un hombre entrando en el taller. Me quedo pegada al suelo, con la cabeza levantada, los ojos muy abiertos, las piernas y los brazos estirados y los dedos separados como una salamanquesa gigante y aterrada. Me quedo todo lo quieta que puedo, casi sin respirar, preguntándome si podré esconderme debajo de mi mesa sin que me vea.

Se dirige a la cocinita. Ha dejado la puerta abierta, Paloma podría salir. Está encendiendo el hervidor. Qué raro que un ladrón se prepare un té. Me incorporo un poco para intentar verle mejor. Justo en ese momento, Paloma hace la tontería de subirse a la encimera de la cocina.

—¡Joder, una rata! —grita el hombre al tiempo que le lanza una taza a mi gata y se sube de un salto a la silla más cercana.

No puedo dejar a Paloma en manos de un maniaco. Me levanto, corro lo más rápido que puedo hacia la silla y le tiro de un empujón. Cae con un ruido sordo.

—¡Joder, Mia! ¡Joder, tío, qué coño…!

Es Ajay. Doy un paso atrás. Se está frotando la cabeza. Vuelve a ver a Paloma y pone cara de susto.

—¿Qué es eso?

—Es mi gata.

Cuando por fin enfoca la vista, se relaja visiblemente.

—Hostias, pensaba que era una de esas ratas gigantes que veo por todas partes.

—¿Ves ratas gigantes por todas partes? —pregunto echando un vistazo a los rincones de la habitación—. ¿Dónde?

—En TikTok. Son enormes, con la cola muy larga. Por lo visto, hay más ratas que humanos y si no…

He dejado de escucharle. Veo que Paloma se escabulle por la puerta.

—¡Paloma, ven aquí! —digo, y salgo corriendo al larguísimo pasillo.

Veo desaparecer su cola por la esquina, a lo lejos. El edificio es una enorme nave industrial dividida en un montón de locales, con tropecientos pasillos. Nunca la encontraré.

—¡Paloma, vuelve! —le grito desesperada.

Corro por el pasillo en zapatillas. Me doy cuenta de que cojeo, aunque no sé muy bien por qué. Sé que por más que me quiera Paloma, el miedo a estar en un edificio desconocido anulará su lealtad. Cuanto más me acerco, más corre. Aflojo el paso y bajo la voz:

—Paloma, ven. Pssssst, pssssst. Vamos, Palomita.

Cuando me acerco a la esquina, asoma la cabeza.

—No pasa nada, cariño, ven. —Alargo la mano y froto los dedos contra el pulgar. Aquí viene—. Qué buena es mi niña, ven aquí.

—YO LA COJO —grita Ajay.

Paloma y yo nos llevamos tal susto que salimos las dos corriendo. Lo que sucede a continuación es una persecución a toda velocidad por distintos pasillos mientras intento alcanzarla. Está tan asustada que corre que se las pela. Hacía diez años que yo no corría así. Ajay se aparta y desaparece por otra esquina. Yo sigo a Paloma, que por fin se para. Estoy jadeando, no creo que pueda seguir. Tiene el lomo arqueado y la cola enorme. Está petrificada, la pobre.

—Vamos, Paloma. Soy yo.

Baja el lomo y su cola se afina. Se tranquiliza al oír mi voz. Se echa y empieza a ronronear y a frotarse contra el suelo. Me acerco despacio. Un movimiento en falso y volverá a huir.

—No pasa nada, pichoncito, estoy aquí…

De repente, Ajay aparece al otro lado del pasillo con una papelera y se acerca rápidamente a Paloma. Tiene ojos de loco, como si estuviera dispuesto a atrapar a la gata, aunque sea lo último que haga.

—Ajay, tranquilo, yo me encargo.

Está tan concentrado que no me escucha.

—No pasa nada, gatita, gatita bonita, ven con Ajay…

A Paloma se le eriza otra vez el pelo, arquea el lomo y Ajay se abalanza hacia ella con la papelera. Paloma se escabulle entre sus piernas, más decidida que nunca a escapar. Ajay y yo echamos a correr el uno junto al otro. Paloma llega a un pasillo sin salida y se para, la tenemos acorralada. Yo doy un salto, sin darme cuenta de que Ajay está haciendo exactamente lo mismo.

Caemos uno encima del otro al final del pasillo. Paloma viene a mis brazos, Ajay está encima de mí. Nos quedamos unos segundos allí tumbados, respirando agitadamente, y luego nos da tal ataque de risa que se me saltan las lágrimas. Ajay me ayuda a ponerme de pie y tengo que cruzar un poco las piernas para no mearme en el suelo.

—Nunca te había visto reír —me dice.

Dejo de reírme inmediatamente.

Volvemos al taller y cierro la puerta del despacho para que no vea lo que he hecho. Los actos de rebeldía pueden ser muy liberadores cuando se están llevando a cabo, pero ahora empiezan a invadirme los remordimientos. De todos modos, ahora mismo no tengo espacio mental para pensar en eso, solo quiero olvidarlo todo.

—¿Qué haces aquí, jefa?

—Yo podría preguntarte lo mismo, nene.

—A lo mejor podríamos dejarnos de preguntas, ¿no?

—Trato hecho. Aparte de eso… ¿Te apetece emborracharte con champán caro? —Saco una botella de Dom Pérignon de la nevera,

de las que guarda Isabella para las raras ocasiones en que algún famosillo se pasa por la oficina para que le demos cosas gratis.

—Claro. ¿Quieres probar uno de mis bombones de maría?

—Sí, sí que quiero.

—¡Muy bien, jefa! Siempre he sabido que tenías un lado salvaje.

—¿Ah, sí?

—Sí, nadie es tan estirado a no ser que oculte algo. Vamos a desatar a Mia, la bestia.

Me pasa un paquetito de bombones. Cojo dos.

* * *

No sé exactamente cómo he acabado en la cama de Ajay, pero la mezcla de champán y bombones de marihuana ha embotado mis facultades lo justo como para traerme hasta aquí. Estaba dispuesta a todo. A fin de cuentas, era un sitio donde quedarme y a él no parecía importarle que trajera a Paloma. Hacía siete años que no me acostaba con nadie que no fuera mi marido y la gran mayoría de esas veces Paloma estaba fuera de la habitación. Ahora aquí estoy, en la cama de un joven, tumbada bocabajo con los brazos atados por encima de la cabeza, con mi gata sentada encima del escritorio, observando todos nuestros movimientos. No parece preocupada, así que no veo por qué tendría que estarlo yo. Soy hasta cierto punto consciente de lo que ocurre, pero noto las extremidades como pesos muertos. Ajay ha recogido una serie de objetos de su habitación y me los está introduciendo uno por uno en el ano y la vagina.

—¿Qué es eso? —pregunto al sentir que una cosa muy fina se abre paso dentro de mí.

—Un lápiz —responde.

Parece bastante inofensivo. Si tuviera que adivinar qué otras cosas me ha metido hasta ahora, diría que un rotulador, un cepillo de dientes y puede que el mango de un cepillo para el pelo. Un objeto me ha incomodado y lo ha retirado enseguida; seguramente era un bote grande de desodorante. No es que sea especialmente erótico. Más bien parece un niño pequeño con un juego de bloques de plástico. Mientras hurga en el armario en busca de más objetos insertables, noto que me ha dejado algo dentro. Creo que es un mando a distancia.

—No haces mucho ruido —me dice.

—¿Eso es bueno o malo? —pregunto, insegura.

—Así cuesta saber lo que te gusta.

Vuelve y me mete lentamente algo de goma semirrígida. Me gusta. Empieza a costarme hablar, así que hago el único ruido que se me ocurre.

—Miau.

—¡Sí, joder! ¡Gatita pervertida!

«Gatita pervertida», pienso para mis adentros. Supongo que es mejor que «loca de los gatos».

Después de que me meta varias cosas más, siento que le he sacado a esta experiencia todo el jugo que podía sacarle y le pido que pare.

—¿Puedes desatarme, por favor?

Me desata inmediatamente. Si esto es una forma de sadomasoquismo, es muy suave, pero yo sigo sin verle la gracia. ¿Lo lavará todo mañana? Supongo que no es problema mío. Me doy la vuelta y sacudo los brazos. Se entretiene un rato colocando las cosas en su sitio. Veo el rotulador y el cepillo del pelo y me impresiona haber acertado. Es un poco como una versión sexual de aquel juego al que jugaba Timmy Mallett con los niños en la tele en los años ochenta, ese en el que les vendaba los ojos, les metía en la boca alimentos corrientes y tenían que adivinar qué eran. Siempre era muy divertido. Pensaban que el chocolate líquido era kétchup o que

los plátanos eran yogur. No sé por qué me ha dado por pensar en Timmy Mallett. Todavía estoy bastante colocada.

—¿Podemos follar? —pregunta Ajay desde el armario.

Yo estoy desnuda, él no. ¿Se quitará toda la ropa o solo lo de abajo? Le digo que sí, porque después de las horas que llevamos aquí no veo por qué no íbamos a hacerlo. Se quita los vaqueros y los calzoncillos. Luego vuelve a coger los vaqueros y saca la cartera. Dentro hay un preservativo en el que enfunda el pene erecto, bastante pequeño, por cierto. Se sube a la cama y yo me abro de piernas para que se ponga encima. Empuja sin ton ni son, como si su pene fuera a encontrar mi agujero por sí solo, milagrosamente. Después de que me lo clave repetidas veces en distintos puntos de la vagina y la parte superior de los muslos, bajo la mano y lo guío dentro. Se pone a cien muy deprisa. Se mueve adelante y atrás encima de mí como una lima de uñas, con la cabeza ladeada como si estuviéramos bailando un vals.

—Voy a correrme —anuncia, y se corre.

No dura mucho y es muy silencioso comparado con el escándalo que arma Tristan cuando eyacula. En lugar de desplomarse sobre mí, se aparta y se quita el condón, que lanza a la papelera, pero no lo encesta del todo y la mitad queda colgando del borde. A él no parece importarle. Se sienta en el borde de la cama.

—Es la primera vez que hago algo así —me dice.

—¿El qué? —pregunto mientras me arropo. De repente me siento muy expuesta.

—Todo eso tan raro. Meterte todas esas cosas. ¿Te ha gustado?

—¿Nunca lo habías hecho? —pregunto, sorprendida.

Parecía tan seguro de sí mismo… Como si fuera lo normal para él. Yo solo le he seguido la corriente, contenta de no tener que dormir en la calle.

—No. Siempre he pensado que te gustaban las cosas raras. El sadomasoquismo y todo ese rollo. La verdad es que no sé mucho de

ese tema, pero espero que te haya parecido bien.

—¿Por qué creías que me gustaba el sadomasoquismo? —insisto, confusa.

—Por tu forma de vestir, tan dominante. Y porque eres muy… estricta.

Veo en el despertador digital que son casi las siete de la mañana.

—No hemos dormido —le digo, pero no parece importarle.

—Yo suelo ir al trabajo sin haber dormido en toda la noche. Aunque seguramente no debería decírtelo.

—No me importa —contesto—. Ya no trabajo allí.

—O sea que no acabo de follarme a mi jefa. Eso está bien, supongo.

—Supongo que sí.

Me levanto de la cama. Al incorporarme, siento como si la cabeza me pesara quince kilos.

—Tengo que irme. ¿Dónde estoy?

—La estación de Stockwell está a cuatro minutos andando. Gira a la izquierda, luego a la derecha y enseguida la verás.

Me tambaleo al vestirme. Paloma está a mis pies, ella también quiere irse. Me doy cuenta de que anoche estaba tan pedo que ni siquiera le preparé un arenero. Espero que aguante hasta que lleguemos a nuestro próximo destino, sea cual sea. La meto en el transportín.

—Ajay, te agradecería que esto quedara entre nosotros —le digo con mi voz de adulta.

—Cuenta con ello, jefa.

Tiene un aspecto horrible. Agotado, exhausto. Lo había visto así otras veces, en el trabajo, ¿sería porque había estado toda la noche

despierto haciendo cosas raras con otra mujer? Puede ser. Se pone unos auriculares grandes, se sienta delante del ordenador y empieza a jugar a un juego muy raro. Está bastante colocado. Yo, en cambio, empiezo a despejarme y mi presencia aquí me parece un completo error.

Abro despacio la puerta de la habitación y salgo sin hacer ruido. Soy consciente de que Ajay vive con su madre y no me apetece encontrármela. Cruzo el rellano de puntillas, me acerco a la escalera y piso con cuidado el primer escalón. Se oye un crujido muy fuerte. La puerta de la casa, al final de la escalera, parece estar lejísimos. Consigo acercarme a ella y entonces veo una puerta que espero que sea la del aseo de abajo. Tengo que entrar antes de irme o seguro que pillaré una infección de orina. Dejo a Paloma en el pasillo y entro en el cuarto de baño. Después de hacer pis, me lavo las manos y abro la puerta. El gigantesco Staffordshire bull terrier de Ajay está sentado en el pasillo, enseñando los dientes y gruñendo al transportín de Paloma.

—¡No, atrás! —le ordeno en voz baja.

Levanto a Paloma y corro hacia la puerta, pero está cerrada con varios cerrojos y no consigo salir. Sujeto el transportín de Paloma lo más alto que puedo, ella maúlla de miedo y yo estoy segura de que el perro nos va a devorar a las dos. No me queda más remedio que chillar.

—¡AJAY, SOCORRO! —grito como la damisela en apuros de una película de los años veinte.

Me pego a la puerta, con el transportín de Paloma en alto. El perro salta intentando alcanzarla. Quiere matarnos, ¿por qué nos pasa esto otra vez?

—¡Pétalo, Pétalo, quieta! —Oigo gritar a una mujer—. Pétalo, déjala en paz, perra tonta.

El perro se retira y empieza a hacer otros ruidos. Más tranquilos, más suaves.

—En realidad no te haría daño, se le va la fuerza por la boca —me

dice la mujer.

Lleva una camiseta grande que le llega hasta los muslos. Se le transparentan los pezones.

—Creo que ha olido a mi gata —digo, aliviada por no haber tenido que usar otro palo.

—Sí, os vi entrar anoche con la gata.

—¿Nos viste?

—Sí. Esperaba que no fuera la chica de la semana pasada. Vomitó en mi alfombra.

¿Se refiere a la chica del vestido verde de la gala? ¿Estuvo aquí? ¿Qué harían? Follar como es debido, seguramente. No lo que acabo de hacer yo con el hijo de esta mujer. Necesito salir de aquí.

—Siempre tengo que echar los cerrojos después de que llegue Ajay, él nunca se acuerda. Las chicas tenemos que tomar precauciones, ¿no? Para más detalles, véase la perra —dice como si fuera muy gracioso.

—Bueno, yo no soy una chica —digo, esforzándome por mirarla a los ojos.

—Oye, que si yo pudiera pasar la noche con un hombre más joven, no me lo pensaría dos veces. Ajay es un buen chico.

Al oír la palabra «chico», me dan ganas de salir huyendo. ¿Es que a esta mujer, a la madre de Ajay, no le molesta en absoluto que yo esté aquí?

—Entonces, ¿estás divorciada o algo así? —me pregunta.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, una mujer de tu edad ligando por ahí… Yo hice lo mismo cuando me dejó mi marido, aunque no tuve mucha suerte. ¡Me alegro por ti! Ahora ya lo he dejado. Me conformo con la mierda que ponen en la tele y con comer carbohidratos con mucha sal.

Me siento como una auténtica golfa y siento la necesidad de explicarme.

—Mi marido me está poniendo los cuernos. Me enteré anteayer. Con su exmujer. Estoy muy disgustada porque tengo un hijastro al que quiero mucho y una casa que no quiero perder.

—Ay, Dios, menuda mierda. Lo siento mucho. No me extraña que necesitaras una noche loca.

—Bueno, sí, exacto. En fin, si me abres la puerta…

Saca unas llaves de un cuenco pequeño.

—Por curiosidad, ¿cuántos años tienes? —me pregunta.

La verdad es que no me apetece hablar, pero estoy en su casa y acabo de acostarme con su hijo, así que le agradezco que sea tan amable.

—Cuarenta y cinco. Si me das las llaves, abro yo —le digo, porque no parece tener ninguna prisa en abrir la puerta.

—Mi hermana tiene cuarenta y tres.

—Qué bien. ¿Te importa abrirme?

—Yo tengo cuarenta y uno. Empecé joven. Siempre me ha gustado la idea de que mi hijo esté con una mujer de la que pueda hacerme amiga. Serías como una hermana mayor para mí. La mía murió, en realidad. No puedo reemplazarla, es inútil intentarlo. Ajay no va a independizarse, no quiere que esté sola.

—Lo siento mucho. Por favor, tengo que irme.

—Ah, sí, claro.

Por fin abre la puerta. Se acerca mucho a mí. Y creo que huelo. A su hijo. Un cóctel a sudor rancio de hombre.

—Es bonito tu vestido. Mi madre tenía uno así —dice, y parece que lo dice de verdad—. La próxima vez que vengas, a lo mejor

podemos pedir algo de comer y ver Gogglebox en la tele. Creo que Ajay y yo estaríamos muy bien en ese programa, pero por lo visto no puedes presentarte, te tienen que «descubrir».

—Seguro que algún día saldréis, si de verdad os apetece.

Sonríe esperanzada, como si soñara con ese día especial.

—Es difícil no sentirse sola, ¿verdad? El padre de Ajay se fue hace unos años. Se acostaba con mi prima, ¿tú te crees?

Un momento de solidaridad. Durante una milésima de segundo, dejo de intentar escapar.

—Lo siento, seguro que fue muy doloroso.

—Pues sí. Pensé que mi vida se había terminado. Pero conservé mi casa. Él intentó quitármela, pero no se lo permití.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo conseguiste?

—Me negué a marcharme. El problema de las mujeres es que cedemos todo nuestro poder. No sé por qué lo hacemos. Les cedemos nuestro poder a los hombres todo el rato. Yo tuve que recuperar el mío para demostrarle a Ajay que no puede tratar así a las mujeres. Es lo mejor que he hecho. Es muy respetuoso con las mujeres, ¿sabes?

Decido no contarle que a mí acaba de tratarme como si fuera un armario de papelería.

—Sí, es un buen chico —añade con orgullo.

Otra vez esa palabra, «chico». Tengo que irme, en serio.

—Cuídate —le digo al echarme de nuevo al mundo.

—Vuelve cuando quieras —contesta.

No pienso volver.

17

Es mi casa y tengo todo el derecho a vivir en ella.

Llego poco después de las ocho. Oliver ya se habrá ido al colegio, pero puede que Tristan o Belinda estén en casa, no tengo ni idea. Y la verdad es que tampoco me importa. Meto la llave en la cerradura y abro. Al instante dejo salir a Paloma y noto cuánto se alegra de estar en casa. Se va corriendo a la cocina. Yo la sigo. Saco comida de un armario repleto de latas para ella, le lleno su cuenco y lo pongo en el suelo, donde come siempre desde hace siete años. Ambas suspiramos aliviadas. Me recuerdo a mí misma que soy una persona solvente y capaz. Una mujer como yo no tiene por qué andar dando tumbos por las calles. Lo natural es que estemos aquí. Soy consciente de que tendré que negociar ciertas cosas para que podamos quedarnos, pero eso es lo que pretendo hacer. Quedarme. Cuando te engañan, cuesta recordar que en realidad tú no has hecho nada malo y que no mereces recibir ningún castigo. Da igual lo que haya ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas; de eso no tiene por qué enterarse nadie.

Ahora estoy cansada. Horriblemente cansada. Se me ha pasado el efecto de las drogas y el alcohol y noto la boca como recubierta de pelo y el aliento apestoso. Me lavo las manos y me doy cuenta de que las tenía mugrientas. Veo que hay zumo de manzana en la nevera y me bebo casi el brik entero. Cojo un puñado de arándanos y unos cuantos frutos secos y me los como acercando la boca a la mano en vez de al revés. Se me caen bastantes al suelo, pero no me molesto en recogerlos. Abro el grifo, meto la cabeza debajo y dejo que el agua me corra por el pelo y la cara. Me froto las mejillas, me restriego bien las pestañas pegoteadas. Me quedo así un minuto, inclinada sobre el fregadero, empapándome la cabeza, dejando que el agua se lleve los desperdicios que se me han adherido. Exhalo con fuerza, con una mezcla de agotamiento y alivio.

—Dios santo, Mia, creía que eras un ladrón —oigo decir a Tristan mientras el agua entra y sale de mis orejas.

Ladeo la cabeza y ahí está, de pie a unos metros de mí, con un bate de béisbol en la mano. Cierro el grifo y me incorporo. El pelo mojado me empapa el vestido y las piernas y chorrea hasta el suelo. Tristan deja el bate y coge un paño de cocina.

—Toma. Usa esto. ¿Dónde has estado?

—Por ahí.

—¿Por ahí? ¿Cómo que «por ahí»? ¿Y qué llevas puesto?

—Un caftán.

—¿Y por qué lo llevas?

—Porque era de mi madre. Nunca me has preguntado por ella, por cierto, está muerta.

—Ya lo sé. No has contestado a mis mensajes.

—Murió de cáncer. Yo la vi morir. Estuve sentada a su lado porque mi padre se negó a entrar en la habitación.

—¿Has venido a recoger tus cosas?

—Cuando murió tuve que llamar a la ambulancia para que vinieran a llevársela. Yo, una niña de nueve años, haciendo esa llamada: «Hola, mi madre ha muerto. Por favor, ¿pueden llevársela?».

—Mia, me parece que no estás nada bien.

—No estoy bien, Tristan. He tenido una vida muy difícil, ¿por qué nunca me has preguntado por mi vida?

—Porque tú nunca has sacado el tema. ¿Has venido a recoger tus cosas?

—No, Tristan, he venido a acostarme. Si vosotros decidís quedaros, muy bien. Yo voy a estar en mi habitación, con mi gata. No voy a

marcharme. Estoy acostumbrada a sentirme incómoda en mi propia casa. De hecho, se me da bastante bien. Mi padre nos maltrataba psicológicamente a mi hermana y a mí. Tampoco me has preguntado nunca por eso.

—Te repito que nunca has sacado el tema.

—Una vez te conté que mi padre me echó de casa cuando tenía dieciséis años y me contestaste: «¿Qué habías hecho?».

—¿Y eso qué tiene de malo? —dice, convencido todavía de que la loca soy yo.

—Que mi padre me echó de casa a los dieciséis años y tú me culpaste a mí.

—Vale, Mia, ya veo que puedes pasarte el día entero reprochándomelo todo. Belinda traerá sus cosas dentro de unos días. No puedes…

—No me voy a ir.

Paso junto a mi marido y voy al cuarto de baño. Paloma me sigue. Alrededor del lavabo hay productos femeninos que no son míos. Sí que se ha dado prisa. Abro el grifo de la ducha, Paloma se mete dentro como siempre y sale de un salto cuando el agua está caliente. Me quito el vestido de mi madre, pero no lo meto en el cesto de la ropa sucia con todo lo demás. No quiero lavarlo. Me quedo desnuda delante del espejo. Tengo mal aspecto. Mi cepillo de dientes ha desaparecido. Uso el de Tristan.

El champú sólido que uso no está en la ducha. En su lugar, hay múltiples botes de plástico con productos de aseo de base sintética. Los uso todos sin cortarme con las cantidades. Me enjabono el cuerpo dolorido con gel con olor a coco. Dejo que la espuma corra entre mis piernas y me lavo a conciencia. Levanto primero un brazo y luego el otro y me quito el olor que me persigue desde hace un par de días. Utilizo una maquinilla rosa que no es mía para afeitarme las axilas y las piernas. Cojo el exfoliante de Belinda y me quito la capa superior del cutis. Utilizo su acondicionador para pelo liso, aunque yo lo tengo rizado. Me siento en el suelo de la ducha y

me lavo los pies con mucho cuidado. Los tengo negros de moratones y llenos de ampollas y cortes. El agua roja se va por el desagüe. Apoyo la espalda en la pared de la ducha y dejo que el agua me caiga encima. La vida puede dar un vuelco de un momento a otro. Me cuesta recordar cómo era yo a estas alturas de la semana pasada. Echo la cabeza hacia atrás y dejo que el agua caliente me corra por la cara.

—¡Mia! ¡Mia, abre! —Oigo golpes. Tristan está aporreando la puerta —. Mia, ¿estás bien? Vamos, Mia, contesta o tendré que echar la puerta abajo.

—Estoy bien. Ahora salgo —digo, espabilándome.

El agua de la ducha sigue cayendo sobre mí. Estoy arrellanada en la base. Me levanto despacio y cierro el grifo. Me seco. Abro la puerta.

—Esto no va a funcionar —dice Tristan cuando paso junto a él envuelta en una toalla, cargada con mi ropa sucia.

—Pues me temo que va a tener que funcionar.

Me voy derecha a mi habitación y cierro la puerta. Me pongo un pijama. Deshago la cama, recojo toda la ropa, salgo y subo las escaleras con ella. La dejo en el suelo del cuarto de Oliver y quito también sus sábanas. Las tiro escalera abajo y seguidamente tiro también el colchón. Luego vuelvo a mi habitación, quito el colchón y lo subo por la escalera. Repito esta operación con diversas cosas, cambiando las pertenencias de Oliver por las mías hasta que tengo todo lo necesario, de momento. Tristan está estupefacto. Se queda ahí de pie diciéndome que pare, pero sin hacer nada significativo para conseguirlo. Me meto de cabeza en el armario de debajo de la escalera y saco una bolsa negra llena de mantas con estampado de leopardo con las que una vez quise decorar el salón, pero Belinda dijo que eran «de puticlub». Lanzo la bolsa escalera arriba. Luego voy a la cocina y saco dos bolsas de debajo del fregadero. Lleno una con comida de los armarios, incluidas unas cuantas latas para Paloma, y la otra con botellas de agua con gas. Cojo un rollo de papel de cocina, un plato, un cuchillo y un tenedor. Lo llevo todo

arriba, al dormitorio. Lo último que subo es la bandeja de Paloma. Ahora tengo todo lo que necesito para sobrevivir unos días, y no pienso salir hasta entonces.

—Mia, estás loca.

Acerco mi cara a la suya.

—Todos estamos locos.

Subo la escalera. Paloma me sigue. Cierro la puerta y coloco el escritorio delante para que no puedan abrirla. Extiendo las mantas de leopardo sobre la cama, el suelo y la silla. Me desnudo. Me meto en la cama y me duermo en el acto, abrazada al vestido de mi madre.

18

Es última hora de la tarde y tengo la sensación de llevar días encerrada en mi cueva, y puede que así sea. Mi teléfono parpadea recordándome que hoy hay sesión del grupo de duelo. Debe de ser martes.

Como no quiero que Tristan y Belinda sepan que voy a salir, me descuelgo por el balcón hasta el tejado del garaje y bajo de un salto a la hierba blanda del jardín delantero. Paloma me observa a través de la ventana del baño como un humano observaría a una atleta olímpica. Mi habilidad parece cautivarla. Supongo que en el mundo de los gatos ese nivel de agilidad es digno de encomio. A un humano le impresionaría menos cómo me tambaleo de un sitio a otro. Eso por no hablar de que al plantar los pies en el suelo, y luego las manos, me doy cuenta de que he olvidado lavarme la cara, recogerme el pelo y ponerme el sujetador. Volver a subir requiere una capacidad que no tengo, así que aquí estoy: hecha un asco, pero dispuesta a ir a terapia de grupo de todos modos.

Antes necesitaba al grupo de una manera difusa y difícil de descifrar, pero ahora lo necesito como si mi vida dependiera de ello. Mi sitio está allí, con Martha, Tiana, Greg, Ada y Lee. Mi marido podría meter el pene en diez mil nubes, que yo seguiría yendo los martes.

También necesito saber que están bien después de lo del artículo. ¿Lo habrán visto? Seguro que no todo el mundo lee el Metro. Yo he leído el artículo tantas veces que podría citarlo de memoria. No dejo de preguntarme cómo es posible que Nicole pudiera mentir estando allí sentada. ¿Y cómo es que me caló de ese modo? ¿Cómo pudo ver a la loca de los gatos que llevo dentro, como si mi piel fuera de papel film y mi cráneo de cristal? ¿Los demás también la ven?

Una mujer en el metro me pregunta si estoy bien. Ella solo ve a una mujer hecha polvo y piensa lo peor, cómo no. Le digo que mi marido me ha puesto los cuernos. Pone cara de fastidio, como si supiera de lo que le hablo, dice «Putos gilipollas» y se baja en la siguiente parada. ¿Cuántas somos?

Llego tres minutos tarde a propósito para que no me hagan preguntas. Entonces se me ocurre que quizá algunos de mis compañeros llegan tarde a la oficina por el mismo motivo. Si pudiera volver atrás, intentaría portarme mejor en ese aspecto. En lugar de enfadarme con la gente por su mal comportamiento, me preguntaría por qué actúan así. Si alguien me hubiera dicho hace un par de semanas que estaría en paro y bajo arresto domiciliario, no le habría creído. Resulta que todos podemos ser unos mierdas cuando las cosas se tuercen. Es increíblemente difícil no juzgar a la gente. Quizá por eso las personas como Tiana necesitan pasar por una formación. Hacer un curso anticríticas. Poca gente lo aprobaría.

—Perdonad que llegue tarde —digo al entrar.

Levantan la vista para saludarme y ponen todos cara de horror cuando me ven.

—No pasa nada, Mia —contesta Tiana, demostrando que es una profesional como la copa de un pino. En otro contexto habría gritado «JODER, QUÉ PINTA TIENES», pero aquí se limita a inclinar la cabeza amablemente. Vaya capacidad.

Hay un ambiente taciturno en la sala. Están todos menos Nicole, claro. No hay nadie nuevo. ¿Será por la mala prensa que han tenido esta semana los grupos de duelo por la muerte de una mascota? ¿Quién va a querer que lo asocien con nosotros?

Martha lleva otra vez el gorro, ha vuelto a esconderse detrás de su ropa. Ada lleva un chándal de terciopelo rojo. Llamativo, sí, pero menos que habitualmente. Greg está igual; puede que más relajado, más contento, lo cual es extraño. Lee lleva la misma ropa. Su barba incipiente se ha convertido en una señora barba y, aunque hoy no tiene los ojos rojos y llorosos, parece aún más bondadoso que de costumbre. Pasa algo raro, lo noto.

—Bienvenidos de nuevo. —Tiana sostiene su taza de té con ambas manos—. No hay caras nuevas. No pasa nada. —Se la ve nerviosa, menos imperturbable que de costumbre—. Mia, ¿quieres empezar tú?

—Tengo tantas cosas que decir que no sé por dónde empezar… He tenido una semana horrible —digo.

—Ya lo vemos —asiente Ada, refiriéndose seguramente a mi aspecto. Pero ya la conozco, así que no me ofendo—. ¿Qué te ha pasado, cielo?

—Mi marido se ha liado con su exmujer.

Ada se levanta y lanza una patada al aire.

—Pero ¿qué les pasa a los hombres?

—Tranquila, Ada —dice Tiana—. Vamos a dejar que Mia se explique.

Ada vuelve a sentarse, pero resopla de rabia, visiblemente alterada. A mí no me molesta, es agradable que a alguien le importe.

—Soy directora ejecutiva de una marca de joyas. Fui a una reunión en Selfridges con mi jefa, una tal Isabella que, si os soy sincera, no me cae muy bien y, además, no creo que se le dé muy bien llevar un negocio. —Pierdo el hilo y respiro hondo.

—Tómate tu tiempo —dice Tiana.

—En la reunión propuse algo que supuestamente no debía proponer y, aunque gracias a eso Selfridges aceptó vender una de nuestras colecciones, después de la reunión Isabella se puso furiosa conmigo por haber actuado a sus espaldas. Y supongo que tenía razón, pero pensé que era lo que tenía que hacer. En fin, que, mientras me estaba diciendo lo mala persona que soy, me llamó mi marido. Pero me había llamado sin querer, no sabía que yo le estaba escuchando, y le oí follar con su ex en la cocina de casa. Incluso… —Estoy a punto de contarles que Belinda tiró a Paloma al suelo, pero me paro justo a tiempo, acordándome de que ellos creen que mi gata está muerta—. Me sentó fatal, como podéis imaginar. Me acosté con un

milenial del trabajo, tiré escalera abajo todo lo que había en la habitación de mi hijastro y me quedé con su cuarto, y llevo allí encerrada un par de días. Hoy, para salir, me he descolgado por las tuberías. Ellos no tienen ni idea de que no estoy allí.

—¿Quiénes son «ellos»? —pregunta Tiana.

—Mi marido y su exmujer, que viven abajo, porque quieren quitarme la casa.

—No, de ninguna manera. —Ada se pone otra vez de pie—. De eso ni hablar. Tú te quedas. Que se vayan ellos.

—Gracias, Ada —dice Tiana—. Siéntate.

—¿Y por qué te haría eso tu marido? —pregunta Lee—. Perdona, no lo digo literalmente, pero es que me parece espantoso.

—Creo que tengo que reconocer que en parte la culpa es mía. No he sido la esposa más cariñosa y amorosa del mundo, que digamos. A mí me gustaba que durmiéramos en habitaciones separadas y a él no, ese tipo de cosas. Me casé por conformismo, porque era lo que creía que tenía que hacer, no porque quisiera hacerlo. Tristan no es tonto, siempre lo ha sabido. Lo raro es que estoy mucho más disgustada por perder mi casa y mi trabajo que por perder mi matrimonio.

—¡Sí, señora! —dice Ada, chasqueando los dedos como si estuviera en un programa de Jerry Springer.

—¿Tú también estás en paro? —pregunta Greg—. ¡Ja! Míranos. Menos mal que estas sesiones son gratis. —Casi parece alegrarse de no ser el único que no tiene trabajo.

Ha cambiado en las últimas semanas. El grupo de apoyo le está sentando bien. En paro o no, se nota que está mejorando.

—Yo también estoy en paro, supongo —dice Martha—. Una escritora que no escribe no cobra. Hace semanas que no mando un artículo. No se me ocurre nada que decir.

—Quedarse sin trabajo puede acabar siendo lo mejor —dice Lee—.

Yo trabajaba en una oficina llena de mujeres. Cuando se enteraron de que vivía con mi madre, pensaron que era una especie de pervertido. Una vez me metí en un lío por decirle a una chica que estaba guapa. Se quejó de mí. Fue solo una advertencia, pero no podía seguir allí, estaba todo el tiempo angustiado, sentía que ni siquiera podía levantar la vista sin que alguna pensara que quería seguirla hasta casa. Lo dejé poco después y acepté un trabajo que podía hacer en remoto. Me dio mucha vergüenza en aquel momento, pero la verdad es que no me sentía nada a gusto con aquellas mujeres, no me tenían ningún aprecio. Estaban todo el tiempo esperando a que dijera alguna barbaridad. Os aseguro que he intentado ser un pervertido, pero se me da fatal.

Enseguida me doy cuenta de que lo dice en broma y me echo a reír. Los demás tardan unos segundos en darse cuenta y por fin se ríen, incluso Tiana, que está entrenada para no reaccionar ante comentarios así. Gracias a Lee, el ambiente parece haberse aligerado. Yo también me siento más ligera, y de repente cobro conciencia del aspecto que tengo. Ojalá me hubiera puesto el sujetador, al menos.

—¿Alguien ha leído el artículo? —pregunto con cautela.

—Sí —contesta Lee.

—Por desgracia, sí —dice Tiana.

—Menuda periodista —comenta Martha.

—¿Qué artículo? —pregunta Ada.

—Sí, ¿qué artículo? —añade Greg.

—Nada, una idiotez de la que no tenemos que preocuparnos —dice Tiana, consciente del daño que puede hacer esta conversación—. Mia, ¿qué puedes…?

—No, espera. ¿Qué artículo? —insiste Ada—. ¿Qué artículo habéis leído?

Ojalá no hubiera dicho nada. Quiero hablar de ello. Quiero preguntarles qué ven cuando me miran. Y decirles que no creo que

sean ninguna de las cosas que decía Nicole, o Amy, o como se llame. Que son de las personas más agradables que he conocido. Quiero decirles que son unos valientes por venir aquí a desnudar su alma ante extraños con la esperanza de establecer un vínculo genuino. Pero también desearía no haber dicho nada, porque lo que contaba de Greg era horrible y no creo que él pueda soportarlo.

—He traído un ejemplar —dice Martha—. Como periodista, me dejó horrorizada. A mí nunca me veréis vendiendo algo así. Degradar a los demás en beneficio propio, ¿qué sentido tiene eso?

Saca el periódico del bolso y se lo pasa a Ada. Greg se inclina para leer sobre su hombro mientras ella lo hojea hasta llegar al artículo. Los demás miramos hacia otro lado mientras lo leen.

—Sabía que esa chica no era trigo limpio. El perrito de mamá, ¡y un cuerno! —exclama Ada y tira el periódico al suelo.

—Es un artículo muy cruel. Todos estáis aquí porque sentís cosas que otras personas pueden no entender. Entrar en este círculo y abusar de nuestra confianza de esa manera es cruel y despreciable. Siento mucho que haya pasado. Estoy pensando en cómo controlar quién accede al grupo a partir de ahora —dice Tiana como si fuera la responsable.

—No es culpa tuya —dice Lee—. A mí, desde luego, no me va a impedir venir. Ya sé que yo no salgo en el artículo, pero, aunque saliera, seguiría viniendo.

—Lo mismo digo —dice Martha.

—Pues claro que sí —añade Ada.

Greg aún no ha dicho nada. Está vibrando, como hacía antes. Se le pone la cara cada vez más roja, hasta que ya no puede soportar la presión.

—Ya os decía yo que soy un mierda. Ella se dio cuenta. Tiene razón, soy un cerdo, un tío violento. No merezco que seáis mi amigos ni merezco compasión. Ni siquiera merezco tener una serpiente. —Se levanta y coge la silla como si fuera a tirarla, pero se lo piensa

mejor—. Ojalá no existiera, joder. A nadie le importa tres cojones que esté vivo o muerto. —Se marcha dando un portazo.

—Lo siento, no debería haber dicho nada —digo, muy disgustada. He venido para sentirme mejor y he conseguido que otras personas se sientan fatal.

—No es culpa de nadie —contesta Tiana.

—Voy a buscarle, a ver si consigo que se calme. —Lee sale corriendo de la sala.

Martha, Ada, Tiana y yo nos quedamos calladas unos segundos.

—Yo también me voy. —Me pongo en pie y me dirijo a la puerta—. Lo siento.

Salgo. No pienso volver. Soy una mentirosa y no merezco estar aquí.

Cuarta parte

Esposa

Mamá y papá estaban gritando en la cocina.

—¿Cómo que ha vuelto? —dijo mi padre.

Yo pensé que a lo mejor se refería al ratón que habíamos tenido mucho tiempo en la cocina. Papá se enfadaba mucho por las mañanas porque no caía en la trampa.

—Pues eso, que ha vuelto y esta vez no va a desaparecer —contestó ella mirando al suelo.

—Bueno, ¿y eso qué significa? A ver.

—Significa que me estoy muriendo, por el amor de Dios, ya sabes lo que significa.

Mi padre empezó a pasearse por la cocina rascándose la barba como si la tuviera llena de piojos.

—¿Y ahora qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer, eh? ¿Quién va a ocuparse de las cosas aquí, de cocinar, de limpiar y todo lo demás? ¿Y qué pasa con las niñas?

—No sé, ¿qué tal si por una vez te portas como un buen padre y un buen marido? —Por la cara que puso, mi madre sabía que no debería haber dicho eso.

Mi padre se paró justo delante de ella.

—Tú las querías a ellas, no a mí. ¿Y ahora me vas a dejar con ellas?

—Son tus hijas, David.

—Y tú eres mi mujer. Eras mi mujer…

Mi padre lloró por primera vez en su vida, creo. Recuerdo que pensé que era muy raro verle triste. Esa emoción humana tan normal parecía muy extraña en él. Desentonaba. Y como si él también lo supiera, se replegó en la ira tan rápido como pudo.

Salió furioso de la cocina y se cruzó conmigo en el pasillo. Acercó su cara a la mía como si fuera a decirme lo más horrible que se le ocurriera. Cerré los ojos y me preparé. Su aliento me salpicaba de gotitas la cara. Pero no dijo nada y salió de casa, dando un portazo tan fuerte que un cuadro se cayó de la pared. Mi madre corrió a recogerlo.

—No pasa nada, mamá, ya lo cojo yo —le dije.

Me arrodillé a su lado. Se dejó caer al suelo, apoyó la cabeza en mi regazo y se echó a llorar.

19

Les oigo hablar al pie de la escalera.

—No puedo mudarme hasta que se vaya tu mujer —repite Belinda una y otra vez.

Tristan le pregunta qué se supone que debe hacer. Pero no puede hacer nada para que me vaya. Esta es mi casa, pago la mitad de la hipoteca. Oficialmente, seguimos casados. No hay ningún motivo legal para que me vaya. Ni tampoco para que se vaya él. Así que supongo que es solo cuestión de quién dé primero su brazo a torcer. No fue agradable oír llorar a Oliver por su habitación. Quería salir, pedirle perdón y ayudarle a subir otra vez sus cosas. Pero eso no me serviría, necesito estar aquí arriba, lejos de ellos tres. Oí a Tristan decirle a Oliver que iba a darle una sorpresa después de clase para compensarle. Me huelo que es una PlayStation o algún otro entretenimiento igual de espantoso para que se distraiga y no piense en que estoy encerrada aquí arriba.

Me gusta esta habitación. Tengo agua corriente en el baño, un balcón para tomar el aire, mi manta polar para mantenerme calentita y las mantas de leopardo que no tienen por qué gustarle a nadie más que a mí. Hay televisión, radio e Internet. Me doy cuenta de que era el dormitorio conyugal de mi marido y su ex, con la que ahora ha vuelto, pero, aun así, es una habitación agradable. Esta no es su cama, es la mía. No quiero volver a dormir en el colchón de Tristan, ahora que sé que está impregnado de los flujos de Belinda.

Oigo que ella se va a trabajar. Oliver se ha ido al colegio. Creo que Tristan también se ha ido al trabajo, pero no estoy del todo segura. Me he quedado sin comida para Paloma y está inquieta. Tengo que bajar. Me pongo un jersey largo de forro polar que tiene un gato jugando con un ovillo. Me llega hasta la mitad de los muslos. Me lo compré en un puestecito de la avenida. Tristan dijo que era la cosa

menos sexi que había visto nunca.

Retiro el escritorio de delante de la puerta y la abro muy despacio. Las escaleras me parecen más largas y empinadas que nunca. Paloma pasa corriendo por mi lado, emocionada por poder salir. Yo bajo con cautela. Cuando llego abajo, todo está despejado. Entro en la cocina detrás de Paloma, lleno el hervidor y lo enciendo, necesito café. Cojo pan de la panera y lo unto con mantequilla espesa y salada. Ya ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que comí mantequilla de verdad. ¿Por qué me he hecho esto? Es la cosa más deliciosa del mundo. Me unto otra rebanada. Las migas caen de mi boca al suelo. Normalmente las limpiaría en el acto, pero hoy no me molesto. Que lo hagan ellos. No pienso hacer más el papel de abnegada esposa.

Hay fruta fresca en el frutero, así que también me como un plátano. Dejo la piel en el frutero, solo por fastidiar. Me encanta esta cocina. La reformé un año después de mudarnos. Como la obra duró mucho más de lo previsto, durante unos meses tuvimos que cocinar en un pequeño campingás, en el cuarto de estar. No estaba tan mal y a veces era muy divertido. También comíamos mucho fuera, las noches que no teníamos a Oliver. Fuimos una pareja feliz, en tiempos. Muy feliz. Me pregunto si Tristan y Belinda habrán follado donde me estoy untando el pan, y vuelvo a recordar por qué ya nada es lo mismo.

Echo una cucharada grande de café instantáneo en una taza y la lleno de agua. Me gusta que algunos gránulos no se disuelven y se queden flotando arriba como tropezones de café.

—Estás viva. —Tristan aparece de repente y, del susto, doy un respingo y me vierto el café hirviendo en el brazo y los muslos.

—¡Joder! ¡Joder, joder, joder! —grito.

Abro el grifo de agua fría y meto el brazo debajo. Es el mismo donde me quemé con el horno. También me duele la piel de las piernas.

—Ten, usa esto. —Me da una bolsa de guisantes congelados que ha sacado del congelador—. Siéntate aquí.

Me acerca un taburete y me siento. Así puedo seguir metiendo el brazo debajo del chorro y al mismo tiempo apoyarme los guisantes en los muslos. Me duele un montón.

—Qué susto me has dado —le digo—. Creía que te habías ido a trabajar.

—Llevo tres días sin ir a trabajar, esperando a que salgas. Imaginaba que, si no hacía ruido, a lo mejor salías. ¿Qué has estado haciendo ahí arriba?

—He estado tumbada, sobre todo.

—No estás yendo a trabajar.

—No, no estoy yendo. Ya no tengo trabajo.

—¿Qué ha pasado?

—No quiero hablar de eso.

Parece preocupado. Y luego confuso. Y luego preocupado otra vez.

—Mia, ¿qué vamos a hacer? Oliver no entiende por qué te has quedado con su habitación y no quieres salir. Está muy disgustado. Y esto no es sano ni para ti ni para mí.

—No voy a marcharme.

Me meto otra rebanada de pan con mantequilla en la boca con la mano que no me he quemado. Me quito los guisantes del muslo. Solo tengo una marquita roja donde me ha caído el café.

Tristan se acerca a mirar.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No, no estoy bien. ¿Y tú?

Me mira los muslos. Siempre le han gustado mis piernas.

—Te quiero, Mia. Te elegiría a ti, si pensara que tú también me quieres.

—¿Me elegirías?

—Sí. Si tuviera que elegir, te preferiría a ti.

—Bueno, ¿y no es eso lo que has hecho? ¿Elegir? Y no me has elegido a mí.

—Es que temo que no cambies nunca. Siempre estaría intentando llegar hasta ti y tú siempre te cerrarías en banda.

—Es extraño que te hayas acostado con tu exmujer en vez de hablarlo conmigo.

—Llevo intentando hablarte de eso casi desde que nos casamos. Pero tú no quieres hablar del problema. En realidad, no quieres hablar conmigo de nada.

—Eso no es verdad, siempre hemos tenido charlas muy agradables sobre todo tipo de cosas.

—Sí, siempre y cuando fueran cosas triviales. Porque, si se trata de hablar de verdaderas emociones, levantas un muro y a mí me dejas fuera. Venías a mi habitación a follar y luego te ibas. Me preparabas la comida, pero preferías comértela delante de la tele en vez de hablar conmigo. Eso es muy duro.

—Haces que parezca un ogro.

No intenta reconfortarme. Tiene lágrimas en los ojos. Me apoya las manos en los muslos y acerca su cabeza a la mía. El ambiente cambia.

Separo las piernas. Después de todo, soy su mujer.

Se arrodilla y mete la cara entre ellas. No sé si estoy cediendo el control o recuperándolo, pero me apetece y dejo que ocurra. Me recuesto un poco en el taburete para facilitarle las cosas. Su lengua me da largos y lentos lametazos. Nunca lo había hecho tan bien. Con ternura y cariño, en vez de frenéticamente y con prisas. Qué extraños son los hombres. Tengo uno de los orgasmos más profundos que he tenido en mi vida. Tristan deja la cara ahí un rato, respirándome. Apoya la frente en mí como si se estuviera

despidiendo de mi vagina.

—Me voy a dar un paseo. —Me levanto bruscamente, sin pensar en él. Se tambalea y cae de bruces al suelo.

—¿Y después? —pregunta, como si por el hecho de que le haya dado un buen repaso a mi vagina yo fuera a irme en busca de otra casa tan ricamente.

—Después, vuelvo a casa.

La fuerza de su suspiro me impulsa hacia la puerta.

20

JENNY FRASER,

AMADA ESPOSA Y MADRE

1946-1985

RIP

Yo era demasiado pequeña para opinar sobre la inscripción de la lápida de mi madre. Visité la tumba una vez, poco después de su muerte, pero luego no volví nunca. Aquellas palabras me dolían demasiado. Me enfurecían, con una rabia que no podía controlar. Me daban ganas de desenterrar su cuerpo con mis propias manos y llevarlo a otro sitio sin que mi padre se enterase. Esculpiría otra lápida con mis garras y la pondría en un sitio donde él no la encontrara nunca. Diría:

JENNY FRASER

MERECÍA MÁS

¿A santo de qué ponía amada esposa? Esas palabras impersonales y estereotipadas las eligió el encargado de la funeraria porque a mi padre no se le ocurría nada. Mi madre nunca fue una esposa amada. Mi padre la atrapó en su horrible mundo. Ella tenía mucho talento, pero él se empeñó en que dejara su trabajo en una casa de modas cuando se quedó embarazada de mí, argumentando que no hacía falta que trabajara. Que él podía encargarse de todo,

económicamente. Cuando nació Liz, mi madre, sin cualificación ni contactos, no tenía ni idea de cómo volver a una industria que adoraba. Para entonces, a él le habían despedido por su alcoholismo, tenía un empleo que odiaba y cada noche llevaba a casa su depresión, su ira y su decepción consigo mismo. Convirtió la vida de mi madre en un infierno mientras ella se ahogaba en la enorme fosa de su arrepentimiento.

No le pegaba. Si le hubiera pegado, creo que ella se habría ido. La mantenía allí por pura manipulación, aunque algunos días le hablaba con tal odio que costaba entender por qué quería que se quedara. Una vez la oí gritar:

—¡Solo sirvo para una cosa y es para darte poder!

Entré corriendo en mi cuarto y lo anoté para no olvidarlo nunca. Era demasiado pequeña para entender del todo lo que quería decir, pero deduje que la gente intenta controlar a los demás en provecho propio, y eso no me gustó.

Supongo que ella no se iba por motivos económicos. Y cuando se enteró de que estaba enferma ya no tuvo elección. ¿Qué iba a hacer? ¿Marcharse con Liz y conmigo y luego morirse y dejarnos solas? ¿O quedarse con él para que cuando muriera al menos tuviéramos un hogar? Qué disyuntiva tan terrible para una madre. El cáncer la consumió en menos de un año. Puede que sencillamente no tuviera tiempo de tomar grandes decisiones.

Lo que sé es que el matrimonio puede ser una trampa. Para dejarlo, se necesitan agallas. Para aferrarse a tu hogar, hay que echarle cojones. No voy a dejar que la historia se repita.

—Hola —digo cuando Liz contesta al teléfono—. Estoy en la tumba de mamá.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No estoy muy segura. ¿Puedes venir?

Se oye un ruido sordo cuando tapa el teléfono y luego la oigo gritar:

—SIMON, VOY A SALIR. DA DE COMER A LOS NIÑOS.

La oigo contestar:

—¿QUÉ? PERO ¿QUÉ COÑO DICES?

—Te veo dentro de diez minutos —dice Liz, después cuelga.

Cuando llega, ya he arrancado los hierbajos que cubrían la tumba y he recogido suficientes ranúnculos para ponerle un toque de amarillo. Me prometo a mí misma que volveré con flores frescas, como las que hay en tantas otras tumbas.

—Siento no haber vuelto nunca —le digo a mi madre—. No te merecías que no viniera.

—Mia, ¿se puede saber qué mosca te ha picado? —pregunta Liz al acercarse a mí—. Estás medio desnuda.

Miro hacia abajo. Lo había olvidado por completo. El jersey de forro polar con un gatito. Mis piernas desnudas.

—Salí de casa como si me tiraran de un cordel.

—¿O como si persiguieras un ovillo de lana? En fin, el caso es que estás aquí. Y yo me alegro.

Nos quedamos mirando la lápida. Liz me coge de la mano y me doy cuenta de que estoy temblando.

—Debes de estar muy mal para haber venido aquí. Decías que no vendrías nunca. La verdad es que nunca he entendido por qué —dice con suavidad.

—Tengo mucha rabia dentro, Liz. Mucho odio. No por mamá, sino por papá y por cómo nos trató. Nosotras no habíamos hecho nada malo. Lo único que tenía que hacer era querernos y no podía.

—No, no era capaz. Lo siento por él. Debía de sentirse muy solo.

La miro con horror.

—¿Lo dices en serio?

—Cualquier otra opción es demasiado agotadora. Yo también he sentido rabia y me he odiado a mí misma. Me he castigado. Le he culpado a él de todo lo que he hecho. Si estaba cabreada, en paro o gorda, todo era culpa de papá. Luego, un día, tuve en casa a un niño. El padre era un elemento de cuidado. Bebedor, violento, de todo. Pero se rehízo, se puso las pilas. Dejó la bebida, encontró un poco de autoestima, recuperó a su hijo y ahora es el entrenador del equipo de fútbol del colegio, se ha vuelto a casar y tiene un bebé. Eso es lo que no hizo papá nunca, ponerse las pilas. Lo que no significa que no quisiera ser mejor persona.

—El caos lo mató.

—Sí. Yo creo que mamá se casó con un buen tipo que perdió el rumbo y ya nunca lo recuperó. Ella era demasiado guay para casarse con un monstruo.

—Sí que era guay, ¿verdad? Aquellos vestidos tan bonitos… —Sonrío al recordarla—. Vivía en tecnicolor. En cambio, todos los demás parecían grises. Fue fiel a sí misma hasta que él la aplastó.

—Eso es cierto. Pero también es cierto que se dejó aplastar —dice Liz sin ánimo de juzgarla, porque ambas sabemos que en muchos sentidos nosotras hemos hecho lo mismo.

Miramos la tumba. Cubierta de maleza, descuidada.

—A veces cuesta verle sentido a las cosas, ¿verdad? Es todo tan difícil, para luego acabar aquí… —digo.

—No digas esas cosas, Mia. Si una no vive para sí misma, al menos tiene que vivir para los que vienen detrás. Todos tenemos algún legado que dejar.

—¿Cuál es el tuyo? —le pregunto a mi hermana.

—Limpiar mierda de las paredes. Se me da de maravilla.

Nos reímos. Me mira como preguntándome cuál es el mío.

—¿Pasearme por un cementerio con un gran jersey de forro polar con un gatito? ¿Puede ser ese mi legado?

Vemos que, unas tumbas más allá, un hombre me mira las piernas.

—¡Ese parece que opina que sí! —contesta Liz riendo—. ¿Nos vamos?

Recojo los hierbajos para tirarlos a una papelera cercana. Liz vuelve con su extraña familia y yo con lo poco que queda de la mía.

Oigo risas en la cocina, y el sonido de esa dicha familiar de la que yo no formo parte me desanima de golpe. Me había atrevido a albergar una chispita de esperanza de que lo que ha pasado entre Tristan y yo esta mañana fuera más real que los horrores de esta semana, pero cuando entro en la cocina y los veo a los tres riéndose en el suelo, me doy cuenta de que mi matrimonio está tan muerto como la gente de ese cementerio.

—¡Un perrito! —exclamo consternada.

—Mi perrito —dice mi hijastro. Está tan contento que su cara brilla como el sol—. Se llama Buster.

Qué nombre tan poco original. Casi peor que Pirata.

—Qué alegría verte, Oliver —digo, porque estoy sintiendo dos cosas a la vez: rabia, pero también nostalgia. Le echo de menos.

Está demasiado ocupado para mirarme. A Belinda eso le encanta.

—¿Dónde está mi gata? —pregunto.

—Se fue corriendo arriba en cuanto llegamos. Como siempre. Le da pánico la gente. No como a esta cosita, mira qué simpático es —dice Belinda, muy ufana.

El perro corretea entre ellos, se revuelca y ladra.

—Tristan, ¿no te he dicho muchas veces que no podemos tener perro porque Paloma no lo soportaría?

—No tenéis perro. Lo tenemos nosotros —contesta Belinda

refiriéndose a mi marido y mi hijastro.

Tristan aún no me ha mirado.

—Papá dice que me lo puedo quedar porque me has robado mi habitación —dice Oliver, dejando claro que la mala soy yo—. ¿Quieres abrazarlo? —pregunta luego para recordarme que me quiere, digan lo que digan.

—No, gracias, mi amor, pero es muy bonito. —Me acerco a Tristan con una gran sonrisa falsa y le gruño al oído—: Esta es mi casa y yo de aquí no me muevo. Puedes traer quinientos perros, que no voy a irme.

Sonrío a Oliver como si no pasara nada, cojo otra bolsa de tela de debajo del fregadero y la lleno con más comida para Paloma y para mí. Cojo un plato y un vaso limpios, un cuchillo y un tenedor. No pienso salir en varios días, a no ser que sea necesario.

Al llegar a mi habitación, encuentro a Paloma escondida junto al váter. Parece muy enfadada. La cojo y la meto en la cama conmigo. Después de un rato acariciándola con ahínco, empieza a ronronear.

A la mañana siguiente no me despierto de manera natural. Me despierto porque me pica la entrepierna. He notado picor toda la noche y no paraba de rascarme, pero lo de esta mañana es otro nivel. Me rasco y me rasco y, por más que me rasque, cada vez me pica más. Noto que Paloma también se rasca. La acerco a mí y le miro el pelo, y enseguida le encuentro una pulga en el lomo. He estado durmiendo desnuda con ella. Sus pulgas me deben de estar picando también a mí. Llamo para pedir cita con mi médico.

—Lo siento, pero a no ser que sea una urgencia no puede atenderla hasta el jueves —me dice la mujer que contesta al teléfono.

—Es claramente una urgencia.

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—Preferiría hablarlo con un médico.

Contesta con un resoplido mucho más fuerte de lo que creo necesario y me dice que vaya entre las diez y las doce. Le doy las gracias y cuelgo. Luego me tumbo en la cama y me peino el vello púbico con el cepillo del pelo, a ver si así deja de picarme.

Más tarde, en la sala de espera del médico, me pongo a elucubrar por qué estarán allí los demás pacientes. ¿Tendrán también pulgas en el pubis, como yo?

Hay un hombre de unos cincuenta años con la nariz enorme y llena de verrugas. ¿Ha venido por su nariz verrugosa o su nariz es así y está aquí por otra cosa? También hay una mujer joven que no parece enferma. Siempre se da por sentado que, si una mujer joven que no parece enferma va al médico, es por «problemas de mujeres». Una citología, dolor en un pecho, una enfermedad de transmisión sexual. No parece embarazada, pero puede que esté de muy poco tiempo. Está leyendo el Cosmopolitan, lo que me hace suponer que tiene una ETS. Pobrecita, debe de dar una vergüenza horrible.

Quizá debería acercarme y contarle lo de mis pulgas para que así se sienta menos sola. Como muestra de sororidad. ¿Es peor que te lo pegue un animal? Me rasco el pubis a pesar de estar rodeada de gente. Si no puede una rascarse el potorro en la sala de espera del médico, ¿dónde va a rascárselo? Quedaría gracioso en una camiseta.

La verdad es que me siento bastante cohibida.

El hombre de la nariz verrugosa se fija en mí y se gira como si no soportara mirarme. Pienso en la sala de espera del veterinario, un lugar mucho más acogedor que una sala de espera humana. Me pregunto por qué. ¿Será porque nos repugnamos los unos a los otros? ¿Porque nos da miedo relacionarnos? ¿O porque nos avergonzamos de tener mala salud? Sea cual sea el motivo, estoy segura de que, si un hombre como Lee se echara a llorar aquí, la mayoría de la gente optaría por mirar hacia otro lado.

—¿Mia Truman? —me llama el médico, saliendo de su consulta.

No se me ocurrió pedir que me atendiera una mujer y ahora lo

lamento. Le sigo y me siento. Es demasiado guapo para contarle una cosa así.

—Cuénteme, ¿en qué puedo ayudarla?

Me planteo mentirle. Decirle que me duele el tobillo o que sufro de gases. Pero mientras estoy aquí sentada noto cómo me corretean las pulgas por las bragas y ardo en deseos de librarme de ellas.

—Mi gata me ha pegado las pulgas —le digo.

—Bueno, los humanos no tenemos pulgas igual que las tienen los animales, pero está claro que pueden picarnos las pulgas de nuestras mascotas. ¿Su gata duerme en la cama con usted?

—Sí, casi todas las noches. Desde hace dieciséis años.

Prefiero no decirle que duermo desnuda porque me encanta sentir el pelaje de Paloma en la piel.

—¿Y usa usted pijama? —pregunta, pillándome desprevenida.

—No.

Maldita sea.

—¿Dónde tiene las picaduras? —añade, como era de esperar.

—Me pica toda la zona vaginal —le digo con toda la naturalidad de que soy capaz, aunque no estoy segura de que «vaginal» sea la palabra correcta. No me ha sonado bien al decirlo.

Veo que le cambia la cara: antes tenía un gesto comprensivo y ahora parece preocupado. Empiezo a sentirme incómoda.

—No practico el sexo con mi gata —digo bruscamente.

Se limita a menear la cabeza, tratando de mantener una actitud lo más profesional posible.

—Creo que debería echarle un vistazo. Voy a llamar a una enfermera para que esté presente.

—No es necesario —le aseguro, porque me horroriza la idea de que venga otra persona.

—Creo que es lo mejor. Quítese la ropa de cintura para abajo y túmbese en la camilla. Vuelvo enseguida.

Se va y yo hago lo que me dice y me tapo con unas toallas de papel azul, por pudor.

Estar, aunque solo sea un momento, a solas en un entorno clínico, antes de una intervención o una revisión, siempre es un agobio. Es cuando el ser humano se siente más vulnerable, creo yo. Estás indefenso, a menos que seas médico. Debes entregar tu cuerpo, ceder tu mente. Desprenderte de la vergüenza y de cualquier problema que puedas tener y abrirte a la investigación. Solo tienes que tumbarte ahí como un trozo de carne mientras te miran, te pinchan y te sondean intentando averiguar dónde está la avería.

Yo me siento averiada en mil sitios. ¿Se dará cuenta el doctor?

—¿Lista? —Llama a la puerta y la abre. Le digo que sí y entra con una mujer que se sienta en una silla en un rincón de la consulta—. Esta es Esme.

Esme y yo nos sonreímos.

—Tengo pulgas —le digo.

Vuelve a sonreír, una reacción extraña en mi opinión. Yo habría esperado un gesto más compasivo.

—Vale, si está preparada, me gustaría echar un vistazo.

Le digo al médico que sí. Me dice que puedo juntar las piernas y entonces me doy cuenta de que he adoptado la posición de la rana. Conozco la posición de la rana por el yoga. Rodillas separadas, plantas de los pies juntas. Ya no tiene sentido que me avergüence de nada, me lo ha visto todo.

Se pone unos guantes de látex y se acerca con un pequeño instrumento metálico con el que me separa el vello del pubis. También tiene una lupa pequeñita, creo. Enseguida suspira como

con alivio y dice:

—Vale, Mia, no tiene usted pulgas. Tiene piojos púbicos.

—¿Mi gata me ha pegado piojos púbicos? —pregunto extrañada.

—No, se los ha pegado otra persona. Teniendo relaciones sexuales.

Debo de haber puesto cara de horror.

—No hay por qué preocuparse —añade muy tranquilo—. Las ladillas, como se las conoce vulgarmente, son mucho más comunes de lo que pueda creer.

De repente me encuentro fatal.

—¿Tengo ladillas? Eso es muy de los noventa. ¿Quién tiene ladillas todavía?

—Usted misma, por lo que parece. Vale, ya puede vestirse. —Se quita los guantes y se sienta delante del ordenador.

Le dice a Esme que ya puede irse, pero ella no se va porque yo no hago ningún intento de volver a vestirme.

—¿Se encuentra bien? ¿Tiene alguna pregunta? —me pregunta el médico al darse cuenta de que me he quedado paralizada.

—Tengo muchas preguntas. ¿Quién me las ha pegado?

—Bueno, ¿con quién ha tenido relaciones sexuales en las últimas dos semanas?

—Me acosté con Ajay, del trabajo.

—Pues entonces parece que se las pegó Ajay.

—Pero me aseguré de hacer pis después.

—Me temo que eso no sirve de nada con las ladillas.

Sigo tumbada. Me dice que va a hacerme un chequeo completo para asegurarse de que no tengo ninguna ETS. Vuelve y me toma una

muestra. Luego regresa a su mesa.

—El tratamiento es una loción, nada más. Déjesela puesta toda la noche y se le quitarán.

—¿Tengo que ponerme loción en la vagina? Me sentiré como Gwyneth Paltrow.

A Esme le da la risa, pero lo disimula tosiendo.

—Si hace el favor de vestirse, enseguida le hago la receta —dice el médico mientras corre la cortina.

Está clarísimo que quiere que me vaya de una vez. Oigo salir a Esme.

Una vez vestida —aunque sin bragas, porque he olvidado ponérmelas y las llevo en la bolsa—, me siento en una silla y le veo hacerme la receta.

—He perdido mi trabajo y a mi familia y me he acostado con alguien del trabajo. Últimamente actúo de una forma muy rara.

Saca un folleto de un cajón y me lo da.

—Si tiene algún problema de salud mental y necesita ayuda, llame a este número, allí pueden atenderla. Es gratuito. Y si después no se siente mejor, vuelva a verme y veré si puedo recetarle algo que la ayude.

—¿Que me ayude con qué?

—Con la salud mental.

—¿Puede dármelo ahora?

—Prefiero que primero hable con alguien. Tome, también voy a darle un volante para el psicólogo. Es evidente que está pasando por un momento difícil. Hablar con alguien puede ayudarla.

Pienso en el grupo de terapia: Tiana, Ada, Greg, Martha, Lee. Y en cómo les he mentido.

—¿No puedo hablar con usted?

No me contesta. Me da dos papeles y sonríe.

—Aplíquese la loción y pida cita con el psicólogo. No hay nada que no pueda resolverse con ayuda de la persona adecuada.

Le doy las gracias y me levanto.

—Y lo lamento si le resulta incómodo, pero debería avisar a la persona con la que tuvo relaciones. Podría contagiar a otras personas sin darse cuenta.

Qué idea tan horrenda.

Veo una papelera en un rincón y tiro en ella las bragas. No soporto pensar que haya bichitos pululando por mi bolsa. Estoy a punto de salir, pero me paro para rascarme a conciencia.

—Lo siento, me pica mucho.

El médico asiente y mira educadamente hacia otro lado hasta que me voy.

21

Me acerco a la farmacia, irritada por que otro ser humano tenga que enterarse de que tengo ladillas.

—Hola, tengo una receta —le digo al hombre indio de la caja. Tiene una sonrisa amable. Me pregunto si habrá tenido ladillas alguna vez. Si son tan comunes como dice el médico, podría ser.

—Gracias. Siéntese, por favor —contesta mirando el papel sin inmutarse, lo que me parece una habilidad alucinante. ¡Con las cosas que debe de ver!

Supongo que, cuando trabajas en un lugar así, enseguida te vuelves imperturbable. ¿No mira la receta de la loción antipiojos púbicos y piensa: «Cómo habrá pillado ladillas esta boba»? Puede que tenga cosas más importantes en que pensar.

Sentada a mi lado hay una mujer con una tos horrible.

—No es covid —dice volviéndose hacia mí.

Me siento y me rasco disimuladamente.

—No es cándida —contesto.

Saca su teléfono y se pone a leer mensajes antiguos.

El farmacéutico entra en la sala donde guardan los medicamentos y habla en voz baja con su compañera, una mujer india que deduzco que es su mujer porque en el cartel de fuera pone que es una farmacia familiar. ¿Estarán hablando de cuánto tiempo hacía que nadie pedía loción para las ladillas? ¿De lo extremadamente raro que es que alguien de mi edad venga con semejante dolencia? O puede que él le esté preguntando qué van a cenar y no estén hablando de mí en absoluto. Una noche de desparrame. Mi única

noche de desparrame en muchísimo tiempo y he pillado una ETS. Una madre diría: «Bueno, ¿y qué esperabas?». Pero, como yo no tengo madre, no me preocupa lo que diga. No me esperaba nada de lo que me ha pasado esta última semana.

Tras una larga espera de trece minutos, sale el farmacéutico y me dice:

—Ya está listo.

Me alegro de cambiar de postura porque así de paso puedo rascarme. Las cosas se están poniendo la mar de incómodas ahí abajo y estoy deseando llegar a casa para empezar el tratamiento.

—Gracias —digo al coger la bolsa blanca de papel.

—De nada.

Acabo de darme la vuelta para marcharme cuando un impulso exasperante se apodera de mí. Me vuelvo hacia él y le digo:

—Las ladillas me las pegó un milenial que trabajaba para mí. Es muy majo pero muy joven.

El hombre se queda mirándome, pero no ve la necesidad de hacer más comentarios, así que me dispongo a salir de la farmacia, pero justo cuando estoy a punto de marcharme veo a alguien que conozco junto a un expositor de multivitaminas. Es Lee. Me escondo detrás de los geles antibacterianos.

—Hola, Devaj —le dice al farmacéutico—. Vengo a por el medicamento de mi madre.

Devaj parece reconocerle al instante.

—Hola, Lee. ¿Qué tal está tu madre? ¿Mejor?

—No mucho. Ha dado un bajón con la muerte del gato.

—Sí, bueno, se quiere tanto a los animales que, cuando se mueren, la pena que se siente es muy particular.

—Sí que lo es. En cierto modo, puede que sea más difícil de sobrellevar que la muerte de una persona —responde Lee.

Devaj finge estar ocupado. Evidentemente, no está de acuerdo con esa afirmación. Lee se queda remoloneando un poco más de la cuenta.

—¿Y tú estás bien, Lee? ¿Querías alguna otra cosa?

—No, gracias, Devaj. Yo estoy bien, voy tirando. Nos vemos el mes que viene. Espero.

—Seguro que sí. Hasta entonces.

Lee se va y yo le sigo calle abajo hasta que llega a un cruce. Cuando pulsa el botón, le toco en el hombro.

—Hola —le digo cuando se vuelve.

—Ah, Mia. Anda, mira, los dos sueltos a la intemperie. ¿Cómo estás?

¿Siempre es tan amable, tan considerado y simpático? Eso parece. El hombrecillo se pone en verde, así que cruzamos juntos la calle y nos detenemos al otro lado.

—He venido a comprar un medicamento para mi madre —me dice con la bolsa en alto.

—Qué amable eres. Yo he venido a comprar una cosa para mí. —Levanto mi bolsa de papel—. Prefiero no decirte para qué es, si no te importa.

—No iba a preguntártelo.

Me pongo colorada. Porque ¿por qué iba a preguntarme para qué es el medicamento que he comprado? Sería de muy mala educación.

—¿Para qué es el medicamento de tu madre? —pregunto, a pesar de lo que acabo de deducir de la situación.

—Para el corazón.

—¿Lo tiene roto?

Parece muy incómodo.

—Perdona, creo que intentaba hacerme la graciosa. No sé por qué.

—No pasa nada, a mí me pasa continuamente. Hago chistes y la cago. Pero mejor eso que no hacer chistes, ¿no?

—Supongo que sí.

Pienso en Tristan. Hemos estado casados siete años y no recuerdo que nunca me haya contado un chiste. Ni siquiera que haya intentado hacerme reír. Ni una sola una vez.

—¿Te apetece ir a tomar un café a algún sitio? Mi madre está durmiendo, así que no tengo prisa por llevarle esto.

—Por supuesto que sí —digo con un acento muy pijo, aunque yo no suelo hablar así en absoluto.

Debería ir a casa a ponerme la pomada o lo que sea, pero estoy dispuesta a aguantar el picor una hora más con tal de pasar un rato con Lee. Encontramos una cafetería pequeñita y pedimos té.

—¿Leche? —pregunta la señora de la caja.

—¿Tiene leche de avena? —pregunta él, y me quedo atónita.

—Ay, ¿no me digas que eres vegano? —digo con ese horrible acento pijo otra vez.

—No, qué va, pero tuve que dejar los lácteos hace años. Me sientan fatal —contesta poniendo cara de que son cosas de las que mejor no hablar.

—¿En qué sentido? —le pregunto sin saber muy bien por qué.

—Pues, ya sabes, me dan gases. No es muy agradable.

—Yo soy vegana. La leche es lo más difícil de evitar, se la ponen a casi todo.

—Sí, ya lo sé. Lo que más echo de menos es la nata fresca de los pasteles. Mi madre y yo solíamos comer pasteles los viernes, después del pescado con patatas fritas. Dejarlos fue una de las cosas más difíciles que he hecho en mi vida.

Me pregunto qué clase de vida has tenido que llevar para poder decir eso.

—Yo lo que más echo de menos es el queso azul —le digo cuando nos sentamos en una mesa junto a la ventana—. La carne nunca me ha gustado mucho, pero cuando era vegetariana rellenaba champiñones portobello con queso azul y nueces y estaban deliciosos.

—Uyyy, sí, a mí me encantaba el queso azul con las hamburguesas. Ahora hay algunos quesos veganos que están bastante bien, pero siguen sin estar tan buenos. La leche de avena me encanta, en cambio. De hecho, creo que incluso la prefiero. —Remueve el té y le da un mordisco a la galleta—. De todos modos, lo poco que lleve una galleta tampoco hace daño, ¿no?

Sonrío y bebo un sorbo de té. Intento imaginarme hablando con Tristan sobre el queso vegano. Enseguida empezaría a hacer ruidos como de vomitar y a decir que todo lo que como es un asco.

—Seguro que te alegras de no haber salido en ese artículo —le digo.

—Sí, no voy a mentirte. Seguramente el retrato que haría una periodista de un cuarentón que vive con su madre no sería muy halagüeño.

—¿Por qué vives con tu madre?

—Cuando murió mi padre, se quedó sola y yo también vivía solo. Me parecía absurdo ir a visitarla todo el tiempo y que nos pusiéramos a hablar de los solos que estábamos. Así que volví a vivir con ella. Es así de sencillo. No veo qué problema hay con eso, pero a la gente no le gusta.

—A mí me parece estupendo. Me encantaría vivir con mi madre. Pero no puedo, está muerta.

—Lo siento.

—Gracias. ¿Me das un poco? —pregunto refiriéndome a su galleta.

Tiene razón: un poco de lo que contenga la galleta no va a hacerme daño. Me parte un buen trozo. Está deliciosa.

—¿Crees que Greg estará bien? —le pregunto.

—No, creo que le va a costar mucho recuperarse. Espero que no haga ninguna tontería.

—Es raro, pero estoy preocupada por él. Aunque solo le he visto comportarse bastante mal.

—Sí, pero acudió a un grupo en busca de ayuda y lo está intentando. Eso es importante —contesta, demostrando otra vez esa bondad hacia los demás, que puede que lo merezcan o no.

—Sí, tienes razón. El grupo es bastante extraño, ¿verdad?

—Supongo que sí, pero como tú y yo somos el treinta por ciento, más o menos, eso también nos convierte a nosotros en bastante raros, creo.

Eso me hace sonreír.

—¿Alguna vez te sientes… extraño… distinto? —le pregunto.

—No. Yo me siento muy normal, que es lo que siempre he querido ser. Claro que, teniendo en cuenta que ahora parece que todo el mundo quiere ser «alguien», aspirar a ser normal y corriente puede ser algo extraordinario en sí mismo. ¿Tú te sientes rara?

—Sinceramente, depende de con quién esté.

—Bueno, entonces, ¿te sientes rara ahora?

—No.

Empiezo a frotar las rodillas una contra la otra.

—¿Estás bien? —Lee mira debajo de la mesa para asegurarse de que

no hay nada que me esté molestando.

Me pica tanto que no puedo seguir disimulando.

—Me voy a casa, tengo que ponerme la loción en el…

—Ah, ah, vale.

—Sí, tengo… esto…

—¿Un sarpullido? —dice sacándome de apuros—. ¿Un sarpullido terrible?

—Sí, eso, un sarpullido terrible. Tengo que irme.

—¿Nos vemos el martes? —pregunta cuando me levanto.

—Sí.

Me alejo despacio, porque, si esto fuera una comedia romántica, ahora mismo me chocaría contra una puerta.

22

Entro directamente en casa, subo corriendo las escaleras, me meto en el cuarto de baño y echo el pestillo. Leo el prospecto y me aplico la loción en el vello púbico y alrededor de la vulva. Qué gusto da solo aplicársela. Me pongo más de la cuenta porque siento que tengo miles de ladillas. ¿Cómo es que Ajay no se rascó en toda la noche? Yo no me habría acostado con alguien que no parara de rascarse. ¿De verdad tengo que decírselo? Fue él quien me las pegó, ¿no puede descubrirlo por sí mismo? Estoy deseando dejar de tener ladillas. Seguro que Paloma siente lo mismo. Busco el tratamiento antipulgas del veterinario en el armario, abro la puerta y la llamo. No viene.

—¿Paloma? —la llamo otra vez—. Pichón…

Pero nada. Ay, no, por favor, que no se haya vuelto a quedar encerrada en la habitación de Tristan. No podría soportar que me den la charla otra vez por el pis de la gata.

Bajo las escaleras lo más rápido que puedo y llamo despacio a la puerta de su habitación antes de abrirla.

—¿Paloma? Paloma, ven.

Pero no está. Miro en el cuarto de Oliver y tampoco. ¿Dónde puede estar? ¿En un armario? ¿En el sótano? Ay, Dios, ¿en la lavadora? Y entonces oigo risas fuera, en el jardín de atrás. Son Belinda y Oliver, que están jugando con el cachorro. Me da un vuelco el corazón. ¿No habrán sido tan idiotas?

Corro a la cocina llamando a Paloma y luego salgo al jardín.

—¿La has dejado salir? —le grito a Belinda—. ¿Has dejado salir a mi gata? ¿Por qué has hecho eso?

—Estábamos jugando con Buster en el jardín. No me he dado cuenta de que la puerta estaba abierta.

—¡Paloma! ¡Paloma! —grito, frenética, y para mi sorpresa Oliver se levanta y empieza a hacer lo mismo.

—¿La vas a encontrar? —me pregunta.

—Eso espero. ¡Paloma! ¡Palooooooma!

Oliver también grita. Se pone las manos alrededor de la boca para que su voz suene más fuerte.

—PALOMA.

Cojo un taco de notas adhesivas. Escribo GATA PERDIDA y mi número de teléfono en todas las que puedo.

—Recorre la calle y mételas en todos los buzones, ¿vale?

Oliver acepta enseguida el reto.

—Vale —contesta.

—Espera, tenemos taekwondo dentro de media hora —dice Belinda.

Me encaro con ella.

—Ayúdame a encontrar a mi puta gata o hago taekwondo contigo, ¿entiendes?

—Dame unas cuantas notas, Oliver —dice, obediente.

Salgo corriendo por la puerta de la calle.

Recorro la calle tres veces de arriba abajo llamándola por su nombre.

—¡Paloma! ¡Paloma! ¡PALOMA!

Luego recorro la calle contigua. Llamo a todas las casas. «¿Ha visto

un gato? Es gris». «No». «¿Usted quién es?». «No, pero estaré pendiente por si lo veo». «He visto un gato, pero era blanco. ¿Podría ser el tuyo?».

Una puerta verde me la cierran en las narices.

Lloro, grito y tiemblo. Alguien sale de su casa porque estoy mirando en su jardín.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —me pregunta dando por sentado que estoy tramando algo raro.

—Mi gata ha desaparecido. ¿Podría…?

—Salga ahora mismo de mi casa.

Vuelvo corriendo a la calle, resignada.

—¡PALOOOOOOMA!

Me dirijo hacia la calle principal, una concurrida avenida londinense. Puestos de fruta, percheros con ropa, cubos, fregonas, juegos de bolsas para la colada, maletas en venta. Mesas y sillas, pies de gente. Miro entre todos ellos. Veo una pescadería y entro.

—¿Han visto un gato?

Me miran extrañados.

—Aquí no pueden entrar gatos.

Llego al parque, hay perros por todas partes. ¿Será posible que haya llegado hasta aquí? ¿Y qué le habrá pasado si ha llegado? Miro debajo de los arbustos, reviso cada árbol, me acerco a cada transeúnte. «¿Ha visto un gato? ¿Ha visto a mi gata?».

«No».

«No».

«No».

Me descubro de rodillas. ¿Adónde voy ahora? ¿Qué hago?

—¡PALOOOOOOMA!

Tengo la cara apoyada en la hierba y clavo las uñas. Se me revuelve el estómago. Otra vez me encuentro mal.

De pronto suena mi teléfono. Me cuesta sacármelo del bolsillo porque me tiemblan mucho las manos. Es un número que no conozco.

—¿Ha encontrado a mi gata? —pregunto al contestar—. Por favor, ¿la ha encontrado?

La persona no contesta, pero yo sé que está ahí.

—Por favor, ¿la ha encontrado?

—Me han pasado una nota por la puerta —dice una voz de anciana.

—Sí, es por mi gata. ¿La ha encontrado?

Otro silencio.

—Sí, hoy he encontrado una gata.

—¿Dónde? ¿Dónde estaba?

—La encontré en la carretera, delante de mi casa.

—¿En la carretera?

—Lo siento mucho, pero, si era su gata, me temo que ha fallecido.

—¿De qué color era?

—Gris.

Será otro gato. No Paloma.

—Puede que no sea su gata, pero he pensado que debía llamar, por si acaso.

—¿Dónde está?

—La tengo envuelta en una manta, en el umbral.

—Voy enseguida.

Sigo llamando a Paloma por el camino porque ella está bien y el gato muerto no es mío. A Paloma no pueden encontrarla muerta en la carretera, eso no puede suceder así. He visualizado el día de su muerte, el que más temo. Estará en mis brazos, calentita, en casa. La acunaré mientras exhala su último aliento y será trágico pero también bonito.

No es la gata muerta en la carretera.

Encuentro la casa, está a dos calles de la nuestra. Veo una manta en el escalón de la puerta; está claro que tiene algo dentro. En parte quiero correr y arrancar la manta, y en parte no quiero ver lo que hay dentro. Me acerco despacio y la puerta se abre. Sale una señora mayor.

—No sé lo que ha pasado, pero yo diría que ha sido muy rápido. Si quieres mirar, no está en mal estado.

—Está muerta.

—Sí, pero intacta. Si no quieres mirar y tienes una foto de tu gata, puedo comprobarlo yo.

Es una anciana de aspecto frágil, se apoya en un bastón. No le habrá sido fácil llevar el gato hasta el umbral.

—Seguro que no es ella. —Me acerco un poco más, incapaz de apartar la manta para ver si es Paloma.

—¿Quieres que la desenvuelva yo? —se ofrece la señora.

—No. —Me agacho y levanto una esquina de la manta. Es de felpilla. Roja, con cuadros escoceses. Le debo a Paloma ver a este gato.

—Lo siento —le digo a la mujer al soltar la esquina.

—Tranquila —me dice—. Lo comprendo.

Inhalo todo lo fuerte que puedo. El corazón me late deprisa en el pecho, me duele el estómago. Tengo que mirar. No me queda más remedio. Retiro la manta, pero mantengo los ojos cerrados. Respiro hondo tres veces y los abro. Cuando la veo, no encuentro el aliento dentro de mi cuerpo, no lo puedo soltar. Deja de circularme la sangre, mis pulmones se paralizan, mis ojos se cierran. Parece que pasan horas mientras estoy así, hasta que mis facultades vuelven a necesitar aire y movimiento. Echo bruscamente la cabeza hacia atrás y emito un sonido lastimero, tratando de coger aire solo para sobrevivir a este ataque a cada célula de mi ser. Vuelvo a inclinarme hacia delante, acerco la cabeza a ella. Mis lágrimas la empapan. Mis manos la estrujan buscando vida. Pero no la hay. Apoyo una mano en su cabeza y la otra en su cuerpo. Aún está caliente. No puedo inspirar, y espirar es una agonía. Entonces echo otra vez la cabeza hacia atrás y grito suplicando que no sea cierto.

—Usted no lo entiende —le digo a la mujer, que me ha apoyado la mano en la espalda—. No entiende lo que significa para mí. Es…, es mi vida.

—Cuánto lo siento. De verdad. Era una gata preciosa.

Era.

—No sé qué hacer —digo sin parar de llorar—. ¿Qué debo hacer? No sé qué hacer ahora.

Se arrodilla junto a mí con mucho esfuerzo.

—Ve al veterinario, ellos se ocuparán de todo.

—¿Ocuparse de qué? No sé qué quiere decir.

—Pueden darte las cenizas si quieres. O puedes enterrarla en el jardín.

—Tengo veinticuatro horas —le digo—. Lo sé porque se lo oí decir al veterinario. Puedo quedármela veinticuatro horas.

Levanto a Paloma. Parece más ligera. ¿Qué ha cambiado? ¿Que no tiene aire en los pulmones? ¿Que se le ha ido el alma?

—Gracias —le digo a la mujer, cuya amabilidad tanto agradezco.

—Tranquila, con el tiempo se vuelve más fácil —me dice como si lo supiera—. Yo perdí a mi Charlie hace poco y pensaba que no iba a superarlo.

—¿Ya lo ha superado? —le pregunto.

—No, pero es más fácil.

Me alejo con Paloma en brazos.

La estrecho contra mí todo lo que puedo mientras camino por las calles. Lloro tan fuerte, con lagrimones tan grandes, que no puedo hacer nada más que poner un pie delante del otro y aguantar como puedo. La gente me mira, pero no hace nada, no dice nada. La mayoría de la gente no es tan amable como esa anciana. Se apartan sin más o me miran como si estuviera loca. La loca del gato. Puedo oír lo que piensan. Nadie se acerca a preguntarme si estoy bien, simplemente me esquivan.

—NO ESTOY LOCA —le suelto a un hombre que cruza la calle para evitarme.

Un grupo de adolescentes se ríe.

Cuando llego a casa, Oliver corre a la puerta.

—¿La has encontrado? —pregunta nervioso.

Belinda está detrás de él y enseguida se da cuenta de lo que significa la expresión de mi cara. Ojalá la hubieran atropellado a ella. No se me ocurre qué decir, así que no digo nada y subo directamente. Acuesto a Paloma en la cama y arrimo el escritorio a la puerta. Me quito toda la ropa y me tumbo, apretándola contra mí. Lloro desconsoladamente, con más pena de la que creo haber sentido nunca.

Me han pasado tantas cosas… Me sacaron del río, pero nada me sacará de esto. Lloro, lloro y lloro. No quiero volver a abrir esa

puerta. No quiero salir nunca de esta habitación. No quiero reconocer que esto ha ocurrido. ¿Quién es el monstruo que la ha atropellado y la ha dejado en la carretera? No veo ninguna herida, ¿significa eso que murió en el acto? ¿Quedó aturdida y murió por el shock? Sigo llorando, grito y suplico. Oigo que llaman a la puerta, pero grito tan fuerte que no oigo lo que dicen. Me revuelvo de dolor; no me duele solo el corazón, también me duele el cuerpo, agarrotado por el shock. ¿Cómo voy a vivir sin Paloma? ¿Quién soy sin ella? Cuando los demás me hacían daño, ella me reconfortaba. Me sentía capaz de soportar el rechazo de todos porque cuando volvía a casa tenía su cariño. El latido de su corazón junto a mí cada noche. Su lealtad, que nunca flaqueaba. Su devoción. Su amor. Ahora se ha ido. Y todo porque Belinda se dejó la puerta abierta. La única regla de la casa que hasta un niño podía cumplir.

Otra vez llaman a la puerta. Es Tristan, sus palabras suenan amortiguadas, como si estuviera bajo el agua. Me da igual lo que diga.

—DÉJAME —le grito.

Oigo que baja las escaleras. Necesito este tiempo con Paloma. Este tiempo precioso. Ella parece en paz. Sus ojos no se cierran, pero brillan intensamente. Qué suave es su pelaje.

La acerco a mí todo lo que puedo. Le digo lo que es necesario que sepa.

—Quería que este momento fuera mejor. Quería controlarlo, hacer que estuvieses cómoda. Lo siento mucho, Paloma. Siento no haber estado contigo.

Ya estoy más calmada, le hablo en susurros. Las lágrimas intentan detenerme, pero debo decirle estas cosas mientras aún la tengo conmigo.

—Me salvaste la vida.

Quinta parte

Loca de los gatos

—Esta vez voy a estar fuera unas semanas —dijo mamá, pero comprendí por su tono que sería más tiempo—. Si necesitáis algo, pedídselo a Marie, ¿vale? Y podréis visitarme en cuanto el médico dé permiso. Le diré a Marie que os lleve, ¿vale?

Yo asentí con la cabeza, aunque nada me parecía bien. Nada en absoluto. Marie vivía unas puertas más allá. Vivía sola. Venía a jugar con nosotras cuando mamá no se encontraba bien. Recuerdo que era muy amable, pero no era mamá.

—Os traeré comida y os la dejaré en la nevera —dijo Marie—. No os va a faltar de nada. Y si necesitáis algo, como compresas o sujetadores nuevos, solo tenéis que pedírmelo, ¿vale? Podemos ir de compras.

Mamá le sonrió y se abrazaron. Liz se aferró a mamá y lloró.

—Os he traído una cosita para que os haga compañía mientras estoy fuera. ¿Estáis preparadas? —Mamá estiró su largo y delgado brazo para abrir la puerta del garaje.

Marie estaba a su lado, lista para cogerla si se caía. Cuando se abrió la puerta, vi un gatito diminuto sentado en medio del garaje. Era la cosa más bonita que había visto nunca.

—¿Es para nosotras? —preguntó Liz maravillada, cogiéndolo en brazos.

—Sí, es toda vuestra —contestó mamá con una sonrisa. Estaba contentísima por ver nuestra cara de alegría y aún más contenta por ser ella la razón de esa alegría.

—Tiene el pelo igual que tú, Mia, hacéis una pareja perfecta —comentó Marie.

—¿Qué nombre vais a ponerle? —preguntó mamá.

Liz y yo miramos a la gatita pelirroja y perfecta, que parecía querernos ya, y, sin ponernos de acuerdo previamente, gritamos a la vez:

—¡Ganchito!

Mamá se fue al hospital y Liz y yo nos turnamos para que Ganchito durmiera con nosotras. Le dábamos de comer, la cepillábamos y le hacíamos mimos. Volvíamos corriendo del colegio para verla y jugábamos con ella fines de semana enteros.

Y, luego, un día papá se puso a gritar. Dijo que «olía todo a puto pis de gato». Irrumpió en nuestra habitación y agarró a Ganchito. Se la llevó en el coche y nunca más volvimos a verla. Liz lloró tanto que al día siguiente, en el cole, la mandaron a casa.

—Yo tengo un gato, chicas —dijo Marie una semana después, al traernos la comida—. Y podéis venir a verlo cuando queráis.

Así que empezamos a pasarnos por su casa después del colegio. Su gato, George, era grande y esponjoso, y nos distraía de la realidad mientras estábamos allí. Nadie hablaba nunca de lo que le pasó a Ganchito.

Mamá no volvió a casa.

23

Me quedo con Paloma mientras el sol entra por la ventana, hasta que acaba por desaparecer. Me quedo ahí tumbada, sin moverme, sin soltarla, hasta que el cielo se oscurece. Me resisto a dormir, pero al final me vence el sueño.

Por la mañana, cuando me despierto, su pelaje suave me engaña por un momento, pero su cuerpo rígido y el peso que noto en el corazón me recuerdan enseguida lo que ha pasado. Yace sin vida sobre la cama y una vez más esta semana me acuerdo de mi madre. Entonces no entendía la muerte como la entiendo ahora, pero aun así me llevaron a verla al hospital. Los únicos cadáveres que he visto: el de mi madre y el de mi gata. No estuve con mi padre cuando murió, no quise estar. Él era el causante de que anhelara el amor, pero lo rechazara cuando se me acercaba demasiado. Ese sentimiento de insuficiencia fue empeorando con el tiempo. La incapacidad de amar, de hallar paz en algo, por más que me aferrara a ello. Y entonces, aquella noche, cuando sentí que no podía seguir viviendo con esos sentimientos enquistados desde hacía tanto tiempo, salté. Me lancé a lo que yo veía como una liberación. Iba en serio, quería terminar con todo. Pero no fue así y eso me enfureció. Había decidido lo que quería y de nuevo los humanos me impidieron llevar la vida que merecía. Iba a saltar otra vez. Un bucle de intentos: me llevarían por la fuerza a un lugar seguro y luego lo haría una y otra vez, hasta que nadie se interpusiera en mi camino. Quería flotar río abajo y llegar al mar. Quería estar tan perdida en la muerte como me sentía en vida. Pero solo salté esa vez, porque encontré a Paloma. Lo supe desde el momento en que la recogí. Supe que tenía que hacer lo que fuese para mantenerla con vida. Supe que, si lo hacía, yo también podría vivir. No hay gato que sea solo un gato. El amor que tanto anhelaba por fin había llegado. Ella abrió mi corazón lo justo para que encontrara trabajo y formara una familia. Nunca tendría un cuento de hadas romántico, pero al menos seguía viva, al menos lo estaba

intentando. El amor abre puertas en el interior de las personas, les permite acometer grandes empeños. Eso era Paloma para mí: el comienzo del resto de mi vida.

Pero ahora está muerta y eso se ha terminado. No puedo hacer nada. Y mañana seguirá muerta y yo seguiré sin poder hacer nada. Tendré que existir, sin más.

Mi teléfono vibra. Un mensaje. Cojo el bolso sin soltar a Paloma. Tengo unos cuantos mensajes de Tristan.

Baja, yo puedo llevarme a la gata.

No puedes tenerla ahí arriba.

Baja, Belinda está fatal. Se siente muy culpable.

Oliver está preocupado. Quiere saber si sus notas ayudaron a encontrarla.

¿Qué piensas hacer? No puedes tenerla ahí arriba.

Ni un solo ¿Estás bien?

Me levanto de la cama y me pongo un conjunto de forro polar. Me doy crema en las mejillas porque me escuecen de tanto llorar. Veo en el espejo del cuarto de baño a Paloma tendida en la cama. Sin vida. La pena me golpea como una bala y me tumba de nuevo. Respiro unas cuantas veces y vuelvo a levantarme. Retiro el escritorio de delante de la puerta. Cojo a mi querida Paloma y bajo las escaleras. En la cocina, Belinda parece haber llorado más que yo.

—Lo siento —berrea mientras Tristan la consuela—. No debería haber dejado la puerta abierta.

—Está destrozada —me dice él mientras la acaricia—. Vamos, Mia. Dile que no pasa nada.

—Claro que pasa. Mi gata ha muerto y es culpa suya.

—Mia, por favor —me suplica, pero no veo por qué tengo que

consolar a una persona que me ha causado tanto dolor.

Paso a su lado, empujándolos, y salgo al jardín. Noto que me observan a través de las puertas de cristal de la cocina. Dejo a Paloma sobre la hierba. Oliver está detrás de mí, el perro olisquea a Paloma.

—No voy a dejar que le haga nada —dice Oliver.

—Gracias, Oliver —contesto. Le creo.

Saco la pala de la caseta. Belinda parece aterrorizada, como si fuera a matarla con ella. Puede que se me haya pasado por la cabeza. Me acerco a un rinconcito, debajo de un mirto. En verano, los días de calor, solía sentarme allí, con Paloma con la correa puesta. Se tumbaba al sol como si aquello fueran las vacaciones más lujosas de su vida. Solían criticarme por no dejarla salir a su aire, pero mira lo que pasó la única vez que salió sin mí. Una madre sabe lo que hace.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Oliver mientras me arremango.

—Cuando la gente se muere, a veces se la entierra. Es lo que voy a hacer con Paloma. Solo tengo que cavar un agujero bien hondo.

Hinco la pala en la tierra y la empujo hacia abajo con el pie. Cuesta mucho más de lo que pensaba. Cuando levanto la pala, se desprenden algunos terrones. Vuelvo a hincarla, empujo y saco un poco más de tierra. Sigo así una y otra vez, hasta que ya no puedo más. El agujero no tendrá más de siete centímetros de profundidad.

—Tienes que ayudarla, esto se tiene que acabar —oigo decir a Belinda.

Y entonces Tristan aparece a mi lado, extiende la mano para coger la pala y se la doy. La clava en la tierra, la empuja con el pie, la levanta y saca un poco más de tierra que yo. Hace lo mismo una vez y otra, y otra. Suda a chorros, se sacude las manos porque le deben de doler. Para.

—No puedo —dice—, está demasiado duro.

—Tenemos que hacerlo —contesto.

Belinda interviene y coge la pala. La clava en el suelo, la empuja con el pie, la levanta. Saca menos tierra que Tristan y yo. Lo hace una vez y otra, hasta que se echa a llorar, derrotada.

—Es imposible. La tierra está muy seca.

Me agacho y me arrodillo junto al penoso agujero. Escarbo y escarbo con las manos. Oliver se me une, y el perrito también. Arañamos la tierra intentando hacer más hondo el agujero. Empiezan a dolerme los dedos; me parece ver sangre. Tristan me dice que pare, que lo deje. Pero no puedo. Hace veinticuatro horas que tengo así a Paloma, es solo cuestión de tiempo que empiece a descomponerse y eso no puedo permitirlo. No quiero llevarla al veterinario y no volver a verla. La quiero aquí, en mi jardín, para poder visitarla a diario.

Salta una alarma en mi teléfono. Con la mano manchada de tierra, me lo saco del bolsillo.

El Grupo de Duelo empieza dentro de 30 minutos.

No me acordaba de que era martes.

—¿Adónde vas? —me pregunta Tristan.

Salgo con Paloma en brazos, sin contestar.

24

Son las siete y diez cuando llego a la iglesia metodista. La puerta está cerrada, ya ha empezado la sesión. Miro el cuerpo de Paloma, inerte en mis brazos. Mis uñas llenas de tierra. Mis manos sucias. Mis zapatos, mis rodillas, mis codos, todo manchado.

Para no arriesgarme a que se me caiga Paloma al agarrar el pomo, abro la puerta de una patada. Cuando los veo sentados en corro, a todos menos a Greg, me dejo caer al suelo y me echo a llorar a gritos. Me rodean al instante. Voces apagadas llenan mis oídos.

«Tranquila, Mia». «Ya estás con nosotros». «Que alguien le haga un café, le gusta del instantáneo».

Me llevan a mi silla y me siento. No entiendo lo que me dicen. Quiero explicarme. No tenía esto planeado.

—Lo siento mucho. Mi gata no se había muerto. Vine porque necesitaba hablar con gente. No pensaba que os encontraría a vosotros. Os escuchaba hablar de vuestra pena y no podía imaginarme lo que se sentía y ahora lo siento y es la pena más grande que he tenido. Pero tenías razón, Martha. No era solo una gata, no es solo eso: mi madre, mi padre, mi pasado, mi futuro, todo está envuelto en el amor que le tenía a Paloma y ahora ella se ha ido y yo me he quedado con todo eso, pero sin nada de lo bueno. Que es lo que ella me daba. Ella era lo único bueno, ahora todo es horrible.

Ada está a mi lado, con la mano apoyada en mi espalda, y Lee al otro lado, rodeándome con el brazo. Vuelvo la cara hacia su axila y la dejo allí, junto a su calor. No parece importarle.

—Hemos intentado cavar un hoyo, pero el suelo está demasiado duro. No quiero que Tristan cave un agujero para Paloma. No quiero que se nos acerque.

—Tranquila, no te preocupes —dice Lee—. Yo cavaré el hoyo. Solo tienes que decirme cuándo y dónde. Puedo hacerlo sin problema y enterraremos a Paloma para que descanse. ¿Vale?

—Vale.

Ya respiro más despacio. Me siento más tranquila solo por estar aquí, con ellos.

—Creo que os necesito —digo como una tonta—. Necesitaba estar con vosotros esta noche. Cuando me di cuenta de que era martes, qué alivio sentí… No tengo mucha gente con la que hablar.

—Para eso estamos —dice Tiana.

Han acercado sus sillas. El corro se estrecha cada vez más. Me alegro de haber venido. ¿Dónde está Greg?

Suena mi teléfono. Lee me pregunta si quiero que lo saque de mi bolso y me lo acerque, pero le digo:

—No, será mi marido.

Vuelve a sonar, y luego suena otra vez. Nos quedamos en silencio mientras suena.

—¿Seguro que no quieres contestar? —pregunta Tiana—. Si es tu marido, estamos aquí para apoyarte mientras hablas con él.

Sigue sonando. Si no contesto ahora, seguirá llamando.

Digo que sí con la cabeza. Lee saca el teléfono de mi bolso. Ha dejado de sonar, pero en la pantalla hay una notificación que pone: «Cinco llamadas perdidas de SIMON».

Y un mensaje que dice: Ven al hospital. Es Liz.

Me voy derecha al mostrador de recepción.

—¿Tienen ingresada a Liz Voyce? —pregunto temblorosa—. Es mi

hermana.

La recepcionista se fija inmediatamente en mis manos manchadas de tierra y en el objeto que llevo en brazos. Me doy cuenta de que la cola de Paloma cuelga por fuera.

—Lo siento, no se pueden traer animales vivos al hospital —me dice.

—No está vivo —respondo.

La mujer pone cara de horror.

—No se puede traer NINGÚN animal.

—Por favor, mi hermana está ingresada aquí. Está muy mal.

—Deje el gato fuera, vuelva a entrar y localizaré a su hermana encantada.

Salgo del hospital. Es una escena caótica: ambulancias, gente andando, gente en sillas de ruedas… Es desolador. Miedo y enfermedad. Veo un arbusto en medio de un pequeño recuadro de hierba. Llevo allí a Paloma y la escondo debajo. La tapo con hojas y me llevo la manta para que nadie se piense que es basura.

—Enseguida vuelvo a por ti —le digo.

Dentro del hospital, me dan indicaciones para encontrar a Liz. Llego a la habitación y, cuando voy a abrir la puerta, una enfermera me dice que tengo que lavarme las manos. Me mira como si necesitara cuidados especiales y, en lugar de hacerme sentir mal, me conduce hasta un lavabo. Me coge las manos y me las enjabona, primero una y luego la otra. Las frota con agua tibia hasta que se desprende la suciedad y el agua marrón empieza a salir clara. No me dice nada, pero el tierno contacto de sus manos me hace llorar.

—Se ha muerto mi gata y mi hermana se ha caído por las escaleras y está inconsciente —le digo.

—La vida puede ser muy injusta —me dice mientras me seca las manos con una toalla de papel azul—. Pero, teniendo cerca a las

personas adecuadas, todo se puede superar. No te apartes de tus seres queridos. Hala, ya estás lista para entrar.

La bondad de los desconocidos puede conducirte al lugar donde debes estar.

Cuando entro en la habitación, veo a Liz tumbada en la cama, con los ojos cerrados y tubos en la nariz y los brazos. Tiene la piel pálida y sangre en el pelo. Simon está a su lado, cogiéndole la mano. Cuando me ve, se levanta y me abraza. Nunca me había abrazado y es una sensación extraña, conocer a alguien desde hace tanto tiempo y no haber sentido nunca su cuerpo. Me quedo inmóvil, con los brazos colgando. Me aprieta muy fuerte y solloza en mi nuca. Noto sus lágrimas en la piel.

—Tranquilo, no pasa nada —le digo, sin saber si pasa o no.

—Puso una trampa en lo alto de la escalera. Dijo que era para impedir que entráramos en su habitación.

—¿Quién?

—El chico de acogida. El que conociste.

—Liz dijo que era problemático. ¿Qué ha dicho el médico?

—Les preocupa que tenga una fractura vertebral. Van a hacerle un escáner. Ahora mismo, solo quiero que se despierte.

Me acerco a la cama conteniendo la respiración.

—Estoy aquí, Liz. Soy Mia. —Me siento y acerco la cabeza a su mano—. Paloma ha muerto, así que no puedes morirte tú también. Te necesito.

La máquina a la que está conectada pita todo el tiempo. Sé por la tele que eso es buena señal, pero no es bueno que esté conectada a una máquina.

—Se va a poner bien, Simon. Seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nos tiene a nosotros.

Paso una hora sentada junto a Liz. Es una mujer única, pero aquí, en un hospital, todos somos iguales: seres humanos con bata blanca en manos de médicos a los que no les importa quién seas ni a quién ames; solo quieren que te recuperes.

Debo volver con Paloma. Simon dice que me llamará cuando le hagan el escáner para contarme cómo ha ido. Le digo que puedo volver para llevarle ropa o atender a Liz mientras él va a casa a ducharse. No creo que vaya a dejarla, pero quizá le siente bien darse una vuelta. Se me hace raro sentir que es tan de la familia, pero es lo que somos. Ha tenido que pasar esto para que nos diéramos cuenta.

Ya es de noche, hay menos gente por los alrededores. Cojo a Paloma, la envuelvo en la manta y me la llevo a casa. La noto distinta, como si ya no fuera ella. Han pasado más de veinticuatro horas desde que murió. Se me ha acabado el tiempo.

Cuando llego, la casa está en silencio. El reloj marca las dos de la madrugada. Oliver y Tristan están en la cama. No tenía ni idea de que era tan tarde. He estado andando mucho rato. Solas Paloma y yo, caminando por las calles. Intentaba pasar el mayor tiempo posible con ella, para posponer lo que tenga que pasar ahora. Me voy derecha a la cocina.

—Ya no puedo tenerte así, Paloma. Y necesito un poco más de tiempo para pensar qué hago.

La abrazo y la beso en la cabeza. Está mojada, por mis lágrimas. No sé cómo sigue produciéndolas mi cuerpo, no puede quedarme ni gota de agua. Abro el cajón del congelador y saco unas cuantas cajas medio vacías de palitos de pescado, nuggets de pollo, pizzas y verdura congelada. Hago hueco y meto a Paloma dentro. La coloco bien acurrucadita, como si estuviera dormida.

—Lo siento. Te sacaré en cuanto sepa qué hacer. Estoy aquí mismo.

Cierro el cajón y subo a mi habitación a por una almohada y nuestra manta. Las llevo a la cocina y las dejo junto al congelador. Me tumbo y me envuelvo en la manta de felpa, con la cabeza apoyada en la almohada. Me quedo dormida en el suelo de la cocina.

Me despierta la luz del día, que amenaza con entrar por la ventana. Buster me lame la cara. Noto un olor horrible.

—Quita, quita —le digo, apartándolo.

Huele a podrido. ¿Me habré dejado abierto el congelador? ¿Será Paloma? Me levanto para comprobarlo, pero está cerrado. Lo abro despacio. Paloma sigue ahí. Qué bonita está. Perfectamente conservada. Podría tenerla ahí para siempre, ¿quién dice que no? Me inclino, no huele a nada. Miro alrededor y veo las cajas de comida que saqué anoche. El olor a palitos de pescado y nuggets descongelados se mezcla en el aire con la peste de una enorme plasta de perro desparramada por el suelo. Por suerte, no cerca de mí. Me da la risa al pensar en cuántas veces me ha avergonzado Belinda porque Paloma tuviera algún que otro percance. Y ahora, mira, todo el suelo salpicado de mierda de su querido perrito.

—Gracias, Buster —le digo inclinándome hacia él.

Veo que mi teléfono se ilumina sobre la encimera. Son las seis de la mañana. Un mensaje de Simon.

Buenas noticias, no van a tener que operarla, está despierta y pregunta por ti. ¿Cuándo puedes venir?

Salgo inmediatamente.

Cuando entro en la habitación del hospital, Liz está sentada en la cama.

—Vaya —digo, sorprendida—. Sí que has mejorado.

—Ha tenido mucha suerte —contesta Simon—. Va a recuperarse del todo.

Liz parece débil, pero sonríe.

—Estoy bien —dice suavemente—. Solo un poco dolorida.

—Simon, ¿por qué no te vas a casa a darte una ducha y cambiarte? Yo puedo quedarme con ella hasta que vuelvas —le digo. Quiero tener a Liz para mí sola.

—Sí, vale. Y voy a ir a ver cómo están mi madre y los niños. Seguro que se las está arreglando bien, pero necesito darles un abrazo, ¿sabes?

—Es como si fuera él quien se cayó por las escaleras y hubiera despertado siendo otro —digo cuando se va.

Liz intenta no reírse, porque se nota que le duele.

—Me quiere.

—Pues claro que te quiere. Menudo susto que has dado.

—Lo siento.

La abrazo lo mejor que puedo sin hacerle daño.

—Ese chico… Vaya mierda —digo—. ¿Qué coño pensaba que iba a pasar? Es imposible que no lo haya hecho con mala intención.

—Todos somos producto de lo que nos ha pasado. Yo iba a darle todo lo que tenía.

—Pues has estado a punto de dar tu vida por él.

—Sigo teniendo a mi familia, estamos todos bien. —Sonríe. Mientras haya gente que la necesite, es capaz de superar cualquier cosa—. ¿Cómo estás? —pregunta en voz baja.

No sé si debo darle la horrible noticia; ya tiene bastante con lo suyo. Pero conozco a mi hermana y sé que para ella la sobrecarga

emocional no existe.

—Paloma ha muerto.

—No, Mia…

—Belinda se dejó la puerta abierta. Salió y la atropelló un coche. Estoy enfadada por no poder estar triste y ya está. También tengo mucha rabia que procesar. No debería ser así.

—La rabia no importa, al final.

—¿Al final?

—Cuando me desperté, no sabía dónde estaba. Simon había ido al baño y solo vi que estaba aquí. La verdad es que pensé que me iba a morir. ¿Y sabes qué es lo que pensé?

—¿Que quién iba a hacerle ahora infinitas tazas de té a Simon?

—¡No me hagas reír! —Está magullada, reírse le duele—. Pensé en todas las personas a las que he querido. No pensé en papá, ni en la gente que me ha hecho daño, ni en los niños de acogida que me han maltratado, ni siquiera en el que hizo que me cayera por la escalera. Pensé en Simon y en los chicos, y en ti. Era lo único que importaba. Que os tenía a vosotros. No podemos comportarnos como si ya no nos necesitáramos, Mia.

—Supongo que me he convencido a mí misma de que no necesito a nadie. Es más sencillo.

—No, no lo es. Así se siente una muy sola. Te has rodeado de gente que te llama loca y tú misma has acabado creyendo que lo estás. No estás más loca que ellos. —Frunce el ceño como si cada vez le costara más hablar—. Perdón, compasión, bondad y cariño. Es más fácil de lo que crees.

—Eso suena a tarjeta de felicitación. —Cojo un vaso de agua de la mesa y se lo acerco a la boca para que beba a sorbitos—. Qué contenta estoy de que estés bien. —Apoyo la cabeza muy suavemente en su hombro.

—Necesitas más amor, Mia —dice con una sonrisa—. Búscate unos amigos, joder.

Cuando Simon vuelve lavado, cambiado y refrescado, dejo a Liz. Lleva dos horas durmiendo y he estado mirándola todo ese rato. Mi increíble hermana. Puede que el mundo desdeñe a alguien como ella. Sin metas profesionales. Un ama de casa que asume cada vez más tareas domésticas. Que acoge a chavales problemáticos y cuyo marido anda siempre absorto en sus propias ambiciones. Puede que la gente piense que no tiene mucho que ofrecer. Y, sin embargo, eso es lo único que hace: ofrecer, amar y proveer. Incluso después de lo que ha pasado, sigue empeñada en su propósito, con el corazón firme en su sitio. Me recuerdo que estamos hechas de la misma pasta. Sentimos el mismo dolor, lloramos las mismas lágrimas. Podría parecerme más a ella si me dejara, y quiero hacerlo. Quiero tener el corazón así de lleno. Pero, cuando se trata de abrirme a los demás, no sé por dónde empezar.

Al entrar en la estación de metro, el titular del periódico, puesto en una pizarra, hace que me pare en seco:

THEO MAY, SEIS DENUNCIAS POR AGRESIÓN SEXUAL

Seis exempleadas de Theo May acusan al magnate de abusos sexuales. Su hija, Isabella May, se limita a decir «¡Que le den!».

La portada muestra imágenes de Theo e Isabella separados por un rasgón. Hurgo en el bolso en busca de dinero y compro un periódico. Espero a estar sentada en el tren para leerlo.

A lo largo de las últimas décadas, mientras gozaba de su vida de filántropo, Theo May ha conseguido silenciar a numerosas mujeres que

lo acusaban de agresión sexual. Pero a algunas mujeres no se las puede hacer callar. Ahora, son seis las que afirman que el magnate les ofreció trabajos muy bien remunerados a condición de que llevaran a cabo sórdidas prácticas sexuales para su deleite. El contenido de las acusaciones varía. A una mujer le pedía que fuera a trabajar sin ropa interior («Me enviaba correos electrónicos pidiéndome que me hiciera fotos por debajo de la falda para conseguir un aumento de sueldo inmediato») y a otras las obligaba a practicarle una felación por debajo de la mesa mientras atendía «llamadas muy importantes», a menudo de las diversas organizaciones benéficas dirigidas por mujeres a las que apoya.

Son varias las denunciantes que describen un ambiente de trabajo tóxico. «Theo May creó un entorno en el que, si él te tocaba, era como si te hubiera tocado la mano de Dios. Conseguía que las mujeres que no se convertían en sus presas se sintieran rechazadas. Es un depredador en estado puro», afirma una fuente.

Dejo de leer para recuperar el aliento. Es horrible. Me da asco solo pensar en estar en su presencia. Y pensar que me caía bien… Y que criticaba a Isabella por no estarle agradecida por su dinero. Veo su nombre unos párrafos más abajo y sigo leyendo:

En una entrevista exclusiva, la hija de May, Isabella, ha declarado: «Mi padre ha comprado el silencio de muchas mujeres a lo largo de los años, incluido el mío. No es fácil salir al mundo y enfrentarte a tu propio padre, pero apoyo a las mujeres que han tenido el valor de dar la cara, y también a todas aquellas que tienen demasiado miedo para hacerlo. Las entiendo perfectamente y las respaldo».

Cuando le preguntamos si apoyaría a su padre durante el juicio, se limitó a responder: «No, ¡que le den!».

Ostras… En un instante, mi opinión sobre Isabella cambia por completo.

25

Al salir de la estación de metro y pasar por delante de la tienda benéfica Marie Curie, me fijo en un vestido con estampado de leopardo que hay dentro, en un expositor. Me atrae igual que una magdalena atraería a un niño. Hacía años que no entraba en una tienda así; no quería dejarme influir por el estilo de personas muertas. Pero la verdad es que el caftán de mi madre es ahora mi vestido favorito y procedía de una persona muerta e iba camino de una tienda benéfica cuando lo intercepté, así que ¿quién soy yo para criticar lo que tienen en sus percheros? Además, no estoy segura de que las cosas con las que me he disfrazado estos últimos años —que han sido muchos— puedan considerarse un «estilo». Ya no trabajo en una oficina, puedo ponerme lo que me dé la gana.

En la etiqueta del vestido pone que es de talla única. Es un caftán enorme y vaporoso, con estampado de leopardo, y cuesta doce libras. A la derecha hay una blusa morada con gatitos y en otro perchero una chaqueta de punto larga, con rayas de tigre. Hay también unos zapatos con gatos, una bufanda e incluso unas mallas con caras de gatitos atigrados. Lo arrebujo todo y lo pongo encima del mostrador.

—¿Va a una fiesta de disfraces? —me pregunta la señora mayor que está atendiendo.

—No —respondo sin ofenderme—. Es solo que me gustan mucho los gatos.

—Tengo una caja llena de cosas con dibujos de gatos en la parte de atrás. ¿Quiere verlas?

—Sí —digo entusiasmada—. Sí, claro que sí.

Aunque hay mucha incertidumbre en mi vida en este momento, sé que quiero vivir en mi casa hasta que me muera. Abro la puerta y entro con nuevos bríos. Belinda y Tristan están sentados en la cocina. Parecen estresados, pero eso no es nada raro. Siempre parecen estresados e infelices de alguna manera. ¿Cómo es que acabo de darme cuenta?

—¿Estáis buscando en Google formas de desahuciarme? —pregunto en broma.

Tristan cierra el ordenador, receloso. Yo enciendo el horno.

—¿Se puede saber qué llevas puesto? —me pregunta Belinda, sin hacer ningún esfuerzo por ser amable.

—Un caftán con estampado de leopardo. Acabo de comprármelo en una tienda de segunda mano del barrio.

—Pareces una persona sin hogar —comenta Tristan.

—Pues no lo soy —digo con suficiencia—. Esta es mi casa. ¿Algo más que añadir?

—Mia, ¿de verdad no quieres irte? Podrías buscarte un sitio bonito. Sería mucho más barato que te mudaras tú, en vez de que nos mudemos nosotros.

Me habla como si fuera estúpida y eso no me gusta ni pizca.

—Vuestra situación económica no es de mi incumbencia. Estoy dispuesta a comprarte tu mitad de la casa. Si no queréis mudaros, no es problema mío.

—Es solo que… —empieza a decir Belinda, pero la interrumpo poniéndome a imitarla con voz aguda y ofensiva, lo que nos pilla a todos por sorpresa. Luego continúa, bajando la voz una octava—: Es que Tristan y yo compramos juntos esta casa cuando nos casamos. Soñábamos con formar una familia y vivir aquí hasta que envejeciéramos. Y ahora que tenemos otra vez la oportunidad de hacerlo, te pedimos por favor que no te interpongas en ese sueño.

—Entonces, ¿por qué te acostaste con otro y le dejaste? Y al ver que

eso no funcionaba, se te puso mustio ese chocho gordo y esponjoso que tienes y quisiste recuperar a Tristan, pero él ya se había casado conmigo, así que no pudiste salirte con la tuya. Pero te quedaste rondando por aquí como un mal olor hasta que se sintió tan culpable que volvió contigo, a pesar de que estás como una puta regadera y estar casado contigo es peor que estar casado con una cabra moribunda.

—¿Con una cabra moribunda? —pregunta Tristan.

Y es normal, porque eso ha sonado muy raro, pero yo de todos modos mantengo la cabeza bien alta y, como no se me ocurre nada mejor, hago como que era eso exactamente lo que quería decir.

Belinda se pellizca el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar y respira hondo.

—Yo no tengo el chocho esponjoso.

—Ay, perdona, quería decir de nube de golosina —digo corrigiéndome—. Tienes la vagina como una nube de golosina. O sea, blanda y fofa, ahora que lo pienso.

—¡Vale, vale, parad! ¡No soporto más que os peleéis por mí! —grita Tristan tapándose los oídos como si Belinda y yo fuéramos dos aviones despegando.

Nos miramos extrañadas y se produce un extraño momento de solidaridad entre nosotras. Nunca nos hemos llevado bien, pero no creo que ninguna de las dos lo describiera diciendo que nos «peleamos» por Tristan. No es que sea Keanu Reeves, precisamente.

—Quédate con la dichosa casa, Mia —dice él—. Y llena el congelador de gatos, pedazo de chalada.

Belinda pone cara de horror.

—¿Qué? Tristan, ¿qué estás diciendo?

—No va a irse, la conozco. Hace siempre lo que quiere.

—Pero no serás feliz. ¿No dijiste que solo eres feliz en esta casa?

—No quiere ser feliz, Belinda. Solo quiere ganar —digo mientras saco tranquilamente del congelador unos macarrones con queso vegano precocinados, y acaricio con ternura a Paloma antes de cerrarlo. Ya me he acostumbrado a que esté ahí. Quizá podría dejarla ahí para siempre.

—¡Por el amor de Dios! —grita Tristan de repente. Nota alguna molestia física y eso le distrae de su rabia. Empieza a rascarse la barba frenéticamente—. ¡En esta casa hay pulgas, estoy seguro! Es mejor que nos vayamos.

Pillo a Belinda rascándose disimuladamente la entrepierna. Cree que no me he dado cuenta. Me acuerdo de la cabeza de mi marido entre mis piernas, en el mismo asiento en el que está sentada. Me imagino a las ladillas pasando de mi vello púbico a su vello facial, y una sonrisa leve pero visible se me pinta en la cara.

—Ah, ¿te parece gracioso que tengamos pulgas por culpa de tu gata? —dice Tristan mientras se rasca con furor la barbilla.

—En realidad —digo con conocimiento de causa—, las pulgas de gato no se transmiten a los humanos, así que no puede ser eso. Es probable que tengas ladillas.

—¿Qué? —Belinda se pone de pie y cruza un poco las piernas mientras intenta rascarse con la parte de arriba de los muslos para aliviar el picor—. Ya nadie tiene ladillas, no estamos en los noventa. Estás completamente loca.

—Claro que sí, es bastante común. Yo las tuve hace poco. Tristan, seguramente te las pegué cuando me hiciste un cunnilingus aquí, ¿te acuerdas? Fue unos días después de que descubriera que os estabais acostando.

Tristan se ha puesto muy pálido. Se ha quedado sin hablar y está casi translúcido.

—¿Eso es verdad? —pregunta Belinda, mirándole con toda la dureza de que es capaz.

—Bueno, no hay por qué enfadarse, Belinda —añado—. No he

dejado de acostarme con mi marido mientras estabais enrollados, así que en realidad no ha cambiado nada. —Les quito el cartón a los macarrones con queso y les hago ocho agujeros violentamente, pinchándolos con un cuchillo, para que respiren.

—¿Tienes ladillas? ¿Cómo es posible? —dice Tristan por fin, casi sin aire, mientras Belinda sigue intentando asesinarlo con la mirada.

—Ya no las tengo. —Hundo el dedo en mi cena fría y me lo chupo, untado de salsa cremosa—. Pero las tuve.

—¿Cómo es que tenías ladillas? —pregunta sin moverse. No se lo cree.

—Me acosté con alguien, Tristan. Con un milenial. Me lo follé unas noches antes y me pegó las ladillas, y yo te las pasé a ti cuando me hiciste el cunnilingus. No es nada complicado. Y no hay de qué avergonzarse, son muy fáciles de tratar. Me queda un poco de loción, si la quieres. —Me acerco al horno y meto mi cena.

—¿Te acostaste con otro?

—Sí. Sé que te cuesta entenderlo, pero, cuando me enteré de que tenías un lío, salí y me acosté con otro. Resulta que los hombres todavía me desean. Y mucho, además. Gozó un montón con mi cuerpo.

Noto que se me contraen las nalgas al pensar en todos aquellos chismes.

—¿Te ACOSTASTE con otro? —repite.

—Sí, ¿algún problema?

—¡Eres mi mujer!

—Ya, y tú eres mi marido. ¿Y qué?

Me estoy enfrentando cara a cara con él y me siento muy fuerte. Está absolutamente fuera de sí. Belinda se ha rendido y se está rascando el coño como lo que es: un saco de pulgas.

—Esto es intolerable —dice Tristan.

—Sí, lo es —contesto yo—. Propongo que dejéis a Oliver durmiendo aquí y que os vayáis a casa de Belinda a pasar la noche. Puedes volver mañana, cuando Oliver esté en el colegio, y decidiremos cómo proceder con el divorcio, con la venta de tu parte de la casa y la logística de la mudanza. Al contrario de lo que puedas pensar, no tengo intención de complicar más las cosas. Bastante difíciles son ya de por sí. Solo quiero que esto se acabe de una vez.

—No voy a dejar a Oliver contigo, puta loca —me suelta Belinda.

—Tienes todo el derecho a despertarlo y llevártelo, pero todos sabemos que está mejor donde está.

—Pues nos llevamos a Buster —dice, tratando de hacerme rabiar.

—Eso sería ideal.

—¿Te acostaste con otro? —dice Tristan, pasmado todavía.

—Sí.

Se dirigen lentamente a la puerta principal, avergonzados y vencidos. Yo tengo la casa y ellos tienen ladillas, así que supongo que, si hay que elegir un ganador, no hay duda de que soy yo.

—Oliver tiene natación mañana —me dice Belinda para reafirmarse.

—Ya lo sé.

Tristan se mete en el coche hecho una furia y enciende el motor, pero Belinda se queda remoloneando junto a la verja. Me pregunto si va a volver para ofrecerme una disculpa fraternal: un momento de mujer a mujer para quejarse de lo mal que nos lo hacen pasar los hombres. Pero no, se acerca con disimulo a la puerta, donde yo me resisto a despedirlos alegremente con la mano, y me dice:

—Tráeme esa loción.

Subo al cuarto de baño y cojo el medicamento. Me lo arrebata con

un siseo. Cuando se marcha y cierro, me apoyo contra la puerta y exhalo un suspiro. Mi casa es mía. He recuperado mi poder.

Me como los macarrones con queso sola en la cocina, con el cajón del congelador abierto para ver a Paloma.

—Te sacaré pronto de ahí, te lo prometo —le digo.

Cuando termino de comer, lavo el plato, limpio la encimera y apago las luces. Luego entro en la habitación de Oliver, aspiro su olor y susurro «Te quiero» junto a su carita dormida.

26

Cuando te casas por razones equivocadas, lo único que echas en falta cuando esa persona se va son las cosas que no te dabas cuenta que te estaban minando poco a poco. Durante siete años, pasé la mayor parte del día con alguien que estaba siempre ligeramente irritado conmigo. Alguien que sabía cómo era yo cuando se casó conmigo, pero cuya decepción por que fuera distinta se manifestaba de diversas maneras a diario. Una discusión, una crítica, a veces solo un suspiro cargado de rencor. Ninguno de los dos se casó por las razones correctas, pero, en muchos sentidos, eran las mismas razones. Nos casamos para construir una fachada. Porque suponíamos que así nos sentiríamos mejor. Porque a todos se nos ha hecho creer que la familia tradicional es el camino que conduce a la felicidad absoluta y que cualquier otra alternativa es problemática o un acto de rebelión. En mi caso, el matrimonio me obligaba a representar un papel; esa es la realidad. Al tratar de encajar en el papel de esposa, no podía ser más que una decepción. Mi necesidad de independencia era un problema para él, no para mí. Mi veganismo, también. Ahora me asombra haber permitido que mis hábitos alimenticios le irritaran tanto y que él ni siquiera supiera lo mucho que me repugnaban los suyos. ¡Cuántas cosas de sí mismo le ahorré!

Cuando un matrimonio va mal, la culpa la tiene en gran parte el permitir que tu pareja se comporte de una manera que tú sabes que no está bien. Pero la verdad es que no sé si alguna vez me importó lo suficiente como para intentar arreglarlo. Cuanto más nos distanciábamos, más me acercaba yo a lo que quería. Que, en definitiva, no era él. Al principio me resultó difícil encajar el engaño. Que te mientan te altera el sistema nervioso, y yo reaccioné a lo bestia. Pero ¿estaba triste porque había perdido el amor? No, estaba triste porque me había perdido a mí misma intentando encontrarlo.

Tristan se ha llevado casi todos los muebles y yo me he quedado con poco más que la casa, que a estas alturas me parece mucho. Podría haberme resistido más, pero cada regateo ha sido tan agotador que me he quedado sin fuerzas. Supongo que algún día me despertaré con energías suficientes para reconstruir mi vida, pero de momento me parece todo un logro bajar las escaleras cuando me despierto. Hoy ya casi no me queda café ni leche de avena. Me he comido casi todas las latas de judías, fruta y verdura que había en los armarios y no tengo nada en el congelador, aparte de mi gata difunta.

No sé cuánto tiempo voy a dejar a Paloma en el congelador, pero creo que tengo derecho a decidir cuándo la saco. Me reconforta muchísimo tenerla ahí. No pude controlar la forma en que murió, pero sí que puedo controlar lo que ocurra ahora. Se conserva perfectamente. Su pelo sigue siendo suave, aunque su cuerpo esté duro y frío. A veces me descubro preguntándome por qué la muerte de los seres humanos se trata con tanto misterio y aislamiento. Se aparta a los muertos de su familia, se los manipula y se los viste, y es ilegal enterrarlos en casa o en los lugares que amaban. Estoy segura de que sería un buen negocio que hubiera unidades de congelación en las que conservar temporalmente a los muertos mientras sus familiares planifican sin prisas el funeral; así podrían estar cerca del cadáver a diario. Podría fijarse un plazo —seis semanas, por ejemplo— para que se retirara el cadáver y se efectuara el funeral. Aunque, si soy sincera, no se me ocurre ningún ser humano al que quiera conservar en un congelador después de muerto. Puede que el sistema actual sea el más acertado, a fin de cuentas. De lo que no hay duda es de que el duelo se me está haciendo mucho más llevadero porque puedo abrir un cajón y acariciar el pelo de Paloma cada día. Me está ayudando a salvar la distancia entre su presencia y su ausencia. Todas las mañanas, cuando por fin bajo, me voy derecha al congelador, abro el cajón y le digo que la quiero.

Cuando lo cierro, veo el único vestigio que queda de que esto fue una vez un hogar familiar: el dibujo de nuestra familia que hizo Oliver para el Día de la Madre. Cinco monigotes: Belinda, Tristan, yo, Oliver y un gato. Yo tengo el pelo de un rojo encendido. Un detalle bonito. Solo para mí. Cuando Tristan y Belinda vinieron a

saquear la casa y se llevaron todo lo que tenía algún valor sentimental, solo dejaron este dibujo. Antes estaba rodeado de otras obras de arte de Oliver, en la nevera. Como no lo querían, ahora está solo. Lo quito de la nevera y, con unas tijeras de cocina, recorto mi figura y vuelvo a pegarla en la nevera. Yo sola. Sin familia ni gato. No sé muy bien cuándo y cómo ha ocurrido, pero aquí estoy.

Nadie se deja caer por mi casa; llevo ese tipo de vida. Hay muchas cosas que definen una semana y, si las quitas, los días se distinguen muy poco unos de otros. No hay que prepararse para madrugar el lunes ni que aprovisionarse para el fin de semana. No hay que hacer la compra. No hay que planificar las comidas o la entrega de la compra, no hay que recargar la tarjeta transporte ni hay que ponerse maquillaje. No tienes que pensar qué ropa te pones ni organizar tu cuidado personal. Todos los días son iguales. Las pocas veces que suena el timbre, es el cartero o un repartidor de Amazon que me trae algún producto de los muchos que he ido encargando para reponer todo lo que falta en casa desde que Tristan y Oliver se marcharon. Pedí un escritorio para ponerlo en la antigua habitación de Oliver, pero aún no lo he montado. En algún momento tendré que ponerme a trabajar, pero de momento no hay prisa; pasar el día, esa es la única urgencia. Pedí también un montón de velas para llenar la casa con los olores que me gustan, ahora que no tengo que limitarme a mi dormitorio. Vivo en un estado de confusión. Por un lado, disfruto de la tranquilidad, la intimidad y el espacio. Tengo toda la casa para mí, solo me ocupo de mí misma. Pero me estoy dando cuenta de que quizá me parezca más a mi hermana de lo que pensaba. Disfrutaba cuidando de Paloma y Oliver. Incluso disfrutaba en parte cuidando de Tristan. Tener que mantener en orden la vida de otra persona puede ayudarte cuando intentas hacer eso mismo con la tuya. Ahora no tengo nada de lo que ocuparme. Ayer pensé que podía abrir un agujero en la pared de una patada, solo para tener algo que arreglar.

Cuando de pronto suena el timbre, me sobresalto y enseguida cobro conciencia de lo que me rodea y de las pintas que tengo. Estoy sucia, con las cortinas corridas y bastante delgada. Otra vez llevo puesto el caftán de leopardo. De hecho, lo llevo desde hace días.

¿Quién será? No espero ningún paquete. El timbre suena con

insistencia. Me quedo en la cocina, mirando fijamente la puerta. Si estuviera en una película de terror, cogería un cuchillo.

—¿Quién es? —pregunto mientras avanzo por el pasillo.

—Si te lo digo, no me abrirás.

Es Isabella.

—¿Qué haces aquí? —pregunto en tono defensivo.

¿Ha venido con la policía para denunciarme por vandalismo? ¿O a decirme lo mala persona que soy? Eso no necesito oírlo.

—Abre. No he venido a discutir —dice a través del buzón—. Te estoy viendo.

Me planteo hacerla esperar mientras subo a lavarme la cara y vestirme para ofrecerle una imagen menos inquietante de la que doy ahora. Pero ¿para qué? No necesita otra versión de mí, más que la auténtica. Abro la puerta.

—Vaya, Mia —dice enseguida, y me pregunto si no debería haber subido a asearme un poco, después de todo—. ¿Estás enferma?

—No.

—¿Seguro?

—Sí, solo estoy revisando algunas cosas.

—Me gusta tu ropa. Te sienta bien, aunque sea rara.

Que diga eso me anima, sorprendentemente.

—¿Puedo pasar?

—Prefiero que no.

—Venga ya, Mia. Trabajamos una enfrente de la otra durante años. La cosa acabó mal, pero no siempre fue tan horrible, ¿no?

—¿A qué te refieres exactamente?

—A nosotras, a nuestra amistad.

Nunca había pensado que tuviéramos una amistad. Pero supongo que es inevitable cuando te sientas en la misma habitación que otra persona ocho horas al día, todos los días durante una década. Nos miramos la una a la otra. Ella también está distinta. Mucho más flaca. Agotada.

—Lo leí —digo—. El artículo sobre Theo. La verdad es no sé qué decir.

—No fue solo un artículo. Todos los periódicos, todas las páginas web y las cadenas de televisión del país, e incluso del resto mundo, publicaron la noticia.

—Habrá sido horrible. Lo siento.

—No lo sientas. Se veía venir desde hace mucho. Me alegro de que la gente lo sepa. Mamá y yo lo sospechábamos desde hacía años, pero ¿qué íbamos a hacer? ¿Denunciarlo? Nos tenía controladas con el dinero, pero, cuando esas mujeres lo denunciaron, me lancé.

—¿Tu madre lo sabía? ¿Por qué no se fue?

—Porque él hizo lo que hacen los ricos cuando tienen poder: la amenazó con dejarla sin nada. Yo me quedé por lo mismo. No es que me sienta orgullosa, pero no quería perder el negocio.

Siempre pensé que la madre de Isabella parecía bastante guay. No se presentaba en todos los eventos, se contentaba con estar entre bastidores. Supongo que nunca sabes por lo que está pasando de verdad otra persona.

—Pero al menos no voy a tener otro hermanito. Por lo visto, hay unos siete danzando por ahí.

—¿Qué? ¿Cómo va a quedarse embarazada tu madre? ¿No tiene más de setenta años?

—No, mi madre no. Dios, ¿cómo es que no te diste cuenta? Audrey. Ese bebé era de mi padre. Llevaban años follando. ¿Por qué iba a contratar a alguien tan inútil, si no? Él me obligó a contratarla

cuando los pillé en el dormitorio de mis padres. Ella era la hija de su asistente personal. Qué asco. Me dijo que, si le daba trabajo, no dejaría a mi madre. Yo accedí tontamente, porque durante años pensé que mi madre estaría peor sin él. La subestimé. Y me subestimé a mí misma también. Los matones solo son matones porque la gente se lo permite.

No he inhalado desde que ha dicho Audrey.

—No tenía ni idea, no me lo puedo creer.

—Sí, ya. Me siento mal por ella. La muy tonta creyó que la quería de verdad. Ahora también se está enterando de todo esto.

—¿Has hablado con ella?

—Fui la primera persona a la que acudió llorando. Le dije que no pasaba nada, que él era un cabrón y un manipulador y que ella solo era una víctima más. Le dije que no iba a despedirla y que la trasladaría a Marketing, que se le daría mejor. Esa chica no podría diseñar un collar, ni aunque su vida dependiera de ello.

—Eso es muy generoso por tu parte —le digo con sinceridad.

—Sí, bueno, las chicas tenemos que hacer piña, ¿no? —contesta sonriendo—. Ahora que se ha disipado la tensión, iré más por la oficina. Antes nunca quería estar allí porque no soportaba estar en la misma habitación que ella.

—Yo creía que solo estabas escaqueándote.

—Ya lo sé.

—¿Y qué pasa con la empresa? ¿Qué vas a hacer?

—Tres empresarias muy destacadas se han ofrecido a invertir dinero. Quieren ampliar el negocio. Me ofrecen más de lo que me ofreció nunca mi padre. Asesoramiento y capital, y no me sentiré eternamente en deuda con alguien a quien no soporto ni mirar a los ojos.

—Parece un buen plan. Bien hecho.

Se ríe.

—Vaya…

—¿Qué?

—Has dicho «Bien hecho». Es la primera vez que me lo dices. Por más que lo intentaba, nunca me lo decías.

—¿Por qué necesitabas que te lo dijera? —pregunto con verdadero asombro.

Nunca pensé que yo tuviera ninguna importancia en el mundo de Isabella, poblado por famosos y multimillonarios.

—Porque te admiraba. Pero tú me desautorizabas en casi todo lo que hacía. Me hablabas como si fuera idiota, como si no supiera lo que hacía. Como si fuera una egoísta y una desagradecida. Intenté explicarte lo difícil que me resultaba todo. Ser madre soltera, la presión de estar siempre expuesta a la mirada de todo el mundo, de llevar el negocio… Algunos días te enumeraba las cosas a las que me enfrentaba con la esperanza de que me dijeras «Bien hecho, lo estás haciendo genial». Pero nunca lo hacías.

Por delante de mis ojos pasan mil escenas en las que estamos las dos en la oficina, y en todas ellas Isabella me cuenta lo dura que es su vida y yo la juzgo por ser una desagradecida.

—Creo que quizá estaba celosa —le digo en voz baja.

—¿Celosa de qué?

—Pensaba que te habían servido la vida en bandeja de plata. Yo tenía muy mala relación con mi padre. Muy mala. Nos maltrataba psicológicamente, nos abandonó a mi hermana y a mí, y me he pasado la vida lamentando que no fuera mejor persona. Y pensaba que Theo lo era. Pensaba que, si hubiera tenido un padre así, yo también sería mejor persona. Así que, cuando te veía rebelándote ante él, o cuando me parecía que no valorabas lo que hacía por ti, se encendía algo dentro de mí y… Supongo que por eso era tan antipática contigo.

—Eso es lo máximo que me has contado de tu vida —dice—. Tantos años trabajando juntas y no sabía nada de tu padre.

—Bueno, para ser justas, parece que yo tampoco sabía nada del tuyo.

—Eso es verdad.

Nos sonreímos. El alivio que está produciendo está conversación es palpable.

—Era yo la del artículo ese sobre el grupo de duelo por la muerte de mascotas.

—Lo sabía, ¡solo hay una Mia! ¿Por qué no lo reconociste?

—¿Lo habrías reconocido tú?

—Supongo que no. Pero, si vamos a hacer una competición sobre quién ha publicado el peor artículo este mes, creo que te gano yo. Espera, tu gata se murió.

—Sí.

—No me lo dijiste. Siempre pensé que tendría que darte un mes de vacaciones cuando se muriera. Sabía que te llevarías un disgusto enorme. ¿Por qué no dijiste nada?

—Bueno, todavía no había muerto cuando salió el artículo, pero yo estaba yendo al grupo de duelo de todos modos, porque… No sé. Sentía que había encontrado un sitio donde podía ser yo misma. Pero es verdad que Paloma ha muerto. La atropelló un coche. Está en el congelador.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no sé qué hacer. Mi marido me engañó con su exmujer. O sea, que he perdido de golpe mi matrimonio, a mi hijastro y a mi gata. Y también mi trabajo, obviamente.

—Ay, Mia… —Se acerca y me abraza—. Mira, voy a decirlo sin rodeos: quiero que vuelvas a Isabella May. No quiero hacer esto sin

ti. Y además necesito tu ayuda. Fliss se ha marchado y necesito que vayas a pedirle que también vuelva. A ti te respeta. Sé que necesito ganarme su respeto y lo voy a hacer.

—Joder. —Es lo único que acierto a decir.

No esperaba que la conversación transcurriera así. Estoy tan pasmada que me quedo callada un minuto entero.

—¿Y bien? No me tengas aquí toda la noche.

Me sorprende mi reticencia a rechazarla, pero la verdad es que echo de menos el trabajo.

—Si me lo pienso siquiera, si… Hay cosas que no son negociables. Tienes que ser más consciente de cómo hablas a los miembros del personal sobre temas de raza y sexualidad. A veces dices cosas que son directamente ofensivas. Y eso no está bien. Quiero que hagamos un esfuerzo decidido por contratar a gente más diversa y que haya mecanismos adecuados para que el personal se sienta apoyado. Si queremos avanzar, la sostenibilidad, la diversidad y el progreso deben formar parte de nuestro proyecto. Todo el personal tiene que recibir formación sobre sesgos inconscientes, especialmente nosotras. Hemos dejado a Fliss en la estacada y no quiero que eso vuelva a ocurrir. ¿Estás de acuerdo?

—Sí. Me lo he currado un montón estos últimos meses. He leído mucho, he escuchado. Me habría pasado la vida entera defendiendo mis prejuicios, pero ahora lo veo todo claro. No estoy orgullosa de ello, Mia. Quiero seguir esforzándome.

—Vale, entonces me lo pensaré. Y, pase lo que pase, tienes que disculparte con Fliss por cómo te has comportado. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

—Estoy dispuesta a todo, a lo que haga falta con tal de que se sienta valorada y segura. Fliss confía en ti, Mia, a ti te escuchará. Y ya sé que luego todo dependerá de mi actitud.

Me mira con ternura y comprendo que su comportamiento se debe en gran medida a la confusión y el daño que le ha causado Theo.

Pero eso no disculpa su racismo. Eso no tiene justificación. Si realmente está dispuesta a hacer examen de conciencia, la apoyaré. Sé que yo también tengo que mejorar. No quiero volver a quedarme callada cuando alguien recibe un trato injusto, porque eso me hace igual de mala.

—Vale. Además, hay una última cosa, si voy a pensármelo seriamente.

Resopla con fastidio y su viejo yo vuelve a asomar.

—Quiero que prescindamos de la Nespresso y que recuperemos la cafetera francesa. Es más silenciosa y respetuosa con el medioambiente. Si aceptas, volveré. ¿Sí?

—Sí, Mia, claro que sí. De todos modos, yo soy más de Starbucks con leche de avena.

27

Al acercarme al piso de Fliss, en el este de Londres, veo que hay cestas llenas de flores en las ventanas y macetas pintadas en los escalones del portal. En los ventanales cuelgan atrapasueños y la puerta está pintada de rosa chillón. Cuando estoy a punto de llamar, oigo voces.

—¡Si ellos se quedan, yo me voy! ¡Así de sencillo! —grita una mujer.

—Venga ya, ¿qué quieres que haga?

—No sé, Fliss, pero yo no puedo vivir así. No quiero complicarte las cosas, pero mírame. Estoy hecha polvo.

Oigo pasos cada vez más fuertes y entonces se abre la puerta. Sale una mujer muy elegante, con los ojos enrojecidos. Estornuda tres veces mientras baja los escalones.

—Nena, vuelve. Tómate otro Claritin, a ver qué tal.

—No puedo vivir a base de Claritin, Fliss. Me voy a casa de mi madre. Arréglalo o yo no vuelvo. No me hagas elegir entre tú y no tener alergia, por favor. —Se aleja calle abajo, estornudando.

—¿Mia?

Por un segundo, me olvido de que a Fliss debe de parecerle bastante raro verme aquí. Tardo más de lo normal en contestar.

—Ay, perdona. Hola, Fliss, soy Mia.

—Ya sé que eres Mia. ¿Qué haces aquí?

—He venido a verte. ¿Quién era esa? Parecía muy disgustada.

—Mi novia. Y, sí, está bastante enfadada. ¿Por qué has venido a verme? —Frunce el ceño y me mira de arriba abajo—. ¿Estás bien?

Otra vez llevo puesto el caftán. Iba a cambiarme, pero Isabella insistió en que me lo pusiera. Dijo que mi «nuevo look» era más divertido que el anterior.

—Pues no, la verdad. He pasado unas semanas horribles, pero las cosas ya van mejor. ¿Podemos hablar? No te entretendré mucho.

—Pasa. Yo también llevo unas semanas horribles.

Por dentro, su piso es elegante y precioso, igual que ella. Hay un gato acurrucado en el sofá.

—Ay, mira… —Corro a acariciar su pelaje negro y suave. Me mira y ronronea antes de frotarse contra mi muñeca—. Qué cariñoso es —digo. Me encanta estar en su compañía.

—Sí. Es gata, se llama Medianoche. Ven, mira.

La sigo hasta la pequeña cocina, donde hay cuatro gatitos durmiendo amontonados en una cama, en el suelo.

—Te presento a Mermelada, Galleta, Bizcocho y Miga. Medianoche es la mamá.

—Ah, son los gatos de tu abuela. Me hablaste de ellos, ¿no?

—Sí. Por desgracia, mi abuela ha tenido que irse a una residencia. Medianoche dio a luz un par de semanas antes. Mi abuela se puso muy contenta por estar allí cuando parió.

—Lo siento mucho.

—Gracias. Yo sabía que tenía que pasar; aun así, nunca estás preparada para estas cosas. Me crio ella, así que es duro. Me pidió que me encargara de los gatos, pero Abby es alérgica. Casi no puede ni estar en casa. Me siento fatal, pero no sé qué hacer. —Mira a los gatitos, apenada. Debe de ser muy duro para ella—. Bueno, ¿en qué puedo ayudarte?

—Ah, sí, casi se me olvida por qué he venido. —Me dan ganas de arrodillarme en el suelo y acercar la cara a los gatitos, aspirar el olor de su pelo, besar su cabecita y oír su suave ronroneo—. Isabella me ha dicho que te has despedido.

—Sí, me parecía una batalla perdida. Ella sabía que solo había entrado en Selfridges por mí, pero me guardaba rencor por ello. Y pensé que, si les interesaba la marca con Isabella May al frente, les interesaría de todos modos.

—¿Estás trabajando en otro sitio?

—Todavía no. Rosita me dijo directamente que estaba superimpresionada con mi trabajo, así que se me ocurrió ofrecérselo a Selfridges con mi nombre, pero todavía no me han propuesto que nos reunamos.

—Bueno, creo que ahora mismo restablecer nuestros valores es más importante que el éxito comercial. La inversión nos ha dado un respiro, así que lo de Selfridges da un poco igual.

—Si te digo la verdad, acabé hecha una mierda con todo ese asunto. Y además está lo de mi abuela. Estas últimas semanas han sido un horror.

—No me extraña. Isabella también ha pasado una época muy mala.

—Sí, desde luego. Lo de su padre ha sido horrible. Supongo que esto va a ser el fin de la empresa, de todos modos. Me alegro de haberme ido cuando me fui.

—Bueno, en realidad, no. Yo voy a volver.

—¿Qué? ¿Por qué? Entonces, ¿por qué lo dejaste?

—¿Dejarlo? Yo no lo dejé, Isabella me despidió por ofrecerle tus cosas a Selfridges.

—Joder, qué zorra.

—Sí, pero hemos hablado. Lo está pasando fatal por lo de su padre. La ha tenido controlada tanto tiempo que creo que necesitaba

aferrarse a su orgullo con uñas y dientes. No es que eso justifique todo lo que ha hecho, y desde luego no justifica la forma en que te ha tratado y te ha hablado. Pero a partir de ahora va a ser distinto, lo presiento. Tiene capital para mantener la empresa en marcha, todo procedente de mujeres. Theo se ha quedado fuera y ella quiere hacer exactamente lo que dijiste. Quiere que cada una de nosotras cuente su historia y que tú seas la jefa de diseño. Te subirá bastante el sueldo y aparecerás acreditada por todo lo que has hecho.

—Suena demasiado bueno para ser cierto.

—Lo sé, pero va en serio. La verdad es que Isabella May Joyería no existe sin ti, y tampoco sin mí, y desde luego no existe sin ella. Creo que vale la pena darle otra oportunidad, a ver si podemos hacer que funcione. ¿Qué me dices?

Suelta un fuerte suspiro y acaricia a Medianoche como si eso la ayudara a sobrellevar el estrés, lo que hace que la quiera aún más.

—No voy a pasarle ni una.

—No, y yo te apoyaré en todo lo que pueda, pero creo de verdad que por fin se ha dado cuenta del daño que ha hecho. Está haciendo un curso de inclusión como es debido y ha leído Fragilidad blanca tres veces. Lo cita constantemente. No es suficiente, pero es un comienzo. Evidentemente, lo que importan son los actos, no las palabras, pero me gustaría darle esa oportunidad. Y yo también lo siento, Fliss. Debería haberme esforzado más por protegerte.

—Tengo que reconocer que crear mi propia empresa me estaba dando mucho miedo.

—No tengo ninguna duda de que algún día tendrás tu propia marca, pero primero puedes labrarte un nombre usando el dinero de otros. Isabella te dará una parte de los beneficios de tus colecciones, además. Todo por escrito. Las inversoras han puesto como condición que las mujeres, especialmente las de color, tengan mayor relevancia dentro de la marca. Si te soy sincera, creo que podrías pedir lo que quisieras. Tú lo vales.

Se lo piensa unos segundos.

—Qué coño. Sí, vale.

—Así estoy yo también. Qué coño, vamos a darlo todo. Tengo un buen presentimiento.

—Ya veremos. Un solo comentario fuera de lugar y me largo.

—Y yo detrás de ti.

—Bueno, ¿y qué hago ahora con el desastre de mi vida privada?

—¿Quieres hablar de ello? —pregunto, sintiéndome liberada por mi nueva capacidad para relacionarme íntimamente con los demás. Pienso en mis amigos del grupo de duelo. Estarían orgullosos de mí.

—Abby no puede estar en la misma habitación que Medianoche, literalmente. Eso por no hablar de los gatitos. No sé qué hacer.

—¿Quieres buscarles casa a todos?

—Supongo que sí, pero ¿cómo voy a saber que los van a tratar bien? Se oyen unas cosas tan horribles… —Fliss se deja caer en el sofá, angustiada.

—No te preocupes. —De pronto lo veo todo clarísimo—. Tengo una idea.

28

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —pregunta Fliss mientras nos acercamos a la iglesia metodista—. ¿No deberías consultárselo primero?

—No, tranquila. Son personas que están de luto. No creen estar preparadas para tener otro gato, pero estoy convencida de que, en cuanto vean estos bebés, no podrán resistirse.

He procurado que llegáramos unos minutos tarde con la esperanza de que ya hayan llegado todos. Nunca es seguro, claro. Cualquiera puede dejar de asistir en cualquier momento. Y podría haber venido alguien nuevo, lo que haría que esto fuera un poco más incómodo de lo que me gustaría. Pero Tiana nos dijo que no ha recibido ni una sola solicitud para entrar en el grupo desde que se publicó el artículo. Me pregunto si Amy Newton sabe el daño que ha hecho. Espero que haya merecido la pena por lo que le hayan pagado, aunque lo dudo mucho.

—Es aquí dentro —le digo a Fliss—. ¿Lista?

—Sí —contesta, con los dulces maullidos de los gatitos como coro de fondo.

Abro despacio la puerta y asomo la cabeza.

—¡Mia! —exclama Ada, tan contenta de verme que no puedo evitar sonreír.

Veo a Martha a su lado, también a Lee y a Tiana, pero no a Greg. Su silla sigue vacía. Nadie sabe dónde está ni si se encuentra bien.

—Espero que no os importe —digo abriendo la puerta de par en par — que haya traído a unos amigos.

Noto que Martha da un respingo, incómoda, y que Ada y Lee parecen nerviosos, como si no soportaran la idea de que haya más gente. Pero cuando ven a Fliss cargada con los transportines respiran aliviados.

—Esta es Fliss —digo mientras nos acercamos al corro—. Esta es Medianoche, la mamá. Y estos son sus bebés: Mermelada, Galleta, Bizcocho y Miga.

—¿Galleta? —Ada se ríe—. Me encantan las galletas.

—¿Os importa que los saque? —pregunta Fliss.

—Claro que no —contesta Tiana—. Yo siempre soy partidaria de la terapia de mimitos.

Los gatitos son tan pequeños que les da miedo alejarse. En vez de hacerlo, montan un espectáculo subiéndose unos encima de otros y dando volteretas. Son tan bonitos que estamos todos maravillados y nos reímos de lo tontuelos que son.

—Son una preciosidad —dice Martha cogiendo a Bizcocho—. Mira, me está lamiendo.

Cambia de actitud en un instante. Se le ilumina la cara y, en lugar de la risa ronca que le he oído emitir a veces, suelta una risilla suave. Bizcocho se le acurruca en el regazo y se duerme casi enseguida.

—Le gustas —le digo en voz baja.

—A mí también me gusta —dice Martha.

Mientras tanto, Ada ha cogido a Galleta, se lo ha acercado a la cara y está besándole la nariz una y otra vez. Y Lee está de rodillas en el suelo jugando con Miga.

—Qué suerte tienes de tener estos gatitos tan adorables —dice Ada.

—Y eres muy amable por dejarnos jugar con ellos —añade Lee.

Fliss y yo nos ponemos en pie.

—Bueno, la verdad es —digo— que queríamos preguntaros si os gustaría llevároslos a casa.

Nadie me mira, como si hubiera sugerido algo impensable. Fliss les habla de su abuela, de la alergia de Abby, de su necesidad de encontrar un buen hogar para los gatitos y de cómo sugerí que los trajéramos aquí. Parecen todos ensimismados, y la verdad es que no consigo adivinar quién va a decir que sí y quién va a decir que no.

Y luego, de repente, interviene Ada:

—¿Por qué no? —dice alegremente—. ¿Qué daño puede hacerme que haya un poco de alegría en casa? Eso no significa que no quisiera a la Señora Jones, ¿verdad? Tengo sus cenizas y una fotito suya en el cuarto de estar. Puede que sea hora de seguir adelante. ¿Quieres venirte a casa conmigo, bonita? —pregunta. Galleta estira la zarpa y le da un toquecito a Ada, haciéndonos reír a todos—. Creo que ha dicho que sí —afirma ella.

—En realidad, Galleta es un chico —puntualiza Fliss.

—Bueno, pues mejor aún. Necesito otro hombre en casa.

—Creo que a mi madre le encantará que me lleve a Miga. Seguro que le doy una alegría —dice Lee—. Y si no puedes quedarte con la madre, ¿puedo quedarme con las dos? Estaría bien no separarlas, ¿verdad? —Levanta a Miga y empieza a rascarle detrás de la oreja.

—Sería precioso —dice Fliss, llorosa—. Mi abuela quiere tanto a Medianoche que se le parte el corazón por no poder vivir con ella.

—Pues, entonces, creo que a Medianoche le encantaría enviarle fotos suyas a tu abuela, ¿verdad que sí, Medianoche? Puedes decirle que siempre será su gata y que mi madre y yo vamos a cuidarla lo mejor posible. ¿Crees que eso ayudará? —pregunta Lee, siempre tan amable y atento.

—Le encantaría, gracias.

Miramos todos a Martha.

—¿Qué opinas, Martha? ¿Ha llegado el momento? —pregunta

Tiana.

Martha observa al gatito dormido en su regazo. Lo acaricia con ternura. Nos mira a todos mientras una lágrima se le desliza por la mejilla.

—Sí —dice—. Sí, ya es hora. Me llevo a Bizcocho a casa.

Suelto un enorme suspiro de alivio. Ha sido un éxito absoluto.

—Pero ¿y Mermelada? —pregunta Fliss.

Todos me miran en busca de una respuesta.

—No puedo. Lo siento, no estoy preparada. Todavía tengo a Paloma en casa. Estoy muy orgullosa de todos vosotros y sé que vais a ser muy felices, pero para mí no es el momento adecuado.

Nadie me presiona. En esta sala nunca se difumina el respeto por la situación de cada uno. Fliss parece disgustada. Va a recoger a Mermelada, la única gatita pelirroja, y la vuelve a meter en el transportín.

—Tendré que buscarle a alguien, supongo —dice—. No puedo llevármela a casa, se lo prometí a Abby.

—No hace falta que te la lleves —le digo, poniéndole la mano en la rodilla para consolarla—. Hay otra persona a quien quiero preguntarle.

Encuentro la casa fácilmente; tengo grabado a fuego ese lugar. Saber que fue aquí donde atropellaron a Paloma hace que me estremezca. Debo concentrarme en la bondad de los desconocidos, no en el hecho horrible que hizo que la necesitara. Subo los escalones de la puerta llevando a Mermelada en el viejo transportín de Paloma. Está sentada dentro, muy quietecita, sin alborotar. Llamo a la puerta intentando no mirar a la izquierda, hacia el lugar donde yacía el cuerpo sin vida de Paloma.

Por un momento, pienso que no hay nadie en casa. Eso no lo había

tenido en cuenta; pensaba que esta visita solo podía tener un resultado. Pero por fin oigo pasos que se acercan despacio a la puerta. Noto un hormigueo en el estómago. Estoy nerviosa, por si esto es un error. La puerta se abre.

—Ah, hola —dice la anciana.

—Hola. No sé si se acuerda de mí, pero…

—Sí, claro, ¿cómo iba a olvidarlo?

Por supuesto. Me puse a llorar y a gritar incontrolablemente en su puerta. Eso no es algo que se borre de la memoria así como así.

—Quería darle las gracias por lo amable que fue aquel día. Estaba muy afectada, y habría sido mucho peor que a Paloma la hubiera encontrado otra persona. No debió de ser fácil para usted recogerla y ocuparse de ella, así que, de verdad, gracias de todo corazón.

Me sonríe, con una sonrisa que me resulta cálida y familiar. Supongo que aquel día me fijé más en ella de lo que pensaba.

—Hice lo que haría cualquier amante de los gatos. Conozco esa pena, la he pasado varias veces. ¿Cómo estás?

—Bien. No muy bien, pero voy mejor, gracias.

Tengo que centrarme en lo que he venido a hacer, así que levanto el transportín para que vea lo que hay dentro. Se le ilumina la cara.

—Ah, tienes un gatito nuevo, qué bonito —dice.

—No, no es mío. Tengo una amiga que necesitaba encontrarles hogar a varios gatitos y este es el único que le queda. Es un encanto, se llama Mermelada. Quería preguntarle si le gustaría quedarse con ella.

—Dios mío, qué idea tan bonita. Pero me temo que no puedo.

De repente me siento ridícula al ver frustrado mi plan. ¿Qué voy a decirle a Fliss?

—¿Está segura? —insisto—. Sé que puede parecer desleal tener otro gato, pero…

—No, no es eso. A mí me parece perfecto, pero… —Baja la mirada con tristeza—. Me temo que viviría más que yo. Verás, no estoy muy bien de salud.

Es una anciana, ¿cómo es que no lo he tenido en cuenta?

—Lo siento mucho —le digo—. Ha sido una tontería por mi parte. No quería molestarla, me voy. Siento mucho que no se encuentre bien.

—¿Sabes?, los gatos pelirrojos son casi siempre chicos. Esta gatita es muy poco común, igual que tú. Me parece que deberíais quedaros juntas. Sois la pareja perfecta.

Una sacudida me recorre el cuerpo. He oído esas palabras antes… Empiezo a alejarme, pero, mientras lo hago, pienso en las cosas que me han ayudado a superar los peores trances de la vida. Pienso en la bondad de las personas y, sobre todo, en la de los desconocidos. Me vuelvo hacia ella.

—¿Cómo sobrelleva la muerte de su gato? —le pregunto.

—No muy bien, todavía se me hace difícil.

—¿Tiene alguien con quien hablar?

—Sobre eso, no. La gente espera que lo superes, ¿no?

—No todo el mundo. ¿Qué le parece si vengo a que charlemos un rato de vez en cuando? ¿Le gustaría?

Parece bastante sorprendida por mi ofrecimiento, pero también sonríe.

—Sería estupendo —dice con dulzura.

—Genial. ¿Qué tal los martes por la tarde, a las siete? —pregunto, consciente de que el grupo de duelo, tal como lo conozco, va a dejar de existir ahora que todos tienen un gatito nuevo—. Podría venir

cada semana, si quiere. Traeré galletas.

—Gracias —contesta, y empiezo a alejarme de nuevo con Mermelada en el transportín, sin saber qué hacer a continuación.

—¡Mia! —me llama.

Me paro en seco, porque estoy segura de que nunca le he dicho mi nombre. Me vuelvo y la miro. Empiezo a comprender por qué su sonrisa me resultaba tan familiar. Pero no puede ser, ¿verdad?

—¿Marie? —digo con un nudo en la garganta.

—Sí. Soy yo.

Subo corriendo los escalones y la abrazo tan suavemente como puedo. Su cuerpo frágil necesita que lo cuiden. Huele igual, lo recuerdo perfectamente. Su olor, su bondad, su cariño. Vuelvo a sentirme como una niña.

—Supe que eras tú en cuanto te vi —dice—. Ese pelo rojo fuego, lo reconocería en cualquier parte. No quise apenarte más aquel día, después de lo que le pasó a Paloma, pero estaba deseando que volvieras.

Estoy llorando tanto que no me salen las palabras. Es la segunda vez que lloro en este umbral, pero hoy es de alegría. Qué emoción tan grande… Marie, la amiga de mi madre, después de tantos años. Su amabilidad y su ternura me recuerdan lo amada que fui.

—¿Por qué no entras? —me dice, llevándome dentro—. Al menos puedo jugar con la gatita, ¿no?

29

Ayer, cuando llamé a Liz y le conté lo de Marie, se empeñó en que fuera a cenar hoy. Me llevo a Mermelada, por si acaso puedo convencer a mis sobrinos de que se la queden. Cuando llego, me alegra ver que la puerta está recién pintada y que la polla y los huevos han desaparecido. Entro y, por una vez, no veo juguetes tirados por el pasillo. Tampoco se oyen varios equipos de música sonando a todo volumen desde distintas habitaciones; solo oigo risas procedentes de la cocina, donde me encuentro con una escena tan atípica que de repente me pregunto si me habré equivocado de casa. Están todos allí, juntos.

—Hola, cielo —dice Simon, de pie delante de la cocina, con un delantal y una cuchara de madera en la mano—. ¿Te quedas a cenar? Ya sé que no comes pollo, pero puedes comerte las patatas fritas y las judías, ¿no? No tienen nada animal. —Su sonrisa es tan enorme que le cambia por completo la forma de la cara.

—Sí, claro, genial —contesto intentando disimular mi asombro para no ser maleducada.

Liz está dando el pecho a mi sobrina. En otra silla está sentado Nate y en otra el mayor, Tommy. Hacía unos dos años que no los veía a todos en la misma habitación.

—Vaya, qué bonito es esto. —Beso a Liz en la mejilla y le doy un ramito de flores.

Simon coge las flores y las pone en un jarrón sin recortarles el tallo. Liz me mira y levanta las cejas. O sea, que ella tampoco se lo acaba de creer.

—Qué tranquila está la casa. Es agradable —digo al sentarme.

—Es la primera vez desde hace años que no tenemos a nadie en

acogida. No voy a mentirte, me gusta bastante estar solamente con mis chicos.

—Sí, mola encontrar asiento —comenta Tommy.

—Vamos a tomarnos un descanso. Seis meses. —Liz se cambia a la niña de teta—. Nos hace mucha falta pasar tiempo en familia, ¿verdad, chicos?

Asienten todos con la cabeza.

—Me parece muy buena idea. Mirad lo que he traído. —Saco a Mermelada y se la paso a Tommy, quien dice:

—Los gatos son raros.

Así que se la paso a Nate, que la coge como si fuera una bomba atómica.

—No nos gustan mucho los animales —dice Liz, frustrando así mi plan de irme sin la gata.

Le pongo comida en un cuenco pequeño e improviso un arenero con una bandeja de horno y un periódico que hago tiras. Lo utiliza enseguida.

—Es buenísima —digo con orgullo.

—Niños, ¿por qué no os lleváis a la gatita al salón y jugáis con ella mientras la tía Mia y yo charlamos un rato? —Liz retira a Layla de la teta.

A Nate le dio el pecho hasta los cinco años y algo me dice que con Layla seguirá todo el tiempo que pueda. Obedecen los tres con distinto grado de entusiasmo.

—Cenamos dentro de cinco minutos —les dice Simon, y se quema la mano con una sartén.

—Vale, ahora cuéntamelo todo —me dice Liz—. Marie, madre mía, no pensaba que volveríamos a verla… ¿Se casó? ¿Tiene hijos?

—No. Sus palabras exactas fueron: «Hasta hace unos meses, era la típica loca de los gatos y era muy feliz». Lo que, evidentemente, me pareció una maravilla. Me contó que tuvo varias relaciones de pareja, pero que no salieron bien y luego dejó de intentarlo. Desde entonces ha vivido siempre sola, bueno, con sus gatos. ¿Te acuerdas de George?

—Sí, y de Ganchito. ¿Qué coño haría papá con ese gato?

—Seguramente es mejor que no lo sepamos.

Le cuento que Marie y yo estuvimos horas hablando, hasta que se fatigó y no pudo seguir. Y que me contó historias preciosas sobre mamá y sobre lo mucho que nos quería.

—Tiene un montón de fotos, te las enseñará cuando vayas conmigo la próxima vez. Y también tenía algunos vestidos de mamá, mira. —Saco cuatro caftanes de colores de una bolsa. Llevaban treinta años perfectamente guardados.

—Seguro que te quedan fenomenal —dice Liz—. Tu nuevo estilo es igual que el de mamá, me encanta.

—Marie me dijo que mamá siempre mantuvo que se casó con un buen hombre que dejó que la vida le agriara el carácter y que en parte conservaba la esperanza de que volviera a ser el de antes. Me dijo que era una persona muy positiva. Yo le dije que eso me recordaba mucho a ti.

A Liz se le saltan un poco las lágrimas. Hacía muchos años que no hablábamos tanto de mamá. Puede que nunca lo hayamos hecho.

—Es como mirar nuestra infancia de frente, aterrador y catártico a la vez. No sé, me siento más ligera. Solo escuchar cómo era mamá… Fue como si me abrazara. Ya sé que parece una tontería.

—No, para nada. —Liz se acerca y me abraza. Nos quedamos así un rato.

—Pero no se quedó con la gatita, que es por lo que fui a verla —digo, lanzándole una indirecta.

—Entonces, esa gatita es todavía más especial. Gracias a ella volviste y mira lo que ha pasado. No sé qué tienen tus gatos; son tan listos que siempre se las arreglan para mejorar tu vida.

—Bueno, esto ya está listo. —Simon empieza a poner en la mesa los platos de comida congelada, demasiado hecha—. ¡Vamos, niños!

Vuelven a entrar de mala gana, Tommy con Mermelada en brazos. La cojo y la miro. Es tan bonita… Y Liz tiene razón: esta gatita llegó a mí por casualidad y me condujo hasta Marie, cambiándolo todo. Igual que hizo Paloma hace un montón de años. Y por eso, aunque no me creía preparada, decido quedármela.

—No sé cómo llamarla. Mermelada no acaba de gustarme —digo.

Entonces Layla grita:

—¡Ya sé! ¡Chispa!

—Pues Chispa —digo sonriendo. Es perfecto.

Nos sentamos a comer y los veo hablar entre sí como nunca antes. El problema de buscar el amor de todo el mundo es que la gente que más lo necesita puede sentirse relegada. Ver a Liz con sus propios hijos y ver que Simon la respeta me llena de alegría. Mi vida no ha salido así, pero me alegro mucho de que la suya sí. Cuando terminamos de cenar, subimos las dos arriba con agua caliente con jabón, paños y cepillos de raíz.

—Me alegro de que hagamos esto. Mamá se habría puesto muy contenta —dice al empujar la trampilla del desván.

—¿Necesitáis ayuda? —pregunta Simon desde la escalera.

—No, lo tenemos todo controlado —contesta Liz desde el altillo—. Vale, ¿estás lista?

—Sí. —Levanto los brazos y baja con cuidado la casa de muñecas que nos regaló mamá hace muchos años.

—Va a quedar preciosa cuando esté limpia —dice mirándola con cariño.

—Como nueva.

30

La tarde siguiente estoy sentada en mi cocina viendo a Chispa jugar con una pluma. Parece que las cosas van mejorando, desde luego. Tengo la casa, un trabajo al que volver y hasta una gata nueva. Pero no paro de oír en bucle lo que me dijo el médico y mi conciencia no me deja tranquila.

«Lo lamento si le resulta incómodo, pero debería avisar a la persona con la que tuvo relaciones. Podría contagiar a otras personas sin darse cuenta».

Como acto de solidaridad femenina, debo minimizar el riesgo de nuevos contagios. Así que me pongo a escribir un correo electrónico:

Querido Ajay, espero que estés bien y que la vida te esté tratando estupendamente. Siento decirte que tienes ladillas. Saludos, Mia.

No, no puedo decírselo así, a palo seco.

Ajay, han pasado unas semanas desde la última vez que nos vimos. Gracias de nuevo por dejar que me quedara a dormir…

No, no puedo darle las gracias por dejar que me quedara a dormir. No tengo dieciséis años.

Ajay, aquí Mia. Espero que estés muy bien, disfrutando del Gran Verano Inglés.

¡NO! Por Dios, ¿qué puedo poner para no parecer una señora de mediana edad?

Ajay, me disculpo de antemano por el contenido de este email, pero me siento obligada a decirte por el bien de la humanidad que…

¡Ayyy! Ahora parezco Winston Churchill. Decir esto por correo electrónico es imposible. Además, solo tengo la dirección de correo de Ajay en Isabella May. Podrían interceptar el mensaje, o podría leerlo otra persona mientras él está en el baño rascándose los huevos. Eso no me molestaría, pero tengo que volver a la oficina la semana que viene y estoy intentando reducir mis niveles de humillación, no incrementarlos. Creo que tengo que ir a su casa a decírselo en persona; es mejor dar carpetazo a este asunto de una vez, antes de intentar retomar mi relación profesional con él. Es lo más adulto. No hay de qué avergonzarse. A fin de cuentas, alcanzamos el clímax estando yo boca abajo en su cama con un rotulador metido en el culo.

Al llegar a la puerta de Ajay, me entran dudas de si esto es de verdad necesario. Fue hace semanas. Si no lo ha solucionado ya, quizá se merezca tener ladillas. Debería poder averiguarlo por sí mismo e ir a una farmacia, como hice yo. Pero sé que mucha gente no sabe que las tiene. Desde entonces me he enterado de que la humillante visita al médico era innecesaria y de que existen un montón de tratamientos sin receta médica que habrían funcionado perfectamente. La experiencia en su totalidad —desde ir a la oficina y manchar las paredes con caca de gato hasta acabar en la cama con Ajay, darme cuenta de que tenía ladillas y que la gente se enterara de que las tenía— ha sido tan bochornosa que presentarme aquí para «hacer lo correcto» al menos pondrá fin a toda esta debacle con un gesto de sólida moralidad.

Es miércoles por la noche, supongo que ya habrá vuelto del trabajo. Llamo a la puerta y enseguida oigo ladrar a Pétalo. Olisquea los bordes de la puerta, intentando averiguar si lo que hay al otro lado es algo a lo que hacer cariñitos o matar. Oigo pasos y empiezo a ponerme muy nerviosa. Esta visita podría acabar siendo incluso menos digna que la anterior. Se abre la puerta y aparece la madre de Ajay. Jopé, y yo que esperaba que esto fuera rápido… Sonríe en cuanto me ve.

—¿Has vuelto? —dice, lo que me parece alarmante.

¿Me estaba esperando?

—Hola, ¿está Ajay? —pregunto educadamente, pero sin dar pie a

confianzas.

—Sí, sí que está. Pasa, pasa.

—No, no hace falta, de verdad. Si le dices que estoy aquí, le espero fuera. Pero gracias.

—¡Ajay! —grita, sujetando a Pétalo por el collar para que no se escape. O me ataque. Una de dos—. ¡Ajay, es Mia!

No sé por qué me sorprende que sepa mi nombre. Yo no se lo dije. ¿Hablaron de mí después de que me fuera? Madre e hijo, conversando sobre las conquistas sexuales de él. No debería haber venido. Se me pasa por la cabeza huir, pero entonces veo a Ajay bajando la escalera.

—Hola, nena, ¿qué pasa?

«Nena». Ay, madre, aquella noche abolí por completo la autoridad que tuviera sobre él.

—Ajay, hola. ¿Podemos hablar, por favor?

—Pues… sí, claro. —Sale y cierra un poco la puerta, pero su madre y Pétalo siguen ahí, oyéndolo todo. Como es obvio que ya han hablado de que nos acostamos, no veo por qué voy a cortarme.

—Ajay, me has pegado ladillas. No he venido a echarte la bronca ni a reprocharte que me las contagiaras, porque yo tengo la misma culpa que tú, pero he pensado que debías saberlo para que te hagas un chequeo.

No parece tan molesto como podría pensarse.

—Ah, vale. Gracias.

—¿Sabías que las tenías?

—No, no lo sabía. ¿Qué significa?

—Significa que tienes ladillas en el vello púbico y que cuando… cuando nos acostamos —bajo la voz por si me oye su madre—, me

las pegaste. ¿No notas nada raro… ahí abajo? Ya sabes… ¿picores?

—Pensaba que era porque me excito mucho.

Me pongo un poco mala solo de pensarlo.

—Puedes ir al médico, si quieres, pero también puedes comprar un tratamiento en la farmacia. Es una loción, solo tienes que dejarla actuar toda la noche. Yo me dejé la mía más tiempo del necesario por circunstancias que no vienen al caso, pero puedes quitártela por la mañana, con agua. Bueno, gracias. Espero que todo vaya bien en el trabajo.

Me doy la vuelta y me alejo, tremendamente arrepentida de haber venido.

—Lo he dejado —me dice, y me paro en seco.

—¿Que lo has dejado? ¿Por qué?

—Bueno, quiero decir que me despidieron.

—Espera, ¿por qué te despidieron?

—Porque les dije que fui yo quien manchó de mierda las paredes.

—¡¿Qué?! ¿Por qué?

La puerta vuelve a abrirse.

—Porque se lo dije yo —dice su madre—. Me daba pena lo que te había pasado, lo de tu marido y lo del despido. Yo también he pasado por eso y sé cómo te afecta a la cabeza. Pensé que bastante agobiada estabas ya como para meterte además en ese lío.

—¿Y los platos de la mesa de Audrey que rompí?

—Les dije que estaba drogado y que los tiré yo —dice Ajay.

—Ya. ¿Y la nota de «Jódete» que pegué en el monitor?

—No, eso todo el mundo sabe que lo hiciste tú.

—Ya, claro, normal. —No sé qué más decir—. No me puedo creer que hayas hecho eso, Ajay… ¿Dónde vas a trabajar ahora?

—Tengo un montón de trabajo ya. Como todos mis colegas están montando empresas, les estoy haciendo las páginas web. Gano más y encima tengo más tiempo para dedicarme al negocio de la maría. Así que todo bien.

—Vale. Lo que hice fue muy raro y me sorprende que hayas estado dispuesto a cargar con las culpas.

Me extrañaba que Isabella no me hubiera comentado nada, pero pensaba que estaba haciendo la vista gorda.

—No es para tanto. Ese no es mi ambiente, en realidad, así que me da igual lo que piensen de mí.

—No sé qué decir, Ajay. Pero gracias.

—Imagino que se alegraron de que alguien confesara enseguida. No es agradable hablar de una cosa así —comenta su madre.

—Sí, supongo que tienes razón. Perdona, ¿cómo te llamas? —le digo al darme cuenta de que ni siquiera se lo he preguntado.

—Binita. ¿Estás bien, Mia? Nos tenías preocupados.

—Sí, estoy bien, gracias. Mi gata se murió y lo he pasado fatal. Pensaba que no iba a superarlo, pero ya estoy mejor. Ahora tengo otro gatito y eso está facilitando las cosas.

—¿Tienes una foto? —me pregunta.

Busco el móvil en el bolso y les enseño un vídeo de la gatita jugando con un ratón de juguete.

—Haaaala —dice Ajay—. Tienes buen gusto para los gatos.

—Gracias.

Estoy flipando con estos dos.

—¿Quieres entrar a tomar un té? —pregunta Binita soltando el collar de Pétalo.

Me preparo para que se abalance sobre mí, pero se limita a sentarse y a mover el rabo.

Ajay y su madre se quedan mirándome, esperando mi respuesta. Qué raros son. O puede que solo sean extremadamente amables y yo no me haya dado cuenta hasta ahora. La verdad es que, viendo cómo ha transcurrido mi vida este último mes, me parece que la rara soy yo. Pero puede que eso tampoco importe.

—Dentro de un rato empieza Gogglebox. Puedes quedarte a verlo con nosotros si te apetece —dice Binita.

—Claro —contesto, y dejo que las palabras de mi hermana sobre la conveniencia de hacer amigos me inunden el cerebro—. Estupendo.

Entro y me siento en el sofá. Pétalo se tiende a mis pies.

31

Después de tanto progreso y tanto cambio, por fin tengo que enfrentarme a lo que más me asusta. Paloma sigue en el congelador y sé que no puedo dejarla ahí eternamente. Así que le tomo la palabra a Lee para que cave el hoyo. Se presenta con una pala, aunque le dije que tengo una.

—Me gusta el mango de esta. Era de mi padre —me explica.

No discuto con él. Es muy amable por haber venido a hacerme ese favor.

—Aún no la he sacado del congelador. No sabía cuánto tardarías en cavar el hoyo y he pensado que era mejor esperar.

—Por mí perfecto. Puedes estar con ella todo el tiempo que necesites hasta que la enterremos. ¿Dónde quieres que esté? —pregunta con ternura.

Parece entender a la perfección lo delicado que es esto. Es muy grandote comparado con Tristan, que es bajito y se enfadaba por serlo. Vibraba y emitía una frecuencia muy aguda. Puede que solo la oyéramos Paloma y yo, pero algunos días nos dejaba sordas a las dos. Paloma lo odiaba. Cuando echo la vista atrás, me doy cuenta de que yo tenía sentimientos encontrados, pero cumplía mecánicamente con lo que se supone que debe hacer una esposa. ¿Cuántas esposas se comportan así? ¿Cuántas se sentirían aliviadas al descubrir que sus maridos las engañan, porque de ese modo pueden separarse sin ser ellas las culpables?

Salimos al jardín. Encierro a Chispa en la cocina para que pueda vernos por la ventana. A Lee, el alma le llega a todos los rincones del cuerpo. Se quita la enorme sudadera verde y se queda en camiseta gris y vaqueros, con sus botorras. Tiene mucha tripa, no está en forma, pero aun así me resulta extremadamente atractivo.

Siento un extraño impulso de acariciarlo. De frotarme contra él. De tumbarme a su lado. Incluso se ha traído su propia botella de agua. No me pide nada. Hay personas que cuidan y personas que necesitan que las cuiden. Lee y yo somos de los primeros y eso hace que la dinámica sea de lo más sencilla.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunto de todos modos.

—No, gracias. ¿Aquí?

Se ha parado en el lugar exacto en el que me gustaría que estuviera enterrada Paloma. Creo. Porque en realidad no sé lo que quiero. Lo que quiero es que no esté muerta.

—Espera. —Deja la pala y entra corriendo en la cocina para coger una silla—. Siéntate aquí. ¿Quieres que te prepare un té?

Me siento en la silla.

—No, estoy bien, pero gracias.

Me pone la mano en el hombro.

—Esto es muy triste y no tienes que fingir que no lo es.

—Gracias.

—Vale, aguanta. Voy a cavar el agujero y luego le haremos a Paloma la despedida perfecta. Y podrás venir aquí siempre que quieras para estar cerca de ella.

Agarra la pala y respira hondo. Levanta el mango, pero se para antes de bajarlo.

—Me alegro mucho de haberte conocido —dice.

—Yo también me alegro mucho de haberte conocido a ti —le digo de todo corazón, aunque suene muy raro viniendo de mí.

Clava la pala en la tierra dura.

* * *

Casi dos horas después, Lee está sentado en el suelo, sudando a mares, con los pies dentro del agujero, que tiene solo treinta centímetros de profundidad, calculo yo. Parece agotado.

—Puede que vaya a llevarnos más tiempo del que pensaba —dice sin rendirse—. Podríamos meter la manguera en el agujero y llenarlo de agua. Cuando la tierra se empape, estará más blanda y será más fácil ahondarlo medio metro más.

Miro dentro del agujero. No me imagino depositando el cuerpo de Paloma ahí dentro y tapándolo con tierra. Ya no quiero hacer esto. Pero Lee se ha esforzado mucho. Y aún no está terminado. Se tumba para estirar la espalda. Está claro que le duele todo el cuerpo de tanto trabajar.

—Creo que no me gusta —digo, nerviosa—. Lo siento, pero no me gusta.

—No te preocupes, voy a seguir cavando. Así es muy poco profundo para…

—No, me refiero a enterrarla. Lo siento. No quiero hacerlo. Creo que no quiero sentarme junto a su tumba. No paro de imaginármela pudriéndose aquí fuera y no me gusta nada. Lo siento mucho.

—Vale, yo…, um… Puedo rellenarlo. —Se levanta y empieza a echar a tierra dentro del agujero como si no pasara nada en absoluto. Como si no importara que haya sudado la gota gorda para que ahora yo le salga con esto.

—Lee, déjalo, eso podemos hacerlo en otro momento. Por fin sé lo que quiero hacer con Paloma.

—La clínica veterinaria ya estará cerrada. Podemos llevarla mañana. Al parecer, puedes elegir la urna que más te guste, tardan un par de semanas. Puedo llevarte en coche, si así te resulta más fácil.

—No. Eso tampoco es lo que quiero.

—Entonces, ¿qué?

—Vale, por favor, escúchame…

Siguiendo el consejo de Lee, me tomo unos días para reflexionar sobre el nuevo plan y asegurarme de que de verdad es lo que quiero. Porque, una vez hecho, no habrá vuelta atrás. ¿Mi conclusión? Que es la manera perfecta de despedir a Paloma, no tengo ninguna duda.

Hemos esperado hasta las diez de la noche para ir al puente. He pensado que, para no acabar otra vez en una celda, era mejor esperar a que oscureciera, y confiar en que nadie nos vea.

—Siempre he pensado que era una pena que el Puente de Londres sea tan feo —me dice Lee cuando llegamos.

Es una noche cálida, tranquila y apacible. Hay tráfico, pero no mucho. Llevo a mi gata congelada envuelta en nuestra manta de felpa. Se me han dormido los brazos.

—Es feo, sí, pero en realidad lo que importa son las vistas, no el puente en sí. Y eso es una preciosidad. —Señalo con la cabeza hacia el Puente de la Torre, tan elegantemente iluminado, tan osado y desafiante. La vista es espectacular.

Recuerdo que contemplé todo esto justo antes de saltar. Me dije que, si lo último que veía era algo tan espléndido, mi vida no habría sido del todo una pérdida de tiempo.

—¿Estás seguro de que quieres acompañarme? No he encontrado nada concluyente sobre si esto es ilegal o no, pero estoy casi convencida de que lo es —le digo a Lee para ofrecerle una salida.

—Sí, estoy seguro. Los que tiramos mascotas muertas al Támesis debemos permanecer unidos, ¿no?

—Eso dicen. Vale, este es el sitio. —Me detengo—. Aquí es donde

salté. Las vistas han cambiado. Cuántos edificios nuevos. Si me hubiera salido con la mía, no los habría conocido.

—Me alegro mucho de que no te salieras con la tuya.

—Yo también. —Miro hacia atrás, a un lado y a otro—. Supongo que era una tontería pensar que vendrían. Es muy tarde.

—Podemos esperar unos minutos, si quieres.

Lee me rodea con el brazo, algo a lo que ya me he acostumbrado y que me encanta. Su cuerpo mullido es casi como una manta de felpa. Sus grandes manos me aprietan con fuerza. Nos quedamos mirando el agua. El deseo de saltar es ahora casi inimaginable.

—Antes pensaba que la vida era predecible. Es reconfortante saber que no lo es —digo.

Nunca, ni por un segundo, imaginé que algún día volvería a este puente sintiéndome tan fuerte como me siento ahora mismo. Con un hombre al que conocí como conocí a Lee. Con tristeza, pero también con muchísima alegría.

—¿Por qué será que hasta mucho después no te das cuenta de que todo lo malo que te pasa hace que todo lo bueno te parezca aún mejor?

—Es hora de disfrutar de la vida. Después de esto, claro. ¿Estás preparada?

—Sí, estoy preparada.

Lee me pone una mano en la espalda y yo me acerco al parapeto. Se me llenan los ojos de lágrimas y me tiemblan los labios. Acerco la cara a la manta en la que está envuelta Paloma. Las palabras fluyen por sí solas.

—Nunca conocí un amor como el que sentía por ti. Me salvaste la vida y luego me la cambiaste. Te despido así porque quiero que seas libre, no que te pudras en la tierra o que ardas, sino que vayas a la deriva por el río hasta el ancho mar. Que te disuelvas y sirvas de alimento a los peces a los que siempre querías comerte. No hay

forma buena de decirte adiós, así que te he traído al lugar donde empezó todo. Te quiero, Paloma.

La levanto lo suficiente para superar el parapeto.

—Espera. —Lee me baja suavemente los brazos—. Mira.

Me giro hacia donde mira y veo las siluetas de siete personas que vienen hacia nosotros. Cuando se acercan, distingo a Martha, Ada, Tiana y Greg (¡incluso él!). Y detrás van Liz, Simon y Marie. Simon la ayuda a caminar. Han venido.

Cuando se reúnen detrás de mí, siento que es el momento perfecto. Doy un paso adelante. Agarro con fuerza la manta y extiendo los brazos por encima del parapeto. Respiro hondo al desenrollarla. La manta se vuelve ligera y ondula empujada por la suave brisa. Oigo un chapoteo muy leve.

—Te quiero —digo mientras un montón de manos se apoyan cálidamente en mi espalda. Nos quedamos así un rato, no sé cuánto tiempo.

—No quiero estropear este momento, pero creo que deberíamos irnos —dice Lee—. Cada vez que oigo una sirena, creo que vienen a por nosotros.

Siento que las manos se retiran, pero que su apoyo permanece conmigo.

—Si vienen, les digo que he sido yo. Ya he estado en el trullo, puedo ir otra vez —dice Greg. Aún está deprimido, pero sigue aquí y eso es lo que importa.

Caminamos sin prisa hacia la estación de metro. Yo, Marie, mi hermana, su marido, mi nuevo novio y mi extrañísimo grupo de amigos.

Epílogo

Es una cálida tarde de septiembre. Empieza a oscurecer y está a punto de salir la luna. Llevo puesto un caftán de mi madre y la larga melena pelirroja suelta y alborotada. Lee y yo estamos sentados en mi jardín, bebiendo vino y viendo a nuestros gatos acurrucados en su camita, al otro lado de la puerta de cristal. Mami —antes llamada Medianoche— le está lamiendo las orejas a Chispa. Y Chancla —antes llamada Miga— está tumbada panza arriba.

—Tenemos que procurar llevarlos siempre a casa del otro para que estén a gusto en las dos —le digo a Lee.

—Y nosotros igual. Tenemos que estar siempre a gusto en casa del otro.

—Me parece perfecto.

Le pongo la mano en la rodilla.

—¿Cómo va el divorcio? —pregunta con una sonrisa traviesa.

—Mejor que el matrimonio. ¿Quién lo iba a decir?

—Yo no podría compartir habitación con alguien todas las noches, no sé cómo lo hace la gente. Me moriría de calor.

—Sí, exacto. Por eso yo no lo hacía. No sé si al final dio buen resultado, pero, en serio, ¿qué sentido tiene aguantar los ruidos que hace otra persona al dormir?

—O que te robe las sábanas.

—¡O sus pedos! —digo, y se me saltan las lágrimas de la risa—. Una persona se tira cinco pedos por noche, de media. ¿Cómo va a ser eso bueno para una relación de pareja?

—Solo quiero oírte tirarte pedos por error o te dejo.

—Me parece muy bien. Creo que vamos por buen camino. Puede que lo de tener habitaciones separadas no funcione, pero lo de tener casas separadas… Eso me parece un sueño. —Le cojo de la mano—. Espero que vivamos siempre juntos en casas separadas.

—Yo también.

Nos quedamos tranquilamente sentados, mirando a los gatos.

—Vale, por hoy hemos terminado —dice Greg al salir al jardín, todo sudoroso—. Ya está casi listo. Alec va a pintar mañana, ¿verdad, colega? —le dice animosamente a Alec, el hijo de Ada.

He decidido que me apetecía tener un armario empotrado nuevo en la antigua habitación de Tristan. Un buen armario donde guardar los vestidos de colores que no paro de comprarme. Le ofrecí el trabajo a Greg porque estaba en paro y, cuando dijo que necesitaría un ayudante, Ada ofreció a Alec. Lo están haciendo estupendamente y forman un buen equipo. Antes le he oído decir a Greg que le ha salido otro encargo y que le gustaría volver a contar con él.

—Vamos a ir a tomar una pinta, por si os apetece venir —dice Alec.

—No, pero gracias —le digo, encantada por que se estén haciendo amigos—. Que os divirtáis.

Se van y Lee y yo sonreímos de oreja a oreja, como padres orgullosos.

—Siento haberte hecho cavar ese agujero tan grande. Fue una pérdida de tiempo —le digo, mirando al suelo.

Él me agarra de la mano.

—No lo sientas. Nada es una pérdida de tiempo si te conduce a donde debes estar.

Apoyo la cabeza en su hombro. Mi vida me parece ahora una serie de complicados acontecimientos que me han conducido a este momento. Exactamente donde debo estar: aquí, con él.

Suena el timbre.

—¿Esperas a alguien? —pregunta.

—No.

Quien sea está llamando al timbre una y otra vez, con tanta urgencia que da miedo. Me acerco a la puerta, nerviosa.

—¿Quieres que abra yo? —se ofrece Lee.

—No, pero no te vayas muy lejos.

Abro despacio, pero la persona que está al otro lado empuja la puerta. Antes de que me dé tiempo a comprender lo que pasa, Oliver se me abraza a la cintura.

—¡Mia! —exclama lleno de alegría.

—¡Oliver!

Me agacho para que me rodee el cuello con los brazos y aspiro su olor mientras me da el abrazo más fuerte que me ha dado nunca. Entonces me doy cuenta de que Belinda está detrás de él, pero no dejo que eso me distraiga.

—Te echa de menos —dice con aire derrotado—. Lleva semanas pidiéndome que vengamos a verte.

—Oliver —digo mirándolo a los ojos—, puedes venir a verme cuando quieras, ¿vale? Siempre me apetece verte y te echo mucho mucho de menos. ¿Quieres pasar? Tengo una gatita nueva.

Sonríe radiante.

—¡SÍ!

—Tú también puedes pasar si quieres, Belinda.

Cierra la puerta y mira a Lee con recelo.

—Ah, este es mi novio, Lee. Lee, esta es Belinda.

—Hola, Lee. —Le estrecha la mano cuando él se la tiende.

—Hola, Belinda, me han hablado mucho de ti.

—Ay, Dios, ya me imagino.

—Bueno, te ha dejado entrar, ¿no? —bromea él.

Belinda nos sigue hasta la cocina.

Mi cocina.

En mi casa.

Donde vivo sola, con mi gata.

Agradecimientos

Gracias a todo mi equipo de HarperCollins por hacer que amara este libro como si fuera otra mascota. A Kimberley y Charlotte por las correcciones. A Liz por procurar que todo el mundo lo conociera. A Claire por la portada y a todos los de marketing y demás por hacer un trabajo tan fantástico.

Gracias a mi agente, Adrian Sington. Llevamos casi veinte años trabajando juntos, ¿verdad que es increíble? Me encantan nuestras llamadas telefónicas y nuestras largas sobremesas. Me encanta lo mucho que me animas y lo sincero que eres, y que al mismo tiempo consigas que quiera escribir más y más. Tengo mucha suerte de contar contigo.

Gracias a TODOS mis amigos. Esta vez no os voy a nombrar porque ya sabéis quiénes sois, y siempre me olvido de alguno y me siento fatal. Pero os quiero y sé que soy una pesada insoportable y que me pongo muy dramática cuando tengo un plazo de entrega inminente, así que quiero que sepáis que valoro muchísimo vuestros ánimos. Cuando os digo «No, esta vez es malísimo. Malo de verdad. La he cagado por completo. Lo odio y me odio a mí misma», gracias por recordarme que siempre digo lo mismo y que siga adelante.

Dicho esto, quiero mencionar a una persona en particular: mi querida Shawnta. Te has convertido en parte integral de mi vida en muchos sentidos. La verdad es que no me explico cómo me las arreglaba antes de que nos conociéramos. Te quiero hasta el infinito y más allá. ¡Vivan los martes!

Gracias a Rachel Jackson por ayudarme a preparar la escenografía de Isabella May.

Gracias a mis suscriptores de Patreon por apoyarme. Me encanta escribir para vosotros y estoy muy agradecida por que me hayáis permitido crear un espacio en el que puedo trabajar con ahínco,

cobrar y, por lo tanto, comprarme caftanes.

Gracias a la tía Jane y al tío Tony por iniciarme en el mundo de las mascotas cuando era niña. Cuidar animales es sin duda una de las mayores alegrías de mi vida y fue en casa donde aprendí.

Gracias a los grandes amores peludos de mi vida: Sniff, Acre, Fluke, Nin, Tiku, Minu, Lilu, Potato, Twiglet, Suska, Myrtle y Boo. Mis mascotas a lo largo de los años.

Lo pasé mal de pequeña. Mi madre murió. Fue absolutamente horrible y me marcó de un modo del que todavía me cuesta hablar con total franqueza. Los animales me salvaron, es así de sencillo. Ya fuera Nin, mi gato siamés, que me acariciaba las mejillas con sus zarpas cuando era niña, o Acre, mi querido collie barbudo, con el que pasaba horas y horas en Fermain Bay, la alegría que me daban los animales era incomparable. Incluso ahora, con cuarenta y tres años, felizmente casada y madre de dos hijos, los ratos que paso a solas con mis gatos siguen siendo valiosísimos para mí, terapéuticos y esenciales para mi bienestar.

En los últimos dos años hemos perdido a nuestra gata, Lilu, y a nuestro perro, Potato. Parecía que siempre estarían con nosotros. Lilu definió mi vida adulta. Potato fue en realidad nuestro primer bebé. Nos necesitaba muchísimo y cada mañana nos levantábamos dispuestos a darle lo que hiciera falta para que se sintiera el pequeñín más feliz y querido del mundo. Casi no puedo mencionar su nombre sin que se me salten las lágrimas, y me pregunto sinceramente si siempre será así. No hay ninguna mascota que sea «solo» una mascota. Son nuestra familia, los llevamos en el corazón y en el alma. No es justo que su vida sea tan corta, y menos aún que sea más corta de lo que debería ser.

Escribí este libro porque el duelo por los animales de compañía es real y merece que se escriba sobre él. Cuando les suceda a tus amigos, acompáñalos; te necesitan de verdad. Gracias a todos los nuestros, que sufrieron con nosotros, que nos enviaron cosas y vinieron a vernos y a darnos un abrazo bien fuerte. No sabéis cuánto significó para nosotros.

Gracias también a mi familia: Chris, Art y Valentine. El hogar que

hemos creado hace que todo sea mucho más sencillo. Me siento muy afortunada por teneros a mi lado. Siempre nos tendremos los unos a los otros.

Y gracias a mí misma por no rendirte, porque sé que querías hacerlo. A veces no tomas el camino más fácil, pero al final siempre llegas. Así que enhorabuena de mi parte. x

Nota de Dawn

Gracias a mi comunidad de Patreon por brindarme un lugar donde irme de la lengua alegremente. Me encanta escribir para todos vosotros. Aquí tenéis una página especial con los nombres de todos los que se apuntaron para aparecer mencionados en el libro. Os lo agradezco muchísimo.

Melodie Rae Storey

Caoimhe Ryan

Meral Kilinc

Theresa Bell

Laura Belbin

Mandie Pontin

Gill

Becci Martin

Jessica Cullum

Emma Reid

Amanda Hobbes

Sarah Cassidy

Vanessa Wilderink

Mandy Morgan

Eva Gaynor

Lucy Gable-Thom

Laura McGregor

Rebecca

Katherine Christian

Rachel Jackson

Annie Perry

Carina Hummel

Hillary

Sharne

Karin Bessent

Lisa Vizia

Melanie Cameron

Nicola Frye

Debbie Martin

Lyndsay Hynd

Laura Johnston

Milica Coles

Claire

Sophie Termeer

Katherine Morgan

Kate P

Penny Calley

Ali Childs

Lisa Dawes

Olivia Atkinson

Emily Macmillan

Laura Quinn

Nicole Fraley

Louise

Sarah Garratty

Tash Hudson

Sara Moss

Bonnie Cookson

Mairead Gleeson

Lisa Simpson

Vicky Osborn-Buchholz

Angie Hung

Iciar Arostegui

Katharine Richardson

Amberley

Joanna Van

Kerry Picolla

Jenny Fraser

Amie Klapsia

Paula Murray

Darcy Cox

Alison Corfield

Sarah Wright

Laura Harris

Roisin Munnelly

Amanda Cartlidge

Tori Miller

Christine M

Eileen Maguire

Tregaye Lacey

Morissa Thorn

Mig

Ann-Marie

Suzanne Hart

Cheryl Douglas

Barbara Costello

Cheryl

Laura McPope

Emma Cantrell

Laura Featherstone

Emma Cowell

Gemma Feeney

Ella Whellams

Kylee Sims

Caroline Quinton Smith

Hayley Walsh

Jo

Roisin

Sue Baron

Alexis Lumbly

Jo Lee

Laura F

Annie Robinson

Belinda B

Donna

Ross Mckechnie

Katie Webb

Katherine Hucker

Sally

Carla

Elena

Pamela McQuarrie

Nia Roberts

Lizi Jeffery

Nicole Grint

Holly Marlow

Negar Ghadiri-Zare

Fionnuala Crowley

Catherine Twidle

Deb Banner

Alison Brooks

Catherine Meechan

Laura Redfield

Hat Peart

Laura Domek

Tania Usner

Holly Abbott

Jody

Oonagh Doyle

Jaqui

Rachael Corn

Jenna Davis

Cassie Lowes

Sarah Coomes

Nicola Roberts

Sarah Donohoe

Vanessa Holford

Aimee Cavalier

Hannah Keens

Jesnie Barrecott

Jac Hardy-Heeley

Jane Stuart

Katrina Cullison

Anne McGuire

Kate

Darcey Lily O’Shea

Kaz

Lauren Bennett

Lulu Johnston

Angharad

Dee

Tracy

Alex

Tara Stewart

Emma Bahl

Laura Sullivan

Ellen Bowden

Sarah Haddon

Sam Tannahill

Emma Hegarty

Jane Hamilton